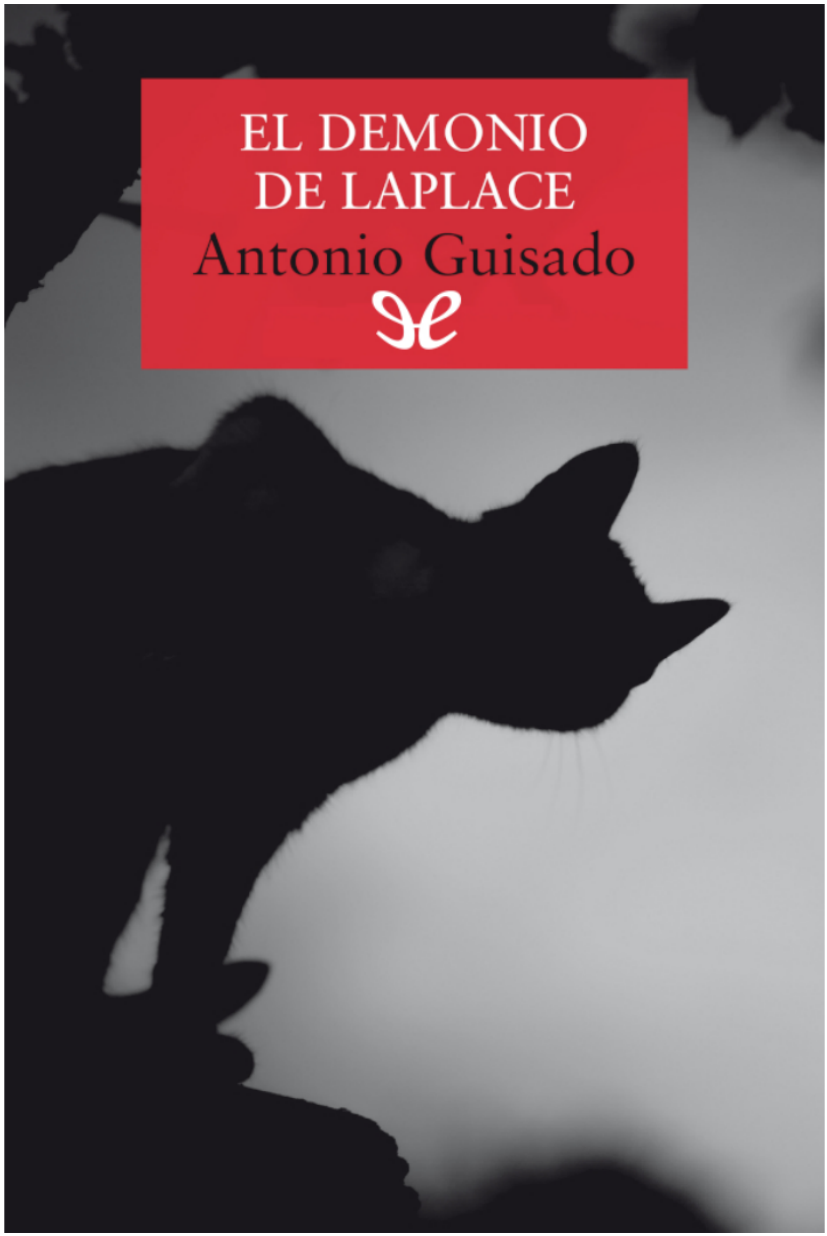
EL DEMONIO DE LAPLACE

Antonio Guisado



Cuando, como las tímidas gotas que anticipan la furia de la tormenta, los cadáveres de varios gatos sacrificados comienzan a salpicar la ciudad de Sevilla, dos detectives sacados de su letargo por los macabros sucesos se verán enfrentados de improviso a una serie de extraños acontecimientos y, sobre todo, a una cuestión de siempre esquiva naturaleza.

Desde Aristóteles hasta Einstein, desde Calderón de la Barca a Simon Laplace, muchos han sido quienes a lo largo de los siglos han intentado dar respuesta a uno de los grandes interrogantes de la historia de la humanidad: ¿es el hombre realmente libre o existe un sendero ya trazado que recorremos sin saberlo?

En este oscuro e inquietante *thriller* en torno al libre albedrío, se ofrecen algunas respuestas, tan válidas como cualquier otras, pero, sobre todo, se arrojan, como dardos de sombra, muchas inquietantes preguntas.

Antonio Guisado

El demonio de Laplace

Nuevos Tiempos: Siruela Policiaca 533

ePub r1.0
Titivillus 24.05.2024

Antonio Guisado, 2024

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Nunca tuvo un bate en las manos, y no pasó del balonmano de colegio; tampoco está emparentado con Redford, ni falta que le hizo para llevarse a la más guapa, y, sin embargo, siempre fue y será como aquel en aquella película de béisbol: El mejor.

Al mejor que pude imaginar, a mi padre.

Usando palabras suyas: «Iguales los habrá, mejores no».

I

GATOS Y SANTOS

1

Cuando Santos Sena salió aquella tarde de casa, aún no sabía que aquel sería el primer día de su vida. Creería que había vivido hasta entonces por un tiempo, apenas unos días, pero acabaría marcando aquella tarde en el calendario de la cocina con un gran círculo rojo. Más tarde, quizá otro par de días después, lo rellenaría del mismo color con la misma alegría con que se rellenan los bollos de cacao cuando el chocolate no es tuyo, como niños que experimentan de visita colegial en una pastelería, apretando contra el papel, con una sonrisa esquiva, el rotulador rojo secuestrado del cubilete de la mesita de Pablo, creando pequeñas carreteras concéntricas de pigmento rojo que se pisarían y repisarían hasta dibujar un enorme punto bien relleno sobre el número dos del mes de noviembre. Fijándose uno bien, incluso se podrían apreciar ligeros arañazos producidos en el papel a causa del roce insistente y repetido; por descontado que si a alguien le hubiera dado por levantar noviembre para echar un vistazo a diciembre, habría apreciado la transferencia del exceso de color rojo en el futuro. Y hubiera sido una señal acertada, porque el futuro esperaba su turno teñido de rojo; aunque eso Santos Sena tampoco lo sabía aún.

Y hemos quedado asimismo en que aquella tarde, cuando deslizó un adiós que sonó como un hasta luego por la rendija de la puerta al tirar del pomo para cerrar y cruzó el jardín, mojando el contorno de las zapatillas de deporte con el césped recién regado, como las moja el crío de la mano de su madre que pisa un charco agonizante con tanto disimulo como interés, aún no lo sabía. Aún no había nacido; aún estaba muerto. Es un decir: muerto, lo que se dice muerto, tampoco estaba, aunque no le quedaba demasiado tiempo en los bolsillos. Tampoco sabía eso, como tampoco se percató, cuando marcó los trazos rojos sobre el 2 de noviembre, de la leyenda en letras menudas que reseñaba el santoral del día: «Fieles Difuntos». En jerga de a pie, el día de los muertos, lo que no dejaba

de ser apropiado.

Llenó los pulmones un par de veces con el aire que planeaba sobre el césped repartiendo el olor a tierra húmeda a discreción, atrapó el cursor entre los dedos y se subió la cremallera del cortavientos hasta la barbilla, encajó la bici entre las piernas sin sentarse, se ajustó los auriculares, ordenó a Spotify servirle canciones al gusto aleatorio de algún otro que se había molestado en crear una *playlist*, como aquella vez que lo invitaron a DiverXO —no entendía esa moda de los restaurantes caros de no dejarte elegir ni el día de la reserva casi, ni hablar del menú, aunque reconocía que lo último no dejaba de albergar cierta sorpresa y comodidad—, pulsó el botón del mando del garaje, y salió pedaleando como los buenos toreros, por la puerta grande. Eso pensó.

Recordó por asociación la última corrida. Le gustaban los toros, y procuraba ir siempre que podía y el torero de turno no era especialmente gilipollas. Había de todo, como en cualquier profesión, y había conocido a algunos unos años atrás, cuando los negocios empezaron a ir rodados y los proveedores se lo rifaban para invitarlo al tendido; cuando quedaban en los bajos del hotel Colón para calentar antes de la corrida; eso que llaman «entonarse». Buenos tiempos.

El hotel Colón era un clásico de Sevilla, y, dentro de Sevilla, un clásico entre los toreros, además de un hotel del carajo, que diría su vecino Piotr con esa jota tan marcada como un hachazo en un tocón de madera. Con estrellas suficientes para conformar un equipo de futbito, el hotel se asentaba en el corazón de la ciudad, a tiro de piedra de la Maestranza, y rebosaba toreros en temporada alta.

Oh, sí. La última corrida resultó espectacular. Más que espectacular, apoteósica; casi apocalíptica. Un morlaco de nombre Mazacote había empitonado al maestro cuando este le hundía el estoque en el lomo y lo había ensartado por el agujero mismo del ombligo, como se vería después, y a quien no lo vio así se lo contaron los periódicos. En algún sitio, el asta debió de pinchar en hueso, y los muertos —aún no lo sabían, pero estaban muertos los dos, toro y hombre—, unidos como pareja de bachata, bailaron durante segundos eternos recordando a los amantes que no se quieren despedir a los pies del tren en la estación. Cuando Mazacote

encontró el ángulo adecuado en el giro del poderoso cuello o se cansó del baile, el futuro difunto salió despedido en vuelo rasante acompañado de un «¡ohhh!» rotundo y redondo, como la plaza, levantada al completo, los catavinos olvidados un par de minutos a un lado, quizá tres.

Santos —que nos incumba en nuestro caso, pues pudo haber alguno más bajo amparo de la estadística más simple— fue la excepción. Levantado como todos, mantenía el catavino en su mano derecha, y, como ninguno, paladeaba sorbos cortos y lentos, extasiado ante el espectáculo. Se cree saber, barajando reacciones químicas como magos de la vida y sus microscópicos secretos, que los toros tienen una capacidad sobrehumana —nunca mejor dicho— para soportar el dolor. Hasta ahora no tenemos confirmación de primera mano, pudiera ser o no. Lo que es seguro es que al toro no le debe de hacer gracia que le claven medio metro de estoque en la nuca, le duela o no. Y lo que Santos Sena afirmaría ante cualquiera, el catavino reposando en el labio inferior y el líquido acariciándole la garganta, es que aquel toro, Mazacote, parado frente a aquel hombrecillo atravesado con su traje de luces, pero apagándose, desenchufado y empanado con el albero de la plaza tras aterrizar, y entre capotes rosas aleteando como aletas de calamar, aquel toro, que quizá sabía que también se moría, parecía sonreír.

Era una locura, ya. Sin embargo, a Santos le parecía increíble que nadie se diera cuenta, que nadie a su alrededor dijera nada. «¡Ehh, mirad el toro! ¿No se está riendo? ¿No sonríe, la boca ladeada?». Nadie dijo nada, la plaza callada, aquel «¡ohhh!» desterrado a vagar por la ciudad en la marea del viento que se lo llevó, el silencio campando entre los muros estrenando corona, rey efímero de aquel pequeño reino de intramuros. Nadie dijo nada, la plaza muda, casi advirtiendo el entierro en el que estaban, sin misa ni fosa.

Bajo Mazacote, parado en medio de la plaza como Sansón ante Roma, una conexión semejante a una lombriz de otros tiempos en que todo era más grande señalaba el camino desde el toro al hombre, desde el hombre al toro. Un hilo palpable y tan real como indecoroso que salía de unas entrañas, reptando unos metros sobre el albero, alzándose al final del camino para encaramarse en el asta teñida de escarlata del toro, como una greña rastafari impostada.

La plaza entera miraba, solo miraba, semejando estatuas convidadas, círculos concéntricos de guerreros de terracota. Santos oía su propia respiración, y le parecía que el sonido del vino al ser tragado delataría su éxtasis al resto. Mazacote, abajo y quizá tomando consciencia de toro de la situación, meneó la cabeza sin mover los pies, desdeñando aquella greña que nunca quiso. Los intestinos de hombre, pues eso eran y no otra cosa, resistieron el primer envite, y la inercia quiso que el movimiento tirara del torero desgraciado y lo removiera en el ruedo, arrastrado por aquel látigo escabroso, como prisionero de otros tiempos y lugares atado en pos de un caballo y un amo. Un «¡ohhhh!» más alto que el primero resonó al unísono, como un gol en un campo de fútbol, pero acabado en descenso, amortiguado por las manos que taparon las bocas en un movimiento general que podría haber pasado por ensayado. Mazacote, alentado por el ruido, meneó de nuevo el cuello con más ganas e intención, y el vínculo entre torero y toro se cortó para siempre. Esta vez no llegó más que a escucharse una inspiración ahogada, como la de aquel que llega a la superficie ansiando respirar bajo el agua, pero potenciada por la coincidencia de bocas. Las manos aún taparon unos segundos esas bocas en la Maestranza. Solo una persona —que nos incumba— mantenía su mano izquierda en el bolsillo del pantalón, tan planchado como azul, la derecha sosteniendo un catavino ya vacío y apoyado sobre los labios.

Santos Sena.

Extasiado, ensimismado y absorto, observaba cómo la vida abandonaba al hombre de la arena junto al toro; los compañeros, inútiles comparsas alrededor, con sus capotes rosados y carmelitas, incapaces de socorrerlo; Mazacote custodiando el lugar sin prestar la más mínima atención al movimiento, a los torpes intentos de atraerlo y desplazarlo, como si ya no fuera un toro y no tuviera que responder como tal.

Al otro extremo de la plaza, solo otra figura —que nos incumba — mantenía su atención en otra cosa que no fueran el toro y el torero. Aquella figura, embutida en negro y espigada, ajena al ruedo, miraba a Santos Sena, ignorante con su mano izquierda en el bolsillo del pantalón azul planchado y la derecha sosteniendo un catavino vacío sobre los labios.

Dos estertores visibles certificaron al difunto sin necesidad de forense, y Santos Sena hubiera jurado que el toro sonreía todavía, ¿o era su imaginación? ¿No le había parecido también ver un halo abandonar aquel traje de luces? El catavino cayó al suelo resbalando entre los dedos, reconvertido en pedazos irreconciliables a sus pies.

«Polvo eres, y en polvo te convertirás», pensó Santos clavando la vista en los cristales, la mirada gacha. Levantó la vista al toro, ahora sentado junto al hombre, ya esperando su momento, y adivinando una sonrisa en la distancia, caviló de nuevo, con cierta lucidez: «¿Me estaré volviendo loco?». No lo supo, ni se animó a responder. Sí supo una cosa: había sido la mejor corrida de toros de su vida.

—Que en paz descanse —dijo Luis a su lado.

Luis Zubeldia era un proveedor vasco que había bajado a Sevilla expresamente para la corrida y, a la postre, el que lo había invitado a la misma. Santos Sena no le dio un beso en la boca porque tenía bigote.

—Que en paz descanse. La profesión tiene riesgos —repitió Santos—. ¿Queda alguna copa limpia?

—Creo que sí.

Y rebuscó el otro en una pequeña nevera portátil del tamaño de un termo de colegial.

No sería hasta más tarde, en su casa y en su cama, cuando Santos Sena se preguntaría si su reacción había sido normal al ver morir a un hombre. Un par de minutos bastaron para concluir con la absolución. Ver morir a un torero en una plaza de toros debía de ser como un piloto de motos que se mata con el muro de contención o un policía oxidado que se olvida de quitarle el seguro al arma en un tiroteo. Gajes del oficio. ¿Qué culpa tenía él? El riesgo formaba parte del espectáculo, de su atractivo. ¿O iba a pagar alguien por ir a una corrida de toros sin cuernos?

Olvidó los toros, apretó el pedaleo y cruzó el barrio de Santa Clara, dejando atrás su casa, su familia y su jardín con su puerta grande, además de un sinfín de chalés en una de las zonas de Sevilla donde más se cotizaba el metro cuadrado, y una de las escasas donde los chalés individuales y amplios jardines predominaban sobre los vulgares y altos bloques comunitarios; y apretó el pedaleo

un punto más, dispuesto a quemar calorías, inocente de todo. Era una buena persona, estaba seguro.

2

Refrescaba un poco. Había salido algo más tarde que de costumbre, se había visto con ganas y fuerza en las piernas, y una cosa se había unido a la otra para hacer que, llegando al puente de San Juan, en la otra punta de Sevilla, sin apenas soltar el carril bici y dando la vuelta en la estación de metro para volver por donde había venido, la noche diera un codazo a la tarde para ocupar su lugar, y, al verse con un par de bombillas leds en el manillar que no llegaban más que para anunciar su posición, pero ni mucho menos para alumbrar el camino desangelado y oscuro que discurría por la Cartuja, decidiera pegarse al río y volver cruzando Sevilla por el cauce interior.

Dejó atrás la avenida de la Palmera, rebasó la Torre del Oro y avistó el puente de Triana. Se dejó llevar por la inercia y pedaleó sin forzar hasta alcanzar con la vista los detalles más cercanos del puente, cuando notó el pinchazo. Aflojó y paró a un lado, olvidó el carril bici y echó mano del bidón de agua antes de entrar en faena. Rogó llevar una cámara de repuesto en la bolsa adosada al cuadro, la duda flotando en el aire. La noche era oscura, la luna un fantasma, y las nubes daban la impresión de asediar la ciudad, apretadas, bultos negros y pesados, acumulándose en el cielo fundidas y confundidas entre el fondo de estrellas apagadas.

Una brisa de otoño merodeaba sin prisas, sintió el sudor enfriar al instante, miró el reloj y descubrió la zona más tranquila de lo habitual. «Hace rasca», resolvió, siempre dentro del concepto subjetivo que en Sevilla se puede tener del frío.

Ahuecaba las manos unidas frente a los labios para insuflar el aliento húmedo y cálido cuando le pareció percibir un movimiento furtivo bajo el arco de piedra que soportaba el extremo del puente de su margen del río, el barrio de Triana al otro lado, tan salpicado de luces como difuminado por la noche y la humedad. Más tarde se preguntaría por qué no se había quedado junto a la bici, enterrando

la curiosidad, centrándose en lo suyo, que no era otra cosa que dedicarse a cambiar la cámara pinchada. Pero entonces no era «más tarde» aún, y fue la curiosidad la que mató al gato; no en vano el refranero popular no se inspira más que en repeticiones, estadísticas y porcentaje de aciertos, como la banca, y ya se sabe que la banca siempre gana. Esa misma noche, ya en su casa, recordaría unas palabras rescatadas de la novela de un convicto y prófugo que había copado las listas de ventas: «La curiosidad mató al gato, pero mueve al mundo, como el mundo a la Luna, la nicotina al fumador y el olor de la sangre al tiburón, o los periodistas» [1].

Y se movió, claro que se movió, como parte de ese mundo, dando la razón a la estadística y al refranero. Miró a los lados, se vio solo, apoyó la bici en el suelo con cuidado de no hacer ruido y cruzó el arco de piedra para asomar al otro lado, donde las copas de los árboles y la vegetación del pequeño parque que se abría en pendiente junto al río absorbían la luz de las farolas de la calle que discurría algunos metros arriba, dando cobijo a las sombras. Al adentrarse en ellas, la bici abandonada como el fantasma de un caballo amarrado a un poste con media vuelta de brida a la entrada de una cantina, sintió a la soledad susurrarle al oído: «Así pasan las cosas». Pero un gato nunca deja de ser un gato; la estadística y la curiosidad se confabularon para abuchear a la soledad, y no pudo remediarlo.

Media docena de pasos furtivos bastaron para llegar a lo que le pareció un sauce —tampoco era él de nombres de árboles; cada cual tiene sus faltas— y usarlo de parapeto. A dos decenas de pasos, al abrigo del puente y sus sombras, una figura oscura, alta como la Giralda y esquiva como una lechuza gris en noches de tormenta, sostenía en alto un gato —un gato tuvo que ser—, ofreciéndolo al dios de la noche como cuentan que Abraham hiciera con su hijo. Nunca había sido Santos Sena muy de biblias y dioses, que sí de misas y presencia pública, pero el cura que vino a ocupar la parroquia del barrio el último año se había ganado el honor de marcar el punto de inflexión y devolver la oveja descarriada al redil. Ahora Santos leía la Biblia, y recordó el versículo, a resguardo y temblando —no sabía si por el propio frío o por cualquier otra cosa que vino a echar un vistazo a la escena; quizá eso que llaman miedo, quizá solo excitación—: «Toma ahora a tu hijo, tu único,

Isaac, a quien amas, y vete a la tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré [2] ».

Aquello no era más que un gato, negro como la figura que lo sostenía. Tampoco era menos que un gato, y una ráfaga de aire acarició la nuca de Santos cuando la figura se arrodilló y lo postró sobre la piedra fría, como carnicero enfrascado con el lomo del buey dando el turno en la plaza a media mañana. Pero el gato se movía, y las horas eran otras. Tampoco el cuchillo que brilló con la timidez que le permitía la noche era digno de la profesión. A Santos le pareció más bien una navaja de barrios descarriados, la hoja fina y no más larga que la mano enguantada que lo sostenía, casi un abrecartas de los tiempos de su abuelo, y le pareció también que la caricia de la brisa bajo el cortavientos tuvo visos de soplo casi humano. Sintió un escalofrío poner firmes los vellos de la nuca y correr desbocado hacia el suelo, buscando una toma de tierra a través de su cuerpo. Se volvió, mirando en derredor, escudriñando otros posibles ojos en la oscuridad; no vio nada. Y volvió a la figura, que rodilla en tierra y con trazos repetidos y firmes se afanaba en desconfigurar la naturaleza, hasta desgajar y levantar la cabeza del animal frente a sus ojos, el cuerpo inerte olvidado sobre la piedra; la sangre, espesa y negra como las noches antiguas, buscando resquicios entre las grietas, escapando de su recipiente para siempre.

Santos creyó olvidarse de respirar cuando la mano de la figura se despojó del guante, palpando la piedra mojada, tiñendo la mano de rojo vestido de negro. Porque, aunque lo advertía negro en la distancia, Santos sabía que aquel líquido era rojo; rojo sangre, por concretar. Cuando la mano se alzó, tímidos regueros espesos y oscuros cayeron a la piedra fría antes de que la figura ocultara el rostro tras los dedos, marcándose de la esencia del animal con dos líneas negras que recorrieron la cara de norte a sur hasta desembocar en los labios, como ríos de petróleo que buscaran una entrada, una vuelta a un mundo sin luz de donde nunca quisieron salir. Fue entonces cuando la figura pareció reír, la lengua relamiendo los labios en la distancia. Saboreando la vida y la muerte.

Santos no supo entonces y no sabría después cuánto tiempo transcurrió a resguardo del sauce. Sí recordaría la imagen de la

figura escarbando la tierra húmeda del margen del Guadalquivir, excavando un hoyo improvisado donde sepultó los restos decapitados del animal. No recordaría, sin embargo, cómo volvió a su bici, cómo cambió la cámara pinchada y arribó a su chalé del barrio de Santa Clara, a tiro de piedra de su iglesia y de su cura, al que no defraudaría con su ausencia aquel domingo ni por todos los torneos de golf del mundo. Solo recordaría vagamente seguir de lejos a la figura alta y negra, el corazón casi en la mano, latiendo con el ímpetu y la cadencia de un tren de vapor, mientras aquella sombra indolente se escabullía, recién abandonado el parque, tras el segundo recodo de los bloques de viviendas y antes del primer semáforo, donde Santos se descubrió solo y esquivado. Fue allí donde sonrió más tarde cabizbajo, el sudor frío y el corazón en su sitio, imaginando que quizá la curiosidad no había matado al gato, que ya estaba condenado. También recordó al torero, y al toro, pudriéndose ya el uno, devorado el otro, allá donde hubieran acabado, enlazados entonces decorando el ruedo, parte de las vísceras impregnadas de albero del primero ensartadas en el cuerno del segundo, pacientes y condenados ambos, mirando a la muerte a la cara, como la figura negra, o el gato, o su cabeza a título póstumo. *Post mortem*.

Aquella noche, entre bocanadas al último cigarrillo en el porche, Santos reflexionaba, intentando ordenar los hechos, que sin ninguna duda no contaría a Carla, su mujer, pero sí a Santiago, su cura. Antes de buscar el cepillo de dientes, hizo una breve parada en su despacho y apuntó unas palabras en la agenda:

«La muerte, siempre paciente, siempre precipitada, como la banca, siempre gana».

Cosas que se le ocurrían e iba apuntando; cosas que le venían a la cabeza, como bolitas de hierro que pasaban cerca de un imán. Ya las pasaría a sus cuadernos personales. Guardaba una pequeña colección que había comenzado allá cuando le salieron los primeros granos que preceden a los pelos de la cara.

—Vaya nochecita que me has dado —protestó Carla—. No has parado de moverte, estarás cansado.

Hablaba desde el baño de la habitación, levantando la voz. Santos, aún en la cama, se aclaró la garganta con un carraspeo seco antes de responder:

—Lo siento. He tenido un sueño rarísimo.

—¿Una pesadilla?

—No exactamente —calculó—. Algo así.

Hizo un esfuerzo por recordar, sin excesivo éxito. Recordaba al gato, eso sí, persiguiéndolo como alma que busca su cuerpo, taladrándolo con ojos amarillos de rendijas negras por pupilas, negras como el pelaje…, como el del puente. También recordaba la figura, alta y negra, pero le fue imposible ponerle cara; tan solo la redibujó de espaldas, corriendo y adornada en el sueño con una capa del mismo tono, que le trajo a la memoria al famoso Destripador. El resto estaba difuminado: se veía correr, pero no conseguía discernir si lo hacía tras la figura o, peor, delante, el gato a su lado siempre donde quiera que mirase, como rémora tiburonera empeñada en el tiburón. ¿Lo acompañaba o quería alcanzarlo? Tampoco lo tenía claro. ¿Y si…?

—Cariño, ayer tarde salí con la bici, ¿verdad?

Carla asomó la cabeza del baño, el pelo recogido en un moño, una toalla escondiendo su figura.

—¿Debo preocuparme? ¿Qué pregunta es esa? Claro.

—Ya… Déjalo. Estoy medio grogui aún. He dormido fatal. —Se dio dos palmadas en la cara semejando un anuncio de espuma de afeitar y saltó de la cama en busca del pantalón del pijama, colgado tras la puerta.

—No te escucho —oyó alzar la voz a Carla, que había abierto el grifo de la ducha—. Despierta a Pablo, que después tarda en terminarse los cereales y no le da tiempo.

—Vale —contestó, más para sí que para Carla, y bajó las escaleras descalzo. Antes tenía que hacer algo. Pensaba en la cámara deportiva que siempre llevaba adosada al manillar, la que grababa cada pedalada que daba.

Cruzó el vestíbulo, salió al jardín, y, sintiendo el rocío y la humedad del césped bajo las plantas de los pies, alcanzó el garaje cubierto, que a la postre se usaba como trastero, cuarto de herramientas, taller y para cualquier otra cosa que nunca era la de meter el coche dentro. Las bicis, sí, esas estaban allí. Marcó una clave numérica en el pequeño panel cuadrado que había junto a la puerta, y la electricidad hizo el resto, levantando la persiana ciega y dejando a los rayos de luz, que alcanzaban aún oblicuos a Santos,

dibujar un nuevo charco amarillo en el rincón derecho junto a la entrada. Dio un paso, lo pisó, pulsó el interruptor del interior, al otro lado del panel numérico, y la luz artificial de tres tubos fluorescentes parpadeó un segundo en el techo antes de engullir el charco de sol. A Santos no le importaban todos esos detalles; él miraba la bici y su pequeña cámara deportiva adosada al manillar. Abrió la carcasa que la protegía y pulsó el botón que conectaba la conexión wifi; no hacía falta más. Volvió sobre sus pasos deshaciendo sus acciones y buscó el móvil junto a la mesita de noche. Abrió la aplicación de la cámara y… allí estaba, ya descargado, el archivo con la grabación de la tarde anterior… O no. Necesitaba certificar que todo había pasado; no las tenía todas consigo.

Sentado en la cama se vio a sí mismo parar junto al puente de Triana, beber agua del bidón que solía llevar anclado al cuadro de la bici, caminar como un ladrón en busca del botín, desaparecer bajo el arco del puente, y perderse engullido por un semicírculo negro adornado de piedra fría y gris.

Después, nada. La cámara quedaba enfocada al arco de piedra, ladeada, y, al pulsar el botón de avance rápido, apenas vio un par de corredores solitarios y una pareja cruzar el objetivo, despreocupados, ajenos a cualquier otra cosa que pudiera suceder tras el arco. Volvió a la reproducción 1x en el momento en que la pareja frenó su paseo y se quedó unos segundos parada mirando al objetivo —a la bici—, intercambiaron unas palabras y siguieron su camino, saliendo del ángulo de la cámara por el lado contrario al que aparecieron. Santos pulsó de nuevo para avanzar a 3x, y, cuando el pequeño contador digital que medía el tiempo en la esquina izquierda del archivo le permitió calcular que habían transcurrido alrededor de treinta minutos desde que se bajara de la bici, fue cuando se vio reaparecer escupido por el arco de piedra, como un fantasma que vuelve de otro mundo. No dio tiempo a más. Apenas escupido, la cámara se apagó.

—Mierda —masculló.

Una mirada atenta reveló la causa. Tenía programada la cámara para grabar sesiones de dos horas. Tan simple como eso: habían transcurrido dos horas desde que saliera de su casa a pedalear y la grabación se había parado.

Dejó caer el móvil sobre la cama. Una cosa estaba clara: no lo había soñado. ¿No era eso lo que buscaba?

—No me digas que no has despertado a Pablo —espetó Carla recién salida del baño, envuelta en una bocanada de vapor que pareció calentar la habitación.

Lucía un conjunto de lencería que Santos no recordaba, el pelo todavía recogido en un moño.

—Yo… Estás muy guapa, cariño. ¿Es nuevo?

—Ya me lo decía mi padre: «A ese tío le falta un hervor; no me fío de él».

Salió de la habitación enganchando al vuelo la bata colgada del quicio de la puerta, la cabeza negando con insistencia, como esos reyes del *rock* en miniatura y esos perritos que algunos colocan sobre el salpicadero cuando vienen baches.

—Tu padre no era más que un policía que renovaba carnés tras una mesa y leía novelas de Agatha Christie. No tenía mucho crédito, déjame que te diga. —Esto lo dijo Santos realmente bajito, y hubiera sido un milagro digno de ser plasmado en los libros que Carla pudiera haberlo escuchado, y él, como Julio Iglesias, lo sabía —. Y además está muerto —añadió, más bajo aún, apenas un susurro, por si acaso.

3

Santos Sena siempre fue un emprendedor, eso que dicen ser «un hombre hecho a sí mismo». *Self made man*, que acuñaron en la tierra de las grandes oportunidades y desilusiones. Si retrocediéramos a la infancia para dibujarlo, no sacaríamos mucho en claro. La mayoría estaría de acuerdo en que tuvo una infancia de lo más normal. Unos padres (uno de cada sexo, si alguien quisiera ahondar más), y una familia detrás, con sus tíos, primos, abuelos y derivados. Ninguno de ellos en la cárcel ni político, todos decentes sobre el papel y en público. Ningún hermano, eso sí. Santos Sena era hijo único y, si escarbáramos, adoptado.

No pasó penas económicas: su padre, cartero; su madre, costurera a domicilio; no comían jamón todos los días, pero no faltaba en Navidad.

No destacó en los estudios, aunque podría haberlo hecho. Tenía las herramientas; solo le faltaron ganas, interés. Tampoco pasó apuros, simplemente fue pasando cursos raspados hasta decir adiós a los libros cuando cumplió con lo obligado.

Donde Santos Sena descubrió sus capacidades fue en el mundo laboral. Podría haber caído en cualquier sitio, y, quién sabe…, pero fue en el submundo de la automoción donde se desarrolló su existencia. Su madre, que no tiene mayor interés en esta historia, cosía pantalones para un sastre que a su vez, entre otras cosas, diseñaba trajes a un empresario que se dedicaba a la venta de automóviles, y, cuando Santos dijo me planto, se acabaron los estudios, el pequeño empujoncito para meter la cabeza en el mundo laboral vino por ese lado. La historia se repite desde que el mundo es mundo: «Hay que ver mi hijo, que no quiere estudiar. ¿No podría usted recomendar a alguno de esos señores elegantes que le compran los trajes a un chaval despierto y responsable? Algo tiene que hacer, que se me va a desviar, don Luis».

Y así, desde abajo, repartiendo piezas de recambio a los talleres

en bici, además de barrer el concesionario por las noches, para pasar a la moto más tarde y, por último, a conducir una furgoneta, antes de cambiar los portes por el mostrador de recambios, empezó Santos Sena a doblar la espalda, que se dice.

Self made man, ¿recuerdan? No habían pasado dos años cuando Santos Sena abandonaba el mostrador de recambios; lo suyo eran las ventas, pero a lo grande. «¿Quién quiere vender tubos de escape cuando puede vender el coche entero?», le dijo al jefe un día tras darle los buenos días. El jefe, que como excepción a la regla no era tonto, vio el potencial de Santos y tres meses más tarde este era el mejor vendedor de coches usados del concesionario. Seis meses después era el mejor del departamento de coches nuevos, y (Santos era ambicioso) al cabo de otros dos años decía adiós a aquel jefe que no era tonto para vender sus propios coches con la lección aprendida, porque él tampoco lo era. Nada ostentoso. Santos sabía que los buenos negocios son aquellos donde el riesgo está calculado, y un local pequeño pero decente donde conseguía meter cuatro coches con calzador fue su primera empresa. Pequeña, pero suya. De ahí a la red de concesionarios que tenía ahora repartida entre Sevilla, Córdoba y Cádiz mediaba mucho tiempo y trabajo. Por descontado, también planificación y acierto. Su madre, ya jubilada, no cosía más que para su nieto Pablo; su padre insistió en trabajar hasta el último momento. Al parecer, le gustaba su moto amarilla y el levantarse por las mañanas con algo que hacer. Más tarde, Santos llegó a darle un cargo simbólico en la empresa con el que mantenerlo ocupado hasta aquel día en que se acostó a dormir la siesta para no levantarse más, acunado por un corazón cansado.

Fue el primer muerto que había presenciado Santos Sena, el primer saludo a la muerte, y recordaba haber perdido la noción del tiempo observando a su padre, y la falta de su respiración en la boca y el pecho. Nada que ver con la del torero, que había vuelto a saludar vestida de fiesta.

Ahora Santos recordaba, de pie, mirando desde el ventanal de su despacho hacia la planta inferior donde los techos de los coches adornaban el recinto, las coronillas de los vendedores se movían de un lado a otro sobre sonrisas amables que no veía desde su posición, y el dinero de los clientes cambiaba de manos con cadencia uniforme y casi aburrida.

Y sin el casi. Santos se aburría, y allí arriba, las manos a la espalda y contemplando sus dominios, se dio cuenta.

Se aburría, pensó, y recordó la noche del gato días atrás, y cómo la adrenalina le inundó el cuerpo (supuso que era adrenalina; no tenía ni idea de eso, pero algo le sonaba bien en la palabra); y recordó la emoción.

No tuvo tiempo para desentrañar más la madeja que escondía el germen de una idea; dos golpes de cortesía en la puerta anunciaron a Andrea, que entró sin esperar, con las ventas del día anterior de los distintos departamentos y el correo.

—Buenos días, don Santos. En su mesa se lo dejo. ¿Necesita algo más?

—Nada, gracias, Andrea. —Nada que me quieras dar ahora, pensó. Según la ficha y el currículum, Andrea rozaba los veinticuatro años, y el número se reflejaba en cada pelo de la melena rubia, en cada poro de la figura que se adivinaba bajo la falda corta y la blusa blanca que resaltaban un cuerpo diseñado para el pecado, en cada movimiento marcado por el sonido de los tacones sobre la tarima flotante. Llevaba dos meses en la empresa y era de las que escalaban, aunque no era deportista. Santos había conocido a algunas de estas—. ¿Qué te había dicho?

Andrea sonrió y se volvió a la vez que se apoyaba sugerente sobre el pomo de la puerta para cerrar.

—El «don» para los mafiosos y los curas. Lo intentaré.

Andrea desapareció, sincronizada con la última sílaba y el sonido hueco de la puerta al cerrar. Santos rodeó la mesa y se dejó caer sobre la silla, dispuesto a echar un vistazo a esos papeles. Rutina. Visualizó a Andrea tras la puerta y recordó una estadística absurda que había leído hacía algún tiempo. Venía a afirmar que los hombres piensan en el sexo un promedio de una vez cada siete segundos. Absurdo, aunque él volaba por encima de la media en el último minuto.

Lo primero que llamó su atención fue el color del sobre: negro, como el gato en su cabeza apenas segundos antes. Le dio dos vueltas en el aire, examinándolo, y lo abrió con el abrecartas del cubilete que había sobre el escritorio, rasgando el papel. Dentro, solo una tarjeta, roja. En tinta negra, unas palabras. La letra pulcra, sin adornos, las líneas rectas:

«¿Jugamos? Hay gatos de sobra». En el reverso, unas coordenadas y una fecha.

Miró a los lados, confundido, y se descubrió solo en su despacho, cómo no. Él, y la atmósfera helada que parecía haber ocupado cada rincón y que había borrado la sensación de refugio que le solían regalar aquellas cuatro paredes. Volvió a la tarjeta y a los números que marcaban una situación, entró en Google Earth, los tecleó en el portátil y esperó unos segundos, los justos mientras un *zoom* controlado acercaba una cámara espacial a un planeta que se agrandaba, como un meteorito que cayera por gravedad y frenara en seco al rozar las nubes sobre un punto de Sevilla, dispuesto a curiosear.

Conocía el sitio. Miró la fecha y desplegó el calendario con un clic en la esquina inferior derecha del portátil. Quedaban seis días. ¿Y la hora? La tarjeta no decía nada acerca de la hora. ¿Y qué importaba eso? ¿Acaso iba a ir?

Cruzó el despacho, salió del ártico para alcanzar el clima tropical que rodeaba a Andrea y preguntó, sin más adornos:

—¿Quién ha traído este sobre?

Andrea levantó la vista, confusa.

—¿Ese negro? Un mensajero de MRW. Yo misma abrí el sobre de la compañía, ese que le ponen de plástico sellado. ¿Por qué?

—Localízame por favor la dirección de la agencia. Pásamela al móvil. Tengo que salir, gracias.

Veinte minutos más tarde, la señorita de caderas anchas y frente estrecha que reinaba tras el mostrador de la oficina de MRW le repetía lo mismo por tercera vez.

—Le repito lo que el mensajero me ha confirmado, usted mismo me ha escuchado hablar con él por teléfono: se recogió ayer en el buzón de esa dirección. Cien por cien.

Esa dirección era *su casa*. No tenía sentido.

—Vale. Aceptémoslo. ¿Quién ordenó la recogida?

—Usted sabrá. Desde luego, el cargo va a su cuenta.

—Le digo que yo no he… —Calló. Era inútil—. Vale. ¿Hay manera de saber quién fue exactamente?

—Le puedo preguntar a Sofi, si tiene tanto interés, que estuvo de turno ayer, pero dudo mucho que se acuerde. Recibimos dos millones de llamadas cada hora, por no exagerar. —Señaló una

centralita a su derecha, desde donde una musiquilla desesperante los había acompañado durante toda la conversación, de la mano de unas lucecillas rojas que se alternaban sobre unos números. Jenni (eso anunciaba una tarjeta prendida con clip en el pecho) parecía inmune a la tortura, y pulsaba los botones numerados desviando llamadas con la habilidad de una taquígrafa del Congreso—. A todo se acostumbra una, ¿verdad? —dijo Jenni leyéndole el pensamiento —. Si puedo hacer algo más por usted… Tengo que cogerlo —añadió refiriéndose al teléfono—. Espero haberle sido de ayuda.

—Llámeme si Sofi es capaz de recordarlo, por favor —replicó, y dejó una tarjeta sobre el mostrador.

—Vaya, si es usted un pez gordo —contestó Jenni echando un vistazo—. No se preocupe, lo haré. Si recuerda algo, claro. No prometo nada.

—Claro.

Salió sin despedirse, envuelto en un aroma de estupidez que le recordó a las películas baratas de detectives. ¿Llámeme? ¿Una tarjeta? ¿De verdad, Santos?

Una hora más tarde repasaba en su casa la grabación de la noche del gato, sin apreciar nada que no hubiera visto antes. Alguien se había tomado la molestia de averiguar quién era, y, peor aún, había merodeado junto a su casa —su casa, donde dormían su mujer y su hijo—, había dejado un sobre y se había hecho pasar por él o por alguien de su empresa para enviárselo a sí mismo como vulgar paquetería, y, para colmo, lo pagaba él. Tenía su gracia, no podía negarlo. Maldita la gracia que tenía, pero la tenía.

Como en el juego del ratón y el gato —últimamente veía gatos por todos lados—, había salido detrás de la figura negra vestido de gato para acabar jugando de ratón.

Hacía años que Santos Sena no desempeñaba el papel de ratón, y el cambio no le gustaba; no le gustaba nada.

4

La semana había volado hasta aterrizar en domingo. Los días habían desfilado anodinos y desapercibidos, como transeúntes bajo las puertas acristaladas de un aeropuerto. Santos le daba vueltas a la tarjeta negra, sentado a la mesa de su despacho particular, en la planta baja de su casa. En la práctica, apenas usaba la habitación, pero en cualquier película americana con protagonista y casa decente había una de esas, y le gustaba darle el paseíllo a los invitados cuando los tenía, y ofrecerles un purito de la caja repujada que mantenía sobre la mesa, a pesar de que él no fumaba habitualmente, pero esta era otra de las cosas que había apreciado en las películas, en este caso, de mafiosos y buenos hombres de negocios, corruptos generalmente. No los de las metralletas que actuaban de relleno, no; los puros los fumaban los capos como Pacino o Andy García, gente seria. Él no era ni una cosa ni la otra, al menos con mayúsculas. Lo de rebajar el cuentakilómetros a los coches para incrementar su valor no contaba, eso era una nimiedad, como cuando el frutero colaba una pieza pasada entre el resto de la fruta. Si lo demás estaba bien, ese pequeño detallito era admisible y hasta normal, y…, en fin, que pensaba que el detalle de la caja de puros aportaba un plus al decorado.

«Ir, o no ir», se dijo en tono neutro localizando con los ojos el volumen de *Hamlet* en la pequeña librería que flanqueaba la puerta del despacho. No era más que una formalidad, una cuestión ya resuelta. Había caminado sobre la semana pensando en ello, y el viernes por la tarde ya esperaba el domingo, ansioso. Si al principio todo lo había desconcertado, incluso asustado un poco —admitió—, un gusanillo fue tirando de él con disimulo, como el pez al final del sedal que se recoge sin ganas. Claro que una cosa era pensarlo, y otra, dar el paso…

Él siempre había sido de dar el paso, pensó y dio un golpe en la mesa con la palma de la mano, la tarjeta roja aplastada como un

cromo en las manos de una niña, o quizá un niño, ahora que los cromos no tenían género.

«Qué más da, si ya no hay ni cromos. Ahora solo hay móviles», decidió y salió en busca de la bici. Había esperado a la tarde. La tarjeta no indicaba una hora concreta, pero concluyó que si la elección era suya la mejor hora era el ocaso, cuando la huida del sol invita a pensar en cosas que la luz prohíbe.

A decir verdad, no sabía qué esperaba encontrar allí, pero si la idea venía de un tipo que se dedicaba a decapitar gatos, tampoco era cuestión de ir en maillot; sonaba ridículo. Se enfundó unos vaqueros gastados, una camiseta bajo el cortavientos, se calzó los botines, y excusó la indumentaria con Carla diciéndole que sería un paseo suave. Carla, que tenía de tonta lo mismo que de japonesa —como mucho, algún marcador en el ADN, herencia de unos posibles ancestros, por aquello de los ojos rasgados—, se extrañó y no lo creyó del todo, o más bien nada, pero cosas más raras había visto en los años que llevaban casados, y tampoco es que le importara demasiado.

—Tú mismo —contestó, sin levantar la vista de *Cementerio de animales* más que un segundo, apenas un movimiento de párpados y un alzado fugaz de iris azulados bailando en la esclerótica de sus ojos *gourmet*.

Santos ni la miró. En lo último que pensaba al cerrar la puerta camino del garaje era en los ojos de su mujer. Sí llegó a atisbar el libro de refilón. Lo había leído, y desechó el recuerdo del gato que prende la mecha de la historia entre sus páginas con un portazo más sonado de lo debido.

Llegó al parque a la vez que el sol se escondía tras las copas de los eucaliptos, el pedaleo suave y los ojos como periscopio de submarino alemán en plena segunda guerra. El sujeto era listo. La ubicación quedaba dentro del parque del Alamillo, en su extremo menos transitado, donde el césped cuidado y las avenidas de asfalto no llegaban y eran sustituidos por bosquecillos silvestres y descuidados, y caminos de grava salpicados de baches, todo dentro del perímetro del parque, lo que conllevaba la imposibilidad de usar el coche o la moto. Las opciones se reducían a la bicicleta o el caminar. Santos escogió la bicicleta. Nunca se sabía cuándo podría ser necesaria esa aceleración y esa velocidad extra, y menos con un

pirado que decapitaba gatos y enviaba tarjetas rojas en sobres negros a desconocidos.

Sin apearse de su montura, frenó hasta detenerse cuando el móvil anunció sobre el manillar con una suave voz de mujer que había llegado a su destino. Santos se apresuró a bajar el volumen con un gesto nervioso y repetido del índice sobre el aparato, que entre las sombras y la quietud del lugar parecía anunciar el destino por megafonía. El viento movía las hojas huérfanas de ramas de un lado a otro y las arrastraba a su antojo a ras de grava con un murmullo de melancolía, mientras el juego de cuello de Santos imitaba al de un árbitro de *ping-pong* en medio del punto, sin nada que envidiar en el envite.

Media hora después los nervios se habían difuminado junto con la luz de la tarde, pero permanecían latentes dentro de Santos. Los contornos de ramas y árboles que dibujaban las sombras se habían marchado y todo parecía —era— más negro; incluso el futuro. El mundo, confabulado a sus espaldas, había abandonado aquel rincón del perímetro exterior de Sevilla para olvidarse de él, y en los últimos veinte minutos solo holló el camino de grava un hombre de andar lento que parecía buscar algo sin pretenderlo demasiado —Santos acabó pensando que posiblemente fuera sexo—, el andar parsimonioso e insinuante. Apenas unos segundos intranquilizó la figura a Santos, hasta descubrirla más baja de lo esperado, además de calzar botines rosas a juego con un conjunto deportivo de chándal y sudadera grises como el humo de los tubos de escape que queman aceite. Este no era el caso, se recreó, pensando que más bien lo perdía, y en la oscuridad de la noche ya asentada no pudo sino apreciarlo hasta que el sujeto casi lo alcanzaba, mirándolo con cierta provocación. Santos, desechando la oferta, bajó la mirada y lo dejó pasar, como un taxi con la luz apagada mantiene la mano agachada.

Sintiéndose tonto como pocas veces en su vida, el chándal gris olvidado, se subió la cremallera del cortavientos hasta la barbilla y se puso la capucha, dio unos pasos y se alejó de la bicicleta hasta el cruce de grava que la ausencia de luz había pintado de negro, la noche sin luna. Miró hacia uno y otro lado, solo como Laika en busca de su destino, los pies sobre la grava del cruce, recordó a Robert Johnson y un cruce de caminos acompañado de un

escalofrío mitad frío y mitad cualquier otra cosa, y tomó lo que le pareció entonces la mejor decisión de su vida:

«Corre».

La voz salió de dentro, y Santos estuvo seguro de que, si hubiera sido una película, habría visto un ángel en miniatura caricaturizado con su semblante y sentado sobre uno de sus hombros pronunciar la palabra. Llegó a girar el cuello, pero no vio ángel alguno, quizá sí a un demonio, rebasado el hombro y a tamaño natural.

Apoyado en la bici, cortando la retirada, una figura alta y negra lo miraba fundida en la noche; los ojos brillantes escondían las facciones de una cara que, aun oculta en tinieblas —Santos estuvo seguro—, sonreía.

El dios de los escalofríos soltó un nuevo latigazo, más sentido y doloroso que el anterior. Santos perdió el control de su aparato locomotor por un momento, petrificado, un alma solo descubierta por el vaho que condensaba la humedad frente a sus labios, a juego con las vaharadas de humo lánguido y mojado que parecían levantarse del margen del río, entrevisto en el follaje tres docenas mal contadas de metros tras él, en otro mundo.

Santos buscó en la silueta el mismo vaho que lo delataba a él, sin éxito. Había aparecido sin el menor ruido, y se apoyaba sobre el manillar, la mano aprisionando el carbono trabajado que conformaba el tubo, el antebrazo extendido cuan largo era, la pierna derecha plantada en el suelo, la izquierda despreocupada y cruzada sobre su par, apoyando la punta de una bota corta y negra entre el follaje que alfombraba el bosquecillo de eucaliptos, que como ladrón sin alma robaba la escasa luz de las pocas estrellas que nubes grises como hollín de chimenea permitían asomarse a curiosear.

Alguien estaba en su salsa, o lo parecía, y no era Santos.

—¿No pensarías marcharte? —dijo la figura, la voz firme, el acento indeterminado pero familiar, el timbre grave.

Santos recordó, con un latigazo más, aquella versión de *Drácula* donde Keanu Reeves se las veía con el conde. No era el acento de Keanu el que recordó; más bien el del otro. La mente le hizo trampas e intentó rescatar de la memoria al director —¿a quién le importaba ahora?—, sin conseguirlo. Aspirando el vaho de sus pulmones y la noche, se rehízo. Como buen empresario y

negociador, sabía que las apariencias lo son todo:

—¿Qué sentido tendría venir entonces? —envidó, de farol.

La figura rio, esta vez abiertamente, y la risa pareció envolverlo como una capa negra. Todo era negro allí.

—Disculpa el retraso, Santos. ¿Debo llamarte «Santos», o prefieres un sobrenombre para el asunto que nos ocupa?

—«Santos» está bien. —Lo dijo sin convencimiento, pero no se le ocurrió otra cosa.

—Como prefieras… Es un buen nombre, casi apropiado. —Rio—. Acércate, olvidemos los nombres; hoy vinimos a otra cosa —dijo la figura y levantó un saco donde algo se movía—. Aquí está el motivo de mi retraso. Hay muchos merodeando por el río, patrullando en busca de ratas. No es fácil engañarlos para atraparlos, y además debía ser negro, ¿no te parece?

—¿Qué es lo que quieres? —replicó Santos, sin moverse del sitio.

Calculaba la altura; aquel tío debía de sacarle una cabeza.

—Tsss, tsss —chasqueó la lengua—. Pregunta equivocada.

—¿Y cuál es la correcta?

—La pregunta correcta es: «¿Qué es lo que quieres tú?», «¿a qué has venido?». —Levantó el saco, y una vida se agitó en él.

—Yo… —titubeó.

—Te vi el otro día, bajo el puente. Te seguí después, no me disculparé, y de otro modo no estaríamos aquí. Déjame decirte algo: creo que disfrutaste tanto como yo.

—Yo…

—Estamos solos. —Alzó los brazos la figura; el saco arrastrado a las alturas sin esfuerzo en uno de ellos—. No tienes que disimular conmigo. Conmigo puedes ser tú mismo. Dime… ¿Disfrutaste? Empieza solo por un sí, ya vendrá el resto; liberarse no es fácil.

Santos inspiró, y la humedad del río inundó sus pulmones. Fue una inspiración honda, seguida de una vaharada fugaz y contenida, como el soplo que apaga una vela de cumpleaños cuando son demasiados los que se cumplen.

—Sí… —dijo al fin, y suspiró, un suspiro que fue la antesala de una sonrisa, nacida en los ojos, que bajó a morir a los labios—. Sí —repitió firme, y hasta envaró el cuerpo. Se masajeó la mejilla bajo la barba sin afeitar con la palma de la mano, y fijó la vista en el saco.

5

Hasta que Santos Sena no dejó la bicicleta apoyada en la pared y se remangó las mangas del cortavientos para enjuagarse las manos y las muñecas bajo el grifo del garaje, no cayó en la cuenta de que había vuelto a su casa en una suerte de teletransportación: no recordaba nada del trayecto. Supuso que había ido siguiendo el carril bici tras salir del parque, pero la escueta verdad es que no lo recordaba. Su mente se había mantenido ocupada reviviendo en bucle el momento en que le abrió el abdomen al gato y las tripas se desparramaron a sus pies. Su cómplice no había colaborado más allá de aportar a la víctima, y el jodido gato se revolvía como si hubiera gastado seis vidas y no le quedaran más en stock…

—Ayúdame, joder. El puto gato me va a desangrar a arañazos.

El gato se revolvía fuera del saco, el cuello aprisionado contra el tronco de un eucalipto, cara a cara víctima y verdugo. En la mano izquierda, Santos sostenía un cuchillo de mango negro y ergonómico. Lo había ganado en una batalla de chorros de agua en la calle del Infierno de una Feria de Abril una década atrás. Era un cuchillo de hoja ancha y curvada y funda de piel —digamos piel, siendo muy generosos— acabada en lazo para pasar el cinturón, que semejaba un cuchillo de caza de saldo. A Santos, que había visto *Rambo* en su juventud, le recordó, al recibirlo de manos del feriante que le entregó el premio, al que lleva el protagonista en la película, y si bien no podía ser el mismo ni de lejos por el tamaño, algún parentesco tenían. La hoja curvada y acabada en punta, el filo de sierra en la parte trasera… Sin saber muy bien por qué razón, Santos lo había guardado durante años, pensando que algún día llegaría la ocasión de utilizarlo —quién sabía, igual en una cacería o matanza de esas a las que lo invitaban de vez en cuando—. Al salir de casa aquella tarde, recordó el cuchillo y supo que la ocasión que había estado esperando había llegado, con la misma claridad que sabía que nunca se debe mear contra el viento y que el sol se pone

por el oeste.

—La práctica hace al maestro —dijo la figura, inmóvil.

—Ya te vale. Vigila al menos…

Una estocada sobre los dedos de su propia mano, como aquel que jugando al billar golpea la bola con el palo apostado entre falanges, y un sonido seco como lo es el de la punta de un cuchillo al pinchar la madera de un tronco tras atravesar músculos y tendones —eso mismo vino a ser— convencieron al gato negro, como negro era su futuro, para aflojar en su rebeldía y dejar caer las patas al son de la gravedad, de pie como estaba sin sustento, y olvidar el arqueo de su columna para ponerse firme ante Santos, aunque firme, lo que se dice firme, estaba lejos de estarlo. De ahí a sostenerlo plácidamente regalándole una sonrisa y abrirle el abdomen con un tajo firme —este sí— desde el cuello a los cuartos traseros no medió mucho más, apenas una mirada a su cómplice, que como él dibujaba esa mueca que deja enseñar los dientes al estirar los labios hacia arriba.

—Ya estamos unidos, tú y yo. Unidos para siempre. A veces la muerte no separa; a veces une, y es un vínculo sagrado —dijo la figura, desdibujando la expresión.

Santos se limitó a asentir, sin saber muy bien cómo interpretar las palabras. Hasta hacía poco, él nunca había sido mucho de cosas sagradas, pensó recordando a Santiago y sus misas de domingo. Tendría que confesarse.

—Aún no sé tu nombre, y tú pareces saber mucho de mí. No me parece que estemos demasiado unidos —recriminó al fin Santos.

—Remediaremos eso entonces. De momento, puedes llamarme «Ángel». «Ángel», a secas. —Sonrió.

Ahora, viendo resbalar la sangre reseca de sus brazos para perderse por el desagüe de la pila del garaje, recordaba cómo apartó los botines para evitar que las vísceras lo mancharan, rememorando por asociación aquella tarde de toros de tiempo atrás. También pensó en Carla, y en lo que le gustaban los animales, y en su aversión a los toros, y pensó en esos animalistas que se pasaban el día reclamando derechos para cualquier cosa que se moviera y cagara. Él no era ni de perros… También recordó aquella tarde de niño, cuando Sultán no paraba de ladrar y él tenía aquel examen tan importante para su padre, y no tuvo más remedio…

Borró la cadena de pensamientos con aquel movimiento de cabeza, ese suyo que parecía buscar un balón para rematar, pero servía para pasar página además de recolocar el flequillo en su sitio, y volvió al gato, y a la última mirada que le había echado antes de morir, cuando perdía peso y las tripas se desparramaban sobre la hojarasca. Según alguna cultura antigua —algo de eso había leído—, cuando matabas a alguien —supuso que un gato podría valer— su alma quedaba en un limbo y te pertenecía hasta tu muerte.

Tonterías. Pero una gozada había sido, eso sí. Tendría que repetir.

—¿Estiraste bien las piernas? —preguntó Carla al verlo cruzar el salón camino a las escaleras y la ducha del dormitorio.

Empotrada en el sillón, seguía leyendo el mismo libro.

—Estupendamente —dijo él sin parar, regalando una sonrisa; al libro, no a ella. Un gato de grandes pupilas amarillas parecía acusarlo desde la cubierta entre las manos de su mujer—. Quizá repita otro día.

Aquel lunes fue muy aburrido, y el martes, casi un encefalograma plano, al menos hasta que recibió la tarjeta.

—Ha llegado otro sobre negro de esos…, Santos —dijo Andrea en un esfuerzo visible por obviar el don.

La voz, metálica y filtrada por el interfono que los comunicaba.

A Santos le pareció que Filípides, aquel guerrero que inventó los maratones sin saberlo al recorrer los cuarenta kilómetros que separaban Maratón de Atenas, debió de sentir la misma impaciencia y ansiedad que sintió él al recorrer la distancia que separaba su mesa de la de la secretaria, al otro lado de la puerta; quizá no tanta.

«¿Jugamos?».

Dos series de seis números y dos letras apuntaban al lugar. Treinta segundos bastaron a Google Earth para señalarlo sobre un mapa.

6

A Marcos Lanza, recién ascendido a subinspector de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado, concretando, en el brazo designado como Policía Nacional, le extrañó que el comisario lo mandara llamar al despacho, pero no entraba en sus funciones desenmarañar la mente de sus superiores. Si algo había aprendido desde que aprobara su primera oposición a policía, era que el jefe siempre tiene razón, que casi nunca la tiene, y que la primera sentencia prevalecía sobre la segunda.

—¿Se te ocurre qué querrá? —preguntó.

Miró a Rodríguez, a su lado, ambos con un pitillo en la mano, a las puertas de la comisaría del distrito centro de Sevilla, en plena Alameda de Hércules, y dejó caer el móvil al bolsillo del pantalón vaquero como el que echa tierra a un saco, y no erraba demasiado en el tiro. Lanza, que vivía de alquiler en un apartamento a tiro de piedra de la comisaría, se había terminado impregnando del aroma bohemio del barrio más alternativo y contracultural de Sevilla, y lucía unos vaqueros a la moda del lugar, de corte amplio y sacos por bolsillos, rematados con botas de media caña y cordones gruesos. Alberto Rodríguez, inspector a secas, sin prefijo, de gustos más clásicos y provincianos, enfundaba su cuerpo serrano —valga la redundancia, pues, aunque era nacido en Sevilla, toda su familia era de Puerto Serrano, provincia de Cádiz— en un traje gris de dos piezas que parecía a medio camino de convertirse al menos en dos y medio o tres. La única duda, llegado el momento —sin duda llegaría—, sería si habría sido por el desgaste y antigüedad del tejido o por el empuje de esa serranía que pugnaba por abrirse paso desde dentro. Ambos policías de paisano a las puertas de una comisaría soltando bocanadas de humo como trenes de otro siglo, alternadas con el vaho espirado de una mañana fría de diciembre, enfundados en sus respectivas prendas de abrigo: Lanza en un chaquetón de Tommy, pescado de saldo en uno de esos *factories* que adornan las

grandes ciudades. «Una pasada, plumas de verdad, de ganso. Da un calor de cojones», decía él cuando tocaba fardar de chaquetón, acompañando las palabras con un gesto de la mano para enseñar el forro interior, donde el dibujo de una pluma cosida sobre el tejido refrendaba sus palabras. Lo de ganso era un adorno teatral que no hacía daño a nadie, pero plumas eran, eso seguro; Rodríguez, bajo un abrigo de paño negro, el cuello levantado al estilo de los clásicos detectives novelescos, donde a todas luces los botones de un costado no habían sido presentados a los ojales del otro (la prominente panza del inspector evitaba cualquier encuentro casual).

—Ni puta idea. Algo se le habrá ocurrido —dijo Rodríguez soltando el humo con las últimas letras, agudizando la voz—. Tú di que sí a todo y listo.

—¿Eso haces tú?

—¿Yo? Qué va. Ya me conoces, lo mío es llevar la contraria, y así me va. Aquí estoy fumando con un subinspector en lugar de hacerlo en un despacho con los pies encima de la mesa, sin ofender. —Acompañó con la mano una mueca que levantó la comisura del labio—. Pero ya me conoces, Markitos, estoy soltero y no soy ambicioso, ni me obligan a serlo.

«Markitos» era el apelativo en comisaría para Marcos Lanza. No es que fuera un tipo especialmente alto o corpulento, pero sí que podía presumir de una altura superior a la media nacional masculina (1,76 metros en 2021), y en algún momento olvidado alguien en la academia lo bautizó como «Marquitos» con cierta psicología inversa y así se quedó el nombre, escalando puestos con él. Lo de la «k» por la «q» había sido cosa suya, como lo del ganso con el chaquetón. Detalles…

—Yo también, y tampoco —replicó Lanza—. ¿Eso qué tiene que ver?

—Si te lo tengo que explicar, quizá deberías dedicarte a otra cosa. —Sonrió Rodríguez y tiró la colilla, de nuevo el humo escapando a la vez que la voz. Costumbres…

—A ver si aprendes a fumar, Rodríguez —dijo Marcos Lanza desviando el tema.

—Y tú a follar —contraatacó probando a pinchar el otro, dándole la espalda y accionando con el movimiento de su cuerpo

serrano las puertas de cristal templado de entrada a la comisaría.

—Tu madre no pien… —Lanza dejó la frase a medias.

Era inútil: Rodríguez ya no escuchaba. Como un buen esgrimista, se había retirado al dar la última estocada. Lanzó la colilla de manera que trazó un arco al vuelo con un movimiento del dedo medio contra el pulgar a modo de catapulta y siguió los pasos de su mentor en aquel submundo policial.

Dos toques de nudillos y el «pase» de una voz tan ronca como autoritaria que atravesó una puerta cerrada al estilo de los fantasmas clásicos, actuaron como preámbulo para que Marcos Lanza mirara a la cara al comisario, parapetado tras la mesa repleta de papeles y carpetas de su despacho.

Sin más preámbulo que el anterior, el comisario rebuscó con seguridad entre las carpetas y levantó una entre tantas. Una poco abultada, advirtió Marcos por comparación, al observar el conjunto. El comisario señaló con la mano una silla que había tras la mesa, invitando a Marcos a sentarse, y soltó la carpeta en la orilla contraria, en el lado del subinspector.

—No le robaré mucho tiempo, pero, si quiere sentarse…

Marcos, a medio camino de la silla, amagó el gesto con disimulo, redirigió el movimiento hacia la carpeta, y se quedó de pie.

—No hará falta, comisario. Me gusta estar de pie.

Antonio Aranda, comisario por méritos propios y ajenos y experto en tejemanejes políticos y regates de despacho, levantó la vista y la fijó en Marcos Lanza, evaluando el cariz del comentario, sopesando si al subinspector le gustaba estar de pie realmente, si había soltado la frase por simple cortesía y ganas de irse, o si la sonrisa que delataban los labios escondía un aspecto emparentado con la ironía. Marcos sostuvo la mirada, hierático a excepción de la sonrisa congelada, en su papel.

—¿No será usted un gracioso de esos, no, Marcos?

—No lo creo, comisario.

—Mejor. —Levantó las cejas el jefe, relajó la espalda y se apoyó sobre el respaldo de cuero del sillón con ruedas que lo sostenía—. Échele un vistazo a eso. En su mesa. —Detuvo el gesto de Marcos al ir a abrir la carpeta—. No es nada serio, espero, pero es un caso, y con algo hay que estrenarse como subinspector. Además, tengo a gente detrás pinchando. Los putos animalistas no tienen nada mejor

que hacer, y me están dando la vara. ¿No será usted uno de esos veganos defensores de los animales, no, Marcos?

Marcos no sabía aún a qué venía aquello, y optó por decir simplemente la verdad.

—No, comisario. Muero por un entrecot de angus al punto, siempre que lo pague otro, y no tengo ni pecera. —Se abstuvo, no obstante, de comentar al comisario que cuando acordó con Eva compartir el mismo hogar, con ella había llegado Carbón, su gato.

Antonio Aranda lo estudió de nuevo, y la escena se repitió con idéntico resultado.

—Me cae bien, Lanza. Si logra controlar ese deje suyo y esa sonrisilla, quizá llegue usted lejos.

—No lo creo, señor. Quiero decir que no creo que los controle. —Sonrió abiertamente Marcos, enseñando los dientes.

Antonio Aranda fue menos prudente, y encajó el golpe con una carcajada sincera y corta, con la que zanjó el asunto.

—Póngase al día y me cuenta. Sin prisa, pero sin pausa. A la mujer de uno que no le importa pero que está tan encima de mí como yo de usted, no le gustan los chuletones ni en la mesa de enfrente, y tiene dos perros y un canario, y no descarto un hámster. Además, estas cosas que empiezan así a lo tonto acostumbran a terminar mal si no se cogen a tiempo, se lo digo yo, que por algo he llegado aquí, y lo que menos quiero es un jaleo televisado por un periodista falto de noticias. Al lío… Ah, y te llevas a Rodríguez contigo de carabina —pasó al tuteo Aranda, ascendiendo al fin a Marcos en su cabeza—, un par de días, no más, que le dé el aire.

El gesto de desdén de la mano, como religioso que adelanta la extremidad para que se la besen, pero moviendo los dedos, dio a Marcos la seguridad de que lo echaban de aquel despacho tanto como las luces del cine cuando se encienden tras la película te invitan a abandonar la sala. No fue hasta que estuvo en su mesa e hizo lo que le había dictado el comisario y echó un vistazo al caso, si es que eso era un caso, que le entraron ganas de volver sobre sus pasos, cosa que no hizo. Si algo no era Marcos Lanza, alias Markitos, era tonto. Y la primera regla del subinspector recién ascendido era no cabrear al comisario; la segunda, cagarse en sus muertos por lo bajini.

«Ahh, si te hace falta, tiras de Rodríguez. Total, se va a tocar los

cojones igual».

—¿Seguro que esas fueron sus palabras? —Rodríguez preguntaba con una sonrisa estampada en la cara, el cuerpo despatarrado en el asiento del copiloto, el botón casado con el ojal de la camisa en la cúspide de la panza casi rozando la guantera, los faldones de la chaqueta enemistados, como siempre; el rollo del cinturón de seguridad exponiendo a la luz tibia del sol de diciembre segmentos nunca vistos, rodeando a Rodríguez en todo su esplendor.

—Tal cual: «Tira de Rodríguez para empezar. Sabe latín. Dile que serán solo unos días, hasta que te habitúes. Fíjate en su método, no en sus palabras, que es muy malhablado».

Marcos reconocía que había adornado un poco el discurso, y hasta pensaba que se podría arrepentir de arrastrar consigo a Rodríguez más antes que después, pero había actuado llevado por la ira al ver el meollo del asunto en el expediente: un puñado de gatos muertos desperdigados por la ciudad, algunos decapitados, otros abiertos en canal. —*Porca miseria*, que le diría Eva más tarde, ya le parecía verla—. El que había provocado que hubiera caso era el tercero, que se supiera, en la lista provisional que conformaban los que se habían descubierto. Un degenerado asesino de gatos que andaba desbocado liquidando felinos negros a lo largo y ancho de Sevilla había aprovechado el mismo escenario que un sonado suicida pocos años atrás[3], y había copiado el *modus operandi*, si se podía llamar así al último acto de uno de estos, que venía por costumbre a coincidir con el primero. El caso es que el gato había aparecido colgado del ciprés de los pantanos del monumento a Bécquer, y eso había despertado las alarmas de los más avispados tocapelotas con título de periodista. El asunto aún no levantaba revuelo, pero a Marcos le parecía que al comisario no le faltaba razón cuando apuntaba a que podía estallar en cualquier momento. Solo hacía falta un pequeño salto —apenas un pasito largo— al panorama nacional. Marcos apostaba por Telecinco, más temprano que tarde. Eran expertos en rellenar los informativos con los últimos vídeos de YouTube de cualquier rincón del planeta: un mono que robaba un bolso en Nueva Delhi; un pastor afroamericano que bautizaba con agua hirviendo para intensificar la purificación en Alabama; un… Que saliera un gato negro ahorcado en el parque de

María Luisa de Sevilla con el busto de Bécquer de fondo podía resultar hasta interesante. ¿No era el poeta sevillano el que tenía un relato de gatos negros que ponía los pelos de punta, o era Poe?

—Hijo de puta —atajó Rodríguez—. Tiene hasta gracia, el cabrón.

El inspector echaba un ojo al expediente en su asiento; Marcos lo observaba de medio lado, conduciendo un Citroën C4 sin marcas, camino a la empresa que gestionaba la limpieza del parque. La cosa había seguido el curso natural; a saber:

A la pareja de currantes vestidos de amarillo que había descubierto el gato colgado junto a Bécquer le había faltado tiempo para tirar a un lado el recogedor y el rastrillo y hacerle un reportaje fotográfico al minino, subiéndolo, con la velocidad de un fotón cabreado, a un chat interno de trabajadores de la empresa. La mejor foto fue una donde los dos compadres custodiaban al gato, uno a cada lado, alzados sobre el mármol que rodea al ciprés para quedar a la altura del ahorcado, con el índice apuntando al fenecido y los dientes al aire. Lo de los dientes era por triplicado, porque además de Paco y Manuel, que así bautizaron a la pareja en su día, el gato, obligado por la soga en torno al cuello y el pedrusco atado a los cuartos traseros que lo estiraba como un chicle usado, aparecía contrayendo las fauces y dejando a la vista sus pequeñas piezas dentales, y regalaba una mueca casi cómica, y maldita la gracia que le hacía, pues parecía haber sido su séptima vida.

De ahí a que algún que otro compañero saltara comentando que habían recogido otro gato en tal sitio días antes, pero que no había dicho nada por no complicarse, medió poco tiempo; y a que un siguiente apostara por lo mismo en otro punto, y otros dos o tres de ellos o ellas más saltaran con el mismo cuento, no medió mucho más. Alguno con más seso que vergüenza se saltó la barrera del chat interno de WhatsApp para avisar a alguien con más responsabilidad que ganas de guasa, y aquel alguien, movido seguramente por esa gran fuerza que mueve al mundo, como es la de quitarse responsabilidades de encima y echárselas a otro, acabó avisando al 112. Desde este punto a que el asunto acabara en manos de Marcos Lanza solo hubo un par de casualidades de esas que llaman de la vida y otra ración más de esa misma gran fuerza que rivaliza en secreto con la de la gravedad en el top del *ranking* de la influencia

sobre la raza humana.

—Hay que joderse. A estas alturas, salvando gatos —volvió a la carga Rodríguez—. ¿Para eso no están las putas protectoras, los bomberos y las viejas?

—Abróchate la chaqueta, Rodri, que hace fresquete —apuntó Marcos bajándose del Citroën frente a la puerta de las oficinas de Lipasam[4] de Los Príncipes, junto al homónimo parque de los Príncipes.

El último gato había aparecido descabezado en el susodicho parque. El asesino de gatos —a estas alturas aún no tenía nombre oficial; más tarde, con algo de coba por parte de algún redactor con ganas de dar la nota en busca de notoriedad, sería bautizado como «Superratón»— parecía tener predilección por la naturaleza, y frecuentaba los parques. Colgado de un pequeño puente sobre un estanque, bocabajo y destripado, apenas balanceado por el viento de la mañana como péndulo desganado, el cuerpo al aire y la cabeza escondida como si buscara peces bajo el agua, el gato parecía digno de ser expuesto en la sala central de cualquier galería de arte moderna. Solo al levantarlo descubrieron la falta de la cabeza, que había aparecido algo antes, aunque no se ataron cabos hasta después, ensartada como manzana de Guillermo Tell sobre una de las múltiples puntas del enrejado que rodea el parque, para darle el susto del mes a Eugenia, que, arrastrando sus casi ochenta años a modo de pesados eslabones de la vida, las pantuflas de andar por casa y una bolsa repleta de pan duro, estrenaba el parque madrugando los días impares de todo el año con un margen de error generoso, si la lluvia y los huesos lo permitían, para dar de comer a las palomas.

—Tus muertos más frescos, Mari Pili. Respeta a tu superior, cojones. —Al inspector Rodríguez no le agradaba demasiado que le recordaran la dieta que no seguía—. Si no respetan los culos, ¿van a respetar los rangos? —pinchó.

—¿Quieres…? —Marcos hizo amago de cederle el paso, una de cal y otra de arena.

—No, adelántate tú, por listo. Yo me voy a fumar un pitillo; ahora iré —ordenó Rodríguez ajustándose el cinturón, invisible bajo la reserva de grasa que calentaba el ombligo.

La intención era simple: rescatar el cadáver de la última víctima

e intentar tirar del hilo. La secuencia en los casos anteriores había discurrido de manera muy parecida, y era casi digna de incluirse en un estudio general del comportamiento humano en situaciones similares. Excepto el último gato, excluido de la estadística solo porque no había habido tiempo material, el resto había acabado de la misma forma: desaparecidos. Traducido: en el vertedero, como basura orgánica, puestos a reciclar. Eso aún no lo sabían Lanza y Rodríguez, pero lo sabrían días más tarde.

La secuencia incluía un empleado —o dos— de limpieza de calles que encontraba un cadáver de gato con visibles signos de maltrato con saña; también incluía en un cincuenta por ciento de los casos el traslado del animal a dependencias municipales y aviso al servicio municipal de recogida de animales. El otro cincuenta por ciento —gato arriba, gato abajo—, de carácter más pragmático y resolutivo, había optado por hacer la vista gorda y engordar el bombo de basura, es decir, por no ver al gato, básicamente. Siguiendo la senda de los gatos vistos y trasladados, el porcentaje volvía a subir hasta el cien por cien. En todos los casos el cuerpo del animal había rodado en la oficina de turno alrededor de veinticuatro horas esperando la recogida del servicio municipal de animales en una caja de cartón, y, ante la falta de recogida, de servicio municipal o de los cojones bien puestos de la desidia, había terminado desapareciendo en algún bombo de basura anónimo por arte y gracia de una mano igualmente anónima. En definitiva, todos los gatos habían terminado, por el camino corto o el largo, en un bombo de basura sin identificar; en definitiva, no había gatos, y solo se supo todo —a mes vencido, como el cobro de comisiones legales— por la enorme facilidad que tienen los seres humanos para hablar más de la cuenta cuando no deben hacerlo, máxime cuando es por escrito y WhatsApp mediante.

—Vengo a recoger al difunto —contestó Marcos a una señorita con la amabilidad pintada en la cara, que no en la voz, cuando le preguntó, apoltronada tras un mostrador como centinela a las puertas del castillo y con las mismas ganas de complacerlo que una gacela a un león, si podía ayudarlo en algo.

Tras Marcos, dejando entrever la oronda silueta de Rodríguez, las puertas de cristal templado al ácido se buscaron para encontrarse de nuevo por arte de magia —y de los sensores—, como

aquel mar antiguo donde se despedían judíos y egipcios, después de dar paso al pequeño Moisés del siglo XXI que interpretaba en este caso el subinspector.

Marcos tenía su guasa a veces, y no le había gustado del todo el tono de Luisa; atendiendo al nombre que anunciaba la tarjeta prendida a la blusa con un imperdible, la mujer respondía por Luisa.

—¿Cómo dice? —titubeó Luisa.

Marcos dejó reposar las palabras, disfrutando del cambio de tono y la confusión unos segundos.

—El gato, vaya. Subinspector Lanza, Policía Nacional. —Enseñó Marcos su placa, enfundada en una carterita de cuero al estilo tradicional. A resaltar, el acto de abrir la cartera con un movimiento de dedos experto, «nivel Dios». Marcos estaba seguro de que todos los policías practicaban con su cartera y su placa cuando por fin se la ganaban, igual que practicaban el tiro con la pistola. Lo primero, eso sí, en secreto y frente a un espejo. Él lo había hecho en su momento, aunque no lo admitiría ni bajo tortura—. Digo «difunto» porque ese que está ahí fuera —señaló, con el dedo y un pequeño demonio travieso sentado al hombro, a la figura desdibujada de Rodríguez, aún en el exterior echando humo— es animalista de esos acérrimos, y no vea usted cómo se pone si no se trata a los bichos con la parafernalia adecuada. Creía que me mataba esta mañana; valiente gilipollas. Ya tengo ganas de perderlo de vista.

La señorita desapareció instando a Marcos a esperar, y ya volvía con una caja de cartón a cuestas desandando metros por un pasillo largo hasta cansar cuando Rodríguez entró, tras apurar el pitillo, a resguardarse de la humedad de la mañana. Luisa, casi imperceptiblemente, se irguió en el andar, y se diría que incluso se recolocó la caja de cartón en las manos, aferrándola con decisión. Todo esto pudo ser solo una sensación de Marcos, o no. Luisa, plantándose ante la pareja con solemnidad, estiró los brazos para depositar la caja en los de Rodríguez, que no tuvo más remedio que aceptar el paquete a desgana.

—Dentro reposa el difunto —dijo ella, que nunca fue la más lista de la clase—. Lo acompaño en el sentimiento.

—¿Qué…? —La confusión jugaba con los músculos de la cara de Rodríguez, estirando las cejas y la comisura del labio hacia arriba.

Marcos no dio tiempo a más:

—Muchas gracias, Luisa. Ha sido usted muy eficiente; ojalá todos trabajaran igual. Buenos días.

Dicho esto, arrastró a Rodríguez del brazo acelerando la escena, y el «gracias» de Luisa, que se sentó en el sillón algo más recta que de costumbre el resto de la mañana y atendió a los visitantes con más elegancia y amabilidad de lo habitual, se escuchó de espaldas, el mar de cristal abierto de nuevo.

—¿Esta tía estaba zumbada o qué? —dijo Rodríguez tras dejar al difunto en el maletero y dejarse caer literalmente en el sillón del copiloto—. ¿Y para qué me da la caja del puto gato a mí, si estabas tú? Será…

—Le habrás gustado. ¿Hablaste con el forense? —cambió de tercio Marcos, reprimiendo la carcajada que pugnaba por la libertad.

—Nos está esperando, aunque ya me dijo que perdemos el tiempo. Tira…

Una semana mal contada tardó Marcos en revelarle a Rodríguez los secretos tras la cámara de aquella mañana, cervezas y risas mediante.

7

Santos Sena daba un sorbo al café con leche de mala gana. Templado; templado no es caliente, y se había molestado en pedirlo caliente expresamente.

Le había pedido al camarero imberbe que lo atendió un café con leche muy caliente y media tostada con mantequilla. El camarero había movido el boli sobre una libreta como si anotara el pedido en letras góticas con inicial adornada incluida, y, total, para nada. El café, en una taza más propia para lavarse los pies que para un café, había llegado templado, y la margarina se vistió de mantequilla. Solo faltaba que se lo cobraran como si estuviera en plena Piazza San Marco en Venecia.

«Camareros de quita y pon». Santos prefería los camareros viejos, de oficio y cara adusta, de «caballero» en la boca y «gracias a usted». Cada vez quedaban menos. Aquel sitio era de esos, pero siempre había una china entre las lentejas.

Todo se desvaneció cuando vio aparecer a Ángel por la puerta del bar Citroën. Su figura elegante, tan alta y tan negra como recordaba, lo hizo inspirar satisfecho. Pasos firmes como cruces de cementerios lo asistieron hasta Santos. Se sentó frente a él, ahuecando la falda del gabán, que, negro como ceniza de volcán en una noche sin luna, parecía absorber la luz para no dejarla escapar.

—Tienes los zapatos sucios —soltó por saludo Ángel.

Bajo la mesa, las suelas de las botas de Santos rebosaban barro reseco a los costados, adornándolos como la puntilla de los huevos bien fritos.

—Ayer llovió. Tuve la precaución de comprar unas botas un par de números más del que calzo. Después me desharé de ellas. Lo vi en una película; tengo las punteras rellenas de periódico. Es incómodo pero efectivo. Aun así, fue arriesgado, no veo la necesidad. ¿Tan importante era el sitio?

—Cualquiera puede matar gatos, ¿no crees? El quid está en el

cómo. La parafernalia, el atrezo, esa es la cuestión. Toda obra debe tener un sentido, un fin, o parecerlo.

El último gato esperaba aún ser descubierto. Apenas las ocho de la mañana, el parque de María Luisa aún no había abierto sus puertas, y, como criminal que busca recrearse en la escena del crimen a modo de espectador, como cocinero que se sienta a la mesa a degustar su propia receta, la idea consistía en presenciar de primera mano el alcance de su obra.

—¿Cómo te ha quedado? —inquirió Ángel levantando una ceja, buscando la intimidad y acercando el semblante a Santos por encima de la mesa.

Santos sonrió. Esta vez había actuado solo por primera vez, y le parecía que había estado a la altura, como alumno aventajado.

—Espectacular. La idea de las palomas fue… brillante. Sin embargo… —Santos dudó, sopesando sus propios pensamientos.

—Sin embargo, quieres más —atajó Ángel, fijando sus ojos negros en él—. Lo veo.

El silencio se sentó a la mesa unos segundos, obviando al resto del bar, donde clientes y camareros parecían no reparar en él y movían bocas, arrastraban sillas y daban meneos a la máquina de café como si tirarla al suelo al encastrar los portafiltros fuera un reto. El sonido del vaporizador sumergido en la leche buscando el punto de ebullición fue lo que sacó a Santos del pequeño trance.

Ángel tenía razón, como siempre. Quería más. Los gatos estaban bien, el espectáculo estaba bien…, pero no eran más que gatos.

—¿Tú lo hiciste alguna vez? —preguntó sin mencionar lo que ambos entendían. Fue Ángel el que sonrió esta vez, acercando aún más su cara a la de Santos, casi postrado hasta absorber el aroma de su café ya frío. No dijo nada. Solo asintió—. ¿Cuántas?

—Más de las que imaginas —contestó Ángel, aunque no era verdad. Su especialidad era otra.

—¿Y cómo es? —Esta vez fue Santos el que se acercó, semejando dos amantes que robaban unos minutos en un café.

Los ojos de Ángel sonrieron en un semblante hierático.

—Mejor de lo que imaginas.

Un coche de policía pasó a toda prisa, repartiendo destellos de luces estroboscópicas como flechazos por los rincones de aquel bar tan escaso de ellos como redondo. En la calma que precede a la

tormenta que simulan las grandes ciudades los días de diario apenas pasadas las siete de la mañana, aún sin el atasco ordenado de coches y adultos en busca del jornal, y autobuses y niños en busca de educación tres cafés más tarde, el policía al volante no creyó necesario conectar la sirena a su paso en dirección a la plaza de España, buscando una de las entradas al parque de María Luisa, con toda probabilidad con destino al parque de las Palomas, como se conoce la pequeña plaza dentro del recinto del María Luisa, que concentra, cuando el sol se eleva horas más tarde, un gran núcleo de palomas y puestos ambulantes de grano dispuesto para alimentarlas, turistas, cámaras de fotos y niños mediante.

Como un verdugo discordante ante sus habituales víctimas, un gato clavado en cruz al suelo como si marcara el lugar del tesoro, mirando sin mirar al cielo, sacrificio de una religión oscura, destripado y abierto en canal, esperaba la marea de fotos, cintas policiales y, sobre todo, al verdadero verdugo, que tras apurar un café frío y depositar la taza sobre la pequeña mesa redonda del bar Citroën, se levantó acompañando una mirada a la taza con una mueca de asco.

—Empieza la fiesta —dijo Santos enseñando los dientes—. ¿Me acompañas?

Ángel, cómo no, se levantó, presumiendo de figura ante los transeúntes del bar. Curiosamente, nadie reparó en él; casi nadie. Solo un mendigo de los de cartón de vino barato, carrito de supermercado y manta de pulgas al que apadrinaban los clientes asiduos invitándolo a café cada mañana pareció fijarse en él desde su rincón, en él y en su altura y su gabán negro. Ángel, al notar el peso de su mirada, hizo el gesto de levantarse un sombrero que no llevaba, saludándolo con afectación antes de seguir los pasos de Santos en busca de la humedad de la mañana, y de un gato entre palomas despreocupadas.

Y sonrió.

Amadeo Carrasco, pues tal era el nombre de aquel emigrante español en su juventud que había vuelto con el rabo entre las piernas para acabar afincado en su país —afincado era un decir— y que había conocido días más jóvenes, más felices y más hippies, no sonrió. Dio un sorbo a un café negro y, escondido en una taza que le calentaba las manos, quizá para intentar aplacar el estremecimiento

repentino, bajó la cabeza y desvió la vista de la figura negra que abandonaba el bar, sin saber que el futuro le reservaba un papel protagonista en lo que entonces todavía era una historia de gatos.

De aquellos otros dos protagonistas que salían del bar, uno aún se bañaba en la misma ignorancia que Amadeo. El otro sí; el otro sí que lo sabía.

8

—¡No me jodas!

—Puedes estar tranquilo, Gazo, no se me ocurriría.

«Gazo» era casi el nombre oficial de Rodríguez. Él lo aceptaba y se dejaba, y en secreto hasta le gustaba; por supuesto, no regalaba la impresión, pero le gustaba. También respondía por «Rodri» a veces, pero no sin levantar una ceja. De «Alberto» nadie se acordaba, excepto el comisario.

Su madre quizá tuviera algo que decir al respecto, pero no podía hacerlo ya, y Alberto Rodríguez, alias Rodri algunas veces, Gazo las más de ellas, era el inspector más voluminoso del Cuerpo Nacional de Policía de Sevilla, o al menos de su comisaría. Quién había sido el primero que había transformado el apellido para adaptarlo a su anatomía era un misterio que había quedado enterrado con los años y el olvido, pero lo cierto era que «Rodrigazo» se adecuaba al cuerpo de Rodríguez como anillo al hobbit. Cuatro sílabas son demasiadas para más de una cosa, y el apelativo acabó reducido a «Gazo» con el tiempo y la economía, y como «Gazo» se quedó extraoficialmente, que es cosa que suele llevarse mucho en el oficio. En ese libro de los récords no impreso, no se encuentra profesión alguna con más oficiales y aún más asuntos extraoficiales al mismo tiempo. Respecto al inspector, se podía apostar sin miedo a que no todos en la comisaría sabían que «Gazo» no era un apellido, sino un mote.

Soltero, que no entero, de tez morena y barba recortada hasta dejar asomar una perilla que no acababa de cuajar, cabello ralo y raspado, la voz redonda y el cuerpo a juego, el porte aseado, los movimientos prestos y los pies demasiado menudos para tal derroche de carne. Rodrigazo. A sus cincuenta y muchos no había habido mujer que lo aguantara más de un par de años —ni a él ni a su amor por la profesión—, ni él había sabido, o había querido, aguantar a ninguna. A estas alturas, estaba cómodo en su soledad

buscada, y las costumbres estaban para mantenerlas, como él mismo apuntaba cuando le preguntaban. Cojeando más de la derecha que de la izquierda, otra de las razones que nunca confesaría —por absurda y personal— era la puta coincidencia de que su nombre, el original impuesto por antigüedad, maternidad y registro, coincidía con el de un tipo de la izquierda que él acusaba de radical, que a la sazón había terminado llegando al hemiciclo donde se discutían los derroteros de la nación y al que Alberto Rodríguez el inspector, alias Gazo, no podía ver ni en pintura. Le caía gordo, que se dice, y eso era algo que solía ser cosa suya —en todos los sentidos—, y no de otros, y hasta eso le sisaba el personaje.

—Ni un puto cigarro con un café de máquina deja fumarse tranquilo el *hijoputa* ese —contestó Gazo, tras escuchar a Marcos.

Con *hijoputa* se refería a Superratón, como ya lo llamaban en la calle, y no era otro que el cabrón matagatos. Marcos, aprovechando el momento para sacar otro pitillo y acompañarlo, había salido a la puerta a buscarlo para darle las buenas nuevas, recién llegadas a comisaría y, por ende, a él, como adjunto designado para desentrañar el caso: otro gato a sumar a la lista. Y tras las noticias, aguando el café y el cigarro del inspector, el deber los arrastraba hasta el escenario del crimen. Esta vez el parque de las Palomas, dentro del gran parque de María Luisa, donde ya había actuado antes. El tipo buscaba notoriedad, y se gustaba a sí mismo, al elegir lugares cada vez más relevantes y mejorar la puesta en escena, si podía decirse así. El policía con el que había hablado decía que la cosa le recordaba al tipo ese de *Juego de tronos* que disfrutaba desollando a sus presos sobre una cruz en forma de aspa. No recordaba el nombre, pero el gato estaba clavado al suelo formando un aspa y tan abierto como un kiosco de prensa en domingo, enseñando todas sus cositas. Marcos recordaba la serie, y hasta el escudo de armas de la casa Bolton.

—Ramsay Bolton —le había dicho entonces.

—Sí, ese mismo. Pudo haber sido él, inspector. Ya le digo yo que pudo haber sido él —había contestado el otro.

—«Subinspector» —corrigió Marcos al agente al teléfono—. Vamos para allá. Que no se acerque nadie.

Todo esto no se lo reprodujo palabra por palabra Marcos a

Rodríguez. En lugar de ello, se limitó a contestar a su protesta:

—Hay allí una unidad, y ya está la zona delimitada, pero, cuanto antes terminemos con esto y desmontemos el circo, mejor. Dentro de nada habrá allí curiosos como para invadir Portugal a palo seco.

—¿Quién tuvo el honor de descubrirlo?

—Hubo suerte. De nuevo los de Lipasam, cuando repasaban el parque antes de abrir, pero esta vez estaban prevenidos, y no han tocado nada. Se limitaron a llamar.

El cigarro de Gazo murió apurado y aplastado en un cenicero relleno de tierra que semejaba un cagadero de gatos sobre un pedestal junto a la puerta, zanjando el tema.

—¿Y a qué esperamos, cojones? Tira eso y vamos; no perdamos el tiempo —contestó Gazo, y entró a comisaría en busca de las llaves y el abrigo—. Los ascienden a subinspectores y se creen coroneles. Los gatos sevillanos nos necesitan…

Lo inevitable es simplemente inevitable; no es necesario ser Descartes para discernir esto. Siguiendo este principio inapelable, el parque de las Palomas parecía un circo sin carpa cuando Markitos y Gazo llegaron, si nos atenemos a sus nombres artísticos para encajarlos mejor en el conjunto. Estaba el escenario (el recinto encintado por la policía que circunscribía al propio parque); estaban los payasos (media docena de policías uniformados entretenían al personal con sus movimientos y directrices a los curiosos); estaba por supuesto la estrella invitada (el gato anclado al suelo de albero marcando una cruz en el suelo); y sobre todo estaba el público. ¿Qué es un circo sin público? Una riada de gente que engrosaba por momentos discurría en torno a la cinta policial semejando un río, un hormiguero humano, una cola de atracción de Disney, un cordón solidario sin motivo que reclamar, y se acumulaba ociosa, intentando ganar la cinta y un cachito de primera fila.

—¡Su puta madre! ¿Es que la gente no tiene nada que hacer? —exclamó Gazo sacando su cuerpo del coche con un arreón del brazo derecho, que cumplió el cometido anclándose en el techo que marcaba el contorno superior de la puerta.

—¿Nadie te ha dicho nunca que tienes una boca muy sucia, Gazo?

—Tu madre, muchas veces, pero le gusta. —Sonrió Gazo.

—¿Y que pareces un crío con las bromitas de madres te lo dice alguien? Yo es por tu bien, más que nada.

—Por mi bien invítame a una cerveza luego. Eso lo cura todo. —Se adelantó levantando la voz al frente y alcanzó la cinta policial, donde un agente ya los identificaba y la levantaba—. ¿Verdad, Márquez? Gracias. —Le dio una palmada en el lado izquierdo del pecho a modo de saludo—. A ese cóbrale la entrada, que siempre se cuela —bromeó señalando a Marcos.

—Lo que usted diga, inspector. —Márquez, que había aprobado la oposición justito en su momento y guardaba el sentido del humor bajo llave, acompañó las palabras bajando la cinta. Marcos, retrasado un par de pasos, se vio obligado a sacar su placa, negando con la cabeza a desgana—. Lo siento, subinspector, creí…

Márquez recibió tres palmadas más, esta vez sobre el hombro y regaladas por Marcos al paso. Aun justo en las oposiciones, las interpretó a la perfección, a palabra por palmada: «no tiene importancia».

El examen ocular resultó más interesante de lo esperado, tratándose de un gato.

El sujeto miraba al cielo con ojos de gato muerto, las extremidades delanteras separadas y extendidas como si celebrara un gol; las traseras en idéntica posición, en su lugar correspondiente. Por lo demás, casi nada estaba en su sitio. Desde la base del cuello al rabo, un tajo firme había abierto al animal en dos. El interior aparecía como un bolso de mano en el que buscaron el mechero sin acabar de encontrarlo, y el corazón descansaba a un lado del cuerpo, empanado de albero, como una albóndiga a punto para freír.

—Animalito… Y me refiero al que lo hizo —dijo Gazo—. ¿Le vas a echar un vistazo? Tú eres el subinspector; yo vengo de padrino.

—A eso vinimos, ¿no? —contestó Marcos, agachándose a la vez que se alzaba el cuello del jersey para taparse la boca. Fue un gesto instintivo—. Un gato —añadió—. Un gato con mala suerte. Negro, como el resto.

—¿No vas a examinarlo o algo? En las películas siempre hacen eso. Es lo mínimo. ¿No has visto Seven? Peliculón. No sé, busca pistas. Un mensaje de una secta del demonio o algo así… —Gazo disfrutaba.

—Claro. —Marcos intentaba aguantar la bilis en su lugar correspondiente, por llevar la contraria y guardar algo del orden que faltaba ante sus ojos. Sacó unos guantes del bolsillo interior de la chaqueta y se los puso, sintiendo que faltaba algo. Tenía que tocar.

—Toma. —Le alcanzó Gazo un lápiz pequeño.

—¿Un lápiz del Ikea?

—Trucos de un inspector experimentado. Cada vez que voy birlo unos cuantos. Sirven para revolver gatos por dentro en busca de pistas y después desecharlos, y salen más baratos que los típicos bolis que sacan en las pelis.

El sol ya despuntaba, pero la niebla de la mañana que rondaba la proximidad del río se empeñaba en esconderlo. Marcos alumbró al animal con la pequeña linterna led en una mano y el lápiz en la otra, incapaz de sostener el cuello del jersey sobre la boca. El haz de luz proyectó un mapa de carreteras improvisadas sobre el cuerpo, hasta llegar a destino.

—Un… Un momento. —Se acercó al animal. Algo había atraído su atención, tanto como para guardarse los remilgos en un bolsillo para otra ocasión—. Tiene algo en la boca.

—No me jodas. —Se acercó también Gazo—. ¿Como en las películas?

Marcos sujetó la linterna con la boca y sintió el metal entre los dientes con una sensación desagradable, abrió un poco más la del gato con la ayuda de las dos manos y el cuidado de no arañarse con aquellos pequeños dientecillos —no sabía de gatos ni de enfermedades felinas, pero no quería coger ningún bicho de esos microscópicos que acaban complicándote la vida— y hurgó con la parte trasera del corto lápiz, arrastrando hacia afuera lo que parecía un trozo de papel enrollado.

—Si como experimentado inspector aceptas el consejo de un humilde subinspector recién ascendido, olvídate del Ikea y céntrate en los restaurantes chinos. Los palillos dan más juego que la mierda de lápices estos… Joder —emuló la típica entradilla de Gazo—, parece un trozo de papel enrollado.

Con cuidado de no estropear nada, lo apoyó sobre una bolsa de plástico de pruebas que Gazo se había apresurado a colocar en el suelo a modo de mesa de trabajo y se dispuso a desenrollar el papel

con nervios de cirujano y la ayuda de un segundo lápiz de Ikea, cortesía del inspector.

No era solo papel. El loco que había orquestado aquello se había tomado la molestia de plastificarlo con una tira de celofán por cada lado, para evitar que el trozo de papel o lo que aparecía escrito en el mismo se deterioraran en la garganta del animal.

El hallazgo se mantuvo derecho unos segundos, antes de volver a enrollarse por inercia al flaquear uno de los lápices en el empeño de mantenerlo estirado y legible.

—¿Viste? —preguntó Marcos.

Gazo se irguió a tiempo y evitó que la coronilla de Marcos lo dejara sin dientes al ganar altura.

Lo había visto. Lo que no había es entendido nada.

—Yo vi un círculo. Un cero. ¿Qué te pareció a ti?

—Yo vi una «O». Supongo que soy más de letras.

—Hay que joderse —maldijo Gazo—. Si esto va a ser algo de esas mierdas bíblicas que se ven en Seven, me pido Brad Pitt. Tú puedes ser el negro.

—Gracias. Si no recuerdo mal es el que acabó mejor. ¿Y ahora qué?

En torno a la pareja, el asunto del circo, y sobre todo su público, ya tenían visos y entidad propia como para merecer ser televisados, y un par de tipos con micrófono y cámara, con chaquetones donde resaltaba el logotipo de Canal Sur, jugaban a los reportajes con el parque de las Palomas de fondo y Marcos y Gazo como simple atrezo circunstancial, de momento. Subinspector e inspector echaron una mirada sombría en derredor.

—Joder. Ahora más valdrá no cagarla. Llama a los de las fotos y los conitos numerados, no vaya a ser que acabemos echándolos de menos. Esto tiene pinta de ir a empeorar… Si eso de ahí es un número, el cero no es de los malos. Pero, si tienes razón y es una letra, y el tipo, la secta, o la madre que la parió tiene algo que decir, la cosa puede alargarse un pelín. Y un gato es un gato, pero ya llevamos unos cuantos, y con los gatos muertos pasa como con las hostias en la cara a mano abierta. Una duele, pero se aguanta con dignidad; en cambio, con cuatro o cinco ya se te empieza a poner la cara como un pimiento morrón. Más…, joder, no sé si alguien habrá muerto a *guantás* alguna vez, pero apuesto a que se

puede.

9

Santos y Ángel contemplaban como leones entre el trigo, que no guardianes entre el centeno [5], a la pareja de policías que rodeaban al gato negro. Tras la cinta policial, disfrutaban del espectáculo disimulados entre el público congregado. Santos, inadvertido entre los *runners* mañaneros, los turistas madrugadores, los jubilados amantes de los paseos matutinos y los parques y los que, sin nada mejor que hacer, se habían acercado al olor de la multitud congregada: los curiosos. Ángel, sin embargo, llamaba un poco la atención: con su atuendo negro y su altura sobresaliente entre la muchedumbre, casi semejaba el religioso de un colegio de pago que llevara de excursión a la clase.

Los policías conversaban agachados junto al cadáver. El más joven, en cuclillas; el viejo, encorvado sobre el primero. Parecían hurgar en la boca del animal.

—Parece que buscan algo. ¿Hiciste lo que te dije? —cuchicheó Ángel.

—¿Dudas de mí? Claro que lo metí. En las novelas y películas siempre hacen algo parecido; me pareció genial, pero me gustaría una explicación detallada. Sabes que yo no tengo secretos para ti.

Ángel negó con la cabeza, condescendiente. Desde luego que no tenía secretos.

—Desde que el mundo es mundo y el hombre es hombre, los detalles más insignificantes cambiaron el curso de la historia. Solo hay que saber situarse en el lugar apropiado, jugar con ellos.

—¿Se te ocurrió sin más? Es emocionante. Es el libre albedrío.

—Oh, no, desde luego que no. Desde que el mundo es mundo y el hombre es hombre —repitió—, este lucha por defender el libre albedrío. Yo prefiero a Laplace. —Santos se volvió para mirarlo, levantando la cabeza—. Laplace —nombró Ángel captando el interrogante en la cara de Santos—. Pierre-Simon Laplace y su demonio. En 1814, Laplace propuso que, si alguien, digamos una

inteligencia superior, accediera a la ubicación y situación de cada átomo del universo, el pasado y el futuro serían deducibles a partir de las leyes de la mecánica. Esto aplastaría el libre albedrío tan celebrado por la humanidad. El pasado… ¿A quién le importa el pasado? Pero ¿y el futuro? —Santos lo miraba, asimilando el concepto, mudo—. «Rien ne serait incertain pour elle, et
l'avenir,
comme le passé, serait présent à ses yeux» —pronunció Ángel con un acento francés perfecto—. Esas fueron sus palabras. Laplace se refería a una inteligencia superpoderosa. Se la conoce como «el demonio de Laplace».

Realmente Ángel había captado la atención de Santos, que por un momento se había olvidado del gato, del parque y de sus detallitos, y que, por otro lado, no sabía más francés que el universal oui, y de oídas, que no escrito.

—¿Qué quiere decir? —preguntó, el interés en los ojos.

—Que «nada sería incierto para ella, y el futuro, como el pasado, estarían presentes ante sus ojos» —recitó Ángel.

Una mujer cruzó la cinta policial al otro lado, rebasándola por debajo con agilidad. En torno al pecho, otra cinta, negra y serigrafiada con el logotipo de Canon, sujetaba una cámara fotográfica de proporciones considerables. Una mochila a la espalda prometía más artilugios emparentados con la marca. Sin duda era policía, a juzgar por la familiaridad con que se dirigía a los dos que conversaban junto al gato. La atención de Ángel desvió la de Santos hacia el mismo lugar.

Desde la distancia, ambos, como dos peces más en aquel mar de gente, vieron cómo el trío intercambió saludos de manos, e incluso se alarmaron cuando Gazo y la mujer echaron un vistazo a su alrededor y los enfocaron por un momento, como dos jugadores que siguen una ola en un campo de fútbol desde el césped. Saltaba a la vista la conversación que no oían, valga el juego de sentidos.

—Creo que ha llegado la hora de irnos —recomendó Ángel.

Santos estuvo de acuerdo.

Paseando como dos conocidos anónimos bajo el paraguas de los plátanos de sombra, las acacias, los eucaliptos y ficus del parque de María Luisa, dos figuras se fueron desdibujando con la distancia y la niebla de la mañana, desmenuzando ideas.

—Una inteligencia capaz de eso que dices no podría ser otra cosa que un dios, y no un demonio —concluyó Santos al cabo de un rato y unos cientos de metros.

—Cierto es —aseveró el otro—. Me gusta tu punto de vista. Hay teorías respecto al límite computacional y la capacidad que se requeriría para manejar tal cantidad de información, y también está el problema del tiempo. ¿Cuánto tiempo se necesita para manejar esa cantidad de tiempo? Como dices, no podría ser otra cosa que un dios, un espectador ajeno a todo. Pero ¿y un demonio? ¿No bastaría a un demonio poseer una mínima parte de esa capacidad para jugar a los dados con el mundo? ¿Un diez por ciento? ¿Un cinco? ¿Y… y un superhombre?

—Un vidente de televisión de madrugada mataría por un uno —apuntó Santos divertido.

—Einstein dijo una vez: «Dios no juega a los dados con el universo». Podemos aceptar que hay un Dios, capaz de todo eso y cuanto se nos antoje imaginar, que, además, no juega a los dados, si damos crédito a nuestro querido Albert. Pero, al aceptar a Dios, no nos queda más remedio que aceptar a su contrario. Eso nos deja al diablo. ¿A qué juegan el diablo y sus demonios?

10

Los jamones colgados de sus sogas, enganchadas a ganchos que se anclaban a una gran barra de metal, configuraban una hilera que tapaba toda la pared tras la barra del bar, reluciendo con la grasa que exudaban, como las flores de un jardín cuidado. Custodiándolos como perro guardián, el camarero, dueño del negocio y propietario del local —todo en uno, como el aflojatodo—, se afanaba por dar el pase y repartir entre los clientes las tostadas que una mano de mujer iba despachando por una pequeña ventanilla que daba a la cocina. Lo suyo, lo de la mujer, eran los cafés y el corte del jamón, y los dos se repartían el trabajo, cada uno en su función, para dar de desayunar como merecían a los clientes que el barrio y el hospital aledaño suministraban. Un murmullo retroalimentado por las conversaciones de las mesas que se repartían el espacio y los taburetes ocupados frente a la barra flotaba en el ambiente, robando el protagonismo al hilo musical.

Marcos Lanza y Alberto Rodríguez disfrutaban, sentados a una mesa, de un par de tostadas con jamón y aceite acompañadas de sus respectivos cafés. Con leche para Alberto, doble de azúcar; solo en taza pequeña para Marcos, sin adulterar. Resueltos los pormenores del parque, habían cruzado la ciudad para buscar el favor de un forense como camino lógico a seguir en busca de algo que les permitiera dar un pasito adelante en una investigación que no avanzaba más que en el número de gatos muertos. Gazo, de copiloto, había azuzado a Marcos con la insistencia de un martillo pilón, a falta de látigo. Era imperioso llegar antes de las doce de la mañana al bar, antes de que cerraran el turno de desayunos para cambiar el tercio al picoteo y las cervezas tempraneras. Los minutos parecían avanzar en el denso tráfico de la mañana como el sol del crepúsculo en su huida cuando coge al vampiro fuera de sitio, y habían llegado, justos, pero habían llegado, el coche ya arrumbado en un vado para minusválidos con la tarjeta policial en el

parabrisas.

—Buena, ¿eh? —afirmó Gazo, más que preguntar—. Te lo dije. La mejor tostada con jamón de Sevilla. Y sin necesidad, que este tiene el pan ganado solo con lo que gotea del hospital. Nada más con ser una *mijilla* mejor que el bar de ahí dentro le valdría. —Señaló con el pulgar en dirección a un hospital que no veían—. Y ya te digo que dentro el jamón es de plástico, de ese sin hueso.

A Marcos le parecía arriesgado afirmar que fuera la tostada más buena de Sevilla, una ciudad donde el desayuno no era cosa de risa, pero podía meterse en las series finales sin mucha dificultad. El jamón se agarraba al fondo de la mandíbula como un bulldog a su presa, el pan presumía del tostado exacto en los bordes, y el aceite se dejaba paladear lo justo para no quitar el protagonismo a eso que un día había corrido por los campos de la sierra norte de Huelva *jamando* bellotas sin pensar demasiado en su destino.

—Sí que está buena, y el café también. ¿De qué conoces este sitio?

—Joder, Lince, que soy inspector, con bigote y perilla y todo. ¿Crees que es la primera vez que vengo a ver a un forense? —Que Gazo se quejara a veces de su mote sin demasiada convicción no significaba que no le gustara ponerlos también a él, y, en un juego de palabras con el apellido de Marcos Lanza, acostumbraba a alternar una cosa y otra, y a veces «Lince» sonaba mejor que «Lanza». Lince asintió, los carrillos llenos, incapaz de pronunciar palabra—. ¿Conoces al forense? —Lince negó esta vez, los carrillos igual de llenos, falto de voz—. Juan Galindo [6]. Te va a gustar; es todo un personaje. Procura llevarte bien con él. Esta puede ser la primera de muchas, si no la cagas o terminan metiéndote un trozo de plomo entre pecho y espalda cualquier día nublado.

Lince asintió, los carrillos repuestos con un nuevo bocado y una sensación de *déjà vu*.

—Lo intentaré —dijo al fin Marcos recuperando la voz—. ¿Pagas tú? No llevo suelto.

—Por los cojones. Te traigo, te enseño, y pago, no te jode. Cambia, que después lo vas a necesitar para el parking. Tengo muchos gastos.

—Pero si estás soltero. Yo tengo novia y perro —mintió Marcos a medias.

—Pues eso, lo tienes todo resuelto. Yo tengo que buscarme la vida por ahí. ¿Qué te crees, que vienen solas a llamar al porterillo?

Cinco minutos más tarde recorrían los pasillos embaldosados del Hospital Virgen Macarena, camino de sus entrañas menos visitadas. A medida que dejaban atrás salas y recodos, y sobre todo a medida que descendían niveles y tramos de escaleras, la presencia de enfermos, visitantes y médicos había ido disminuyendo con ritmo constante hasta encontrarse ambos ahora casi en un hospital desierto, inspector y subinspector, solos ante una puerta de ascensor plateada sobre cuyo dintel se anunciaba la «bajada al Purgatorio», en palabras de Gazo.

Esperando al ascensor, los dos solos al final de aquel pasillo aséptico rebosante de baldosas, acompañados únicamente por un rumor de máquinas lejanas pero presentes, Marcos no sabía si la situación le recordaba más a una escena de un hipotético *Mago de Oz* interpretado por Johnny Depp y dirigido por Tim Burton o —lo que era peor— a alguna otra de *Resident Evil*. Se decidió por la segunda, reconfortado por el hecho de que, si se daba el caso al abrirse las puertas, al menos cabía la posibilidad de darse de cara con Milla Jovovich. Echando un vistazo atrás, imaginó las baldosas blancas salpicadas de rojo y vísceras con una mueca robada.

Un timbre tintineó tímido, acompañado por un destello intermitente en el botón del ascensor que anunciaba la llegada a planta. Las puertas metálicas se abrieron con un siseo más tímido aún, y lo que pudo haber sido Milla Jovovich resultó ser un robusto camillero de metro noventa que empujó una camilla metálica y tan robusta y fría como él —no había que ser adivino para imaginar qué se porteaba en ella habitualmente— y desapareció pasillo abajo con un «buenos días» apagado. Marcos y Gazo lo dejaron pasar, como aquellos que esperan cruzar la carretera principal de un pueblo perdido tras el paso de un camión, y al fin entraron en aquel ascensor sobredimensionado para sumergirse en los dominios de Juan Galindo, cancerbero de aquel Purgatorio particular, antesala de las puertas del Cielo y el Infierno, y en primera instancia forense acostumbrado a lidiar con los cuerpos de seguridad y sus difuntos asociados. Y, aunque Juan Galindo arrastraba toda una vida de casos y curiosidades adscritas a la ciencia forense enfocadas a dar apoyo a la policía y coger a los malos, no recordaría más tarde

haber tenido ante sus narices nunca a un gato. A dos, para ser exactos.

Un nuevo tintineo, acompañado esta vez de un cimbronazo en el suelo del ascensor que pisaban, que a Gazo le recordó sus años de costalero y su levantar de pasos en la Semana Santa sevillana, anunció la llegada a los dominios de Juan Galindo. Las puertas se abrieron, y un largo pasillo, recto y blanco, como blancas eran las baldosas que lo alicataban, no admitía otro andar que no fuera el de enfilar hacia las dos puertas batientes parcheadas por cristales enmarcados en ventanas en su parte superior, tras las que se adivinaba algo de luz, y con ella vida, lo que no era cosa a despreciar en un sitio como aquel. El rumor de máquinas era más sólido allí, y un frío abisal parecía salir de entre las rendijas de aquella puerta en busca de una salida, de entre sus bisagras incluso, avisando de lo que esperaba más allá. No era solo el frío de las máquinas de aire acondicionado que rumoreaban en alguna parte, no; era ese, sumado a otro frío, un frío de otros mundos, indefinido, los que hicieron que se le encogieran los hombros a Marcos en un espasmo, como si lo hubieran rozado con una pistola Taser a mínima potencia a modo de advertencia. Marcos creyó disimularlo bien; el inspector Rodríguez lo notó (más que nada, porque lo esperaba).

—¿Es tu primera vez? —preguntó Gazo al salir del ascensor—. No me mientas, no te servirá de nada.

La duda no llegó a asentarse como para retrasar la respuesta.

—Sí —contestó Marcos, la cara algo más blanca de lo habitual. Quizá fuera por el reflejo de los azulejos del pasillo; quizá no.

—Déjame hacer a mí, la primera vez impresiona. A todos. No te hagas el gallito, que no te pega.

11

Santos Sena se había despedido de Ángel en el aparcamiento de tierra baldía que había en la parte trasera del parque, tras caminar unos centenares de metros y dejar atrás Capitanía, como se conocía a la sede central del Ejército de Tierra en la ciudad —el nombre oficial, más rimbombante y estirado, era más bien Cuartel General de la Fuerza Terrestre del Ejército de Tierra—, que ocupaba las dependencias traseras de la célebre y turística plaza de España. La realidad era que más que un *parking* aquello era un triángulo de tierra conformado por la confluencia de un par de avenidas y una calle trasera. Nadie era capaz de recordar el primer coche que en un acto de valentía o desesperación se había subido a la acera para ocupar aquel terreno baldío; después habrían sido dos; quien dice dos dice diez, y los años y la costumbre afirmaban ya que aquello era un parking desde la «p» a la «g», excepto para la RAE[7], que se empeñaba en que debía serlo de la «a» a la «o». Los bordillos de la acera hundidos allá donde los coches entraban y salían desde aquel primer y lejano día, un par de gorrillas de acento tan internacional como disuasorio y «la voluntad» en forma de calderilla ponían la guinda al asunto.

Ángel había declinado la oferta de Santos de acercarlo a algún lugar, y Santos, decidiendo sobre la marcha que se merecía la mañana libre y esperando a que la puerta automática del garaje de su precioso chalé en Santa Clara se abriera, se preguntaba dónde demonios vivía su escurridizo cómplice. Ángel parecía saberlo todo de él; él no sabía nada de Ángel. La idea no le gustó, y se anotó remediar el pequeño problemilla lo antes posible. *Quid pro quo*, había dicho Lecter a aquella actriz menuda en *El silencio de los corderos*, y Lecter era un tipo listo, aunque acabara entre rejas. A Santos siempre le había gustado la astucia y la capacidad de predicción del tipo, desde que viera la película por primera vez.

Primera de muchas. Se preguntaba qué pensaría aquel caníbal de él, cuando la puerta eléctrica declaró con un ruido sordo que había llegado a su tope y esperaría lo justo la entrada del coche, y la duda voló al limbo de las dudas inocuas con el movimiento de la palanca de cambios automática al meter la directa.

Esperaba que Carla estuviera en casa. La mañana había resultado excitante y no se le ocurría mejor forma de aplacar aquella excitación que una batallita entre sábanas. Acto seguido pensó que quizá la mañana de su mujer hubiera carecido de la misma excitación, y ella tuviera algo que objetar. Miró el reloj sobre el salpicadero: a la misma hora en que Marcos Lanza y Alberto Rodríguez echaban aceite a la tostada, a los pies del Hospital Virgen Macarena, Santos Sena se dijo que, con dos horas libres hasta que Pablo saliera del colegio, igual le daba tiempo a pedir un bis, siendo optimista.

El corto camino en coche por el césped tachonado de baldosas hasta la puerta de entrada del garaje bastó para que recapacitara, y le sacó una risa floja que solo escuchó él. ¿Desde cuándo era él de bises? Hizo memoria y tuvo que remontarse a sus años de novios, cuando las cosas no son lo que parecen, y parecen lo que no serán.

12

La sala de autopsias resultó tal y como Marcos esperaba; incluso más; más de todo. Más terrorífica; más tétrica y más fría —esto último tanto literal como figuradamente—. Gazo le había presentado a Juan Galindo, o, mejor dicho, lo había presentado a él ante Juan Galindo, que, conocedor de sus dominios y del respeto que imponían, actuaba de maestro de ceremonias con la pomposidad y la arrogancia de un vampiro en su castillo. Solo fallaba un detalle sin importancia: la planta y el porte del forense restaban cierto respeto al conjunto y recordaban, a cualquiera que atesorara un mínimo de cultura popular, al archiconocido personaje salido de la mente y las manos de Cervantes para recorrer los campos de Castilla en busca de damas en apuros, gigantes y molinos. Al más alto y flaco, y no al otro, más orondo y achaparrado.

Que el sujeto lo sabía y lo potenciaba saltaba a la vista, y la perilla afilada daba fe de ello. En las maneras tenía un aire al imaginario popular, y Marcos se sorprendió buscando el yelmo bajo una lanza apuntalada en una esquina.

La sorpresa se diluyó un poco cuando cayó en la cuenta de que quién sabía qué maneras podría tener un quijote de carne y hueso, y sin advertirlo se encontró Marcos pensando en que, si había personas o personajes a quien atribuírseles una cara y unas maneras en la historia escrita del mundo sin haberlas conocido, detrás de Jesucristo bien podría situarse el Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha. Sherlock Holmes tampoco le pareció mal candi… Todas las elucubraciones desaparecieron cuando centró la atención en la pared del fondo de la sala, tachonada del techo al suelo, y de un lado a otro, por un mosaico de puertas metálicas que le trajeron a la memoria a Manolo y la puerta de la cámara frigorífica de su carnicería en el mercado de la calle Feria. Solo desentonaba un detalle: estas puertas tenían el tamaño de nichos de cementerio. La

de Manolo era solo una y más grande, lo que, además de permitirle meter cosas muertas, le permitía a él, con su corazón latente y su corpachón, entrar y salir cuantas veces quería. Aquí la cosa tenía un cariz parecido, y a la vez distinto. Muy distinto. Aquí la única manera de entrar y salir era tumbado.

Si bien habían bajado en ascensor hasta la planta más profunda del hospital, la sangre de Marcos pareció querer seguir bajando a pie y se le agolpó en ellos, los pies, o eso le pareció a él, cuando, buscando desechar de la mente aquellos nichos de metal tan frío como los cuerpos que guardaban, rebuscó con la mirada, a la caza de un simple e inocente gato destripado, viniendo a encontrar en su lugar un par de cuerpos, el más cercano como si el Octavo Pasajero acabara de asomarse a mirar, y quizá el color delató a Marcos, pues el quijote sevillano se apresuró a arrastrar hacia él un taburete gris como el acero y frío como todo allí.

—Siéntese, por favor —se limitó a decir, acompañando las palabras con una mano en el hombro de Marcos, que no tuvo objeción alguna en obedecer.

Juan miraba a Gazo, o al revés, y Marcos no supo discernir si sonrió antes el uno o el otro, pero lo hicieron los dos.

—Tranquilo, machote. Ya te advertí que nos pasa a todos. Se te pasará. Respira. Aquí el aire es puro como el chichi de María Magdalena.

—Coño, Alberto, un respeto —soltó Juan Galindo, que además de cervantino debía de ser católico y apostólico, desterrando la sonrisa.

—Perdón, quise decir el corazón. —Levantó una mano Gazo a modo de disculpa sin convencer a nadie.

Marcos, dudando entre reírle la gracia o mandarlo a buscar una freidora con sus correspondientes espárragos, se repuso lo suficiente como para estar seguro de no perder el equilibrio y la conciencia, y preguntar:

—¿Tiene ya los resultados del gato, Galindo? Le viene otro de camino.

Galindo se volvió, complacido de entrar en materia al fin.

—Pues casi se lo pueden ahorrar. Si no llega a ser por un detalle no exento de importancia, se diría que pudo ser la autopsia más aburrida de mi carrera, que no es corta.

Como aquel Quijote muchas veces imaginado, Galindo parecía rozar la jubilación, si no en edad, sí en apariencia.

—¿Podría ser ese detalle parecido a este? —preguntó Gazo. Sacó del bolsillo una bolsita de plástico con cierre hermético, y la colocó sobre una de las mesas metálicas de tamaño suficientemente holgado como para contener una persona acostada, siempre que no se moviera mucho, cosa que no se estilaba por allí abajo. Afortunadamente, pensó Marcos, eligió una vacía.

—Ajá —exclamó Galindo sin demasiada convicción—. Así que tenemos un patrón. Déjenme decirles que lo esperaba. Estas cosas suelen venir en… manada, que diríamos hablando de gatos.

Sin decir más, Galindo dio un par de pasos o tres, el andar estirado y enérgico, abrió un cajón —metálico, como todo allí— y, sacando un manojo de papel fotográfico usado, rebuscó en él, y eligiendo una hoja entre todas dio otro par de pasos o tres y plantó la palma de la mano con la sonoridad de un libro que se cae al suelo sobre la misma mesa —metálica— en la que Gazo había soltado su bolsita, y la levantó para dejar una fotografía expuesta al cielo de fluorescentes blancos que daban luz a la sala con tanta eficiencia como frialdad, acogedora y alegre como un enterrador albino en un camposanto del norte de Finlandia, a juicio de Marcos, que dudaba si levantar el culo —frío, como todo allí— y acercarse a echar un ojo, o mantenerse sobre la seguridad de su soporte.

Acabó arriesgándose y se levantó. En un acto que pareció haber sido ensayado cien veces antes, los tres confluyeron sobre la bolsa y la foto, como leones ávidos de carne y una presa a compartir.

La foto, que Galindo no miraba, pero Gazo y Marcos taladraban, evidenciaba el buen trabajo del forense. Los extremos de unas pinzas —metálicas— posaban abiertos como un compás para mantener estirado con sus puntas lo que parecía —y era, como ambos policías sabían— un trozo de papel plastificado con un par de tiras de celofán. Sobre el papel, una letra: una «S», mayúscula, como la sorpresa pintada en la cara de Gazo.

—Una «S» —dijo Marcos.

—También pudiera ser un «5» —apuntó Gazo.

—¿Qué traéis ahí? —preguntó el forense señalando la bolsa con el índice estirado. Un índice digno del mejor Quijote.

—Una «O» —respondió Marcos, la duda del parque resuelta por

la rama de las letras—. Al menos es un avance.

—O un cero —dijo Gazo, que era más de ciencias—. Un cincuenta, mala cosa.

—¿En la boca? —volvió a preguntar el forense. Marcos asintió —. Ya lo decía yo. Estas cosas vienen en manada. Aceptaré el próximo porque ya vendrá de camino, pero a los siguientes les sacan ustedes el premio o se sacan el abono anual de Veterinarios Sin Complejos; lo mío son los *Homo sapiens*. No me miren así, está muy bien; yo tengo apuntado a mi perro, y, desde que lo apunté, pasa más revisiones que mi coche… Si quieren la versión extendida del examen, mañana la tendrán en el correo. Si aceptan ahora la corta, se resume en cinco palabras: «No hay más donde arañar». —Guiñó un ojo el forense a la vez que movía los dedos índice y medio de una mano, extendidos y acompañando un giro de muñeca, como un dentista rebuscando en la boca del hombre invisible, y todo para acentuar el otro guiño, el dirigido a remarcar el verbo utilizado—. Un gato muerto y torturado, una sorpresa en la boca y un majara zurdo.

—¿Qué quiere decir?

—El matagatos es zurdo. O eso, o yo me parezco a Sancho Panza. —Levantó una ceja Galindo (la del mismo ojo guiñado antes; debía de ser su lado dominante), arrastrando la comisura del labio para conformar una sonrisa pícara que había usado alguna que otra vez, como la frase.

13

El polvo resultó apoteósico. No hubo bises porque la orquesta lo había dado todo y los músicos se confabularon para tocar hasta desfallecer. Si alguno se vio sorprendido al principio por aquel derroche de feromonas, acabó contagiándose del otro hasta componer una única y sublime melodía, alcanzando el éxtasis en una recreación de los últimos compases del *Así habló Zaratustra* de Strauss (en la versión de Kubrick en *2001: Una odisea en el espacio*, que era la que Santos conocía y escuchó en su cabeza. Carla no escuchó nada, y no era amante de Kubrick; ni siquiera le gustaba la última, con Kidman y Cruise, pero, si le hubieran preguntado, la elección de su marido le habría parecido acertada).

A Santos le pareció que se había portado como un verdadero semental, y eso tenía más mérito si se tenía en cuenta que nunca se había considerado como tal, y tampoco comportado. Tanto era así que Carla había rebuscado en el cajón de las bragas para sacar un cigarrillo y un mechero de un paquete que al parecer escondía allí. No era fumadora habitual, y solo en ocasiones —la mayoría en reuniones con amigos y fiestas familiares— se animaba a fumarse un pitillo o dos. Que desempolvara —que apropiado— el paquete para prender un Chester y dibujar bocanadas de humo en el dormitorio sin pensar en nada más que en el blanco del techo sobre sus ojos solo podía significar que había pasado lo que Santos creía que había pasado.

Él había desechado el ofrecimiento, se había metido en la ducha, donde dejó resbalar el agua sobre su cuerpo cerca de veinte minutos, y ahora, casi cinco horas más tarde y en el ecuador de la digestión del almuerzo, desparramado en el sofá como un fardo tras decidir en la comida que la tarde también se la tomaría libre —porque él lo valía—, disfrutaba del baile de llamas de la chimenea del salón con la televisión apagada cuando Pablo lo sorprendió con un asalto a traición. Debía de haber venido reptando a ras de suelo

hasta el respaldo trasero del amplio sofá de cinco plazas que enfrentaba la chimenea flanqueado por dos orgullosos sillones orejeros; reptando, como los indios y las serpientes, y apareció con un alarido y un bate de gomaespuma en la mano derecha, a todas luces para machacarlo con él. Con doce años, solo piensas en machacar a tu padre con un bate de espuma a media tarde aprovechando que está en casa, en terminar los deberes más tarde o a ser posible no terminarlos, y en jugar al fútbol, sobre todo, en jugar al fútbol. Al menos, eso era lo que pensaba Pablo, al que —aunque aún no lo sabía— ya le quedaba poco para cambiar el fútbol por las faldas, o al menos intentar compaginar ambas cosas en su cabeza.

—Papi, ¿me vas a llevar al fútbol hoy? —preguntó tras la primera tunda de batazos, tirándose sobre Santos con todo su peso para rematar el ataque—. Ya que estás aquí…

A decir verdad, Santos Sena pensaba en gatos, y en esa chispa que se apagaba, como una vela que se desgasta o el tronco que se había desgajado resbalando del resto en la chimenea frente a él, y que se apagaba en un rincón, desplazado, lejos del fulgor de las llamas. Ya no era como las primeras veces, ni siquiera por el detallito del papel, que le daba un plus de película al juego. Eso había sido como rociar aceite a la chimenea, como arrojar una servilleta usada al fuego: un resplandor momentáneo, pero no el principal motivo para que el fuego se mantuviera vivo.

Santos lo agarró por el cuello y lo apresó con su brazo de padre para inmovilizarlo con algo más de fuerza de la necesaria.

—Claro que sí, campeón. ¿A qué hora era eso?

—A las siete y media, papi.

—¿Terminaste tus deberes?

—Sí, estaban chupados —mintió Pablo, que arrinconó las oraciones de Lengua allá donde se arrinconan las cosas para luego, a oscuras hasta olvidar mencionarlas. Casi se creyó a sí mismo, y cerró la puerta de aquel trastero mental que suelen utilizar los niños a su antojo con la pericia de los cerrajeros.

Santos miró el reloj, hizo un cálculo rápido y añadió con aire teatral:

—¿Qué haces que no estás vestido ya? Venga, que nos vamos dando un paseo; coge una sudadera.

—¡Mamaaaaaá! ¡La ropaaaa! —El grito pudo alcanzar cotas cordobesas, teniendo en cuenta que el viento soplaba del suroeste, pero no hubo nadie para registrarlo.

Carla sí que lo registró, en el sótano, donde tenían dispuesto un cuarto para la lavadora, la secadora y la plancha, en el que rara vez entraba ella —para eso y para otras cosas estaba Paqui, tres veces por semana—, pero aquel día era diferente y tenía ganas de hacer cosas, lo que fuera. Contestó con aire tranquilo, pero subiendo el tono lo suficiente como para alcanzar la primera planta:

—Sobre tu silla, en el dormitorio.

Trece minutos más tarde, Santos Sena —un hombre casi en paz consigo mismo aquella tarde, si no fuera por un detallito en forma de gatos y su mísera insignificancia— y Pablo Sena —un hijo casi en paz consigo mismo, si no fuera por un detallito en forma de deberes de Lengua, a los que había echado un vistazo mental al salir por la puerta de casa— caminaban juntos, que no de la mano —con doce años cumplidos, los hijos varones son demasiado hombres para dar la mano a sus padres en público; por todos es sabido—, en dirección a las instalaciones del San Roque, equipo de fútbol del barrio colindante donde militaba el hijo del futuro difunto Santos Sena. Pero eso, aunque en sentido estricto era inevitable para Santos y para cualquier otro humano nacido sobre la tierra, aquella tarde de fútbol, y de padres y de hijos, lejos los dos de ser un superhombre, un demonio o cualquier clase de dios, ninguno de los dos lo sabía aún.

Fue a mitad de camino a esas instalaciones cuando una visión fugaz trastocó el fino equilibrio que mantenía la paz mental de Santos Sena y esparció una inocua semilla a la espera del tiempo adecuado para germinar. Padre e hijo, caminando bajo el puente cercano que soportaba el paso de la

SE-30

que circunvala la ciudad, se alineaban en fila india para estorbar lo menos posible el paso de las bicicletas que compartían el carril bici con los peatones —a falta de acera— en el pequeño tramo que discurría bajo el puente. La humedad parecía arracimarse sobre las paredes de hormigón allá donde las sombras reinaban día y noche, y el paso de los vehículos y el rozamiento de los neumáticos, invisibles sobre sus cabezas, conformaban un runrún monótono y

amenazante a la vez.

El paso era realmente estrecho, y más de un par de bicis habían tenido problemas alguna que otra vez al encontrarse de frente y entrechocar los manillares. Un simple roce en estos casos podía ser catastrófico. Santos caminaba tras Pablo, escoltándolo y echando la vista atrás cada pocos pasos, vigilante ante una posible bicicleta que los sobresaltara a sus espaldas, cuando de frente y con fastidio apreció un carrito metálico que enfilaba el estrecho carril y se acercaba a ellos a cada paso, a cada rodar de ruedines. Era un carrito vulgar, clásico y común en cualquier supermercado de cualquiera de esas cadenas de alimentación.

Cierto era que en los últimos años estas cadenas habían ido sustituyendo el metal de los carros por plástico. Santos no sabía si por simple ahorro económico o en un intento por minimizar pérdidas. Como un gran almacén de moda asume un porcentaje de pérdidas por robo en las ganancias de lo vendido, Santos presumía que estas grandes cadenas de alimentación hacían lo propio con sus carros, y una cosa era cierta: una tropa ingente de buscavidas, drogadictos y amas y amos de casa utilizaba uno de estos carros —no el mismo; eso sí hubiera sido aceptable para estas cadenas— para sus cosillas. Así las cosas, los buscavidas lo usaban como vehículo sin motor para hacer la ruta de los contenedores y recopilar basura que vender o aprovechar; los drogadictos, lo mismo pero con distinto fin, esta vez aplicado al beneficio económico a la orilla de cualquier chatarrería; las amas de casa… Las amas y los amos de casa eran un caso aparte. En un alarde de pragmatismo y practicidad, nadie sabía cómo ni cuándo los carros florecían en los subterráneos de los garajes como hongos al pie de la cara norte de los árboles, y es que un garaje —comunitario las más de las veces— sin carro en un rincón, a la espera de ser aprovechado por un vecino para recibir la compra del maletero del coche y salvar los pocos metros que lo separaban de la puerta del ascensor, no era un garaje con pedigrí. Podría ser un garajucho, pero no un garaje. Y todo esto lo asumían las cadenas de alimentación, porque era inevitable y, además, era inevitable; gajes del oficio. Al menos eran carros aprovechados una y otra vez (como las bolsas de pago que llegaron a sustituir a las del malvado plástico) en el caso de vagabundos y comunidades de vecinos. Así

que un día, el menos pensado o al revés, alguien mejor pagado que algún otro se preocupó lo suficiente por el gasto como para ocurrírsele sustituir los carros metálicos por los de plástico, aplicando así un torniquete con el que cortar la sangría de pérdidas y nuevos gastos, porque sin carros no se podían quedar, y al menos podían cortar el goteo del hierro barato a cambio de unas monedas. Bastante habían tenido con convencer al rebaño de compradores para que, bajo la bandera de los ecologistas, pagaran las bolsas que antes les regalaban como para pedirles ahora que compraran un carro y se lo echaran al hombro cada vez que quisieran rellenar el frigorífico.

De todo eso se acordó Santos cuando vio acercarse aquel carro con su cadencia desganada. Era de los antiguos, de los metálicos. Eso, sin más razonamiento que el primero que le vino a la cabeza, solo pudo significar para Santos que su dueño —el que lo empujaba, no el legítimo— llevaba arrastrando esos ruedines a la vanguardia de los andrajosos despojos que adivinaba desde su posición un tiempo más que respetable, si la palabra aceptaba la imagen que le tocaba representar. ¿Desde cuándo era respetable un mendigo? Trabajar, eso es lo que tenían que hacer, y no ensuciar las calles con su presencia; buscarse la vida, pensó Santos en un acceso de incomodidad y disgusto que le subió desde algún punto del estómago hasta la base de la garganta.

El mendigo avanzaba, lento y constante. Como en una justa de tiempos antiguos y a falta de caballos, en pocos metros se cruzarían y sin lanza ni motivos, si no se daba el caso y cada uno seguía su camino, no volverían a verse más.

«Desechos», pensó Santos conformando una mueca de asco, como si le hubieran colocado bajo la nariz un tarro de vísceras de pescado al sol.

«Desechos y despojos de una sociedad…», alargó la frase en la cabeza.

«Desechos», se repitió.

El hombre pasó a su lado, evitando el contacto físico siquiera con un roce, un acto sin duda hijo de esos tantos otros ajenos donde el tipo había notado ese mismo rechazo que ahora Santos configuraba en la mente.

«Él lo sabe. Sabe que es un desecho, un despojo. Un sobrante de

la sociedad».

«Un sobrante».

«Unos aburridos gatos».

Una luz prendió en un recoveco entre los pliegues de esa misteriosa materia gris donde cobran forma las ideas. Débil aún, pero ya prendida.

Santos Sena se paró, se volvió, y fijó la vista y los pensamientos en el punto que se alejaba, y bajo la luz de la tarde que descubrió las sombras alargadas de aquel carro y aquel despojo envuelto en un andrajo al abandonar el refugio que el túnel conformaba, achinó los ojos para escuchar los últimos quejidos de aquellos ruedines que habían perdido los rodamientos en otra vida y lamentaban la falta de grasa, como los malos guisos hacen lamentar que sobre la misma.

—¡Papi! —exclamó Pablo una decena de metros adelante—. Que llegamos tarde. ¿Qué haces ahí parado?

Santos miró a su hijo, a un lado, exhortándolo a continuar; miró al otro, al embrujo que aquel humano envuelto en sobras le producía, y al carro que se alejaba, ambos más pequeños e insignificantes si cabía con la distancia, y desechó la idea que pugnaba por abrirse paso allá donde estuviese aún encajonada. O quizá solo la aparcó, esperando otro día más propicio para jugar con ella.

—¡Voy! Pensaba si se me había olvidado la cartera en casa, y después habrá que celebrar los goles en el
McDonald's,
¿no te parece? —mintió.

Y alargando los pasos para alcanzar a su hijo, escuchando en la cabeza aún el ruidito de esas ruedas al girar sobre sus ejes, miró una última vez atrás, y le pareció —la distancia sembró entre ellos una duda— que aquel despojo llegó a volverse y lo miró, y vio en su cara la de Ángel, o eso le pareció.

—¡Papá!

—¡Voy!

14

En diciembre y con el dichoso cambio de hora, que según otros tantos dichosos expertos ahorraba energía a la patria como para trastocar los relojes de toda la nación y las costumbres de sus ciudadanos, la noche se envalentonaba y parecía robar horas a la tarde, y la consumía con la facilidad y el ansia de un cigarrillo encendido en manos de un fumador al salir del cine, o eso pensó Marcos Lanza.

Minutos antes no tenía la cabeza en esas menudencias, parapetado como estaba bajo la protección de las paredes de la comisaría y la lumbre de los fluorescentes integrados en el falso techo de la segunda planta, donde tenía derecho a una mesa y una silla, además de una placa con su nombre grabado que anunciaba que aquellas eran su mesa y su silla y de ningún otro. La placa debía de estar en proceso, y entretanto Marcos se había limitado a colocar una placa prestada como sustituta de la oficial. El favor se lo debía a Jaime, camarero a sueldo del bar más próximo a la comisaría, y en la placa provisional no podía leerse otra cosa que lo propio del lugar de donde había salido: reservado. Con su primer caso en marcha —algo era algo, y unos gatos siempre eran mejor que unas ratas (se podía ver el vaso medio lleno o medio vacío, y él lo prefería medio lleno)— y la semana larga que llevaba el aviso de propiedad sobre su mesa, Marcos había decidido que el asunto debía de haber quedado claro, y ahora, la vista perdida en ningún lugar y en todos a la vez, el culo como si fuera de plastilina y lo hubieran lanzado desde un quinto piso apuntando a un tablón de madera —eso le empezaba a parecer la bonita silla negra con ruedines que soportaba su peso—, tras devorar la tarde ante la mesa y el mísero expediente al completo que resumía todo cuanto habían averiguado, y harto de dar vueltas al asunto de los gatos sin acabar de sacar nada en claro, fijó la vista en la estirada placa de metal pulido y brillante donde resaltaba grabada esa palabra que a nadie

le agrada ver sobre una mesa cuando arriba a un restaurante sin cita previa. Alargó el brazo, abrió el cajón inferior —ese ancho y profundo con guías laterales en su interior donde colgar las carpetas con los expedientes policiales—, y, viéndolo vacío y desperdiciado como el espacio exterior entre planetas, lanzó la placa sin reservas dentro, pensando en Jaime y en que debía devolvérsela; otro día, pero no hoy.

Se levantó, se quejó sufriendo el síndrome del culo cuadrado con unos primeros pasos torpes, recorrió los metros que lo separaban de la escalera y bajó, atravesó toda la comisaría como el que atraviesa el mercado cuando ya lo ha comprado todo, y salió de la mole que componía el edificio por su boca de cristal automática, dando órdenes mentales al brazo derecho y mandándolo a rebuscar el tabaco y el mechero en el bolsillo del chaquetón del mismo lado para echar un pitillo. El brazo, un mandado como cualquier otro, intentó cumplir su trabajo por inercia, metiendo la mano en el bolsillo del pantalón vaquero por puro disimulo. El chaquetón se había quedado arriba, sobre el respaldo de su silla; el tabaco y el mechero, también.

«Elemental, querido Watson».

A falta de otra cosa que hacer, y dándole ese merecido descanso al culo que sentía aún castigado, se limitó a contemplar desde el sitio la Alameda de Hércules, en uno de cuyos extremos se plantaba la comisaría. Levantó la vista al cielo que asomaba entre las hojas de las ramas peladas de los álamos y plátanos de sombra y lo descubrió apagado, riñendo entre el azul y el negro, recordando el cambio de hora y lo rápido que anochecía. Él prefería el otro extremo de la noche, cuando ya casi araña la mañana, y esa dulce sensación al salir de casa cuando el sol aún no se ha levantado. Pero él no decidía esas cosas, ni lo haría nunca, y así se limitó a bajar la vista y contemplar la mullida alfombra de hojas caducas que adornaba el asfalto. Hojas marrones, como el filtro de los cigarrillos que se había dejado arriba…

«Tengo que dejar de fumar», se dijo por asociación. Fue un pensamiento fugaz. Duró justo lo que tardó en apreciar la figura de Alberto Rodríguez pisoteando la alfombra de hojas como un bisonte en una pradera americana. Pasos firmes y decididos, como si tuviera prisa, aunque nunca la tenía.

«Gazo tiene tabaco», sonrió al verlo acercarse, impaciente, como un francotirador sin balas al que solo le queda el machete.

—¿De dónde vienes? —preguntó cuando lo tuvo a su alcance.

—¿Y a ti qué carajo te importa? —contestó Gazo haciendo de Gazo.

—También es verdad. No me importa un carajo. Dame un cigarrillo, anda. Me he dejado el tabaco arriba. —Salvado el circunloquio a modo de saludo, cinco minutos, dos cigarros apurados y un par de vistazos al cielo negro después, Marcos, con la nicotina fluyendo en los circuitos, tuvo una idea—: ¿Tienes planes para hoy? Te invito a comer.

—¿Y eso? No serás una maricona de esas, ¿no? No tengo nada en contra de ellas, pero no me va el rollo. Que sea soltero no significa que…

—¿Lo de inspector te lo ganaste o te lo regalaron? No se puede ser más tonto. Es solo que quiero agradecerte la compañía en mi primer caso, aunque sea un caso de gatos.

—Da gracias. Podían haber sido…

—Ratas. Ya. ¿Aceptas la invitación, o has quedado con una rubia platino? —Gazo lo miró, con un toque experto del índice sobre el paquete blando de Camel que sostenía en la otra mano instó a que un par de cigarros asomaran y, ofreciéndole uno a Marcos, asintió con un gesto mudo. Marcos aceptó el cigarro, ahuecó las manos para aceptar el fuego que vino después y, exhalando la primera bocanada de ese segundo cigarrillo, preguntó—: ¿Sí, qué? ¿Sí que has quedado con una rubia platino, o sí que aceptas mi humilde invitación?

Gazo soltó el mechero y el tabaco en el bolsillo de la gabardina —las películas de detectives privados eran su perdición— y volvió a asentir, sumando el humo a la bocanada que ya flotaba en la humedad de la tarde disfrazada de noche.

—Sí acepto, siempre que no sea tan humilde.

—Apura eso, que recojo la chaqueta de arriba, y abrimos apetito con una cerveza antes de subir. ¿Tú para qué venías ahora?

Gazo levantó las cejas, pillado, y acabó por confesar:

—No tenía nada que hacer. —Levantó las manos y acompañó el gesto con una tos al soltar el humo de una bocanada que insistió en salir entre palabras.

Quinientos pasos y cuatro cervezas más tarde los policías enfilaban la calle Peral, el apetito abierto y la sed desaforada.

—Ya estamos —anunció Marcos al frenar a la entrada de un portal que escupía a un vecino y su perro.

—Coño, Marcos. Si vives a tiro de piedra del curro.

—Soy un tío práctico, y es alquilado. Pasa. —Cedió el paso Marcos—. Le caerás bien a Eva.

Gazo frenó en seco.

—¿No decías que eras soltero?

—Y lo soy. Es mi novia. Solo vivimos juntos. —Sonrió Marcos—. Venga, que no muerde. Es el último. —Señaló el ascensor al fondo del pasillo.

—Joder, me habría arreglado un poco.

—No se hubiera notado, no te preocupes.

La lasaña de verduras resultó del agrado de Gazo, y aunque él era más de carne y boloñesa, no dijo nada al respecto. Y no dijo nada porque Eva resultó aún más de su agrado y el vino era más que decente. Comieron en el salón, de planta rectangular, que comunicaba directamente con una cocina diminuta a ojos del inspector. Una mesa de cristal escoltada por cuatro sillas e iluminada por una lámpara colgante de pantalla de cristal rojo daba un ambiente acogedor al conjunto, a la vez que separaba el comedor del sofá, una mesita baja y un televisor de plasma que desentonaba un poco respecto al resto por sus exageradas dimensiones.

No era noche de tele ni de sofá, y la mesa del comedor y tres de las cuatro sillas acogieron la velada. Eva —que reveló ser recepcionista en una clínica dental a instancias de las preguntas de cortesía de Gazo— se escabulló de contar mucho más sobre su aburrida vida de administrativa y telefonista para acosar al inspector a preguntas. Gazo, con la guardia baja, se explayó, por agradar y porque sí. Porque estaba a gusto, vaya.

El inspector Alberto Rodríguez, alias Gazo, tenía un pisito pagado y pegado a las faldas del Estadio Ramón SánchezPizjuán, fortaleza del Sevilla F. C., uno de los dos equipos de fútbol de la ciudad. El destino había querido que Gazo militara en las filas del Betis, el otro equipo, y Marcos y Eva disfrutaron del malhumor fingido y los improperios del inspector al relatar la tortura a la que

se veía sometido cada quince días, cuando el barrio de Nervión era invadido por una horda de sevillistas deseosos de ver a su equipo jugar, y, sobre todo, ganar. Antes de cada encuentro, en eso que vienen a denominar «la previa» —y eso era lo peor para el inspector—, el barrio era un caos de gentes que se bebían las cervezas como si las regalaran y que engullían tapas y montaditos como si se prepararan para la Cuaresma; de atascos donde el aparcamiento se pagaba a millón, y de cánticos paganos de un orfeón desafinado. Y por eso, y solo por eso, había acabado alquilándolo, para reinvertir con un pase torero las ganancias en el alquiler de otro piso, esta vez en el centro —«en la calle Alhóndiga», contestó ante la curiosidad de Eva—, ni lejos ni cerca de allí. Sí, también llegaba andando a la comisaría, y le venía bien —se palpó la barriga—, aunque el paseo se hacía largo hacia la primavera, cuando el calor en Sevilla dice «aquí estoy». Eva pensó entonces qué sería de aquella enorme barriga sin ese paseo, y Marcos, que el calor en Sevilla más bien solía decir «os vais a cagar». Y podían endilgarle muchos adjetivos, y se los endilgaban, la mayoría malsonantes, de los que hacen que las abuelas les tapen las orejas a los nietos, pero de lo que no podían tachar al calor de Sevilla era de mentiroso.

Sí, había tenido un par de novias; no, no habían cuajado, y el paso del tiempo, la comodidad y el arraigo de las costumbres solitarias hizo el resto, para bien o para mal. Antes había creído que para mal; ahora no estaba tan seguro, y lo único que echaba de menos era el no haber tenido hijos. Ahora, dijo tocándose la oronda barriga que despuntaba como presentación del hombre que venía detrás, la cosa estaba difícil, entre unas cosas y otras. No los hijos —por ahí puede haber alguno que no conozca, dijo—, sino la vida en pareja.

—A mis cincuenta y muchos tacos, ni yo aguantaría a nadie, ni nadie me aguantaría a mí. Sobre todo, lo segundo, en todos los sentidos. —Sonrió y dio unas palmadas satisfechas en la tarjeta de presentación—. Y además está lo de ser policía. Cuando te gusta tu trabajo, este puto maldito trabajo, con perdón, se descuida el resto más de lo debido. Es así. Es un trabajo exigente y mal pagado.

—En eso último estamos de acuerdo —dijo Eva entonces.

El apartamento se dividía en dos plantas. El grueso del conjunto se distribuía en la primera planta del dúplex, y unas escaleras en el

pasillo, junto a la puerta de entrada, daban paso a una sola habitación sin puerta y amueblada a modo de estudio en la planta superior. De allí a la terraza —azotea, que dirían algunos— solo mediaban una puerta de aluminio y una reja con candado. Eso no agradó tanto al inspector, que tuvo que trasladar su peso escaleras arriba tras el postre para echar un pitillo al fresco de la noche de diciembre.

—Lo siento, inspector. No se fuma en casa —dijo Eva encendiendo un pitillo con una sonrisa—. Son las normas.

—Son las normas —repitió Marcos y se enfundó una sudadera para salir.

—Coño, vaya terrazón que tenéis aquí —se limitó a soltar Gazo.

Techando toda la planta del inmueble, la terraza se abría a dos calles, y su forma de U que rodeaba el patio central del edificio daba para jugar al escondite, a oscuras como estaban, bajo el telón de la noche sin luna, solo amparados por la reverberación de la luz omnipresente de las grandes ciudades y la influencia de la luminaria cercana de la Alameda. La sombra de una silueta cruzó bajo las piernas del inspector, que dio un respingo digno de un atleta con pértiga.

—¡Su puta madre! ¿Qué es eso?

Eva y Marcos no se inmutaron. Si la brasa de los cigarrillos encendidos hubiera dado para iluminar las sonrisas, alguna habría sido descubierta en la cara de Eva.

—Eso es Carbón. Es mi gato. Bueno, nuestro gato —rectificó.

—Coño, Marcos, eres una cajita de sorpresas. No me habías dicho que tenías un gato. Si el jefe se entera, te sacará del caso por implicación personal —bromeó el inspector.

—¿Implicación con qué? —se interesó Eva.

—Cariño, no te dije nada porque… Bueno, es que no me gusta traer el trabajo a casa; ya sabes.

Una de las cosas de Eva que atraían a Marcos era que no era precisamente corta a la hora de captar lo susceptible de ser captado. Que no era tonta, vaya.

—No me digas que estás trabajando en lo de los gatos esos de las noticias.

—Pues no te lo digo.

—¡Qué hijo de puta! ¿Quién puede hacer una cosa así? Hay que

estar realmente loco para… para matar animales por diversión —atacó ella indignada con la cuestión.

Gazo levantó una ceja. Era el primer taco de la noche que no salía de su propia boca.

—Me gusta esta mujer, Marcos. En algo tenías que acertar.

—¿Solo mata gatos? —preguntó ella, la indignación en la cara intuida a ojos de Gazo—. Quiero decir, mejor así, ya me entendéis, no es que los gatos no tengan importancia… —dejó la frase a medias.

Los policías, en una calada conjunta, exhalaron sendas bocanadas, mirándose a través de la noche y el humo, adivinándose los pensamientos.

—Me temo que estas cosas siempre tienden a empeorar —respondió Gazo al fin.

Los tres callaron, y tres nuevas brasas brillaron al unísono en la noche como diminutas antorchas de un mundo diminuto; un mundo privado, oscuro y silencioso, como lo son los mundos que encierran las cabezas de la raza humana.

15

En el mismo instante en que tres brasas de cigarrillo destellaban en la noche de Sevilla sobre el cielo de la Alameda, Santos Sena prendía las pastillas de la chimenea del amplio salón del chalé con un mechero de cocina de punta alargada, lo que provocó la reacción química del queroseno, el ácido clorhídrico y el benceno. Carla lo aburría de vez en cuando insistiendo en el olor desagradable que desprendían, y en la conveniencia de sustituirlas por pastillas ecológicas, por el bien del planeta. Estupideces. ¿Qué le importaba al planeta si él usaba unas u otras pastillas? Estas prendían mejor, y eso era lo único que a él le interesaba.

Si pesada era con lo de las pastillas, más lo era aún con lo de ponerle una tapa a la chimenea. Por el humo, porque se aprovechaba mejor el calor y por el ahorro de leña. Más estupideces. A él le gustaba sentir las llamas en la cara, bucear en las profundidades del fuego con la mirada y perderse en él. Todo eso se esfumaba con una de esas tapas.

Acercó el sillón arrastrándolo y se situó ante la chimenea, esperando que las pastillas actuaran, el atizador en la mano y el cubo con las ramitas menudas a su alcance. También le gustaba arrojar ramitas sobre los robustos troncos y perder la vista en ellas y en su desintegración, como pequeños soldados kamikazes en aras de un fin mayor. Alcanzó un puñado y las arrojó a la incipiente hoguera. El fuego se avivó al instante, y Santos Sena envió la mente al abismo candente de rojos y naranjas que lo llamaba con la eficacia de los cantos de sirenas. Lo último que oyó antes de perderse en él fue el agua en el dormitorio de arriba, lejana como lluvia tras los cristales, donde Carla debía de estar duchándose, y el sonido agonizante de algún videojuego en el iPad de Pablo, tumbado bocabajo sobre la alfombra tras el sofá, a solo unos pasos y a la vez a mundos de distancia.

Los gatos estaban bien, pero solo eran gatos. Cualquiera podía

matar gatos. Ni siquiera eran toros, como aquel de la plaza; un toro donde clavar un estoque hasta la empuñadura, sintiendo la hoja cruzar la carne en el avance; ni hablar de un torero, un hombre. Eso solo les estaba permitido a los toros, y porque se catalogaba dentro de esa ley universal que era la defensa propia, más o menos.

Un hombre…

Un desecho…

Un mendigo…

Una idea peligrosa voló rescatada desde algún lugar más allá de las llamas para posarse en Santos Sena.

No supo cuánto tiempo estuvo perdido en el fulgor de los troncos sacrificados, pero la mano de Carla sobre el hombro, enfundada ella en una bata que escondía un pijama, el pelo seco y recogido en un moño con ligeras reminiscencias de humedad en las puntas, le dio una idea aproximada. Un movimiento lateral sobre el sofá le permitió ojear los pies de Pablo, y el sonido de una guerra librada en los confines de un iPad lo terminó de trasladar al presente.

—¿Cenamos? —dijo ella, y la sola mención de las necesidades naturales del cuerpo le pareció la cosa más aburrida del mundo.

Volvió la cabeza a las llamas, un último y añorado vistazo a otro universo, y una necesidad más imperiosa que el hambre lo asaltó, casi una obligación, semejante al despertar de un niño la mañana de Reyes y el deseo irrefrenable de abrir los regalos bajo el árbol plagado de bombas colgadas de mechas (eso era lo que siempre le recordaban a Santos las bolas navideñas, sobre todo las rojas).

—Claro —contestó perdido en el fuego, sin volverse—. Déjame solo un momento. —Se levantó, en pos de un presentimiento.

—¿Se puede saber dónde vas ahora? —preguntó Carla con un ligero asomo de disgusto en la voz al verlo salir por la puerta al jardín.

Santos atravesó el césped sin responder a su mujer, sin reparar en la humedad que absorbieron con agonía las zapatillas de andar por casa, y sin más que una sola idea en la cabeza, salió a la calle, miró a un lado y a otro, y solitario como el Perseverance a millones de kilómetros en aquel planeta que no era más que un débil punto anaranjado en la noche de diciembre, metió la mano en el buzón, rozó un papel con los dedos, y hurgando con el índice y el dedo

medio a modo de pinzas —no se había entretenido en parar a coger las llaves—, lo sacó por la rendija, como en aquel juego que tenía su hijo, donde un paciente dibujado sobre un tablero escondía huesos de plástico que había que sacar, evitando rozar los contornos de la abertura si no querías que la nariz del susodicho se encendiera por queja y un pitido estridente anunciara el fallo: «operación».

Un sobre negro.

Cómo lo había sabido era un misterio que no estaba a su alcance aún, pero allí estaba. Real como la ráfaga helada que cruzó la calle y lo traspasó para regalar a su paso un escalofrío, tal que un fantasma que traspasa una pared deja una mancha difusa en la pintura, o eso dicen.

16

Cuando Amadeo Carrasco cruzó el charco para recorrer Latinoamérica y ver mundo nunca pensó en acabar así. Claro que entonces no pensaba muchas cosas; de hecho, no pensaba casi nada. La juventud juega a menudo con esa carta, y la valentía de los años mezclada con la falsa ilusión de inmortalidad de la edad de la inocencia se ocupó del resto.

En aquellos días eso estaba bien; lo de dormir en la calle. La edad —o la falta de ella, para ser más exactos— lo aguanta todo, y una mochila a la espalda, un saco de dormir y unas piernas aún en rodaje reconfortaban el cuerpo y el espíritu con la eficacia de una guadaña afilada al podar el trigo seco.

Y vio mundo; vaya si lo vio. Arrebujándose bajo la manta vieja que lo acoge recuerda ahora esa tierra de los confines del mundo y las calles de Ushuaia, y hasta ese cabo que llaman de Hornos que respetan los marinos tanto como arriesgan la vida a su paso, allí donde da la vuelta el viento y los océanos y los continentes se saludan llamándose de tú. Y ajustándose el gorro para calárselo hasta el último centímetro se pregunta qué queda de aquellos días, y se responde que apenas un puñado de recuerdos añejos, una niebla de mañana en la memoria. Y esos recuerdos, un par de mantas viejas y un gorro, amén de dos bolsas repletas de prendas usadas y desechadas por otros cuerpos, es todo lo que tiene. Eso, y una mujer que se adorna con el prefijo «ex-», y un hijo que desearía poder usar el prefijo con la facilidad de la madre.

Y entre ambos mundos, unos años de estudio, una boda, otro puñado de años buenos y una vida agradecida de enseñanza en la privada: Lengua y Literatura. Y alguna parada de más en el bar, y alguna más a sumar, y el llegar tarde a casa y al trabajo, y a todos los sitios, y el perder los amigos, la familia, y ganar dos para perder tres en el juego, y las tragaperras, y el divorcio, y la bebida… Y la calle.

Los últimos años los ha pasado en la calle, como aquellos de juventud, pero forzados, como las sonrisas que inventa para pedir limosna a la puerta de las iglesias con aceras anchas. Porque hasta para pedir limosna hay que evitar estorbar.

El resguardo de la lluvia y el frío que le proporciona la entrada del edificio de la antigua biblioteca pública de Sevilla en la calle Alfonso XIII, abandonado a su suerte desde que se llevaran todos sus libros a la nueva biblioteca Infanta Elena frente al parque de María Luisa, lo atormenta a la vez que reconforta con el recuerdo de sus años de docente y de letras. El par de mantas y bolsas como señuelo ante otros sintecho para remarcar la propiedad de aquel rincón sin registrar cuando no está es todo lo que le queda para defender ese trocito de mundo que siente como suyo, cerca del recuerdo de unos libros y el bálsamo de otros tiempos.

Y así, en esta noche cerrada, en esa hora en que los coches duermen en garajes y calles silenciosas y el gorjeo de los gorriones y el arrullo de palomas aún no han anunciado el nuevo día, Amadeo Carrasco se revuelve sobre sí mismo para taponar los resquicios por donde el frío pugna con astucia por alcanzarlo, bajo un abrigo que no abriga y una manta que podría pasar por ganchillo.

Sin nada que perder ni guardar más que medio cartón de vino frío sin necesidad de frigorífico a su lado, no presiente al hombre que se le acerca hasta que lo alcanza el calor difuso y casi agradable de una espiración. Abre los ojos, comprende en un suspiro que no podrá recuperar el tiempo perdido en los últimos años, y vislumbra su efímero futuro bajo el reflejo perdido de una farola lejana sobre una hoja de acero fría y afilada, como la noche que lo envuelve.

Dos estocadas cortas y secas atraviesan abrigo y manta con decisión. La primera le atraviesa el pulmón izquierdo; la segunda el corazón. Amadeo Carrasco solo tiene tiempo de separar los labios para conformar una mueca muda cuando un sabor metálico le inunda la boca, regalándole un último aliento cálido y escarlata, engañosamente negro en las tinieblas de la noche. Lo último que el cerebro de Amadeo alcanza a procesar es una palabra escrita, como el hombre de letras que fue. Sobre él y a la espalda del hombre que lo apuñala, Amadeo lee al revés el reflejo del cristal del escaparate de la acera de enfrente, donde un letrero tartamudo anclado a una fachada de mármol con mugre anuncia con letras, que sabe que son

doradas a la luz del día que no verá, lo que en otro tiempo albergó el edificio donde va a morir: bi lioteca pu lica.

Santos Sena no aprecia el reflejo, ni el frío de la hoja de acero al hundirse en la carne y las vísceras, ni el calor de la sangre en la boca. Está absorto, sus ojos fijos en los de Amadeo, y en el último aliento que este exhala, esperando una señal, escudriñando el rostro desconocido en busca de un signo divino, sagrado al menos. Un hálito que encubre un alma que se escapa, un viaje a lo desconocido, algo.

No ve nada de eso. Solo humedad, y un vaho débil y fugaz que se funde en la noche con la habilidad de un escape de propano. Por un momento se siente decepcionado. Demasiado fácil; demasiado fútil y profano. Solo es un momento, una fugaz decepción, antesala del éxtasis que lo invade y lo inunda a continuación hasta hacerlo eyacular.

Mira a derecha e izquierda, y se descubre solo, y dibujando una sonrisa satisfecha, mete la mano enguantada en su chaqueta y saca un diminuto trozo de papel, que con la fingida ceremonia de un cura repartiendo el cuerpo divino, introduce en la boca de Amadeo. Y se va, con pasos lentos y seguros, y se pierde en la oscuridad del anonimato que brinda la noche.

Veinte minutos le bastan para alcanzar a pie el aparcamiento de la antigua estación de tren de Plaza de Armas, reconvertida en centro comercial, pagar en efectivo el estacionamiento y poner rumbo a Madrid (de nuevo y por segunda vez en las últimas veinticuatro horas), donde Carla cree que ha pasado la noche para asistir a una subasta de coches usados por la mañana. Ha sido un día duro, pero el trayecto en coche hasta Madrid, el registro en el hotel y la vuelta a Sevilla han merecido la pena. El viaje de vuelta a la capital se le hace corto rememorando el puñado de segundos que Amadeo Carrasco tardó en expirar. Lo primero que hace al llegar es arrojar un cuchillo envuelto en una bolsa de plástico a un contenedor de basura. A las doce en punto se apea en el hotel y sin subir a la habitación entrega la llave y liquida la cuenta. A las doce y cincuenta roza ya los veinte mil euros gastados en coches en un almacén de vehículos. A las seis y treinta y ocho hace un alto de vuelta a Sevilla para reponer combustible en un área de servicio de la meseta manchega y no puede evitar sonreír mientras aguanta la

manguera del gasoil.

El único «pero» que se reprocha es haber metido el coche en el parking, pero es un «pero» pequeñito, casi insignificante. No tuvo más remedio. Encontrar aparcamiento en el centro de Sevilla hubiera sido casi un milagro, y después de dos y tres vueltas por las inmediaciones pensó que algún alma con insomnio, un simple fumador en un balcón desconocido, o un simple desgraciado como ese otro al que le había ahorrado las preocupaciones del futuro, escondido en algún otro rincón entre cartones, podría recordar más tarde ese coche de lujo que daba vueltas y vueltas esa noche en busca de aparcamiento. Sin duda, fue la mejor opción, resuelve satisfecho. Una mejora de última hora en un plan estudiado al detalle.

El empleado de la gasolinera, recién llegado a darle el relevo a su compañero en la caja, termina de hacer el recuento, mira por la ventanilla del bazar en que se han convertido las gasolineras en los últimos años, y sonríe negando con la cabeza al ver a Santos soltar una carcajada que no escucha con la distancia y el cristal que lo aísla del viento y el frío que recorren la meseta a esas horas, y que asocia en su mente distraída a Charles Chaplin y al cine mudo, mientras piensa en la cantidad de colgados y delincuentes que pululan por las autovías españolas. Que se lo digan a él y a los seis atracos sufridos que carga a las espaldas. Veinte años rellenando depósitos dan para eso y más. Este de la risa y el cochazo es de los inofensivos, sentencia su ojo entrenado.

Antes de dar las diez, Santos Sena ya ha levantado a su hijo en brazos y ha dado un beso a Carla, pensando en la cena. Tiene hambre.

17

En el mismo instante en que Santos Sena reía y Francisco Romero —empleado indefinido de Repsol con un dudoso ojo para detectar criminales— pensaba en locos y delincuentes, cuando el sol se perdía en el horizonte manchego y dejaba atrás un murmullo de luz indirecta, y los bloques de hormigón y ladrillo de Sevilla jugaban al escondite con los últimos rayos, una pareja de policías municipales de uniforme se acercaba a compeler a Amadeo a abandonar su cubículo bajo la antigua biblioteca pública en aras del mantenimiento del buen paisaje urbanístico de la ciudad y el pudor, y el deber cívico del empleado de un comercio cercano al que en aquella hora de la tarde le estorbaba la visión de un mendigo dormido a plena vista de viandantes y a las puertas del negocio, que una cosa era dormir por las noches y otra dejarse ver de día, y aquel tío llevaba todo el día allí tirado. Había aguantado el tirón toda la mañana y gran parte de la tarde, pero una cosa es una cosa y otra los negocios, y el buen nombre y la buena vista del suyo —aunque no era propio, se consideraba un buen encargado— lo habían obligado a levantar el teléfono, quisiera o no quisiera. Quizá exageró un poco al decir que el tipo debía de estar borracho —ahí estaba el cartón de vino, no obstante— y se estaba metiendo con la gente que pasaba por allí, pero ¿de qué otra manera iban a venir a barrer la basura los municipales?

—Andando, amigo; ya es tarde para dormir —exclamó Jesús Piñero evitando tocar la manta con sus relucientes botas de policía.

Les había dado un tono autoritario a las palabras, sin llegar a ser duro, y alto sin llegar al grito, todo en su punto justo, la voz grave y atildada, y se declaró satisfecho de su propia autoridad. Se hubiera dado una palmada en la espalda él mismo si hubiera llegado, pero entre el chaquetón, los accesorios, y sobre todo los mazapanes del año anterior, que se habían juntado con los de este hasta tener que cambiar el uniforme subiendo la apuesta un par de tallas, no estaba

seguro de llegar, así que solo amagó una mirada satisfecha de soslayo a los costados para ver si alguien lo miraba. Arturo Zambrano, compañero de sueldo y suerte, conversaba al otro lado de la calle con el empleado del mes. Algún que otro peatón ladeó la cabeza al paso; ninguno llegó a parar, la curiosidad aún bajo mínimos.

—¡Eh! ¿Me ha oído? —Esta vez sí levantó la bota, hasta alcanzar el costado del tipo que se escondía bajo la manta. Ni flojo ni fuerte, como la voz.

El tipo no se movió; al menos, no voluntariamente, pero la manera en que un brazo pareció resbalar bajo la manta, algo así como una piedra que echa a rodar por un terraplén al roce de un puntapié, sí que movió el tarro de las sospechas allá donde lo tuviera guardado Jesús Piñero. Podría decirse que lo removió.

Jesús Piñero miró a Arturo Zambrano, que seguía charlando con el otro tipo —el de la tienda—, y maldijo la suerte: le había tocado el tipo equivocado, sospechó. Una vez removido el tarro, las sospechas venían por pares. Mierda. Cuando aprobó las oposiciones pensaba en poner multas más que en muertos, y el tipo de abajo, además de sospechosamente insolvente —otra sospecha, esta de regalo—, ya apestaba a lo segundo. No era literal, pero, si alguien hubiera habido por allí con el improbable talento para detectar estas cosas, habría dicho que Jesús Piñero poseía lo que podría acuñarse como olfato precognitivo, que traducido vendría a ser oler las cosas antes de que huelan. Porque Jesús ya lo olía, a pesar del aroma a churros y aceite de la cafetería de la esquina, a pesar del incienso que vagabundeaba tras escapar de la iglesia de San Antonio Abad calle abajo cada vez que algún devoto entraba o salía descorriendo las pesadas cortinas para admirar la talla de cedro de Jesús Nazareno y la cruz de teca revestida de carey que lleva a cuestas invertida, llevando la contraria a la corriente habitual; y a pesar del perfume que como estela de cometa arrastraba la rubia de la falda de cuero que le había rozado la espalda con el chaquetón al pasar. Chaquetón contra chaquetón, solo un roce fugaz y ligero, semejante a dos perros que se saludan con el hocico sin tiempo para intimar, tirados de las correas de dos desconocidos que se cruzan. Lo justo para que Jesús ladeara la cabeza y admirara las piernas que se alejaban sobre tacones antes de volver a lo suyo y pensar, otra

vez:

«Mierda».

No le gustaban los muertos. Y ya lo olía; vaya si lo olía. Apestaba a muerto; era policía, pero no tonto.

Jesús Piñero se llevaría percibiendo olor a muerto casi dos meses más, hasta que en un control rutinario en la avenida de la Palmera un borracho se lo llevara por delante y cortara de raíz el asunto, pasándole el testigo a otro que vino a olerlo a él, pero eso es otra historia. Esta que nos ocupa se desvió en una bifurcación anterior.

Mientras la gente se acumulaba en torno a Jesús, y su compañero Arturo se llevaba la mano a la gorra despidiendo al empleado del mes, y acudía a socorrer a su compañero para hacer de policía y mantener un cordón aún imaginario en torno al cadáver de Amadeo, Eva Lagos, compañera de vida y piso del reciente subinspector Marcos Lanza, esperaba cola en la caja de un supermercado de la calle Feria con prisas más creadas que reales, pensando al entrar en coger solo un par de latas de comida para gatos, y acabando en la cola de la caja dibujando con los brazos la cesta que no se había molestado en coger al entrar en busca de dos latas. A sumar, un kilo de bananas —estaban más baratas que los plátanos, y la economía no entiende de nacionalismos—, una lata de tomate frito, un queso fresco con la cara de una luna llena blanca y sonriente estampada en el envoltorio, una tableta de chocolate al 70 por ciento —de cacao, que no descuento—, dos barras de pan que se enfriaban en los brazos, y un paquete de patatas onduladas que sufría los efectos del abrazo sin cariño soltando crujiditos intermitentes por quejidos, que a Eva le dolían como si la estrujaran a ella. Cuando la mujer rellenita —que debía de haber oído algo referido al fin del mundo o a un holocausto nuclear en el telediario que Eva no sabía— que pretendía arrasar con las existencias del supermercado ella sola terminó de pasar por caja y trasvasar las bolsas al carro hasta las trancas que empujaba, y al fin pagó y se despidió, Eva avanzó un puesto para alcanzar el comienzo de lo que parecía una pista de aterrizaje en miniatura pero no era más que la cinta que arrastraba los artículos hasta la cajera, y soltó lastre. Las patatas dieron un último quejido dirigido a las latas de comida para gatos, que cayeron sobre ellas, y callaron.

El relevo lo cogió la anciana que esperaba tras Eva:

—Pobrecitos —dijo Teodora, que si de por sí no había sido especialmente presumida en su vida, había abandonado todo vestigio años atrás, y a sus noventa años recién cumplidos había bajado a comprar un poco de margarina, leche, y pan blando en rebanadas para el desayuno arrastrando los pies en zapatillas de estar por casa, y que sin la mitad de prisa ni fuerzas de Eva y el doble de previsión —cosas que quitan y dan los años—, remolcaba las pocas cosas reunidas en un carrito del tamaño de una pantalla de 24 pulgadas —pulgadas en pantallas, posiblemente la próxima unidad universal de medidas—, de plástico rojo, con ruedas y asa, y el logo del supermercado a un costado como un anuncio en un taxi.

—¿Qué dice, señora? —se volvió Eva, sin saber de qué iba la cosa.

La cajera, veinteañera novata de turno de tarde con melena digna de un anuncio de Pantene, recogida a su pesar en un moño por exigencias del guion, a su rollo, robaba cosas a la cinta para meterlas en una bolsa, pitido del escaneado mediante.

—Los gatos, pobrecitos —señaló Teodora, la mano temblona, como si estuviera indecisa entre la cajera y las latas de comida para gatos. Al final ganaron las latas—. Lo leí en el periódico, ¿sabe? Aunque sea mayor, me gusta estar informada, y a mi edad no hay demasiadas cosas que hacer ya. Mientras Dios me conserve la vista y la cabeza, claro está. El día que me falte una de las dos, que me peguen un tiro.

—No diga eso, señora, que se la ve muy bien —entró la cajera al trapo de lejos.

—Pues no estoy tan bien, ya te lo digo yo. Tengo mis cosas.

—Lo que hay es que llegar —dijo Eva—. No todos pueden decir eso.

—Y tanto —dijo Teodora—. Mira mi Eduardo. Casi veinte años llevo viuda, pero el Señor lo quiso así… Y no se lleva al condenado ese que mata a los gatos; Él sabrá. Ya ajustaremos cuentas cuando lo vea, que tengo un par de cosas que decirle.

Eva acompañó la risa de la cajera componiendo un semblante que rayaba entre la compasión y el cariño.

—Treinta y cuatro con diez —dijo la cajera aprovechando la misma sonrisa para Eva, que ya manoseaba la cartera.

—En mis tiempos ya hubo un loco como este. Un matagatos. Igualito. Si no fuera porque acabó mal, diría que es el mismo. Además, sería ya viejo, y no le quedarían ganas de ir por ahí matando gatos ni a babuchazos, aunque con un loco de esos cualquiera sabe. El diablo da fuerzas a los suyos, y Dios no se mete en nada.

Eva soltó el billete de cincuenta sobre la cinta, la mirada en Teodora.

—¿Cómo que igualito? —se interesó. Más que otra cosa, por contarle la anécdota a Marcos durante la cena. Que viera que ella tenía sus confidentes, sonrió para sí. Alguien dijo algo al fondo respecto a la velocidad de la cajera, Eva levantó la vista de Teodora para buscar al gilipollas, calibrando al personal para elegir un culpable, y desechando la idiotez volvió a la anciana—. Estamos retrasando la cola. ¿Le importa que espere a que le cobren y la acompaño a su puerta y me lo cuenta?

—Claro que no, a condición de que me lleves la compra, como en las películas. Cuando era moza siempre había un hombre cerca para eso, antes de mi Eduardo, pero dice mi nieta que eso ya no se estila.

—No le falta razón a su nieta.

—Pues no sé si es un avance, eso.

—Yo tampoco, ahora que usted lo dice. Pero hoy lo mismo da, que yo se las llevo…

—Teodora. Se llama Teodora, digo —resolvió la cajera, adivinando la duda de Eva.

—Es usted un ángel, Teodora.

—Qué más quisiera yo, chiquilla. Te cuento…

—Fuera, fuera me lo cuenta, Teodora, que nos van a reñir.

—Que nos riñan. A mi edad hay ciertos privilegios, y las cosas entran por un oído y salen por otro.

—A la mía no, Teodora.

Eva esperó fuera, llevó la bolsa de Teodora en una mano, la suya en la otra, y entre pasos lentos y la bruma que la tarde hacía bailar de un lado a otro escuchó con atención todo cuanto la anciana recordaba de aquellos crímenes mezclados con gatos de su juventud.

Cuando Teodora acabó, al abrigo del portal, Eva ya no tenía

ganas de comer.

18

La semana se escurría y no tenía noticias de Ángel. Desde la última nota y la aventura de la biblioteca había esperado verlo aparecer; una nueva nota al menos, algo. Se moría de ganas de contarle sus avances. Sin duda, Ángel lo sabría; aquel desgraciado había copado las primeras páginas de los periódicos locales y hasta había rellenado algún minuto en las cadenas nacionales. Tenía que saberlo. Y entonces, ¿por qué no daba señales de vida?

Atravesó el despacho y abrió la puerta para preguntar de lejos por tercera vez:

—¿Alguna nota para mí, Andrea?

—Ninguna, don Santos. Si llegara alguna se la paso al instante, no se preocupe.

Andrea lo miró, esbozando una sonrisa, pero lo que Santos atisbó bajo el marco de la puerta fue una pregunta en la cara. «¿Qué estás esperando que te preocupa tanto, pesado?». Eso era lo que no decían los labios.

—Gracias.

Cerró la puerta y volvió a su mesa con la intención de sentarse, pero no llegó a hacerlo. ¿Quién se podía sentar así? La euforia de las primeras horas había perdido fuelle, y ahora, allí de pie tras la mesa, la mirada perdida en los recuerdos de la noche y los ojos de aquel desgraciado, Santos se preguntó qué sabía realmente de Ángel. La respuesta llegó como un expreso a una estación vacía, pasando por delante de él sin detenerse a falta de pasajeros que montar: nada. No sabía nada.

Ángel era un fantasma en la noche; un cómplice en la locura; una figura negra como el alma de un ángel caído. Poco más que un rostro con nombre… ¿Sabía realmente su nombre? Ángel. Cualquiera se inventa un nombre.

Por primera vez desde que las cosas habían cambiado, Santos se removió incómodo, como si el abrigo de un mal presentimiento lo

envolviera con una talla equivocada, y lo apretara.

Una serie sincopada de golpes enérgicos en la puerta lo sacaron del trance.

Toc, tic, tic, toc.

—Pase —se limitó a ordenar, el tono enérgico, a juego con los golpes sobre el abeto reconvertido en puerta de despacho.

La orden se perdió para siempre, desobedecida. Santos cruzó de nuevo el despacho, asió el pomo y tiró de él en un derroche de energía.

—¿Me buscabas? —preguntó la figura, tan alta y tan oscura como la Torre de Walter Padick [8].

Ángel, embutido en un traje negro, camisa y corbata negras, enfundado en una gabardina de intenso y reluciente negro, se apoyaba con los pies cruzados sobre la punta de un paraguas tan negro como el resto del conjunto. Una espesa barba negra ocultaba parte de las facciones. Unos dientes blancos como nieve antártica que conformaban una sonrisa luchaban con unos ojos de obsidiana por acaparar el protagonismo y la atención de Santos, que, petrificado, apoyaba la mano aún en el pomo, frío de repente bajo el dorso como la nieve que evocaban los dientes de la figura.

Santos logró recuperar el dominio del cuerpo, lo justo para ladear la cabeza y mirar más allá de Ángel, en busca de Andrea.

—No hay de qué preocuparse —adivinó Ángel—. Ha bajado con unos papeles a cuestas. Pensé que estarías impaciente y decidí presentarme, pero no me gustaría quedarme; volverá en un par de minutos. ¿Podemos vernos esta noche? A las diez donde empezó todo. Tienes mucho que contarme, según he leído, y yo también estoy impaciente.

—¿Dónde es…? —acertó a pronunciar al fin Santos.

—Preguntas, preguntas y más preguntas. Siempre preguntas… Busca en tu interior. Tienes todas las respuestas. No tantas como yo, pero sí las necesarias.

Sin más, dio la espalda a Santos y desapareció escaleras abajo. Santos volvió al despacho para buscarlo a través del ventanal que daba a la exposición, la figura negra sorteando coches impolutos camino a la salida; las formas, difuminadas bajo el amparo de una gabardina negra.

«¿Dónde demonios empezó todo?». A Santos solo se le ocurría

un sitio.

19

Un ejército de alfileres de agua tamborileaba sin fuerzas sobre el paraguas de Marcos, formando tímidos charcos en la Alameda. La noche se resistía a marcharse y las farolas aún se empeñaban en dibujar charcos, estos otros de luz, sobre el asfalto húmedo de una ciudad vacía. Se había adelantado al despertador, acuciado por el relato de la anciana en boca de Eva, que le rondaba la cabeza como un ejército asediando un fortín. Se había duchado, vestido, y había obviado el café en casa para evitar que el ruido infernal de la Nespresso despertara a Eva.

Cinco minutos más tarde, ya tecleaba búsquedas en los archivos. No más de diez minutos después, leía el informe de aquel caso. Cuando Gazo le dio los buenos días frente a su mesa recibió un dosier recién salido del horno, o de la impresora, por respuesta.

—Léelo y me cuentas —dijo Marcos.

—Joder con el subinspector; qué recibimiento. ¿Por qué no me lo cuentas tú? No me gusta leer por la mañana. Soy de despertar lento.

Marcos lo miró conformando esa mirada que aquel cura de su juventud que compaginaba su vocación con las clases de Lengua componía cuando los alumnos se confesaban, y sin abrir la boca, se levantó, recogió el chaquetón del respaldo de la silla y resolvió al fin:

—Me invitas a un café abajo. Los cuentos de miedo hay que escucharlos con el estómago caliente y la mente fría.

Anclados los dos por el codo a una esquina de la barra en el bar contiguo a la comisaría, Anselmo López —compañero de Jaime, aquel otro que había prestado a Marcos la placa de «reservado», y que andaba sirviendo mesas fuera— vertía leche humeante frente a ellos, tras la barra, en dos tazas de café negro y luciendo la pericia que dan los años. Marcos arrancó el relato, comenzando por Teodora y Eva en el supermercado, y esas casualidades que la vida

regala a veces. Si es que existen realmente las casualidades.

Cuando dejó atrás a su novia y la anciana para entrar en harina, Marcos rebuscó en el dosier y sacó una foto impresa en blanco y negro como refuerzo a sus palabras. Una plaza grande bordeada de arcos sobre columnas de matices grises se adivinaba, cuadrada, tras el encuadre que había elegido el fotógrafo, que había disparado desde uno de sus ángulos. Al fondo, bajo la hilera de arcos alineados, varios objetos borrosos parecían colgar de sogas, una por arco, como péndulos en reposo. Marcos apuntó con el dedo, trazando una línea con la yema.

—Son gatos.

—La hostia —dijo Gazo; achinó los ojos y se acercó, como si intentara absorber la misma tinta con ellos—. Parecen putos gatos.

—Son gatos —repitió Marcos señalando el dosier—. Está todo aquí.

A media mañana, Marcos y Gazo miraban cara a cara al comisario Antonio Aranda, sentado al otro lado de la mesa, en su despacho.

—A ver si lo he entendido: me estás diciendo que hace treinta años un chalado se dedicó a matar gatos en Salamanca. Hasta ahí todo OK. No veo el problema. En aquella época se fumaba en los hospitales, ¿y qué? En cualquier caso, no nos importa. Lo que me trae de cabeza, y debería preocuparos a vosotros, es el colgado que los está matando aquí.

—Podría estar relacionado, comisario —dijo Marcos—. No es que matara gatos. Es que los mataba igual. Fíjese. —Marcos le adelantó una foto al comisario, prima hermana de la que había enseñado a Gazo en la cafetería, con la misma falta de calidad: un gato aparecía abierto de cabeza a rabo, las tripas adivinadas entre tinta difuminada—. Mire esas otras. —Adelantó el resto; todas mostraban gatos colgados, abiertos en canal o crucificados—. Mismo *modus operandi*. No pretendo decir que sea el mismo tipo, han pasado treinta años, pero no podemos negar que el asunto apesta. Y además…

—¿Además qué?

—Parece ser que cogieron al tío. Eso dice el informe, aunque no sería la primera vez que se encierra al tipo equivocado.

—Debo presuponer que has hablado con Salamanca antes de sentarte ahí. —Señaló Aranda la silla de Marcos. Gazo se rascaba la

oreja derecha con el meñique como si buscara carbón en una mina, la cabeza gacha. Marcos asintió con la cabeza—. Vamos a aclarar conceptos. Me da igual que Salamanca se quedara sin gatos hace treinta años, o que el lince ibérico se extinga en Doñana, pero me toca los cojones que en plenas Navidades un desgraciado ande por ahí destripando los de Sevilla. —El comisario rebuscó en su mesa hasta dar con lo que quería. Agarró el *ABC* y lo lanzó al regazo de Marcos—. Hoy salimos en portada. Ni escándalos políticos ni pollas en vinagre. Un gato, y gracias a Dios que está pixelado. ¿Qué me quiere decir, subinspector?

—Necesitamos ir a Salamanca. Hablar en primera persona con el compañero que llevó el caso.

—¿No basta con el teléfono?

—Verá, hace treinta años. El tipo está jubilado, y por lo visto vive en el monte. Le gusta la pesca o algo así, me han dicho los compañeros de allí. Otra cosa más, comisario… El de los gatos, quiero decir, el de Salamanca, acabó matando gente.

El comisario suspiró, la mirada fija en el subinspector. Gazo, mirándose la yema del meñique en busca de tesoros arrastrados desde las profundidades del pabellón auditivo, adivinó que el comisario sopesaba las palabras del subinspector y las consecuencias que podría tener una posible, aunque remota, relación entre los dos casos.

—Con la mañana que tenía, sin reuniones ni nada… —se lamentó el comisario—. ¿Cuánta gente?

—No mucha. Solo siete —habló Gazo al fin.

Aranda miró al inspector, sopesando ahora la sorna espolvoreada en sus palabras.

—Qué ganas tengo de que te jubiles, Alberto.

—Ni la mitad que yo, comisario.

—Está bien, al grano. No voy a mandaros de turismo a Salamanca por un caso del siglo pasado… Al menos, no a los dos. Alguien tiene que dar la cara aquí.

—Que vaya él —dijo Gazo—. Quiero aprovechar el tiempo que me queda cerca de usted.

—Un par de días, Marcos. No más. El presupuesto del año se liquidó hace dos semanas, y para vacaciones pagadas me voy yo mejor. Nada de jamón en el desayuno.

—Ya le presto yo el saco de dormir, comisario —replicó Gazo.

Antonio Aranda miró a Gazo. No abrió la boca; lo dijo todo con los ojos.

Marcos estuvo tentado de bromear con la mortadela y el pan de molde, pero se abstuvo. No tenía ni la mitad de la antigüedad de Gazo, pero sí el doble de vergüenza, y el triple de respeto. Al fin y al cabo era el comisario, y no era malo, aunque a veces se empeñara en parecerlo.

—Un par de días deberían bastar, comisario —opinó Marcos.

Antonio Aranda asintió, y con ello dio la sesión por concluida.

—Yo haré lo que pueda aquí, Antonio —dijo Gazo al salir.

—No me calientes, Alberto, que cualquier día te quemas.

Esta vez fue Gazo el que asintió, no sin que una sonrisa pugnara por asomar a los labios, una sonrisa reprimida hasta quedarse en la mirada.

—No sabía que existían sacos de dormir de matrimonio —se desquitó Marcos con Gazo ya fuera.

—¿Cómo iba a entrar tu madre si no, Lince? —dijo el otro.

Gazo tenía respuesta para todo; Marcos se dijo que a veces es mejor perder por la mínima que recibir una paliza, y se rindió.

20

A la misma hora que Marcos Lanza preparaba su mochila de acampada —hacía años que no acampaba, pero tenía tirria a las maletas rígidas con ruedas que estaban de moda, y se mantenía fiel a la costumbre— con un par de mudas y un neceser, y la dejaba junto a la puerta dispuesta para salir hacia Salamanca a la mañana siguiente, Santos Sena pedaleaba bajo la sombra que regalaban a la Torre del Oro las farolas del otro lado de la calle, alfombrando de gris ceniza los adoquines del paseo del Guadalquivir y dibujando una gran torre oscura y alargada sobre ellos. Mantenía la vista en el puente de Triana. A decir verdad, enfocaba el túnel que parecía engullir la luz bajo él, como un agujero negro hacia otro mundo, y que franqueaba el paso a peatones y ciclistas bajo los pilares. La llovizna se empeñaba en mantener a los sevillanos y turistas en sus casas, en sus hoteles y bares, esperando la escampada, y el paseo aparecía casi desierto, salpicado tan solo por algún peatón que otro sin nada mejor que hacer, y como guinda de un pastel, un ciclista que no sentía la lluvia recordaba entre pedaleos aquel día y aquel lugar.

«… donde empezó todo. Tiene que ser aquí».

Cruzó el túnel, apoyó la bici en un árbol a la orilla del Guadalquivir, y pulsó uno de los botones de su muñeca izquierda para iluminar el reloj: las 21:52. Y esperó, capeando el temporal de recuerdos que parecían asaltarlo como almas que pulularan en un cementerio maldito en busca de un incauto, rememorando la figura desconocida que sacrificaba un gato, cuando empezó todo, «donde empezó todo».

22:14.

22:33.

Vendrá.

22:39.

22:48.

No vendrá.

A las 23:00 decidió no esperar más… «Donde empezó todo». No podía ser otro sitio. Fijó la vista en la tierra húmeda que había junto al pilar del puente y se esforzó por aclarar los recuerdos.

¿Por qué no podía recordar aquella noche con claridad?

Cerró los ojos. La figura era difusa, quizá algo más baja que en la primera impresión, y el gato… Veía al gato, muerto y colgando en manos de escarlata; veía la cabeza que se desgajaba de un cuerpo desmadejado, que oscilaba sin sombra en las tinieblas que regalaba la piedra gris del puente. Abrió los ojos, miró al suelo y buscó. Tenía que estar allí. Se agachó, hincó las rodillas en el lugar que le dictaban los recuerdos nublados, y escarbó en la tierra blanda y húmeda que bordeaba el río.

A las 23:28 alzó la cabeza entre las manos, mirando a los costados y esperando ser descubierto por un ejército de policías. Se vio solo, sin embargo. Él y una cabeza de gato, negra como la noche y maltratada por los microseñores del microuniverso subterráneo, con su saña tan diminuta como implacable, dedicados a restablecer el orden del cosmos una y otra vez; a reconvertir el polvo en polvo, como buenos y diminutos cristianos complaciendo el mandato del dios cristiano. «Polvo eres, y en polvo te convertirás», le parecía ver a Santiago recitar en su iglesia. Enfocó las cuencas vacías y profundas que parecían anunciar la antesala a otros mundos tan ocultos como horrendos, amagó la ascensión de los jugos gástricos y forzó la mandíbula del animal; y buscó, esperando no encontrar nada.

Santos sintió el temblor de los dedos en cuanto lo atrapó. Lo sabía. Sabía que estaría ahí, y todo aquello de lo que intentara convencerse antes o después sería engañarse, como engañado había estado hasta entonces. Soltó el cráneo en cuanto pinzó el papel entre los dedos. La pequeña cabeza rodó en la débil pendiente y chapoteó sin demasiadas ganas, flotando como un cascarón de nuez en las aguas negras de aquel rincón oscuro como la noche de los tiempos, las cuencas vacías mirando sin ver a un cielo sin estrellas.

Un escalofrío con alma de heraldo anunció la leyenda que apareció ante sus ojos cuando el temblor consideró que ya había jugado bastante con los dedos y Santos consiguió desenmarañar el gurruño de papel que había anidado en la garganta de un gato

negro. Si los gusanos y la humedad habían respetado el mensaje, solo podía haberse debido a que tenían cosas más jugosas a las que asirse, o quizá fuera por asco, respeto o simple miedo. Porque el miedo se cuela hasta en los rincones más recónditos y escondidos; porque miedo era lo que aquellas letras destilaban, y miedo fue lo que inundó a Santos, provocando un estremecimiento que lo hizo trastabillar hacia atrás, de rodillas como estaba sobre la tierra, a pesar de no comprender nada.

Cerró los puños, quizá para olvidar el temblor de los dedos, quizá por instinto, encerrando el papel entre ellos con fuerza, como si ejercer la suficiente presión fuera a conseguir que desapareciera. No obstante, la vista viaja a velocidad de la luz, y, a su pesar, ganó la partida a los músculos y tendones, y a su ridícula velocidad en comparación con ella, y Santos tuvo el tiempo justo —y hasta algo sobró— para descifrar las cinco letras. Cinco letras de tinta purpúrea como la sangre reseca que componían un nombre.

«César».

Y en aquel rincón de lobreguez, se hizo la luz. Y se vio a sí mismo, escribiendo las cinco letras con dedos impregnados de un líquido que las tinieblas del pasado teñían de negro bajo el puente de Triana. Y las tinieblas del presente se expandieron para devorar la luz y el mundo que lo rodeaba. Y la realidad agarró a la ficción de la mano y la sacó a bailar, y ante los ojos confundidos de Santos, las dos damas se fundieron en una con tanta fuerza y pasión que Santos no sabía cuál era la una y cuál la otra.

21

Las tinieblas se desvanecieron con una vibración repetida e insistente, como un pulso que tiraba de él y lo arrastraba fuera del mundo de la demencia y la locura.

Lo primero que vio Santos fue el móvil en las manos. Lo segundo, sus propios dedos embadurnados de barro reseco y la costra de mugre bajo las uñas. ¿Cuánto tiempo había pasado?

Un vistazo a la pantalla, de rodillas bajo el puente, arrojó luz a la duda y la noche. Las 00:37. Abrió el WhatsApp y leyó los mensajes de Carla, entrecerrando los ojos para evitar el destello que despedían las seis pulgadas de cristal templado.

23:12: Me acuesto. Te he dejado cena en la cocina.

23:45: dónde te metes? No me parece normal.

00:12: Santosssss!!!

00:13: ??????

00:15: dime algo!! No te habrás caído???

00:18: más vale que te hayas caído. Como no te hayas caído te mato.

Dos llamadas perdidas ponían el lazo al conjunto.

«Mierda».

Se limpió las manos en las perneras del pantalón y tecleó lo primero que se le ocurrió:

«Me entretuve con un conocido. Todo bien. Ya vuelvo». Añadió un emoticono tan redondo como amarillo que lanzaba un corazón rojo a modo de beso y apagó la pantalla. Miró alrededor, miró al agua, al punto justo donde recordaba una cabeza de gato flotando que ahora no estaba, se montó en la bici, y se puso a pedalear en busca de la avenida y las luces encadenadas de las noches de ciudad. Alcanzó la Torre del Oro y subió por la rampa empedrada buscando los coches y el asfalto; buscaba lo cotidiano, algo simple y repetido que lo aferrara al mundo terrenal y lo sacara de ese otro mundo irreal. Todavía le quedaba un trecho hasta su casa, veinte

minutos, calculó a pie de avenida en el carril bici, pensando si abordar el camino a derecha o izquierda con un movimiento de cabeza. Fue entonces cuando lo vio.

La avenida estaba desierta, sin peatones ni coches, en un lapsus que otorgaba un aura fantasmal a la ciudad, aderezado con la bruma que parecía reptar desde el margen del río y cabalgaba sobre la humedad de la noche para esparcirse. Una farola titilaba a unos metros agonizando, resistiéndose a las tinieblas y la muerte, y un silencio sobrecogedor parecía haberse desplomado como una nube de gas pesado sobre aquella parte de la ciudad a falta de un verdugo que lo aniquilara con la eficacia y la rapidez de una guillotina sobre una cabeza; porque el silencio acostumbra a morir con brusquedad, nunca de muerte natural.

Fue Santos quien se puso la capucha y actuó de oficio cuando el grito salió de su garganta y recorrió a ras de asfalto los centenares de metros en busca de la Maestranza.

—¡Ehhh! —gritó al límite de la capacidad que le permitieron los pulmones.

Fue un grito alargado, ronco. También fue un grito fallido desde el inicio, un grito que se desinfló como un globo hinchado que se lanza a volar sin nudo.

Bajo la plaza de toros, resaltando como una incongruencia en el horizonte urbano, una estatua de cera negra e inmóvil, una figura difuminada por la atmósfera plomiza de la noche levantó una mano, se tocó el ala del sombrero que escondía unas facciones indistinguibles en la lejanía y saludó. Santos estuvo seguro de que sonreía, aunque la distancia no le permitió corroborarlo.

«Donde empezó todo».

Santos Sena estuvo tentado de escapar, de montar en la bici y pedalear hasta alcanzar su casa y su garaje, su cama y su familia, y esperar a la mañana y olvidar… Fue solo un momento, apenas unos pocos segundos los que consumió antes de saber que no lo haría. Que no lo conseguiría. Así no; y que, además de todo eso, la rutina y el bostezo también lo esperaban en casa, ocupando plaza junto al resto, como dos miembros más de la unidad familiar.

Y como aquel al que es revelado su destino y lo encara para afrontarlo, atacó los pedales para buscar la figura que la niebla que emanaba del río parecía rehuir. Solo cuando estuvo a unos metros

se percató de la sombra que las farolas, que rodeaban como centinelas la Maestranza de Sevilla, parecían haber olvidado dibujar. Y un frío desconocido anidó en un corazón, y aprovechó hasta el último capilar para llegar bombeado a cada poro, y un escalofrío que subió y bajó por una columna vertebral como un ascensor indeciso hizo parar a Santos a unos metros de la figura, trastabillando con los pedales.

Ángel.

Sí que sonreía. Ahora lo veía.

—No existes —dijo Santos, la voz casi un suspiro.

Ángel estiró más si cabía los labios, y asomaron a relucir a la noche unos dientes blancos y alineados.

—¿Eso crees? —preguntó Ángel. Santos asintió con la cabeza, aunque fue un movimiento indeciso, sin certezas—. No soy quién para rebatirlo. La existencia es un concepto sobrevalorado, además de relativo, un invento del hombre para contrarrestar su propia insignificancia como especie en el universo, ¿no crees?

—Creo… —Santos dudó, incrédulo de sus propios pensamientos —. Creo que eres el diablo. No…, no existes.

Esta vez Ángel rio, acompañando la mueca con una risa franca y liberada, que flotó formando ecos que se resistían a apagarse.

—Menuda contradicción —replicó—. ¿En qué quedamos?

—No existes —probó a convencerse Santos, sin éxito.

—El mundo cree que hay que pisar el suelo para existir. No todos —levantó Ángel un dedo a modo de énfasis—, pero sí la conciencia colectiva. ¿El diablo? ¿Qué es el diablo? Un concepto, un pensamiento… Otro invento más.

—La maldad —dijo Santos.

—La maldad. Es otro concepto interesante. El hombre basa su realidad en conceptos. La maldad es un vástago más del conocimiento; una hija predilecta. Un recurso mental para justificar una acción envuelta en conciencia; un pensamiento. Ya lo anunció la Biblia: ya sabes eso de pensamiento, obra u omisión. Una manera de tipificar un delito merecedor del fuego eterno. El verdadero quid de la cuestión está en el conocimiento, en la conciencia de los actos… Sin conciencia no hay maldad. —Santos dudaba, intentando dilucidar si escuchaba con la mente o con las orejas, pero en todo caso intentando seguir el hilo argumental de Ángel—. Fíjate en esos

macacos de la India que acechan a los turistas para robarles la comida, un trozo de fruta, unas patatas, un bocadillo dejado en descuido. Es simple supervivencia, no hay maldad; no es más que una manera fácil de subsistir, en lugar de andar de rama en rama dilapidando calorías en busca de un mísero fruto. Como aquellas palomas del parque de María Luisa que se agolpan a diario allí a la espera de que los turistas les llenen sus pequeños estómagos… siempre que no amanezca con un gato crucificado. —Sonrió.

»Podrías rebatirme, o intentarlo, con la idea de que no solo roban comida. Me dirías que en muchas ocasiones el objetivo de los macacos son las gafas de un turista despistado, un bolso, una cartera…; nada que se pueda comer, en apariencia… Solo en apariencia. Las más de las veces ese turista, como pescador con cebo, acabará ofreciendo fruta, patatas o un bocadillo con la esperanza de que el mono vuelva a por dicha comida y él recupere así su preciado objeto en un trueque desesperado. Diferentes métodos para obtener lo mismo, al final: comida. Supervivencia. ¿Crees que los macacos son conscientes del mal que provocan? Tan vagamente que ni el juez más severo podría aplicar una condena.

»También podrían algunas de las acciones justificarse como simple diversión, lo admito. La diversión favorece el aprendizaje, y es una eficaz herramienta de la antesala de la edad adulta. ¿Qué es un niño sin diversión? ¿Y un cachorro de león? ¿Y un mono?… Un acto con perjuicio para otro sin conciencia del mal causado no pasa de ser simple diversión. Pero ¿dónde desembocaríamos si el macaco fuera consciente, plenamente consciente de que sus actos acarrean un mal a la víctima? ¿Y si llegara a robar esas gafas, o ese bolso, a sabiendas de que perjudica a su dueño, con la barriga llena y sin la búsqueda de un beneficio? Con conocimiento, como aquel que sentado ante una de las primeras hogueras de la humanidad levantó una piedra para estrellarla en un congénere a su lado por el simple gusto de estrellarla, sabiendo que lo mataría. Entonces llegamos a la maldad. El apellido es lo de menos, cualquiera de los pecados capitales valdría: envidia, ira, lujuria…

»Sí, la maldad es hija del conocimiento. Sin él, no existiría.

—Yo no…

—Oh, sí. Tú eras consciente.

—*¡Tú! ¡Fuiste tú! Tú sabías*. —Santos temblaba, esta vez sí, sin

conciencia de ello.

—¿Yo, tú? ¿Qué diferencia hay? Con la misma seguridad que tú tienes, al descolgar el teléfono y llamar a la compañía de taxis, de que mañana un coche te esperará en tu puerta si así lo deseas, y tu perro es incapaz de comprenderlo (oh, perdona, no tienes perro, ya lo mataste una vez… Aquellos ladridos cansinos), así veo yo el futuro y así vi el pasado. Como anunciara Laplace, es cuestión de conocimiento. Simple para el que lo tiene; imposible para el que carece de él; magia negra, cosa del demonio. Del «demonio de Laplace».

»Ahora te doy ese conocimiento. Abre los ojos, Santos.

Santos no entendía nada; o no quería entenderlo.

«*Donde empezó todo*».

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó, buscando un resquicio por el que evadirse de la presión y la angustia que lo atenazaban.

Un escape. Miró los pedales y supo que no serviría de nada.

Ángel se volvió, y en un ademán del brazo abarcó la plaza de toros, testigo mudo del encuentro.

—Aquí empezó todo. ¿No lo recuerdas?

La plaza de piedra pareció alzarse sobre Santos como molino quijotesco, volcando una ola de recuerdos a sus pies. Claro que se acordaba. Fue una corrida memorable. No para el torero y, por supuesto, no para el toro (¿era Mazacote?), pero Santos aún recordaba el subidón de aquella tarde de muerte y extinción, el éxtasis disimulado junto a aquel vasco (¿cómo se llamaba?), el dulce sabor de la manzanilla recorriendo la garganta mientras veía agonizar dos vidas sobre la arena.

—¿Tú estabas allí? —susurró Santos sin dejar de mirar la mole redonda de piedra.

—Confieso que no tengo abono. —Sonrió Ángel—. Pero, allí donde huela a un poco de diversión de la buena, allí voy yo. No pude evitar fijarme en ti, al otro lado de la plaza, con tu catavino y tu planchado traje de chaqueta azul, y sobre todo, con tu sed de…

—No existes —lo cortó Santos, que se llevó las manos a la cabeza, como si temiera que esta le fuera a explosionar de un momento a otro e intentara contenerla por presión inversa—. ¡Eres fruto de mi mente, eso eres! —gritó—. ¡Vete! ¡Déjame en paz!

Ángel rio de nuevo. Parecía ser una buena noche para él, todo

risas y sorpresas.

—Anda, dame un abrazo y verás si existo o no —se limitó a contestar levantando los brazos. Acompañó el gesto con un par de pasos hacia Santos, que retrocedió para mantener la distancia, semejando un absurdo combate de esgrima sin floretes—. ¿Qué pasa? ¿Ahora me tienes miedo?

Santos no contestó, pero eso no le impidió pensar en el miedo que tenía. ¿Cómo no iba a tener miedo? Si todo estaba en su cabeza, significaba que estaba realmente desequilibrado. La otra opción era que Ángel estuviese allí con él, a los pies de la plaza de toros de Sevilla, y entonces… Esta segunda opción podía resultar más aterradora que la primera, y comprobarlo con un abrazo podía volverlo loco de un plumazo, si no lo estaba ya. De una u otra manera, perdía. Santos retrocedió un paso más, tan previsor como innecesario, pues Ángel continuó anclado al suelo. Él y esa sonrisa insultante que seguía dibujada en su rostro todo el tiempo.

—¿Qué quieres de mí?

—¿Y tú?, ¿qué quieres tú de mí? —respondió Ángel—. Fuiste tú el que me buscaste, ¿recuerdas?

—Quiero que te vayas, que desaparezcas de mi vida.

—Tche, tche —chasqueó la lengua Ángel—, me temo que eso no va a ser posible, como se suele decir. No acostumbro a dejar nada a medias, y no hace falta ser muy listo para ver que esto no ha acabado, ¿no te parece, Santos?

—¿Qué quieres entonces? Yo solo quiero que desaparezcas de mi vida, o de mi mente, o de… —Santos cerró los ojos, las manos ocultando el rostro en un intento de escapar de allí por arte de magia. Lo primero que vio al abrirlos de nuevo fue la rueda delantera de la bici, que hizo las veces de notario para volver a certificar que estaba donde estaba y con quién estaba—. ¡Vete! —gritó—. ¡Vete de una vez!

Ángel no se inmutó. Un notario hubiera podido certificar que ni siquiera un pelo de la melena azabache se le movió. Una ráfaga de silencio cruzó ante la plaza y se recreó como un torbellino de verano en las dos figuras enfrentadas, y se retiró a recorrer mundo cuando Ángel habló al fin:

—Lo quiero todo.

—¿Qué? —titubeó Santos.

—Ya lo has oído.

—No puedo… ¿Quieres dinero? ¿Eso quieres?

—Dinero, dinero, dinero… Desde el principio de los tiempos el hombre no busca más que dinero como símbolo efímero de poder. ¿Te parece que tengo aspecto de necesitar dinero? —Extendió los brazos Ángel a la atmósfera húmeda que los envolvía.

El faldón del abrigo pareció desplegarse, las gotas que flotaban en la noche parecieron huir en desbandada, y hasta la luz le pareció a Santos que se replegaba en torno a la figura alta y negra que extendía los brazos como un cristo esperando una cruz que no llegaba.

Santos se reconoció víctima de la locura. A no ser… Una pregunta le quemaba la lengua; tanto como el temor a pronunciarla:

—¿Eres… Eres el diablo?

Ángel replegó los brazos y, en un gesto que pareció durar siglos, se llevó el pulgar y el índice izquierdos al puente de la nariz, cerró los ojos y se masajeó la zona con un movimiento de vaivén. Santos se fijó entonces en los dedos, largos como las uñas que los remataban; pulcros como el resto de la figura. Por si el asunto no era lo suficientemente serio, aquellos dedos le recordaron a Santos los de esos vampiros con atuendo de curas de las películas antiguas en blanco y negro.

—¿El diablo dices? ¿Por qué no Dios? ¿Qué daño te he hecho yo a ti? ¿Qué daño he hecho a nadie? ¿Acaso no fuiste tú, siempre tú y solo tú? ¿No goza el hombre de eso que llaman el libre albedrío? —Levantó las manos Ángel a modo de exculpación. Santos dudó, y se vio a sí mismo bajo el puente, el gato chorreando en sus manos al amparo de las sombras—. «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo[9]». No son mías estas palabras… Son prestadas. Yo no soy más que una sombra de tu sombra.

—Yo no…

—Oh, sí… Tú abriste la puerta aquel día, aquí mismo, donde empezó todo. Abre la mente y mírate, mírate aquella tarde, encaramado en las piedras de este templo, cuando dos vidas se evaporaron en la arena, como gladiadores y leones de otros tiempos. Mírate…

Santos dejó de escuchar, evocando aquella tarde de toros donde

un éxtasis nuevo y desconocido se abrió camino desde los abismos de la mente, fluyendo como sangre bombeada, embriagándolo. Vio al toro y su jadeo palpitante; vio al torero y las vísceras esparcidas; vio la vida que se escurría de dos cuerpos, que se iba filtrando en la arena, tiñéndola de berenjena; y se vio él, absorto y revelado, como un apóstol nuevo de un orden antiguo y arcaico. Un apóstol desatado, libre de… ¿No sabía entonces lo que vendría? Como un río retenido por una presa, así había estado él hasta aquel día en que una mano invisible la retiró para dejar correr las aguas libremente. ¿No sabía él dónde llegarían? Bastaba mirar en la dirección adecuada. Era él, siempre fue…

Cuando volvió en sí estaba solo, montado en una bicicleta, a los pies de una plaza de toros. Un camión de basura cruzó la avenida regándola con el ronroneo monótono del motor. Jirones de niebla parecían revolverse incómodos a su paso, y al fin Santos sintió cómo el frío se asociaba con un temor nuevo para colarse entre los pliegues de sus ropas. Miró a un lado y otro, buscando lo que sabía que no encontraría, y atacó los pedales con furia, como si los metros devorados por las gomas de las ruedas bastaran para alejarse de su propia sombra.

Solo cuando entró a su casa tras guardar la bici en el garaje recordó aquel nombre. Un nombre sacado de la boca de un gato negro, como el futuro que se avecinaba. Un nombre desconocido, carente de significado:

«César».

¿Acaso no lo había escrito él?

La locura parecía aporrear las puertas de la mente consciente, agazapada como un conejo en su madriguera sabiendo al zorro fuera. Tarde o temprano tendría que asomarse a mirar, y entonces…

Cruzó el pasillo obviando el dormitorio de Pablo, se desnudó sin ruido y abrazó las sábanas. Al fin, se tapó con la manta hasta el cuello, rogando por que Carla no se despertara y le preguntara dónde demonios había estado. No sabría qué contestar, desde luego que no lo sabría. Recordó al mendigo de la biblioteca, el placer que le produjo hundir el cuchillo en la carne blanda y desprevenida, y juró que nunca, jamás, permitiría que su familia se enterara de lo que había hecho; no podría soportarlo, desde luego que no podría.

Jamás.

22

Marcos tuvo un buen presentimiento cuando consiguió aparcar el coche a un par de minutos a pie de la Casa de las Conchas; duró lo que tardó en reprocharse la falta de razonamiento de la estupidez, y como una pompa de jabón que aterriza en una chumbera, se esfumó sin dejar rastro. A las doce del mediodía, en Salamanca y con el coche aparcado, decidió que con presentimiento o sin él, sería una buena idea desayunar por segunda vez, esquivar al frío que campaba por las calles con un café bien caliente y apaciguar el estómago con una tostada de jamón del lugar. No hacía ni una hora, cuando aún rodaba por la

A-66

camino a Salamanca, había dejado atrás Guijuelo, y subliminal o no, el recuerdo del nombre le pedía jamón a gritos; como a gritos se lo había pedido la variante de jamón de Jabugo en Monesterio, apenas una hora después de salir de casa, y así lo había catado sobre una rebanada de pan de pueblo y un chorreón de aceite de oliva con el color y la densidad de la miel, a pie de carretera. Después ya pasaría por la comisaría a presentarse y empezar a sacar rendimiento a los quinientos kilómetros que se había chupado.

Media hora más tarde y guiado por el agente de corte apostado en la puerta, entraba a un pequeño despacho donde un tipo que debía de rondar la cincuentena, mostacho generoso y cabellera en retirada, se levantó tras la mesa a ofrecerle una mano blanda.

—Manuel Verea, a su servicio y al de la patria. —Sonrió el inspector—. Así que usted es el de Sevilla. ¿Cómo están las cosas por allí?

—Psss… Siempre podrían ir mejor, pero también peor.

—Vaya, para venir de Sevilla, se da usted un aire gallego. ¿Viene por lo de los gatos? Fue conmigo con quien habló al teléfono… Un asunto, cómo diría…, oscuro. Siéntese.

—¿Lo llevó usted entonces? —preguntó Marcos aceptando la

invitación.

—¿Yo? No, qué va. Por entonces yo acababa de ingresar en el cuerpo, y apenas sabía rellenar una denuncia. Pero lo recuerdo, cómo no. Ya le digo que fue un asunto de los que no se olvidan. ¿Quiere echar un vistazo al expediente? Le dije a Pérez que se lo mandara, pero si no le llegó puedo mandar…

—No hará falta. Ya me lo mandaron, gracias. —Marcos levantó la mochila a su lado en un gesto elocuente. Había impreso todo cuanto pudo imprimir de los archivos que le llegaron, y los llevaba consigo—. Lo que me interesa es lo que me pueda usted contar, y sobre todo hablar con el inspector del caso.

—Lo que quiera; solo espero que no haya hecho el viaje en balde. —Levantó una ceja Verea—. Yo no le puedo contar más de lo que haya leído usted ahí, aparte del revuelo que se montó. Imagine, una ristra de gatos colgados de la plaza Mayor como morcillas, y la ristra de asesinatos que siguieron. Mil averiguados salieron de debajo de las piedras lanzando teorías absurdas, y hasta se habló de sectas y toda esa mierda. A decir verdad, a Lorenzo se le añusgó el caso, y a punto estuvo de costarle la carrera. Pero el tipo se entregó una buena mañana, y las aguas volvieron a su cauce. A Lorenzo… Al final sí que le costó la carrera, pero para entonces eso era lo de menos.

—¿Lorenzo fue el inspector del caso?

—El mismo. Lorenzo Cortés, aunque de cortés tiene bien poco.

—Necesitaría hablar con él, entonces, si no tiene inconveniente.

—Yo, ninguno. El que se los puede presentar es él. —Rio Verea su propia chanza—. ¿No le dije que se retiró? Aquel caso le voló la cabeza, y desde entonces anda buscándola. No me malinterprete, yo no tengo nada contra el bueno de Lorenzo, era un buen inspector.

A Marcos empezaba a caerle un pelín gordo Manuel Verea, aunque no acertaba a explicarse la razón concreta.

—¿Dónde puedo encontrarlo? ¿Un teléfono?

Verea se repantigó en la silla y colocó las pequeñas manos blandas y regordetas en unos reposabrazos desgastados por el roce continuo.

—Verá, cuando usted llamó, intenté localizarlo, pero mis pesquisas no han dado fruto. En fin, hice un par de llamadas, no más, ya me entiende. No pensé que se iba a tomar usted la molestia

de venir hasta aquí. ¿Tan grave es? No se me ocurre qué puede tener que ver lo que sea que tienen allí con un caso de hace treinta años, donde además cogimos al culpable.

—Creí entender que se había entregado.

—Lo mismo da. Pero sí, eso dije. Dígame: ¿qué tienen en Sevilla para que un inspector conduzca hasta aquí? Porque ha venido conduciendo, ¿no? Esa chaqueta arrugada y esa cara… No crea que me regalaron la placa.

—Subinspector —corrigió Marcos.

—Lo mismo da —repitió Verea—. ¿Y? Curiosidad profesional.

Marcos imitó al inspector, dejando caer la espalda hacia atrás sobre el respaldo, y suspiró. Sabía por el informe que el tipo se había entregado, y que poco tiempo después se había suicidado en la cárcel. Por ese camino no iba a llegar mucho más lejos. A decir verdad, no sabía cómo explicar la conexión de su caso con otro de treinta años atrás, como apuntaba Verea. Lo único que tenía eran los gatos, y eso había bastado para llevarlo hasta allí. Eso, y una premonición, o intuición, o como demonios quisieran llamarlo. Olfato de subinspector recién nombrado.

—Tenemos unos gatos muertos, y a juzgar por el informe y las fotos, de manera muy parecida a los de aquí.

—¡No me joda! —Levantó una ceja Verea—. ¿Y muertos? Me refiero, ¿personas? No me irá a decir que ha venido hasta aquí por unos gatos destripados. A no ser… A no ser que hayan sido cincuenta.

Marcos negó, y aún no estaba la cabeza en el centro natural tras el gesto cuando sintió vibrar el móvil en el pantalón. Acostumbraba a llevarlo en silencio. Lo sacó, y con un guiño de disculpa y un dedo alzado pidió a Verea un segundo. El otro lo aceptó de buena gana levantando una mano del reposabrazos para volverla a posar, como un rey que, hastiado en su trono, otorga un indulto.

Gazo.

—¿Me disculpa? Será un segundo.

Verea repitió el gesto, indultando de nuevo.

No fue un segundo, ni un minuto. Rondaban cinco de los últimos cuando Marcos colgó. Verea no se quejó, y se mantuvo en su silla cruzando miradas intermitentes con Marcos, quizá intuyendo que el asunto era importante. No le habían regalado la placa.

—¿Y? —preguntó cuando Marcos devolvía el móvil al bolsillo—. Tenía usted puesta la cara de las cosas importantes, y eso que no lo conozco, pero era la misma cara que pongo yo por las mañanas frente al espejo cuando me estoy afeitando y por la radio cortan las noticias para pasar a los deportes.

Marcos se demoró unos segundos más, poniendo en orden las noticias de Gazo.

—Quizá haya un muerto —dijo al fin—. ¿Dónde localizo al tal Lorenzo?

23

En los cinco minutos que había durado la llamada, a quinientos kilómetros de distancia, Gazo había calcado la escena cruzando la mirada con Juan Galindo, que ante una camilla metálica donde Amadeo Carrasco esperaba sin prisas el traslado a una caja también metálica, con una «Y» cosida en el pecho, y con un aire tan novelesco como el personaje al que recordaba, escuchó atento el relato que el inspector narraba a aquel joven subinspector que se estrenaba con el caso de los gatos, y al que se le acababa de complicar el asunto, de manera que pensaba que acaso le podía venir grande todo un poco.

—Mal asunto —dijo el forense.

—¿Has desayunado? —respondió Gazo, que ya se miraba el Lotus (clásico, nada de dígitos y pantallas) en la muñeca, calculando que se le pasaba la hora del desayuno y no le iban a querer poner la tostada con jamón con la que soñaba cuando llegó. Galindo lo había llamado con una bomba de relojería (informativa) y Gazo no quiso retrasar el encuentro, pero a estas alturas la tostada volvía a colocarse en primera posición en la carrera de la importancia—. Conozco un bar aquí al lado que tiene las mejores tostadas con jamón de España.

—Muy largo tiras; poco viajado te veo, y la hora no es de tostada. —Miró el reloj de la pared el forense—. Pero una cerveza y un plato de jamón te acepto.

—Que sean dos tapas. Con las manos que has metido ahí dentro hace un rato no tocas tú mi plato. —Señaló con un movimiento de cabeza al fiambre, de nombre oficial Amadeo Carrasco; nombre común: mendigo, pedigüeño, *tirao* de la calle, vago viejo, y hasta perdedor, esto último normalmente en boca de los que nunca habían perdido nada, o bien no habían tenido que ganárselo; en su descargo, habría que admitir que como perdedor Amadeo lo había ganado todo, bien mirado. No había dejado de perder ni después de

muerto. Allí, y con las palabras de Gazo cosificándolo, hasta el respeto. A *post mortem*, que diría Galindo—. Y cada uno paga el suyo.

—«¡Oh, memoria, enemiga mortal de mi descanso!» —citó Juan Galindo a Cervantes. Sin duda el forense se valía de su parecido con el Quijote del célebre escritor, y tenía siempre en los bolsillos guardadas algunas de sus palabras para cuando la ocasión las llamaba—. Es mi sino, y la condena de los forenses. Al menos, no olemos como los pescaderos. Que sean dos tapas. Las cervezas las pagas tú.

Y así, mientras Marcos Lanza gestionaba su viaje con el inspector Verea en un cubículo ubicado en una comisaría en Salamanca, el inspector Alberto Rodríguez, alias Gazo, y Juan Galindo, alias Cervantes (cuando le cayó el mote, algunos confundieron personaje y escritor, y un aire tenían en todo caso), abandonaban las profundidades del Hospital Universitario Virgen Macarena dispuestos a compartir mesa con la gula, que, como siempre, complacida, los esperaba en mesa para tres. En otra mesa, la mesa de autopsias, un perdedor aguardaba sin prisas, escondido ya bajo una sábana y arropado por el tenue zumbido del aire acondicionado; arriba, en el mundo real, donde la gente creía moverse para siempre, un sol cansado alumbraba la mañana sin demasiadas ganas, como un rey hastiado en su trono —con indultos o sin ellos—, y un frío contenido parecía replegarse hasta la tarde, cuando las sombras oblicuas lo animarían a recorrer las calles a lomos del viento del norte.

—¿Un muerto? —repitió las palabras de Marcos el inspector Verea —. Mucho me temo que, si algo tienen que ver los casos, cosa que dudo, dados los años que los separan, y déjeme que lo diga, aunque sea una obviedad, no se moleste, sobre todo porque el culpable del primero se entregó y además está muerto… —Enseñó los dientes Verea en una mueca cómica—. En fin, si algo tienen que ver, porque algún cabrito los esté copiando, habrá más. Muertos, me refiero. —Marcos asintió, dándose por enterado—. Lo instaría a que me informara de lo que le ha contado su colega por teléfono, por cortesía profesional y simple curiosidad, pero la verdad es que me interesa más bien poco, y tengo mil cosas que hacer, que los malnacidos tampoco descansan en Salamanca. Siento que se haya

chupado los kilómetros para tan poco. Si lo puedo ayudar en algo más…

—Me iba a decir dónde puedo encontrar a Lorenzo Cortés.

—De eso nada, simplemente porque no lo sé, pero sí le diré dónde se lo pueden decir. Alfredo coincidió con él unos años, y tengo entendido que se ven alguna que otra vez, aunque sea por Navidad. Pregunte en el bar de enfrente.

—¿Cómo dice?

—Seguro que se topa con un tipo pelirrojo, y no lo digo por el pelo, que no le queda, sino por la cara esa que suelen tener los pelirrojos de pura cepa, con sus pecas y todo. Bien alimentado, de su altura, y una pulsera de España de las gordas en una de las muñecas. Ese es Alfredo Relinque. Le quedan unos meses para la jubilación y ha decidido adelantarla por su cuenta, y a ver quién se lo rebate. Él le dirá dónde encontrar a Cortés, si quiere, claro… Si no localiza a Alfredo con las señas que le he dado, mejor será que le deje el puesto a otro, subinspector.

—Gordo pelirrojo calvo en el bar de enfrente, con nombre y apellidos. Creo que podré arreglármelas. Gracias, inspector.

Alfredo resultó haberse levantado con el pie derecho aquella buena mañana, y efectivamente pudo proporcionar y proporcionó con su voz ronca y sonora, aderezada con un ligero aroma a aguardiente, las señas del inspector retirado Lorenzo Cortés al subinspector Marcos Lanza. La mala noticia fue que Lorenzo Cortés, buscando la buena pesca o el retiro voluntario de la ciudad, pasaba sus días de asueto y gastaba su pensión de expolicía en otra provincia, y por muy cercana que estuviese no dejaban de ser más kilómetros, y Marcos, como buen policía y más de ciencias que de letras, ya sumaba dos más dos e intuía que esa noche la pasaría fuera de Sevilla.

—Cuando llegue al lago verá usted un bonito restaurante a pie de playa, no tiene pérdida. Allí le darán señas más exactas de Lorenzo. ¿Piensa ir usted hoy? —preguntó Alfredo. Marcos asintió con la cabeza sin pensar demasiado (¿qué otra cosa podía hacer?) —. En la época en que estamos y con la rasca que hace, es posible que esté cerrado. Si fuera así, dé marcha atrás y pregunte usted en Galende. Si no lo encuentra con estas señas, será mejor que se dedique usted…

—Ya, ya. Gracias, Alfredo. A esta invito yo. —Plantó un billete de cinco en la barra con un gesto enérgico que le dejó un escozor en la palma (ligero, como el dulzor con alcohol en que cabalgaban las palabras del policía) y se puso el abrigo—. Solo espero que no le haya dado por hacer el Camino de Santiago esta semana. Después tengo que bajar, y no hago más que subir.

—Según se mire —dijo el pelirrojo calvo—. Eso según se mire, desde los tiempos de Colón. Coño, cinco euros, coja un poco de cecina para el camino, que la va a pagar usted —indicó señalando el plato que había encima de la barra. Unas lonchas finas de aspecto similar al jamón lo adornaban—. Pruébela al menos; es de la tierra.

Marcos hizo el amago, deteniendo el gesto cuando el camarero alzó la voz tras la barra, este mirando a Alfredo:

—Tenga cuidado. La cecina te mata —soltó.

Fue pronunciar esas palabras y ambos, camarero y policía, soltaron dos carcajadas al unísono, sin dejar de mirarse. Marcos desistió de probar. No entendía nada.

—Mejor no —dijo y dio la espalda a la pareja, que pareció incrementar sus risas ante la respuesta.

Cuando salía, Alfredo ya se restregaba los ojos para enjugar las lágrimas con una mano, la otra dando palmadas sobre la madera de la barra.

—Creo que no lo ha pillado, Alfredo —susurró el camarero, acompañando el tamborileo sobre la barra—. «Lasesinatemata» —alzó la voz mirando hacia la puerta, ni rastro de Marcos…

Marcos ya caminaba bajo la llovizna pasajera que se había acercado a ver Salamanca a media tarde y no lo oyó, y en cualquier caso no habría tenido nada que objetar.

—Lorencito de los cojones —fue lo único que dijo al ver en la pantalla del GPS del coche los doscientos kilómetros mal contados que lo separaban del lago de Sanabria, en Zamora; el motor encendido y al ralentí en un callejón tras la Casa de las Conchas, la lluvia mecanografiando sobre el metal del coche con un tañido continuo e incisivo.

Dos horas largas, calculó, adivinando que no todo iban a ser autovías.

Marcos Lanza entró en Galende cuando el sol ya acariciaba con rayos tangentes las copas de los árboles, la vista en un horizonte

desdibujado entre curvas. La lluvia había decidido no acompañarlo y lo había dejado ir a la vez que dejaba atrás la provincia de Salamanca con rumbo norte para rodar por la de Zamora. Había cruzado Zamora bordeando la ciudad sin parar ni a mear, y la había dejado también atrás y trazado un arco hacia el noroeste, y casi se le acababa la provincia en su camino hacia el oeste cuando el GPS le anunció que había llegado a destino. En dominios zamoranos, pero a tiro de piedra de tierras gallegas y portuguesas, Galende era poco más que un grupo de casas aglomeradas en torno a unos servicios básicos, entre bosques de coníferas, encinas, castaños y pinos. Un puñado de hogares habitados por dos puñados de vecinos bordeaban como adelfas de carretera la piedra hecha camino que el hombre insiste en dibujar sobre la tierra desde los tiempos del gran Imperio romano.

Dejó atrás un pequeño complejo de casas prefabricadas de madera y paró a preguntar en lo que parecía un bar con alma de tienda para turistas. Sin contradecir del todo las indicaciones de Alfredo, había cambiado el orden de los factores por un motivo tan simple como convincente: Galende estaba antes (el lago debía de esconderse entre árboles y montañas a unos pocos kilómetros, a juzgar por la mancha azul celeste del GPS), y el cuerpo le pedía un café y un cigarrillo. Previendo que el restaurante del lago que le había indicado Alfredo pudiera estar cerrado, tal como apuntara el policía la posibilidad, Marcos pensó que «más vale pájaro en mano que ciento volando», y paró en cuanto tuvo a mano al primero.

Una campanilla sobre una puerta de madera con ventanas de cristal ahumado por la mano del hombre y sobreahumado por el noviazgo del polvo y la dejadez anunció la entrada de Marcos en aquel pequeño universo con techo a dos aguas. Una mujer de mediana edad, mediana cintura, mediana melena y medianas ganas limpiaba una máquina de café tras una barra de madera oscura, como oscuras eran las miradas de los dos jubilados —presuntamente— que se volvieron a mirarlo desde una mesa del fondo, ambos sentados en sillas de madera, enfrentados ante una mesa de madera, jugando al dominó con fichas de madera (todo era de madera allí). Un hogar donde unos troncos ardían y se consumían camino al infierno de los árboles caídos aportaba el contraluz a las dos figuras, creando sombras recortadas de

contornos ardientes. Recias vigas de madera adornaban la estancia cruzando el techo como alargadas traviesas de antiguos raíles gigantescos, y un denso perfume de chimenea impregnaba cada rincón, recluido entre paredes a la espera de una mínima oportunidad para recorrer mundo. Esa bofetada de madera pasada por fuego, además del sonido de la campanilla sobre su cabeza y las miradas acartonadas de las dos figuras del fondo, fue todo el recibimiento que Marcos tuvo al traspasar la puerta. Fuera, las sombras parecían arrastrarse desde los dominios del bosque, sin prisas, invadiendo el asfalto de la carretera como estirados dedos de monstruos de otros tiempos en busca de nuevos territorios que conquistar, sabiendo que la batalla estaba ganada de antemano hasta el contraataque de la mañana.

No fue hasta que Marcos abrió la boca para lanzar al aire un «buenas tardes» —dudando si «buenas noches»— en busca de quien quisiera recogerlo, que la mujer mediana se volvió, y, tras lo que pareció un ligera consideración y cálculo con el fin de decidir si el visitante era o no digno de atención y hasta de respuesta, se inclinó por la opción más trabajosa, componiendo una sonrisa impostada a ojos de Marcos:

—Buenas noches casi ya —respondió concediendo el indulto. Sin soltar el trapo con el que limpiaba la máquina, apoyó ambas manos sobre la barra, los codos rectos. Sin duda tras la barra la mujer se apostaba en un sobresuelo para ganar altura, con seguridad de madera. Marcos se miró el reloj por respuesta: dos agujas sobre una pantalla líquida se confabulaban para arañar las siete vestidas de grises y negros. Se demoró mirando el reloj y respondió a la mujer sin palabras, a su manera—. ¿Qué se le ofrece? —preguntó ella.

—Un café solo, bien cargado, si puede ser —apostilló.

La mujer no se movió, decidiendo si merecía la pena volver a ensuciar la máquina de café para el tipo que acababa de cruzar la puerta.

—¿Solo café? Tenemos magdalenas de la zona, pastel…

—Un par de magdalenas me comería también —añadió Marcos viendo peligrar el café. «Café solo» no era lo mismo que «solo café». A veces, consideró recordando a Alfredo en Salamanca, el orden de los factores altera el resultado—. Luego me las como —añadió en cuanto la mujer se volvió y agarró la cazoleta del café—. Me las

envuelve para llevar.

Dos sorbos de café ardiente y la vuelta en monedas de los veinte euros que soltó sobre la barra, que dejó esparcida sobre ella sin recoger, esperó Marcos para preguntar lo que lo había llevado hasta allí.

—¿Conoce usted por casualidad a Lorenzo Cortés? —preguntó a la mujer mediana, que se afanaba en la máquina de café de nuevo, trapo en mano y ganas en manos de algún otro. Marcos dio un tercer sorbo al café—. Un amigo me dijo que vivía aquí cerca.

—¿Quién lo pregunta? —interrogó a su vez la mujer mediana sin volverse—. Lorenzo es celoso de su intimidad.

—Un amigo.

—¿Qué clase de amigo? —Se volvió al fin, de nuevo la pose de los codos rectos y las manos asidas a la barra, como si se la fueran a quitar; la mirada de medio lado, como si el forastero no fuera digno de la atención de los dos ojos.

—Uno de la profesión. —Movió la mano Marcos para coger la cartera que había dejado sobre la barra, junto a la vuelta y las magdalenas. Con un movimiento de dedos ensayado mil veces, una placa saltó a escena, y la mujer mediana asintió levemente con la cabeza. Marcos guardó la cartera en el bolsillo delantero del pantalón, recogió las magdalenas de la barra y dejó la vuelta sobre la madera barnizada—. También necesitaría un lugar donde dormir.

La mujer recogió la vuelta arrastrando una de las manos como un *croupier* experimentado, miró a la pareja del fondo, que había dejado de mover fichas hacía un rato —Marcos había captado la ausencia del sonido de las fichas contra la madera de la mesa— y miraban hacia la barra como quien ve llover, observándolo todo sin mirar nada en concreto, y volvió su atención de nuevo a Marcos encogiendo los hombros, y a este le pareció que al fin esa sonrisa medianamente femenina lograba acumular algo de verdad en aquellos ojos medianos.

—Siga usted por esta carretera hasta el lago. Deje atrás el camping, y continúe hasta que vea el cartel de las playas y los chiringuitos. Aparque en la que queda al oeste y recorra unos cien metros por la orilla, hasta que vea el humo salir de la chimenea de una de las casas más próximas. Ojo, que no lo veo yo muy abrigado. —Señaló con la cabeza—. Y esta noche se espera que bufe el viento

y caiga una buena pelona.

—No se preocupe por mí; voy bien…

—No lo hago, pero tampoco quisiera que se perdiera en el monte y tuvieran que salir a buscarlo. Cualquier búsqueda es un riesgo para muchos. Yo que usted iría mañana, con buena luz. Si recula un poco encontrará unas cabañas de madera. El Ruso. Buena cama y buen precio, no me dé las gracias.

—Gracias.

—Ya me las dio antes. —Agitando un puño cerrado, como lo están todos los puños, hizo tintinear las monedas—. Una última cosa, vaya usted hoy o mañana a ver a Lorenzo, no olvide dar una voz o dos si va andando por la playa, no vaya a ser que le peguen un tiro. Lorenzo es de los de tirar antes y preguntar después, y hace tiempo hubo algún problema de robos en las casas del lago. En esta época, la mayoría de ellas están vacías, y hasta los zagales de los alrededores con el pico suelto y ganas de fiesta se cuelan en alguna de cuando en cuando. No lo matará, pero el último que lo intentó acabó en el hospital con un par de plomos en la pierna, que no se diga que no lo avisé.

A Marcos le pareció que los ancianos del fondo intercambiaban unas palabras, y uno de ellos asentía bajo una mascota encastrada, creando sombras intermitentes al contraluz de la lumbre. Salió, decidido a recular hasta el complejo de cabañas y esperar al sol de la mañana. El día ya se le hacía largo. El viento que le acarició la cara al salir, como gato de uñas recién afiladas, uñas de diminutos cristales de hielo desprovistas de compasión, prometía cumplir las predicciones de la mujer mediana a la menor oportunidad.

24

Santos Sena no acostumbraba a soñar. Nunca. Por esa misma razón, estaba tan maravillado como escamado con los sueños que habían venido a él a hurtadillas, se le habían metido bajo las sábanas y lo habían atrapado, arrastrándolo a los dominios de lo irreal durante los últimos días. ¿O quizá lo irreal estaba aquí, en este mundo que llamaban real? Recordó las palabras de Ángel, evitando pararse a pensar si habían sido dichas o eran solo imaginadas: «El mundo cree que hay que pisar el suelo para existir».

Se masajeó las sienes, como si el solo hecho de hacerlo bastara para expulsar los malos sueños, y cruzó el dormitorio desnudo, camino a la ducha. No llegó, pues paró en seco, estrellado contra un muro invisible que le trajo a la memoria los escudos de las naves espaciales que aparecían en las películas que tanto gustaban a Pablo. Reflejados en el espejo del baño, descubrió sus propios pasos sobre el suelo de madera laminada a los pies de la cama. Se dio la vuelta y miró, temeroso de lo que podía encontrar: una hilera de huellas ligeramente negras lo seguían hasta el baño.

Un mareo, tan ligero como las huellas marcadas sobre la madera, se arremolinó en torno a Santos y lo obligó a alzar un brazo, buscando el marco de la puerta del baño. Fue solo un incordio pasajero, y se fue como remolino de verano que levanta arena en una playa. Cuando creyó sostenerse sin necesidad de puertas ni manos, Santos dobló una rodilla para verse la planta del pie por detrás, al estilo en que solía hacerlo su mujer cuando llevaba falda estrecha, de esas entubadas que les gustaban a los dos, y tocaba examinar el tacón. La planta del pie aparecía negra, moteada por diminutos restos de tierra, con toda probabilidad de su propio jardín. ¿De dónde demonios iban a ser? Lo aterrador, lo que lo hizo respirar tres veces tan hondo como un apneísta que prepara los pulmones para lo que vendrá, buscando el aire que ya le faltaba en los suyos, lo que hizo que el vello del cuerpo que había escapado

a la depilación se erizara como púas de cactus del desierto fue que no recordaba nada. Sus pies le decían que había dado un paseo —por favor, desnudo no—, y no recordaba nada.

De lo que no tenía duda es de a dónde había ido, si es que había salido. Olvidó la ducha, se embutió el primer par de pantalones que sacó del ropero, se calzó la primera camiseta que una mano ciega sacó del cajón de la cómoda y bajó, saltando escalones de dos en dos, directo al buzón. No corrió, y no fue por falta de ganas, sino que se obligó a mantener ese ritmo que raya ambiguamente entre la carrera y el andar, reteniéndose a sí mismo, como caballo al que refrenan con un tirón de riendas.

«¿Jugamos?».

Dejó caer el sobre negro a los pies, testigos de la acusación y remojados ahora por el rocío de la mañana que moteaba el césped del jardín, absorto en una palabra que proponía de todo menos lo que aseguraba proponer. Buscando algo más, dio la vuelta a la tarjeta, y nuevas palabras provocaron nuevos terrores:

«¿Qué mal hay en cumplir un sueño?».

¿Cómo podía Ángel conocer sus sueños? Es más, ¿cómo podía conocer sus sueños más recientes? Porque debía de ser Ángel. Lo otro significaba que estaba… Sin embargo, ahí estaban los pies sucios, y sus huellas en el dormitorio… Dejó volar la mente, rebobinando apenas unas horas, y refrescó el subconsciente más reciente, escarbando en los sueños…

No se molestó en calcular el tiempo que permaneció así, pero, cuando una sonrisa le asomó a los labios, Santos supo que lo haría, jugaría, y moviendo esos mismos labios recordó las palabras de un poeta y dramaturgo aprendidas en los años de colegio, escritas mucho tiempo atrás: «¿Qué es la vida? Un frenesí. ¿Qué es la vida? Una ilusión, una sombra, una ficción, y el mayor bien es pequeño; que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son» [10].

Un frenesí, eso era. Recordó el frenesí que lo envolvió cuando hundió el cuchillo en la carne de aquel viejo, y cómo la vida se escapaba por los ojos de aquel tipo, que compuso su última cara de sorpresa sin saber qué demonios le estaba pasando —«ni puta idea», movió los labios Santos otra vez—, hasta que comprendió que, fuera lo que fuese, sería lo último que le pasaría. Esa certeza, fatal al asomar en los ojos de uno, triunfal en los del otro, fue la que le hizo

eyacular al segundo. Oh, sí…, un frenesí.

Diablos, si casi le había hecho un favor; apartó la visión del mendigo como si barriera cenizas. Si la vida era un sueño, y esos eran sus sueños, los viviría. ¿Qué eran sino favores, adelantos benevolentes para salvar a desgraciados de la desdicha? Bajo el cielo encapotado de la mañana, Santos Sena pensó que tendría que comprar otro cuchillo; uno bonito, a la altura de las circunstancias. Casi llegó a olvidarse de Ángel, que, como un cura a mitad de confesión, estaba pero no estaba. Presumible, sin certezas.

¡Oh, sí! Realmente la vida era un sueño… Y los sueños, sueños son.

La sonrisa se le ensanchó en la cara a Santos, ganando terreno a la aparente consternación que lo había arrastrado al jardín, y fue un hombre nuevo el que acabó abriendo el grifo para darse una ducha, la tarjeta reposando sobre la mesita de noche como testigo admonitorio de lo divino y lo humano.

25

El inspector Alberto Rodríguez, alias Rodrigazo, simplemente Gazo para los conocidos, que no amigos, contaba los días para la jubilación delante de un café cargado que luchaba por el protagonismo bajo la nariz del inspector con una copa de aguardiente que esperaba su turno sin rechistar. Un efímero y caprichoso dibujo trazado en tinta de humo zigzagueaba desde la taza buscando mundo, perdiéndose en el trasiego de la esquina de la calle Alfonso XIII a media mañana.

A medio sentar en un taburete, los pies en el suelo y la cabeza en un futuro que parecía llevarle el paso, el inspector adelantó la mano al café, miró la copa, hizo un giro mental que se trasladó a la extremidad en el último segundo, y regateó al café en busca del aguardiente, que sin aspavientos ni humito de adorno se supo siempre ganador.

—¡Qué cojones! —susurró, y vertió el líquido transparente sobre el café.

El humo se volatilizó, el inspector soltó un tiesto para coger el otro, comprobó en el tacto de la taza que la lengua no volvería a arder en el infierno, y vació media ración en la boca como si la hubiera vertido en una bajante. Estiró los labios, inspiró con fuerza, sacó un cigarrillo que bailaba suelto en el bolsillo de la chaqueta, chasqueó el Zippo, volvió a inspirar, y soltó una bocanada de humo que alcanzó a las dos señoras a buen seguro jubiladas que comían churros en la mesa contigua, y esto lo supo Gazo por la forma en que se volvió una de ellas y sobre todo por la mirada afilada que le dedicó. Él, recogiendo el guante sin deportividad, estuvo tentado de inventar un eructo sonoro, pero contuvo la chiquillada en el último instante. El caso es que estaba de mal humor, y alguien tendría que pagarlo.

Había empezado al otro extremo de la calle, casi a la altura de la antigua estación de tren, ahora reconvertida en un centro comercial

y en cuyo aparcamiento subterráneo había dejado el coche; había comprado el pan en el Mercadona del mismo centro para rascar horas gratis a la tarifa, lo había vuelto a dejar en el coche, y había salido andando, embocando la calle Alfonso XIII. A media mañana había repasado ya tres cuartas partes de los comercios que la salpicaban de cabo a rabo, en busca de cámaras, y sobre todo de imágenes, por extensión. Porque cámaras había encontrado para cubrir unas olimpiadas, pero hasta ahora todas —tiene cojones— cumplían las normas establecidas y o bien enfocaban el interior de los comercios, o estaban dispuestas para no traspasar con sus ojos de cristal el límite de la acera exterior. La ley de protección de datos y sus multas siderales tenían acojonado al personal, tócate los mismos cojones, cuando los datos de todos estaban de todo menos protegidos, y el solo hecho de tener un móvil en el bolsillo era como vender el alma al diablo, y sin remordimientos, mire usted, que es necesario y además obligatorio, y, lo más importante, todos lo hacen. El diablo, en estos casos, se disfrazaba de cookies, a veces de ventana emergente, por variar, y con esta excusa y el arte de la repetición y el hartazgo, acababas aceptando tarde o temprano a golpe de dedo en la pantalla del móvil la publicidad masiva, la geolocalización, las escuchas sin orden judicial ni nada, un vistazo detallado a tus álbumes de fotos, y hasta la donación de las córneas sin anestesia si te lo proponían a buena hora, todo fuera por quitar de la pantalla el enésimo estorbo en forma de consentimiento cuando querías ver los últimos fichajes de tu equipo, el tiempo, o la madre que lo parió, o instalar cualquier aplicación que se te antojaba imprescindible, que lo único que no te pedía eran las llaves de tu casa antes de echar a rodar, para acabar diciéndote cosas que nunca habías necesitado que te dijeran, como que estabas a fin de mes y tenías dos duros en la cuenta y debías tres, o el clima a tiempo real en la calle de atrás, o el pateo acumulado desde que te levantabas. Geolocalización, micrófono, acceso a fotos y grabación, y su puta madre para echar un ojo a la prensa de la mañana, y ahora vas y la cascas con la ley de protección de datos de los cojones, y el chanchullo de los cursos bonificados y obligatorios, y el papeleo dando por saco cuando uno necesitaba coger por los huevos a un cabrón con cuernos.

Hastiado de ejercer de picapuertas, se había adjudicado un

«pack respiro», consistente en un cigarrillo, un café y un aguardiente, y en la esquina del bar Duque —él era de bares con tradición y pocas reformas— y sobre aquel taburete en la acera, contemplaba la marea de gente subir y bajar la calle, coleccionando bolsas con las compras de Navidad como si el alcalde hubiera anunciado en un bando municipal una exención general de impuestos para el año siguiente.

Abrió la garganta y echó otro trago, apurando el cóctel de café y aguardiente, se levantó y echó a andar taza en mano, y solo al pasar junto a las dos señoras se permitió dejar la taza junto al plato de churros a medio comer y, en el espacio que acomodó la sorpresa de ambas, soltó el humo que retenía en los pulmones como un tren de vapor en marcha y dejó escapar un «buenos días», de espaldas ya, como los buenos toreros, imaginando dos bocas abiertas en lugar de cuernos y cuatro cejas arrugadas por banderillas.

Por no quedar a la vista de las señoras, decidió subir calle arriba en busca del punto donde aparcó la tarea del día, para volver a picar puerta, de comercio en comercio, hasta el bar Duque de nuevo —con suerte, y sin ella, a esa hora en que el cuerpo pide una cervecita—, y llegando casi a la altura de la antigua biblioteca, donde el presunto matador de gatos había subido la apuesta acuchillando a Amadeo Carrasco, que sin pena ni gloria esperaba paciente en un sótano frío su último verano y su ulterior morada eterna en el «cenicero común» de San Fernando[11], entró en un chino que soñaba con ser El Corte Inglés por las noches y, a juzgar de Gazo, estaba a punto de lograrlo.

«A la que te descuidas, se quedan con España, los chinos estos. Ríete de los moros», pensó, mirando al techo en busca de cámaras, el síndrome del aspersor haciendo de las suyas en un cuello que entre el abrigo levantado detrás y la papada delante descansando sobre un cuello vuelto que bajaba formando ochos de lana fina solo se intuía. Presuntamente, estaba debajo.

—Buenas tardes, ¿el encargado? —levantó la voz a la vez que la placa.

Los pitidos de la cajera al pasar los artículos por el lector de la caja cesaron, y toda la fila de ordenados compradores centraron su interés en él. Uno de ellos, que rozaba la veintena, al final de la cola y con espíritu de reportero, hizo amago de sacar el móvil, y solo la

mirada de Gazo lo disuadió… de momento.

La cajera de ojos afilados levantó un teléfono interno que había junto a la caja, escupió unas palabras en chino de provincias y ni un minuto había pasado cuando una sonrisa sobre un traje barato bajó por unas escaleras mecánicas y lo saludó ofreciendo una mano pequeña y servicial (fue entonces, y no antes, cuando Gazo desvió la atención, que el veinteañero reunió el arrojo necesario para sacar el móvil y darle al botón rojo):

—¿En qué puedo ayudalle, caballelo?

Resueltas las presentaciones y expuesto el asunto, Gazo tuvo una premonición de camino a la «sala de seguridad». Supo que tenía futuro en la videncia si las cosas se torcían en el Cuerpo cuando vio las tres pantallas que descansaban sobre una mesa con forma de media luna. Si hay un país en el mundo al que le gustan las cámaras tanto como las mascarillas, ese es China. Y en China lo que hay son chinos, y algunos salen a ver mundo y se afincan por ahí, y allí estaba Juanjo (españolizado de Wáng Wu al libre albedrío del portador allí presente) para demostrarlo, con un negocio en pleno centro de Sevilla y a pleno rendimiento, con ese afán por el trabajo que nadie les puede negar, y esa desconfianza y ese celo por la seguridad que tampoco tiene igual.

No fue fácil llegar a la sala, y Juanjo solo accedió cuando el inspector agachó la cabeza para acercársele al oído y amenazó con llamar a un amigo de la BRIM (Brigada de Inmigración, explicó) y pedirle que echara un ojo a rodar por el negocio que Juanjo regentaba. Ni Gazo tenía amigo en la brigada, ni maldita era la cuenta que le iban a echar en tal o cual brigada, que ya bastante tendrían con lo suyo, y para rematar ni siquiera existía tal brigada como tal y con tal nombre, pero eso Juanjo no lo sabía, o no estaba seguro de saberlo, y eso bastó para dar el pase a Gazo a aquella sala que le recordó al inspector una película que había visto hacía mil años, en la que un degenerado encarnado por un actor cuyo nombre no recordaba asediaba a su maravillosa Sharon Stone (de ahí que recordara la peli), espiándola a base de cámaras ocultas instaladas en su apartamento.

—Joder, Juanjo, vaya pastizal en vigilancia. Prometo soltar los gayumbos que cogí cuando venía; no quiero problemas.

Juanjo no sonrió. Gazo no supo si por falta de humor o de ganas.

Por respuesta, soltó unas palabras en chino con ese deje a medio enfadar que da el idioma, y un compatriota con uniforme de seguridad de saldo salió a dar un paseo, dejándolos a solas.

Cada una de las pantallas de sesenta pulgadas estaba dividida en cuarenta minipantallas, lo que hacía un total de ciento veinte cámaras para vigilar las dos plantas que componían el negocio. Gazo se centró en las que enfocaban a la calle, concentradas en la primera pantalla de la izquierda, y olvidó el resto. Las señaló con el dedo, dejando una huella íntima y personal marcada en cada una de ellas (eran cinco las que peinaban la calle de una u otra manera) para disgusto de Juanjo, y le explicó lo que quería. Por segunda vez, tuvo que recordarle a Juanjo la BRIM, y hasta el amago de llevarse el teléfono a la oreja después de abrir la galería de imágenes y seleccionar una foto (fue donde cayó el dedo al simular el marcado) tuvo que farolear antes de que Juanjo diese el «sí, quiero».

Para regocijo de Gazo, el bucle de Juanjo se refrescaba una vez cada diez días, y todo quedaba grabado en cinco discos redundantes de *nosecuántos* terabytes (ni ligera importancia tenía, pero muchos) en los que se iban reemplazando datos con la cadencia inexorable de las cadenas de un Panzer [12].

Llevarse una copia de las grabaciones de las cámaras en las horas anteriores y posteriores a la supuesta hora en que murió Amadeo Carrasco ya fue más difícil, y la BRIM se antojó insuficiente para tal caso a ojos de Juanjo. También dicen que a la tercera va la vencida, y quizá este lo sabía, o quizá se le antojó también que los chantajes se pueden hacer eternos, y eso no es bueno para el negocio. Para la ocasión —no le gustaba tal proceder a Gazo, pero no tenía el día para tonterías, y el asunto de las señoras lo había emponzoñado sin razón— tuvo que recurrir a la temida LPD (ley de protección de datos). En España, le recordó Gazo a Juanjo, hoy día, puedes quemar coches a base de cócteles molotov, robar bancos, asaltar viejecitas en los portales y hasta timar al fisco o prevaricar si estás en el sitio adecuado para ello, pero, si te saltas la ley de protección de datos y te pillan, ay, amigo Juanjo, si te pillan, y tres cámaras abarcan más de la cuenta, y hasta se meten en las ventanas del piso de enfrente de rebote, cómo se te *oculle*, si te pillan, estás muerto de por vida, *alluinado* para siempre. Siempre puedes volver a la madre patria, claro está.

Es así. Las multas de la LPD son como los precios de las viviendas: inabarcables, siderales, épicas… Y Juanjo lo sabía, o lo había oído, porque saberlo de verdad es cosa seria. Wáng Wu lo sabía de oídas, dejémoslo así, porque era su trabajo saberlo, y el trabajo es sagrado, y porque había un protocolo y tenía un libraco en su despacho, pared con pared con la sala donde estaba ahora —blanco como aristócrata de la Francia de Luis XIV—, donde se desarrollaba todo el asunto oficial de la LPD y se certificaba que la empresa cumplía con todos los requisitos habidos y por haber. Al menos eso decía el libro.

Al final, dos no se pelean si uno no quiere, y Juanjo no quería. Todavía resonaban las campanadas del ángelus en la llamada hora sexta en alguna iglesia cercana cuando Gazo se pintaba un bigote de espuma bajo la nariz en el mismo bar Duque donde había ligado un café y un carajillo un rato antes. Más valía temprano que tarde, no había señoras ya ni cafés sobre las mesas, el humo corría libre, y la chaqueta tiraba como un pez enganchado a un anzuelo a causa del peso del disco duro que reposaba en el bolsillo derecho. Había prometido devolverlo «mañana mismo, dos días a lo sumo», y aunque Juanjo quiso darle una copia, Gazo prefirió llevarse el original —con permiso y cooperación ciudadana desinteresada, por supuesto—, por aquello de la veracidad de las pruebas, y porque tenía ganas de tocar los cojones esa mañana, y le había tocado a Juanjo; y que fueran los compañeros de la Tecnológica los que se ocuparan del asunto.

—Lo que os gustan las copias, Juanjo —le había dicho—. ¿No merece la vida de un hombre el original?

Juanjo, a esas alturas, se había rendido a su pesar, y hasta se dieron la mano con cierto afecto al despedirse. «Por el interés te quiero Andrés», habría dicho algún otro.

La vida le sonreía de nuevo, en la esquina de la plaza del Duque, en el corazón de Sevilla y, bajo un sol que calentaba las coronillas clareadas —tal era el caso—, Gazo repasaba allá tras la frente, al son del gran misterio del funcionamiento de la mente, una y otra vez, una y otra vez, como si la simple repetición pudiera provocar recuerdos distintos, la silueta que había vislumbrado en la cámara central con más nitidez que en las otras dos. Una silueta cruzando los dominios del ojo oriental, dos veces, las dos en solitario y de

madrugada, al amparo de la noche y en la soledad que brindan las horas de sueño a los despiertos.

Blanco y en botella, suele ser leche, sentenció, los ojos achinados por instinto, como un felino al acecho. Buscando el paquete de tabaco en el bolsillo contrario al del disco, cruzó los dedos a la sombra y el abrigo de las miradas. Porque él no era supersticioso ni mucho menos, y todavía menos le gustaba parecerlo, pero ¿qué daño hacía cruzar unos dedos?

«¿Y el tabaco, cojones?», rebuscó, descruzando los dedos.

II

DEMONIOS Y HOMBRES

26

Fue justo aquel día cuando volví a entrar yo en esta historia, a mi pesar. Si esto pudiera ser solo una novela engendrada en la cabeza de algún escritor de esos que escriben de muertes en algún otro universo paralelo, imagino que algún que otro editor se llevaría las manos a la cabeza, quizá no falto de razón: demasiado tarde para cambiar de voz, diría. Pero ¿acaso esto lo es? La vida no entiende de remilgos; la muerte… La muerte ni ha oído hablar de ellos.

No era un día malo; al menos, no de los peores. Todo se empezó a torcer cuando escuché los neumáticos del Volkswagen de Marcos Lanza rodar entre un crepitar de piedras rechinando, aunque yo eso aún no lo sabía. No fue hasta que puso los pies en tierra, que un portazo y unos pasos apagados por la lejanía me hicieron volver la cabeza. Supongo que pudiera ser fruto de la distancia y el recuerdo, pero juraría que las sombras del bosque daban un paso hacia mí, y que las ramas de los árboles se mecieron de más, presagiando malas noticias; estoy seguro de que una ráfaga de aire planeó sobre el lago, rizando la superficie como si una gran lengua de un enorme gato invisible se arrastrara sobre el espejo de agua a cámara lenta. Eso lo sé porque lo vi justo antes de volver la cabeza, y aunque hay pruebas concluyentes de que el cerebro se deja engañar por la vista con frecuencia y viceversa, tendemos a confiar en este pícaro sentido más que en ningún otro. Así como la fe nos exime de confiar en cualquiera de estos cuando «ponemos los ojos» en el mundo espiritual, exhortándonos a enviar nuestras plegarias donde quiera que alguien o algo las escuche, cosa que a mi parecer nunca sucedió —o si fue así decidieron que no se notara—, cuando se trata de motivos terrenales, los ojos son, en la escala oficial para asuntos serios que usamos aquí abajo, los ilustres notarios del reino. No hay quien les discuta. «Lo vi con mis propios ojos», se suele escuchar con frecuencia. A alguien que afirme esto respecto a una cuestión no hay quien lo haga cambiar de parecer.

Así que las sombras parecieron intensificar su poder, como filamentos de wolframio bajo una tensión desmedida; las ramas sucumbieron al paso de una mano invisible que las zarandeó, si la memoria no me engaña, y las aguas del lago se levantaron por un segundo para volverse a acostar. Eso lo vi. Fue entonces cuando volví la cabeza, buscando un mal augurio que parecía escudriñarme entre sombras de apretados carrascos, abedules y serbales, dudando aún ante el asalto, como una manada de lobos indecisa frente a una presa descreída como era yo.

Había estado pescando, o intentándolo, pues la época y el clima no eran los idóneos; ni siquiera la hora lo era, pero, cuando uno busca el retiro y el recogimiento, el Estado paga las facturas en compensación a los años dedicados, y la vista pide un descanso de letras y libros, hay veces en que se hacen cosas cuando no se deben hacer, por pura rutina, aburrimiento, y hasta por gusto, o disgusto. Y yo estaba pescando aquella mañana, o intentándolo, al filo del muelle de madera que se adentraba en el lago junto a la playa de Custa Llago, con la gallardía de los ignorantes. En una masa de agua de casi 3,5 kilómetros cuadrados, con una profundidad de hasta 53 metros, los apenas nueve o diez que componían aquel montón de maderas de apenas tres de ancho que osaba adentrarse en las aguas no tenían más peso en el conjunto que un par de picabueyes a lomos de un rinoceronte. Yo, y mi ignorancia respecto a la pesca, menos.

Si los ojos son los notarios naturales del humano, el olfato es el heraldo de la memoria, y viceversa. No hay rival con poder remotamente parecido a la hora de avivar evocaciones desde lo más hondo de los confines de la memoria que una buena pituitaria, y ese día, y a esa hora, la mía rescató del baúl de los recuerdos enclaustrados los más negros y pavorosos para mí. Un aroma a musgo, a agua estancada y naturaleza muerta pareció zigzaguear entre los árboles, que como testigos que nunca alzaran la voz ni escaparan de la sala, volvieron a batir sus ramas acompañando el ulular del viento. Supongo que la explicación racional sería que los caprichos de la naturaleza quisieron descargar en aquel rincón de agua, madera y tierra donde aquel humano insignificante arrugaba la nariz una buena ración de partículas a lomos del viento, traídas desde las turberas más cercanas, con su particular olor a lignito y

sedimentos, a estiércol.

Sin embargo, a mí ese olor no hizo más que engancharme por el cuello del jersey y enviarme de un tirón, como solo esas partículas diminutas que viven en el aire pueden hacerlo, al pasado más negro y aterrador, al más incomprensible; al pasado que se arrastra en forma de sombra y no se va más que en los sueños esporádicamente benévolos del subconsciente; un pasado que asedia el presente y roba el futuro con un descaro abrumador.

—¡Eh! —Levantó una mano Marcos desde la arena suelta de la playa.

No me había visto en primera instancia, escondido como estaba del *parking* por la masa de árboles que se confabulaban para hacer de sus troncos un muro a la vista, y había descendido por el camino hasta la playa con forma de media luna que se disputaban los turistas en verano. Yo lo había seguido con los ojos terrenales, sin descubrirme, ni falta que había hecho, pues ni lo conocía ni lo esperaba. Ahora la playa estaba desierta, e incluso el chiringuito que enmarcaba la figura de Marcos tras la arena estaba cerrado por falta de clientela y ahorro de gastos a la espera de días más propicios. Al fondo, capuchones blancos coronaban los picos y faldas más altas de los macizos montañosos que custodiaban el lago como antiguos gigantes fosilizados.

—¡Eh! —volvió a gritar agitando la mano.

Yo le devolví el gesto sin inmutarme más que lo estrictamente necesario, levantando el brazo libre de caña y sedal. Aun en la distancia, sabía que se dirigía a mí; no podía ser de otro modo. En aquel día, aquella hora y aquel clima, solo los lobos, autóctonos como yo desde mi prejubilación, se atreverían a bajar al lago. También Marcos Lanza, que, en aquel día, aquella hora y aquel clima, tenía aún congeladas las ideas y el saber, y gozaba de la temeridad del ignorante. Y así fue como nos conocimos, Marcos y yo, los dos solos una mañana de invierno entre montañas que se dejaban acariciar por las frías y oscuras aguas del lago de Sanabria.

Tras la ráfaga con lengua de gato, la bruma había vuelto a ganar la posición perdida sobre las aguas, y por un momento el viento cesó por completo y el silencio se desplomó sobre el valle como una bomba de hidrógeno en una película muda.

—¿Puede ayudarme? —Alargó la voz pisando ya los maderos del

muelle. Yo no hice más que levantar las cejas con elocuencia. «Qué sé yo», vine a decir con ese par de manojillos de pelos que desde los sucesos que provocaron mi retiro habían decidido abandonar el negro rotundo y se adornaban con canas dispersas. A mí, que desde mi destierro al lago no le había hecho ganar un euro a don Amancio ni a los herederos de King Camp Gillette, y lucía una barba tan espesa como descuidada, dos canas de más o de menos me importaban tanto como los derechos laborales de los africanos implicados en la extracción del coltán a un inuit del ártico—. Busco a una persona: Lorenzo Cortés —añadió—. En Galende me dijeron que lo encontraría aquí. Quizá usted pueda…

—¿Para qué lo busca? —La voz me salió a cuatro patas, como si intentara arrastrar algún fluido interno con ella y luchara en el intento. No en vano hacía días que no cruzaba una palabra con alma viviente y corazón humano. Carraspeé—. Perdón: ¿para qué lo busca?

—Es un asunto oficial. —Levantó una placa el desconocido Marcos. Aprecié que aún brillaba y que la cartera que la contenía relucía aún más.

—¿La frota por las noches con Sidol, o es nueva? —Señalé.

—Oiga, ¿lo conoce o no? —Guardó la placa con la misma rapidez con la que la había sacado—. No le estoy pidiendo la fórmula de la
Coca-Cola.

No hubo una razón concreta, pero Marcos Lanza me cayó bien desde la primera vez que lo vi, o la segunda, allí plantado sobre aquellos pinos muertos que vivían reencarnados en traviesas para componer un muelle. Estas cosas pasan simplemente así, y lo llaman «primera impresión». No era alto; al menos, no más que yo. Me pareció un urbanita, como lo había sido yo mismo en otros tiempos, y el acento clamaba al cielo que Marruecos le quedaba más cerca que a mí. El conjunto daba un aspecto aseado, pero a poco que uno se fijaba, apreciaba que estaba lejos de casa y no había echado una plancha en la maleta. Tampoco sería yo quien se animara a tirar la primera piedra, enfundado como estaba en mis pantalones de pana desgastada y mi lana de cuello vuelto bajo el cortavientos forrado de borrego, tan artificial como barato. El detalle estaba en que lo mío no pedía plancha, y él parecía recién salido de una maleta, tal

cual. Unos ojos francos y marrones me miraban de frente, expectantes, faltos de la hostilidad que acostumbra a rezumar la arrogancia del cargo en algunos. No pocos policías pecan de ser un poco harina de ese costal, y quizá fuera eso, y la inocencia con que pronunció la última frase, acompañada de un levantamiento de brazos enseñando las palmas de las manos, lo que decantó la balanza para que no lo mandara a paseo con un par de buenas palabras y una patada en el culo a donde quiera que tuviera que volver.

—Lo conozco —dije—. Aunque no pocas veces me arrepiento.

—¿Y bien?

Ahora fui yo quien levantó las manos, imitándolo. Aquella mañana, aunque parecía estar solo, la elocuencia me acompañaba como un perro a su dueño donde quiera que fuese, que era a ningún sitio más lejos de lo que pudieran llevarme el par de pies que ya habían caminado sobre la línea imaginaria del medio siglo. Si me paraba a mirar, como esos que a veces no saben si seguir o volver, el fin quedaba más cerca que el principio. Él, como policía entrenado o simple humano con al menos un puñado de neuronas en activo, captó la idea y me devolvió la pelota, levantando las cejas por respuesta como lo había hecho yo un minuto antes. Por fortuna estábamos solos y nadie fue testigo del intercambio de lenguaje corporal avanzado del que hicimos gala.

La bruma parecía habernos etiquetado como presas, y una humedad que llamaba a las puertas de los huesos con la intensidad de los huéspedes de los manicomios bastó para que le ofreciera un café caliente, y él lo aceptara. Para esto usamos alguna que otra palabra, y diez minutos después un hornillo de gas acariciaba el metal sin brillo de la cafetera con lenguas azules y doradas, entre paredes de piedra vigiladas por gruesas vigas de madera; y el calor de la chimenea resucitó de entre las cenizas, ayudado por un par de troncos y unas ascuas que habían resistido la noche como agazapados guerreros en una trinchera, a la espera de refuerzos. Diminutos puntos rojos de luz asomaron, semejando ojos candentes de criaturas de otros mundos que nos vigilaban en la penumbra de mi humilde cabaña, a orillas de las aguas quietas del lago. Un eco perdido pareció resbalar de las montañas, y unos aullidos reafirmaron mi convicción de que el futuro nos esperaba envuelto

en un manto de muerte y pesar. No me equivocaba.

Respiré con fuerza, dejando escapar un suspiro sonoro antes de preguntar al fin lo que ya olía, como una presa que detecta al depredador a destiempo:

—¿Es por un caso de mi etapa en activo?

Marcos asintió con la cabeza y aceptó la taza que le alargaba, con la inocencia del que no sabe nada y nada teme. Dio un sorbo, levantó la taza en un tímido brindis al sol como elogio al café, agradecí el cumplido estirando los labios, la dejó sobre la mesa de roble basto y desnudo, rebuscó en la mochila que custodiaba a sus pies y depositó un dosier junto a la taza, acompañando el gesto con el sonido del papel sobre la mesa a modo de sentencia.

—Es un asunto de gatos —dijo sin más, esperando una reacción por mi parte.

Miré la taza, absorto en el humo que despedía, e imaginando que un genio aparecía entre las espirales que se difuminaban con la altura, anhelé un deseo que murió antes de nacer. Y me senté, dejándome caer sobre mi butaca preferida, cuando aún me quedaban cosas de ese tipo, preferidas. Hizo amago de abrir la tapa, y levanté la mano para detener el gesto. Hay cosas que uno no desea escuchar por segunda vez.

—Lo que usted ha venido a buscar, que aún no he decidido si le voy a dar, podría parecerle increíble, y posiblemente no lo creería, pero aquí está, en mi casa, buscando respuestas. Yo no las tengo, y a ratos ni las quiero, y el hecho de que haya tenido que venir usted hasta este rincón a buscarlas debería ser indicio suficiente para rehuirlas.

—Como bien dice, aquí estoy —me animó a seguir, sofocando mis últimas reticencias—. No ha sido fácil. No es usted un faro en la noche precisamente, pero intente iluminarme; a veces una pequeña llama prende una hoguera. Cualquier detalle nos podría ayudar. Poco más que la intuición me ha traído aquí. Eso, y el respaldo a desgana de mi jefe, me temo que por el simple hecho de que es mi primer caso. También me temo que alguien está intentando reproducir ese caso suyo. El de los gatos.

—¿Tiene familia, Marcos?

El desconcierto se instaló en una cara (no fue la mía). Arraigó apenas un segundo.

—¿Hijos y esas cosas, se refiere? No. Sí, si las parejas de hecho cuentan para usted. ¿No será uno de esos católicos?

Negué con la cabeza. No conocía aún a Marcos, y me arriesgué a creer que con «esos católicos» se refería al ala dura, los de progenie alegre, marcha atrás y toda la parafernalia más ancestral y fe bien arraigada, con raíces suficientes como para frenar la inercia del avance de los tiempos. Lo mismo me daba, y hubiera negado en todo caso; yo entonces hacía tiempo que no creía en casi nada.

Y menos en Él.

—No creo en el cielo y el infierno. Sí en unas fuerzas superiores que nos acechan y nos manejan, de igual manera que nosotros lo hacemos con los ratones y los laberintos de un laboratorio cualquiera. Llámelo como quiera. Si en algo aprecia esa familia y la tranquilidad que pueda aportarle, déjelo. Aún está a tiempo, o eso espero. —Yo sabía que aquel reciente subinspector no se movería de la silla, pero no por eso pude dejar de advertirlo, aun con la torpeza por escudo. No se movió, limitándose a esperar a que continuara—. Está bien —asentí. Ya dije que Marcos Lanza me cayó bien desde un principio, aunque no sabría decir si eso actuó a favor o en contra. Di un sorbo al café, gran parte de cuyo calor se había disipado, aprecié una desagradable tibieza en los labios, y suspiré de nuevo antes de continuar, intentando acopiar con el oxígeno algo del valor que me faltaba—. Por aquel entonces yo no tenía más edad que usted —continué—, y mantenía intactas las mismas ganas de hacer las cosas bien que le presumo. No fue mi primer caso, pero sí el último. Me temo que, si sigue el camino que ha abierto, los suyos se solapen.

Los troncos ardían ya sin tregua, como condenados en el infierno, dibujando danzas de luces y sombras que escudriñaban los recovecos de la piedra irregular de las paredes. Me pareció que buscaban una escapatoria, y perdí la mirada entre las llamas, rebuscando en ellas a la caza de recuerdos que creí enterrados para siempre en los calabozos más profundos de la memoria. Para ello, tenía que atravesar los pasadizos del dolor, y sentí las punzadas de invisibles alfileres, largos como lanzas, que me atravesaban en busca del corazón, acertando a cada estocada. Una bandada de gorriones aletearon al unísono dentro de mí, espantados por el chirrido de unos goznes oxidados, y echaron a volar, y me

despojaron del exiguo resquicio de paz que había logrado consolidar con el pegamento del olvido y los años a orillas del lago.

27

—Yo tenía una hija. —El quiebro de mi voz pareció arañar la garganta en su camino a la libertad.

Un recuerdo atroz me secuestró la mirada y me llevó muy lejos, más allá de las llamas, tirando de mí hacia los abismos, como desecho radioactivo enclaustrado y lanzado por la borda en busca de los rincones más oscuros de los mares más recónditos. Sin vuelta atrás.

Marcos captó el tiempo verbal y sus connotaciones, y supongo que las lágrimas que vio correr por mis mejillas, pintadas de los dorados y rojos de las llamas que reverberaban en ellas, lo instaron a mantener el silencio y darme algo de tiempo.

—En aquel entonces yo era un cínico, además de algo cabrón —proseguí relatando—, y supongo que debo de seguir enarbolando un poco de ambas cosas, algo aplacadas por la edad, pero era un cínico y un cabrón feliz. Había crecido como policía a la sombra de mi tío, y cuando aquel otro cabrón se jubiló me traspasó el guante de hierro con que solía manejar a la caterva que pasaba por sus manos. «Todo se arregla con una polla dura y una mano dura», era una de sus frases típicas en compañía de cervezas y colegas. A más cantidad de ambas cosas, más veces lo soltaba. Mi padre, en cambio, nunca quiso que yo fuera policía, y, casi como un antídoto contra los métodos de educación de su hermano mayor para con la sociedad, él eligió educarla desde la prevención, dando clases de Ciencias Sociales, además de Educación General, como era costumbre en aquellos tiempos, en un colegio privado para almas jóvenes y moldeables. «Más vale prevenir que curar», era su lema. Mi tío solía recitar otros dos muy distintos; además del anterior ya citado, según el día, se valía de estos otros: «Más vale cortar por lo sano», era uno de ellos; el otro, con más posesión de balón generalmente, solía ser: «A base de palos aprende el burro».

»Para cuando comenzó el asunto de los gatos, yo ya era

inspector, y que el asunto llegara a mis manos se debió solo a una cuestión de falta de personal y amarga casualidad, que no es más que la prima mentirosa de la causalidad. A veces me pregunto cómo habría sido mi vida si aquel día llego a pillar una gripe o a tener un simple accidente de coche que me hubiera regalado un par de días de baja; unas gotas de más en el desayuno de la teoría del caos. Sobre todo, me pregunto cómo hubiera sido la vida de mi hija. Siempre, como si de dos eslabones unidos se tratara, acabo recordando las palabras de aquel ser ("Un camino que no existe no conduce a ningún sitio"), y, aunque la rabia contiene parte de la pena, no impide que las lágrimas encuentren su propio camino.

—¿A qué ser…? —interrumpió Marcos.

—Ya llegaremos a eso —lo corté yo a su vez.

»Si es posible medir la cuota de felicidad de alguna manera, el vigor de la vivida los dos años anteriores a la muerte de Alba agotaron la que se me debía. Tenía un trabajo del que presumía y del que disfrutaba, una mujer que me quería más de lo que yo merecía y una hija a la que adoraba con el fanatismo de la locura y la inexorabilidad de la gravedad. Los físicos teóricos se atreven a afirmar, desde la ignorancia que regala la sabiduría sesgada, que la mayor fuerza del universo es la llamada interacción o fuerza nuclear fuerte… hasta que son padres. Si siguen cuerdos tras los primeros meses de llantos y falta de sueño, y abrigan, aunque sea, una mínima pizca de filosofía en su interior, cambian invariablemente de opinión. La mayor fuerza del universo, la que traspasa el tiempo y las fronteras, y mira a la propia muerte a la cara sin atisbo de miedo, es el amor de un progenitor por un hijo… Antes me dijo que no tenía hijos. Si no es padre, no puede entender lo que le digo. No del todo.

—Aún no, pero espero serlo algún día.

—Aún es joven. Quizá recuerde estas palabras entonces… —Lo miré, antes de volver la cara a las llamas—. Los dos primeros gatos llamaron la atención. Salamanca no es una ciudad grande, y la onda de lo que sucede en un rincón se expande entre sus habitantes con la celeridad del oxígeno en el vacío cuando el asunto se aparta de lo cotidiano. Una chiquillada, no más, fue el sentir general, a pesar de la generosa crueldad de las muertes de aquellos gatos. Hubo quien mencionó la brujería, e incluso se barajó la magia negra, pero no

eran más que dos gatos. Cuando, más tarde, la plaza Mayor amaneció sembrada de gatos colgantes bajo sus arcos, destripados con la saña que solo pueden acopiar los adultos, los chiquillos quedaron a un lado y la policía se tomó en serio el asunto. Se metió en la baraja una posible secta, y se contemplaron las novatadas de los universitarios sin demasiada convicción. Salamanca es una ciudad de letras, y letras fueron las que aparecieron en las bocas de aquellos desdichados gatos.

Marcos arqueó la espalda en este punto, despegándose del respaldo. Capté el gesto; un policía retirado sigue siendo policía, y el instinto hizo el resto.

—¿Están jugando al ahorcado allá abajo? —pregunté. Tardó un segundo en pillarlo.

—Algo así. ¿Qué sabe de esas letras? No lo vi en el informe.

—Está. Sin duda pasó usted al asunto mayor, y desechó los gatos. Tenga en cuenta un consejo que le doy, si no lo oyó en la academia: el principio casi siempre es el que aporta el motivo. Los asesinos en serie comienzan por el vecino; el carterista roba la primera cartera en el autobús de su barrio… ¿Ha visto usted *El silencio de los corderos*, Marcos?

—Todo el mundo la ha visto, pero no veo que…

—«Codiciamos lo que vemos» (lo escribió Thomas Harris, y lo puso en boca de Hannibal Lecter). Grábeselo; le será útil, si quiere dedicarse a esto. No le faltaba razón. —Marcos repasaba el informe, el oído atento, los ojos puestos sobre sus páginas—. ¿Es usted católico? Antes me lo preguntaba; ahora se lo pregunto yo.

Marcos caviló el asunto, como un niño en clase que no está seguro de la respuesta. Yo me volví de cara a las llamas, buceando entre recuerdos que quemaban como hierros candentes.

—No sabría decirle. Supongo que sí.

—Debo asumir que no está versado en los asuntos del cielo y el infierno.

—Lorenzo, no se lo tome a mal, pero no he venido hasta este rincón perdido para recibir clases de psicología y religión. —Seguía revolviendo las páginas en busca de respuestas mientras hablaba.

—¿Y de Historia? Historia con mayúscula. ¿El Imperio romano le suena de algo más que de las películas, o se quedó en Ben-Hur?

Debo reconocer que mi retiro sin duda acentuó con los años mis facetas más desquiciantes, que no eran pocas en mi mejor época, y casi disfrutaba, del modo en que alguien como yo y en mi situación podía disfrutar del mundo que pisaba. Marcos se levantó y cerró la carpeta que contenía el informe que yo mismo había comenzado a elaborar muchos años atrás. Las llamas se avivaron, como si una mano invisible hubiera arrojado un puñado de pólvora sobre los leños. Él dio un paso atrás; yo no me inmuté, pues mantenía la mirada en algún punto más allá de las llamas.

—Vine aquí buscando respuestas —respondió—. No sé qué pudo haber sufrido usted, y lamento la pérdida de su hija, pero no estoy dispuesto a perder más tiempo. Está muriendo gente, y es su deber aportar lo que quiera que sea que pueda aportar. Si no es así…

Al fin decidí dar por terminada la «diversión»:

—«Nerón César» —dije.

—¿Qué?

—Me preguntaba usted por las letras. «Nerón César». Eso es lo que ponía, o creímos descifrar, cuando conseguimos dar sentido al conjunto. Aquel cabrón las dejó desordenadas, diez letras grabadas a fuego en boca de diez gatos, como en un juego macabro, que era a lo que jugaba, y no otra cosa. En la lengua de cada uno. Un Scrabble para perturbados y demonios. Entonces los ordenadores no estaban de moda, ¿sabe? Fue un crucigramista del periódico local el que lo descifró. ¿No le parece gracioso?

—«Nerón César» —repitió Marcos, alojando el culo en la silla por segunda vez.

Recuerdo su tez lívida, jalonada de serpientes de sombra creadas por el fuego que crepitaba a mi espalda.

—¿Tienen al emperador allá abajo, Marcos?

—Tenemos letras inconexas, pero encajarían con eso. Tampoco es difícil. Son nueve letras de un alfabeto de… ¿veintiocho? No es concluyente —respondió.

Si la cara es el espejo del alma, la confusión debía de reinar dentro de aquel cuerpo con la complacencia de un faraón egipcio sobre el Nilo en tiempos de las pirámides. Yo asentí con la cabeza.

—Acaba de empezar. Déjelo, Marcos, si aprecia en algo lo que vale la vida de los suyos.

—No lo creo. Tenemos testimonios de funcionarios de limpieza

que declararon encontrar gatos muertos. Lamentablemente, acabaron perdiéndose en cualquier vertedero y no pudimos examinarlos. No tenemos todos los gatos que deberíamos, me temo, pero…

—Déjelo.

—… al menos, podemos suponer que son letras y no números, ateniéndonos a lo que me dice —continuó, como si no me oyera.

—Déjelo —repetí.

Él me miró, levantando el mentón incrédulo, y vi las serpientes reptar por su garganta, en busca del corazón.

—Continúe —señaló, desechando el consejo a la vez que sacaba una foto de entre los papeles. Un desfile de gatos negros destacaba sobre la piedra impresa de la plaza Mayor de Salamanca, como una ristra de objetivos de un puesto de feria de tiro al plato para desequilibrados—. ¿Qué pasó tras los gatos?

Volví al fuego, y el recuerdo me traspasó el corazón, despojándolo de los últimos vestigios de la paz acopiada a base de años.

—Los gatos… Los gatos no fueron más que un entretenimiento, una carta de presentación, desgraciados heraldos de lo que vendría. La primera víctima apareció una semana más tarde. No la hubiéramos relacionado con los animales de no ser por las letras. ¿Tiene usted letras también en personas, Marcos?

—Solo una… —Marcos pareció sopesar la conveniencia de airear información confidencial del caso que lo ocupaba. Yo me mantuve ensimismado en las llamas, y solo fue la pausa que postergó la respuesta lo que me produjo la impresión—. Mi compañero me informó ayer mismo, cuando hablaba con sus colegas de Salamanca, de que han encontrado una «A» en la garganta de un cadáver. ¿Le dice esto algo?

Una ráfaga de viento helado —a pesar de que la puerta y las ventanas estaban cerradas— recorrió la habitación y me encontró para inundarme, como derramada de un cubo que una mano invisible volcara sobre mí. Las llamas titubearon, como víctimas colaterales, reponiéndose al fin del asalto; no así yo. Me volví, clavé los ojos en el subinspector, buscando un foco al que agarrarme para no perderme en los infiernos, y le ofrecí café (intentaba con ello quedarme en este mundo en vano). Hasta que nuevas llamas de gas

rodearon la cafetera en la humilde cocina que compartía estancia con el salón no contesté:

—Le dije antes que tuve una hija —arrastré las palabras, obligándolas a salir—. Se llamaba Alba, y cumplió siete años el mismo día que aquel… —Me apoyé en la cocina, quemándome las yemas de los dedos de la mano izquierda con el metal del que estaba hecho el fogón, acariciado por las llamas bajo la cafetera—. El mismo día que la decapitaron. Se llamaba Alba —repetí—. Esas cuatro son las letras que repartió mi asesino en sus víctimas antes de matar a su familia y decapitar a mi hija. ¿Sabe qué me dijo cuando lo encontré, aún con su pequeña cabeza cercenada bajo su brazo, mirándome? —Marcos no contestó, y tuve la impresión al volverme de que si pudiera haber reunido fuerzas para levantarse y marcharse lo habría hecho en aquel mismo instante. No lo hizo, y solo pudo reunirlas para negar con la cabeza—. Me dijo: «Llega usted trece segundos tarde. Una lástima y un daño irreparable. Habría podido despedirse de ella, y ella de usted. Quizá le queden seis o siete». Después me lanzó la cabeza a los pies. Estábamos en la plaza Mayor, y no alzó demasiado la voz; eso lo recuerdo. No recuerdo nada más, excepto la cabecita de mi hija rodando hasta golpearme la pierna y parar a mis pies. Sus ojos me apuntaron abiertos, pidiendo el auxilio de un padre que no supo dárselo. Lo último que hizo mi hija en este mundo fue…

—¿Qué…? —se atrevió a preguntar Marcos, instándome a romper el incómodo silencio que rellenó la pausa.

—Pestañeó, mirándome desde el suelo. Los pelos salpicados de arena y revueltos entre sus ojos. Y como le digo, no recuerdo nada más; supongo que perdí el sentido de un modo u otro.

Salí, en busca del aire fresco del lago y el oxígeno que me faltaba. También tengo un lapsus de aquella mañana, y los recuerdos se desvanecen hasta el momento en que me reencontré sentado en el porche, la vista fija en el lago. El subinspector Marcos salió de mi cabaña con dos cafés humeantes en sendas manos. Junto a mí, sobre el banco donde estaba sentado, reposaba su expediente.

—¿Mejor? —me dijo, y me ofreció uno de los cafés.

Lo miré y dibujé una sonrisa sin luz por respuesta.

—Gracias —contesté—. ¿Tiene usted su expediente ahí? —inquirí, señalando la carpeta.

—No creo que deba. En su estado…

—No sea idiota. El mal ya está hecho, y usted me lo debe.

Le conté cómo abandoné el Cuerpo tras aquello, cómo mi matrimonio se desvaneció con la facilidad de niebla de la mañana en la tarde soleada; le conté cómo mis superiores lo arreglaron todo para regalarme la pensión suficiente para mi retiro, y cómo mi vida había dejado de serlo, arrastrándome desde entonces como un muerto en un mundo al que solo me ataba una cuestión.

Marcos calló, dudando del legítimo interés para preguntar por ella.

—Encontrar al asesino de mi hija —añadí, resolviendo una duda para insuflarle otras nuevas.

—No lo entiendo. El informe dice que el asesino cumplió condena hasta que se suicidó en la cárcel.

—Uno de ellos, Marcos. Lo que no dice el informe, porque ninguno de mis compañeros lo vio, porque nunca apareció evidencia alguna de ello y porque nadie me creyó, dada mi situación, es que eran dos. Ni siquiera mi mujer… Yo lo vi, y ningún loquero me convencerá de lo contrario. Desde entonces lo busco, aun sin esperanza. Lo que nunca esperé es que me buscara él a mí.

—No lo…

—Váyase —le solté y aireé el expediente al son de una mano a modo de despedida—. Déjeme el expediente y vuelva mañana por la noche. Se lo contaré todo. Ahora váyase.

—No puedo hacer eso, dejarle el expediente —dijo colocando una mano encima de él—. Quizá mañana, cuando oiga lo que tiene que decir.

—No sea estúpido. Claro que puede, y me lo debe.

El lago recortaba la figura de Marcos alejándose con pasos trabajosos sobre la arena; el sol, lejos aún de los riscos que nos rodeaban, insuflaba parcas raciones de calor a lomos de desganados rayos invernales, y el mundo parecía un lugar engañosamente habitable cuando ahuequé las manos en torno a la boca y el sonido lo alcanzó para hacerle volver la cabeza:

—Traiga algo de carne de Galende. La haremos al fuego. Pregunte por Paqui y dígale que es para mí, pero paga usted.

Asintió con la cabeza y levantó el pulgar con el puño cerrado; en la otra mano, el expediente que finalmente se había llevado consigo

arrebatándomelo de las rodillas, dibujaba un cilindro bajo los dedos. Me dejé caer de nuevo, esta vez en la vieja butaca mecedora del porche, inspiré, resignado, antes de sumergirme en las tinieblas que me cercaban, como un huésped en el corredor de la muerte. Un tenue aroma a chimenea flotaba alrededor de la casa, y sobre mi cabeza imaginé un penacho de humo que buscaba el cielo, cuando yo me disponía a bajar a los infiernos. Los quejidos de la madera vieja acompañaron el vaivén de la mecedora bajo mi peso. Por alguna razón, las mecedoras siempre me habían gustado, y por cualquier otra, en ese momento me resultaron insoportables. Planté los pies en el suelo, lo que detuvo el movimiento residual del vaivén, y el silencio repentino arrojó unos gramos de paz, que se diluyeron con la urgencia de la sal en el agua de un guiso.

En el lago, las aguas parecían haberse cristalizado ante la ausencia de viento, y las cimas pintadas de blanco se bañaban plácidamente en la superficie, las copas de los árboles más cercanos se contentaban asomándose a sus orillas, y nubes viajeras patinaban y se reflejaban en grupos dispersos, dejándose llevar por las corrientes que conformaban invisibles autovías en las capas más altas. Bajo el espejo, la realidad, en forma de otras frías y lúgubres corrientes, espesas y húmedas como sangre derramada, fluía inadvertida.

28

Había llegado al concesionario el primero, cuando el sol aún derramaba sus rayos en algún lugar al este bajo el horizonte. Había dejado la bicicleta en el taller y había cruzado la exposición entre coches flamantes que esperaban ser comprados con la paciencia de las cosas muertas, los pasos resonando con el eco hueco de los espacios fríos y vacíos, automáticos e independientes de una mente que todavía saboreaba el frenesí del paseo de la calle Torneo, como se llamaba el trecho que acompañaba al Guadalquivir desde la estación de Armas hasta el puente de la Barqueta. Se había duchado después en el aseo particular de su despacho, se había cambiado, y al fin, con un traje y una corbata que parecían recomponer parte de la decencia que se le había evaporado junto al río, esperaba la llegada de sus empleados y los primeros rayos de sol preguntándose por qué demonios Ángel no había aparecido. Se preguntaba también si no estaría perdiendo el juicio y todo no era más que fruto de la locura que lo asediaba.

Qué demonios, había estado bien. ¡Más que bien! La mano izquierda recreó en un impulso inconsciente el movimiento del cuchillo, acuchillando el aire bajo la madera barnizada de la mesa de su despacho. Una vez, dos, tres veces. Se miró las uñas y descubrió pequeños restos ocres bajo ellas, recordó el chapoteo del cuchillo antes de hundirse en las aguas quietas y oscuras del Guadalquivir, y se llevó las uñas delatoras a la boca, saboreando el recuerdo, cuando la hoja se hundía en la carne blanda y desprevenida. Teniendo en cuenta que las uñas se componen principalmente de células muertas y que lo que saboreaba bajo ellas era más de lo mismo, y todo bien envuelto en el recuerdo, Santos pensó que en aquellos instantes saboreaba el dulce aroma de la muerte, porque algo dulce apreciaba en la lengua; un sabor dulce y metálico, como el cuchillo ejecutor.

En el mismo minuto en que el empleado más madrugador de

Santos Sena (invariablemente Alejandro Gómez, el jefe de taller, al que le gustaba llegar con tiempo para ordenar papeles y organizar la faena de sus subordinados) metía la llave en la cerradura y se cruzaba con su jefe —un par de «buenos días» mediante—, que salía en busca de un café y media tostada al bar más cercano —las manos ya lavadas—, el inspector Alberto Rodríguez Gazo sacaba un pie de la cama, apartaba el edredón de un manotazo y pisaba el mármol frío con una maldición, conjurada a la vez que el móvil vibraba sobre la mesita de noche, rematando la faena.

—Puto frío —maldijo dándole más importancia a este que al móvil. Después lo pensó mejor y ya en el instante en que se llevaba a la oreja al dios del siglo XXI rectificó y soltó la perla a sabiendas de que alguna oreja al otro lado la escucharía—: Puto móvil de los huevos… Inspector Rodríguez, espero que haya muerto alguien. —La retahíla que siguió a continuación no hizo más que urgir al inspector Gazo a vestirse y calzarse con la diligencia de los boxes automovilísticos, lavarse los dientes, ungirse la cara con agua fría y con algo menos de ceremonia que en las iglesias, casi una bofetada de agua, y salir por la puerta con nuevas maldiciones rumbo a la calle Torneo, donde, cumpliendo las irónicas esperanzas del inspector, al parecer, había muerto alguien, y, dado que su presencia era requerida, las causas naturales quedaban, valga la redundancia, naturalmente desechadas—. No me jodas. Voy. Que nadie toque una puta hoja —fue su escueta respuesta cuando al otro lado lo informaban de que el asesino había dejado su particular marca personal, echándole el muerto encima con la puntería de un dedo índice estirado sobresaliendo de un puño.

Para cuando Gazo aparcó su coche en doble fila en la calle Torneo, el grueso de los habitantes de la ciudad habían pisado el mármol frío hacía un buen rato, el tráfico se condensaba en las arterias de Sevilla con la eficacia del vapor de agua en el espejo de un baño, y el destartalado Megane de segunda mano del inspector no hizo más que aportar su pequeño grano de arena al atasco que tomaba forma en la larga avenida que corre junto al río y conformaba una enorme serpiente de mil cabezas; cabezas que luchaban entre la curiosidad por echar un ojo a aquel racimo de policías y coches rotulados, coronados por luces estroboscópicas, que adornaban la calle Torneo y anunciaban que allí había pasado

algo, y la inquietud por no llegar tarde al trabajo, los colegios de los hijos y cualquier otro interés insignificante que suele alentar a los humanos a pisar el acelerador por las mañanas como conductores de ambulancias a tiempo parcial. Cláxones enfurruñados se contagiaban unos a otros cuando el inspector echó el primer ojo a la escena. Entre el asfalto y el río, el paseo peatonal atraía a corredores de mañana, ciclistas y peatones en torno a la cinta policial. La curiosidad, esa señora que lanza sus flechas con más diligencia y menos ruido que Cupido, captaba adeptos cual rey de cabalgata de Reyes, y Gazo, sabiéndose objetivo de móviles y vídeos que correrían por la red en cuestión de minutos, se alegró de haberse calado la gabardina que colgaba de la percha junto a la puerta en el último momento y, más aún, de haberla recogido de la lavandería dos días antes. Intentó mantener apretados los músculos abdominales que se escondían tras la grasa que le rebosaba por encima del cinturón y, saludando a golpe de cabeza, se escurrió por entre los compañeros uniformados para hincar una rodilla junto al cadáver que yacía semiescondido entre las adelfas y arbustos, amortajado entre cartones a modo de humilde cobijo, donde la vida que se había escurrido buscaba pasar una noche más a resguardo del frío y las miradas… La última noche.

—¿Se sabe quién es? —preguntó Gazo a sabiendas de que la respuesta carecía de interés, los ojos entrenados recorriendo el cuerpo.

Un mendigo: la invisibilidad que parecen poseer dichas personas a ojos de la sociedad en vida se acrecentaba con la muerte. A buen seguro, la identidad no tendría que ver con el crimen (se apostaba la placa a que así era).

Un agente uniformado alargó una mano, una bolsa de plástico transparente al extremo. Dentro, una cartera de tela ajada reposaba huérfana. En la otra mano, el agente repasaba unas notas leyendo una pequeña libreta de tapas negras.

—Jacek Marczyk. Polaco, cincuenta y tres a…

—¿Dónde estaba esa cartera? —inquirió Gazo sin volverse.

—Pues… la tenía el sujeto en el pantalón, en el bolsillo de…

—Joder. ¿No le habían dicho que no tocara nada, agente?

—Verá, señor, pensé que…

—Ese es el problema precisamente —cortó Gazo de nuevo—,

que pensó. Déjelo, deme esa bolsa. —Le arrebató la cartera de las manos—. ¿Ha tocado algo más, Sócrates?

—Nada, señor. Solo la cartera.

—Eso está bien —aflojó Gazo—. Gracias, agente.

No cabía duda de que el cadáver había pasado sus últimas horas, quizá días y probablemente meses, afincado entre las adelfas que corrían junto a la calle Torneo. No era inusual, y a lo largo de los muchos centenares de metros en que se alineaban los arbustos junto al asfalto, a poco que uno se fijase, podía apreciar sucias casuchas de cartón configuradas para resguardar a los sintecho que tenían por costumbre ejercer de gorrillas —sustantivo usado en el argot callejero para nombrar a aquellos sin oficio ni beneficio que se dedican a ayudar mediante señas inútiles a aparcar un coche a cambio de unas monedas— para los conductores que pretendían aparcar en las inmediaciones de su área de influencia. Cuando no ejercían la profesión, el apelativo cambiaba al tan recurrente como acertado de «sintecho». Vagabundos de toda la vida, y, en esta acera de la vida y la ciudad, a menudo drogodependientes que buscaban la dosis diaria a golpe de mano, y alcohólicos que apostaban el cartón de vino barato al goteo que generaban los conductores ávidos de aparcamiento, que, por unos céntimos que alcanzaban el euro la mejor de las veces, lo único que buscaban era quitarse a aquellos incómodos despojos de la sociedad de encima sin problemas ni paciencia, y si te he visto no me acuerdo, y a otra cosa, mariposa.

El cuerpo, entreverado a la luz que las farolas conseguían filtrar en las primeras horas de la mañana entre el follaje de las adelfas, parecía dormir el sueño de los justos. Solo lo parecía, y el hechizo se deshacía cuando uno se fijaba en el charco ocre que mojaba la tierra que ocultaba las raíces y en la más que visible mancha, presumiblemente escarlata —negra como el futuro de Jacek bajo la espesura del follaje y los cartones—, que adornaba el vientre del fallecido.

Gazo se puso un guante en la mano derecha y levantó con cuidado el pico de una camisa, blanca en otro tiempo, que asomaba junto a la bragueta del muerto, arrastrando en el intento un jersey gris con más bolas que lana. Tres pinchazos de arma blanca se revelaron como la causa probable de la muerte, a falta de forense y

sello oficial. Tres marcas como tres lombrices, finas y alargadas, que sugerían que el asesino había pinchado con saña, hundiendo la hoja hasta la empuñadura.

—Debió de ser rápido —dijo una voz uniformada detrás de Gazo.

El inspector asintió con la cabeza sin volverse, pensó en si Jacek tuvo tiempo de despertarse y dedujo que sí. El primer pinchazo habría bastado. Los otros dos, los vería con ojos tan abiertos como los de una lechuza en un cuarto oscuro, la sorpresa pintada en la cara y el miedo en las pupilas. Con suerte, estaría drogado y apenas se coscó. Desechó la idea con el rabillo del ojo: a los pies del fallecido, un cartón de Don Simón había derramado sobre la acera el poco contenido que le quedaba. Este era de los borrachos.

Se levantó, echó un vistazo en derredor y se detuvo en el carril bici que corría junto a las adelfas, acompañando el curso del río. Sobre la piedra pintada de verde, con trazos tan anchos como macabros y descuidados, alguien se había tomado la molestia de grabar con sangre una letra. Solo una. Quizá a los curiosos que merodeaban tras la cinta les confundiera el detalle, pero Gazo lo tuvo claro en cuanto la vio: una «L», tan grande como incongruente, marcaba el carril bici con dos trazos salidos de un par de dedos tan culpables como retorcida debía de estar la mente del autor. Pequeñas gotas rojizas salpicaban el mensaje, y una huella parcial de zapato había quedado grabada con la sangre acumulada en tres de ellas, que habían sido pisadas.

—Que nadie se acerque a eso. —Señaló Gazo la huella—. Quizá podamos sacar algo de ahí.

—Inspector. —Se adelantó el agente de la cartera, la cara tan blanca como la del polaco que yacía en los cartones—. He sido… —Carraspeó incómodo—. Es mía. No me di cuenta.

—Joder, joder, joder… y el puto día acaba de empezar. —Negó el inspector con la cabeza, los ojos fijos en la gran letra que no hacía más que anunciarle que una «A», que ya tenían, y una «L», que les daban ahora, no eran suficientes a todas luces para nadie. Ni para ellos, ni desde luego para el asesino—. Haz algo bien y llama a los de la Científica. Después, te vas a tu casa y te acuestas hasta mañana con la satisfacción del deber cumplido.

El agente Santiago Pérez —tal era su nombre— tuvo el

suficiente buen criterio como para no contestar al inspector gordo y a todas luces cabreado que le lanzaba la pulla y, con la tez tan blanca como vacía la cabeza, se volvió en busca del coche para cumplir las órdenes dadas. Al menos la primera, aunque le hubiese gustado saltársela y pasar a la segunda directamente.

—¡Agente! —le llamó la atención el inspector una vez más—. Antes de acostarse, deje una muestra de la bota con la que ha pisado esa sangre, no vaya a ser que hasta en eso se haya equivocado. —Santiago Pérez asintió sin palabras y se difuminó entre sus compañeros tan pronto como se lo permitieron las piernas —. Al menos es sincero. Es lo que tienen los tontos —dijo Gazo a un compañero de filas en cuanto el otro se fue; el compañero rio, dejando escapar una risa escueta, mitad cortesía, mitad sinceridad. Tras él, un par de uniformes aguantaron las ganas, indecisos—. Que alguien se encargue de picar las puertas del otro lado de la avenida, por si algún vecino hubiera visto algo. Algún otro debería identificar a los congregados tras la cinta. Vosotros dos deberíais valer —dijo sin volverse mientras se quitaba unos guantes desechables que conocían a la muerte de cerca.

—Nosotros nos ocupamos, inspector —contestó uno de ellos por boca de ambos.

—¿Alguien sabe quién está de guardia hoy en la corte de la Ciega? —Se refería al juez, que estaría al caer, y a su jefa la Justicia, y con la inercia que traía el día, le daba que sería el gilipollas de Garrido. Nadie contestó—. ¿Y en la de las batas? ¿Alguien ha llamado al forense? —Al menos esperaba que el forense fuera Galindo; con Galindo podía lidiar.

Nadie contestó. Para entonces, todo el que estaba cerca había puesto unos metros de por medio.

29

Marcos Lanza lamentaba no haber echado en la mochila un par de zapatillas de deporte, o no. Galende no daba para más de un par de paseos calle arriba y calle abajo, y con eso se había contentado a primera hora de la mañana, cuando la niebla aún conservaba una densidad que incitaba a apartarla a manotazos. Entre jirones que parecían asomar de entre los árboles difuminados a los márgenes del asfalto, dejando a su espalda las últimas casas de piedra y tejados de pizarra del pequeño núcleo habitado por apenas un centenar de humanos, las sombras de los troncos parecían alzarse como etéreos soldados dispuestos a disuadir del avance a cualquiera que osara aventurarse más allá del dominio del hombre en esa hora sin dueño en que la noche se ha ido y el día aún no ha llegado. Marcos se había animado a caminar rumbo al lago sobre la guía de la maltrecha línea blanca que un lejano día pintaron unas manos a los mandos de una máquina, delimitando los márgenes del asfalto entonces nuevo, márgenes que el tiempo y los elementos habían resquebrajado sin tregua ni piedad. La idea le había parecido buena al abrigo de las vigas de madera de la cabaña. Solo algo más tarde, cuando los pies calzados en botas acostumbradas a pisar la ciudad protestaron, el pelo saturado de la humedad que se mezclaba con el sudor del esfuerzo se dibujaba en mechones que semejaban incómodas sanguijuelas sobre la frente, y los escasos coches que partían la niebla de la mañana con faros que asomaban como taimados ladrones tras una esquina en busca de una víctima desprevenida lo hicieron abandonar el asfalto para refugiarse bajo las ramas desnudas de los caducifolios que escoltaban la línea de alquitrán que cruzaba el dominio de los lobos, solo entonces, comenzó a pensar que quizá no era buena idea llegar hasta el lago, y la falta de unas buenas zapatillas de deporte fue la endeble excusa que lo instó a girar sobre sus talones y volver por donde había venido.

Una ducha caliente, un café más caliente aún, y un par de cigarrillos más tarde, a resguardo de nuevo bajo la calidez de la madera de la cabaña, sin nada que hacer hasta el encuentro de la noche con Lorenzo, abrió el portátil y una copia electrónica del expediente del último caso del reservado inspector, y decidió aprovechar el tiempo que el contribuyente le pagaba.

A mediodía, apenas un centenar de metros le bastaron para recoger un bocadillo envuelto en plata y un par de latas de cerveza de las manos de la misma mujer que lo recibiera en Galende, mujer que derrochó esta vez una amabilidad que se había ahorrado en su primer encuentro, apreciando en lo que vale a un cliente que repite visita. Volvió a la cabaña, dio cuenta de lo abastecido y, con la pasividad de los que no tienen demasiado que hacer, ya prensaba café molido en una cafetera que gritaba por su jubilación, dispuesto a retomar el expediente más por deber que por ganas, cuando recibió la llamada de Gazo, que a seiscientos cincuenta kilómetros mal contados hizo vibrar el móvil sobre el cristal de la mesita rectangular que presidía la pequeña sala. Escoltándola, un sofá en ele conformado por bloques de madera adosados al esqueleto central de la cabaña daba asiento al grupo de cojines que a su vez le permitían sentarse a él o a cualquiera que pagara por el privilegio, con incierta comodidad, ciertamente.

—Espero que el paseo valga la puta pena —saludó Gazo—. Aquí abajo el trabajo se le empieza a acumular a don Quijote, y no es que te eche de menos, pero las broncas del jefe, repartidas, son más llevaderas.

—Buenos días también a ti, Gazo. Explícate, anda…

Gazo se explicó, incluyendo el vídeo que ya analizaban los de la Tecnológica y el nuevo fiambre que ya reposaba en una cámara aguardando, con la paciencia de los que no tienen futuro, la correspondiente autopsia. Marcos relató a Gazo su encuentro con Lorenzo y su cita para esa misma noche por toda novedad. Se guardó los detalles en espera de la noche, pues ni él mismo acababa de encajar la relación entre uno y otro caso. Para cuando se despidieron, lo único que habían conseguido sacar en claro era que tenían un muerto más que sumar, y que el asesino no parecía haber terminado su trabajo. Solo una cosa inquietó a Marcos más de lo esperado, y fue esa nueva letra pintada en sangre que se añadía al

rompecabezas.

Una «L».

Gazo había sugerido sin demasiado convencimiento la macabra posibilidad de que junto a la «A» que ya tenían el asesino no hubiera hecho más que empezar una frase, que las dos letras no fueran más que lo que aparentaban, una palabra por terminar, quizá un adverbio al comienzo de una frase que presagiaba una matanza en fascículos a menos que lo evitaran antes. Era una posibilidad, pero el frío que recorrió la espina dorsal de Marcos al conjuntar ambas letras sugería otra, que, si, no obstante, apuntaba a acortar considerablemente la ristra de futuros muertos, no por ello era menos escalofriante y macabra.

«AL».

El nombre de una niña que no era ya más que unos restos bajo la tierra, el nombre de una niña que miró a un padre una última vez desde una cabeza desmembrada, acudió a Marcos al abrigo de un presentimiento de lógica imposible. No supo si quería equivocarse, y recordando unas lágrimas reflejadas ante un fuego, supo que en cualquier caso esa misma noche se derramarían más.

30

Sin referencias de cómo alcanzar la casa de otra manera, Marcos había calcado el mismo camino que la primera vez, había aparcado el coche en el mismo espacio vacío del *parking* desierto y había atajado la misma playa a pie, esta vez al amparo de la tenue luz que una noche sin luna le brindaba. Advirtió el crujir de la arena bajo la cadencia de sus pisadas, y el silencio que la quietud de las negras aguas del lago acentuaba, y las tenebrosas siluetas de los viejos robles y los castaños que bordeaban las aguas, entre otras especies que no supo identificar. Nubes esquivas tiznaban el cielo azabache como ceniza esparcida sobre un lienzo de oscuridad infinita, difuminando los riscos que lo rodeaban, ocultando estrellas que no habían sido invitadas a un encuentro que presagiaba recuerdos enterrados bajo montañas de dolor. Solo cuando apagó la linterna del móvil y la piedra del porche extinguió el sonido de sus pies, distinguió la brasa de un cigarrillo respirar, esperándolo a unos metros, envuelta en un silencio que ninguno de los dos quiso profanar. Fui yo quien lo rompió.

—¿Ha traído la carne, Marcos?

El aludido asintió, un gesto inútil que se desvaneció en las sombras. No así el brazo que después alzó, una bolsa colgando de él, iluminada por una nueva bocanada y el débil resplandor anaranjado del cigarrillo que se consumía en mis labios. Un aullido alargado, escoltado por ecos que hicieron girar la cabeza a Marcos a escudriñar la noche, bajó bañando las laderas como agua derramada, agua negra, teñida de soledad y peligros desconocidos.

—Aúllan al anochecer. Es raro escucharlos aquí, que bajen tanto, aunque quizá vienen por usted, o quizá olieron la carne —dije, aún envuelto en sombras, intentando imprimir un poco de la sonrisa escondida a las palabras. Marcos no supo si bromeaba, y según supe más tarde, no pudo evitar rememorar los aullidos al final de la noche, cuando volvió al coche a través de la playa, expuesto como

un soldado sin trinchera—. Pase, la haremos dentro. Hace frío aquí fuera.

No fue una celebración. Más bien, una cena de negocios sin demasiado que ganar por ninguna de las partes. Hablamos del tiempo, de cómo ese otro tiempo que vamos desgranando como migas de pan e ignorantes Pulgarcitos pasa más despacio entre montañas, del mundo, y de todo y de nada a la vez, sin profundizar en ningún tema, esquivando lo que nos había llevado a ambos a estar sentados el uno frente al otro.

Fue mientras la misma cafetera del día anterior fabricaba nuevo café al abrigo de nuevas serpientes dibujadas por un nuevo fuego cuando abordé el tema que habíamos estado esquivando. Él, por educación y respeto, supongo; yo, por temor. Temor a desenterrar lo que llevaba años enterrado bajo frágiles paladas de tiempo y olvido. Un esfuerzo tan agotador como infructuoso, como aquel insensato que intenta llenar una bañera a base de cubos de agua sin colocar el tapón.

—Supongo que es hora de abordar lo inabordable —dije. Atisbé su reflejo asentir en el cristal de la ventana, de espaldas como estaba vertiendo el café negro en dos tazas blancas. Fuera, tras los cristales, la oscuridad había terminado por engullir al lago y las montañas—. Le contaré lo que sé, y usted me creerá o no lo hará, pero en cualquier caso me contará lo que sabe —continué y deposité las tazas sobre el mantel que cubría la mesa—. Yo también busco respuestas… Ese es el trato. ¿Está de acuerdo? —Volvió a asentir con la cabeza. Para entonces Marcos Lanza ya me caía definitivamente bien, aunque dudaba de que estuviera preparado para lo que tenía que oír. En cierto modo, me recordaba a mí mismo cuando encaré, aún inocente, el mismo caso que ahora él me obligaba a desenterrar—. Y me dejará husmear en ese expediente que guarda con tanto celo, aunque, para serle sincero, dudo que contenga algo que ya no sepa. ¿Está de acuerdo?

Una vez más, asintió sin palabras. Me senté, alargando el gesto, y esperé, aceptando la derrota, vencido, a que los demonios tanto tiempo contenidos emergieran de sus abismos, consciente del hambre que arrastrarían consigo, y me abandoné, como el condenado que a su vez se abandona cuando sabe que no tiene ya salvación, y ofrece la cabeza al verdugo y su soga.

31

—No sé por qué fui yo y no otro. Tampoco me importa ya.

»El día que me arrebataron a mi hija acabábamos de encontrar el cuarto cadáver. No teníamos ni la más ligera pista que pudiera aportar algo sólido a lo que agarrarnos más que esas letras, y el último cadáver había muerto mudo a falta de pistas. Sabíamos que era el mismo tipo, y sabíamos que era uno, y todo ello eran solo conjeturas en base al *modus operandi*, la profundidad de las heridas y las víctimas elegidas, todas desgraciadas víctimas de la sociedad y el destino, marginados fáciles de matar que a nadie importaban.

»Llovía aquel día, y a pesar de que hurgamos en la garganta de aquel despojo humano como sabuesos en busca de un hueso, no nos extrañó demasiado el no encontrar una letra más que sumara una macabra pieza al puzle. Teníamos una «L», una «B» y una «A», por ese orden. ¿Se habría perdido un simple papel marcado entre el barro y la lluvia que parecía querer tragarse aquel cuerpo en un lodazal a las afueras de Salamanca? No fue hasta que los camilleros manosearon el cuerpo para postrarlo en una camilla cuando advirtieron el signo marcado a cuchillo entre omoplatos huesudos que semejaban alas maltrechas en un cuerpo equivocado. No era más grande que una de esas colillas. —Señalé el cenicero lleno de ellas—. Pero era inequívocamente una letra, una letra «A». Se la habían grabado *post mortem*, cosa que alguien comentó entonces que era menos mala que la opción contraria, y de una manera u otra teníamos una más, una letra más a la que agarrarnos.

»Supongo que cualquiera tacharía de necios a quienes esperan una solución contando muertos, pero créame que hacíamos lo que podíamos, y era lo que teníamos. Casi ansiábamos esas letras, casi, esperando que aquel demonio escurridizo acabara de escribir su mensaje y se pegara un tiro en la cabeza él mismo. Había víctimas, claro, pero eran víctimas por las que nadie se escandalizaba, vagabundos y desahuciados que habían elegido Salamanca como

ciudad de sufrimiento para su paso por el mundo. Supongo que los ciudadanos de Salamanca se decían, al cobijo de las paredes de sus casas: “A mí no me tocará; nada tengo que ver con esos”. No los culpo, créame, yo mismo llegué a pensarlo. El ser humano es así, y simples humanos somos.

»Palos de ciego. Eso es lo que dimos durante el tiempo que aquel demonio quiso prestarnos antes de… —Suspiré, y al hacerlo se me relajaron los hombros, que se me habían tensado como alas de cuervo a punto de despegar, las manos aferrando el borde de la mesa. Marcos debió de notarlo, pues se había recostado en su silla buscando ampliar la distancia que el respaldo le permitía—. No se inquiete. Los años han moldeado la ira a golpe de martillo, y la han fundido en la fragua de la paciencia; no soy más que un viejo que espera su turno.

—No es usted viejo, todavía…

Levanté una mano, aceptando el cumplido a la vez que lo silenciaba. Me levanté de la silla y busqué el calor de nuevos troncos que se consumían en el olvido, y perdí la mirada en la paleta de rojos, naranjas y amarillos que se alzaban en busca de una huida.

—A veces no vemos más que lo que queremos ver. Nos perdemos entre los árboles cuando buscamos el bosque; vemos el bosque cuando buscamos árboles… Cuatro letras eran mejor que tres, para todos menos para el desdichado que yacía a nuestros pies. Alguien apuntó a que el conjunto conformaba la palabra «BALA», y, a pesar de la falta de armas de fuego en la ecuación, no nos pareció una hipótesis descabellada. Al fin y al cabo, las balas matan, ¿no es así? A decir verdad, ni siquiera sabíamos si las letras formaban una palabra completa o estábamos ante cuatro elementos de un conjunto mayor. Fue un cura, entonces las cosas se hacían así, ¿sabe?, un cura joven que nos acompañaba desde que el asunto de los gatos había conjurado fantasmas de sectas y satanismo, por si la visión que dan los estudios teológicos pudiera aportar la mínima pista al caso, el que terminó aportando su pequeño grano de arena, un grano que enterraría a mi hija, y sugirió una alternativa: «BAAL».

Callé, dejando que el nombre calara en Marcos, que, incómodo, rompió el silencio:

—No creo que ese cura tuviera la más mínima…

—Sé que no la tuvo. No lo culpo. Solo digo que tendemos a ver lo que queremos ver, y un policía vio una «BALA», desde la cotidianidad de su entorno, y un cura, como no podía ser de otra manera, vio a «BAAL». Si hubiera mirado un padre, si yo hubiera mirado como padre, quizá… —Abandoné las llamas en busca de refugio y me encerré en el baño hasta que me sentí capaz de contener las lágrimas. Quizá pasaron cinco minutos, quizá diez, y en ese lapso Marcos Lanza se mantuvo sentado y a la espera, respetando el dolor de un padre y la pérdida de una hija. Para cuando volví a la sala, le pregunté—: ¿Sabe usted quién es Baal? Me dijo usted ayer que apostaba por el catolicismo.

Negó en silencio, obviando mi retirada, y respondió:

—También le dije que era de los que apuestan poco. Me suena el nombre, nada más. ¿Uno de esos dioses de religiones antiguas?

—Algo así. Quizá le convendría leer alguno de esos tomos. —Señalé la pared del fondo, donde un mueble antiguo, acristalado y con puertas provistas de una llave que solía mantener en la cerradura, girada en posición de cerrada (supongo que allí escondía más demonios), atesoraba los tomos que había ido leyendo en los años de reclusión en el lago—. Yo se lo elegiré. Para cuando lleguemos a Sevilla habrá tenido tiempo para ponerse al tanto de lo más relevante.

—Oiga, ¿no creerá que va a venir…?

Alcé la mano de nuevo, y como un césar de otros tiempos, aplaqué la protesta con un simple movimiento.

—Ya llegaremos a eso. Tengo una biblioteca pequeña, pequeña y oscura, repleta de miedos y desvaríos, aunque también de ciertas verdades que el mundo se niega a aceptar. En ese mueble se nombra a Satanás más veces de las que pudiera hacerlo usted de aquí a su muerte si empezara ahora, pero no tema, le haré un resumen:

»Baal tiene múltiples caras. “Señor”, en su significado más cercano a “amo”, es su traducción al castellano desde el semítico cananeo. —Me acerqué al mueble, giré la llave que reposaba en la cerradura, extraje uno de los libros y lo solté encima de la mesa—. Este servirá. Para los antiguos cananeos y fenicios, donde hace su aparición, era el dios supremo, el poderoso, capaz de derrotar a los múltiples dioses de la época, e incluso a Mot, el entonces dios de la

muerte y el inframundo. Traía consigo la fertilidad, asociada tanto a las cosechas como a los hijos, e irónicamente exigía sacrificios al mismo tiempo, con predilección por los primogénitos. Tendría gracia en otra vida… Un dios antiguo de tierras antiguas, pueblos antiguos y malditos. Todavía hoy día los conflictos religiosos que terminaron degradándolo a demonio se suceden en las mismas tierras con otros nombres. Seguro que ha oído hablar de Israel y Palestina, Siria, Líbano, Jordania. Una región tan antigua como turbulenta… Fueron los habitantes de Israel, antiguos adoradores de Baal, los que lo denostaron al enfrentarlo a Yavé por medio de Elías y el ascenso del nuevo dios verdadero que el profeta anunciaba.

»Fue el mismo Jesús el que en palabras del Evangelio de Mateo llama al diablo por el nombre de Beelzebú, vinculando al dios filisteo Baal-Zebub, y con él a cualquier signo de idolatría, con el anticristo, el diablo, o como quieran llamarlo donde quiera que sea. La demonología es un mundo complejo, Marcos. Desde entonces, Baal se asocia con el mal, un demonio, y a su vez señor de demonios. Incluso llega a asignársele el cargo de asistente de Satanás, y bajo el nombre de Bael se lo representa con la forma de tres cabezas, una de ellas un… un gato. —Di dos pasos hasta el fregadero, agarré un vaso y bebí del grifo, dejando que las palabras se posaran en mi oyente.

»“Asistente de Satanás”, nos anunció el cura, Marcos. ¿No hubiera aceptado usted lo que le ofrecían en bandeja? ¿No era sino un asistente de Satanás el que cometía aquellos crímenes y torturaba y colgaba gatos negros a la vista de todos? Eso quisimos ver y eso vimos, y con eso tengo que vivir.

»¿Quiere otro café? Dejé de beber hace años, no puedo ofrecerle más. Debe de estar templado, pero si quiere puedo hacer más. —Marcos alargó la mano y empujó la taza sobre la madera en mi dirección con dedos lentos. No había tocado el libro que dejé sobre la mesa. De espaldas, mientras agolpaba el café en el cacillo para prensarlo, continué, con palabras susurradas con la dejadez de los condenados:

»No fue hasta el mediodía cuando caí, cuando el padre que ya no soy pensó en su hija, e imaginó a su mujer a la puerta del colegio esperando para recogerla mientras yo a su vez cogía la gabardina de un perchero en la comisaría, en busca de comida y

risas familiares como antídoto al horror de la mañana. Esas cuatro letras…

—¡«Alba»! —se atrevió a interrumpir Marcos a mi espalda. Quizá se le escapó.

—«Alba» —repetí. Me volví para mirarlo, y como él comprendió entonces, comprendí yo en aquel otro entonces. Como una bomba, un meteorito que cae del cielo sin avisar, un rayo que reclama su pararrayos, un globo que explosiona en el límite de presión… Así lo vi yo—. ¿Ve? Usted ha tardado menos.

—Jugaba con ventaja —añadió él, exculpándome.

—El colegio no estaba lejos. Olvidé el coche y corrí, corrí por las calles atestadas de gente con el horror pisándome los talones, y vi cómo me alcanzaba cuando descubría a mi mujer sola, frente a la puerta del colegio, esperando cuando todas las madres habían desaparecido ya. «La están buscando —me dijo—. No ha salido. Tiene que estar dentro, estoy aquí casi la primera». Y aunque sus palabras querían reflejar tranquilidad, no había ni rastro de la misma en su tono. La aparté, y enfoqué el negro túnel que semejaba el interior de la entrada del colegio en contraposición al sol, que, no se me olvidará, asomó entre nubes negras y consiguió introducir un charco de luz poco más allá del marco de la puerta cuando yo la traspasaba. No mucho, solo un poco. ¿Sabe? A veces los recuerdos son tan traicioneros como obstinados, y tengo grabado ese momento y esa luz con la misma claridad con que el sol intentaba escudriñar el colegio y que sus muros le negaban.

»No llegué a entrar. Tan pronto como volaba sobre el pequeño tramo de escalones, un zapato de mujer pisó el charco saliendo de la nada oscura. Un cuerpo la siguió, y en sus manos una mochila. Sin niña ninguna. “No está —nos dijo—. Solo encontramos su mochila, y hemos revisado todo el colegio. ¿Seguro que no mandó a nadie a recogerla? Está vacía”. Levantó la mujer la mochila. Mi mujer me adelantó, apartándonos a ambos, y se perdió incrédula en una oscuridad de la que ya nunca saldría. Yo así la mochila. Siete años, Marcos. Una mochila de una niña de siete años apenas lleva más que un par de cuadernos y muchos lápices, casi todos de colores, y una goma. A veces algún libro para deberes, algún pañuelo y un desayuno a la ida que a veces llegaba de vuelta. Nada de eso contenía. En su lugar, un pequeño papel, pequeño y

desapercibido en el fondo, que ocultaba las miserias del mundo como las ocultan los fondos de los mares en aquel otro más terrenal.

»Lo supe en cuanto lo toqué, incluso antes de sacarlo de su cueva. Unas letras desordenadas me invitaban a buscar a una hija. Solo. Un lugar y una hora… Y así fue como perdí a mi mujer en las entrañas de un colegio. Cuando volvimos a vernos, ninguno de los dos éramos los mismos. Y así… así fue como acabé en pleno centro de Salamanca, con la cabeza de mi hija a los pies.

Miré mi café, frío y olvidado junto a la cafetera. Miré el de Marcos, víctima del mismo abandono frente a él.

—¿Por qué usted? —me preguntó.

—¿Por qué, por qué, por qué…? ¿Por qué yo? ¿Por qué ella? Millones de veces me lo he preguntado, y siempre obtuve por respuesta otra pregunta: ¿acaso importa?

—Ya, pero…

—¿Sabe eso de… «Cuando el diablo se aburre, mata moscas con el rabo»? Apúntelo como móvil probable; le será útil.

—Sí, pero…

—¡No importa! —explosioné, y el grito retumbó entre las maderas que nos rodeaban, regodeándose. Marcos calló, comprendiendo al fin.

—Discúlpeme.

—No, discúlpeme usted a mí. —Me volví, buscando un tronco que sacrificar en la chimenea como distracción—. Hay… Hay fuerzas que no controlamos, Marcos. Solo aspiro a obtener la certeza de que mi hija está en un lugar mejor, a salvo, y me temo que no podré obtener respuesta a no ser que muera, y puede que ni aun así las consiga. —Busqué de nuevo el refugio de las llamas, evitando a Marcos—. Lo hubiera hecho hace tiempo, no crea, pero me falta valor, y estas paredes de este rincón escondido es cuanto puedo concederme hasta morir de vergüenza.

»Bajaré con usted, a Sevilla, y quizá lo vuelva a ver, quizá no. Debo hacerlo, aunque me temo que me esperan respuestas que no estoy seguro de poder asumir.

—Lorenzo —habló calmado, intentando insuflar algo de esa calma fuera de sí mismo—, no sé qué sentido tiene que baje usted conmigo. Lo que le sucedió, y créame que lo siento mucho, fue hace mucho tiempo. Dudo mucho que…

Lo corté levantando un par de dedos.

—Lo que le voy a contar ahora no está en el informe, y es su responsabilidad creerlo o no. ¿Quiere oírlo? Si está dispuesto, se lo contaré, y solo le pido un pequeño esfuerzo a cambio, una mente abierta. Si hasta ahora no ha llegado a considerarme un desquiciado, procure mantener esa visión cuando haya acabado. Solo así podrá llegar a ver lo que yo veo.

Calló, y me dispuse a bajar nuevos peldaños en busca de abismos ignotos.

32

—No sé si el malnacido de Salvador Palma quiso anunciarnos con las muertes el nombre de un demonio de otros tiempos o el de mi propia hija, pero estoy seguro de que no pretendía continuar hasta completar «Albacete». —Conseguí conformar la primera sonrisa tras la cena, una sonrisa que parecía prestada de otra cara—. Tan seguro como lo estoy de lo que vi en la plaza. Ayer le dije que después de ver rodar la cabeza de mi hija a mis pies no recordaba nada más. Eso no es del todo cierto, como lo es que ayer no sabía qué clase de hombre era usted. Sigo sin saberlo, pero la duda me permite al menos contarle lo que voy a contarle.

—Se lo agradezco —se adelantó Marcos, que sin duda entonces aún no veía venir lo que le revelaría, y la cordura todavía se sentaba a la mesa entre nosotros como una invitada más, sin recelos ni sospechas.

Al menos, no más de las que se esperaban de un padre que había perdido a una hija decapitada.

No le había mentido del todo. La verdad es que no recuerdo casi nada, y gran parte de lo que sé me lo contaron amigos y colegas del pasado cuando conseguí reconciliarme con la cordura lo suficiente como para seguir vagando en este mundo sin alimentar el daño que me había tocado sufrir. Digamos que conseguí circunscribirlo a mi persona. Pero ¿a quién importa eso?

—Le contaré antes lo que me contaron: no fue difícil seguir mi huella. Cuando una niña desaparece, las alarmas se disparan al instante. Como hija de policía, el Cuerpo se volcó en la búsqueda, y el revuelo que provoca una cabeza decapitada en la plaza Mayor a plena luz del día es… Puede usted imaginar. Cuando los compañeros llegaron al lugar, el asesino los esperaba de rodillas, las manos en alto. La gente que había retrocedido en desbandada se agolpaba tras los arcos de la plaza, como hienas que huelen la presa, pero temen a los leones que la devoran. La plaza quedó

desierta, a excepción de… de él y yo, de rodillas los dos, cada uno con sus motivos. Y parte de mi hija.

»No opuso resistencia, dicen. Como aquellos que rezan a lo divino, alzaba las manos ensangrentadas al cielo clamando por su parte. Las mías, teñidas de la sangre de mi hija, rodeaban su pequeña cabeza, mirándonos sin ver, y como le dije antes, yo estaba, pero a la vez no estaba allí. Solo recuerdo levantar la vista un momento, el justo para clavar mis ojos en los de él, y ver que él los clavaba más allá de mí. Me volví, aún de rodillas, para seguir la mirada que me despreciaba y descubrirla clavada en una figura, una figura alta y negra. Y el brillo de sus ojos negros reflejó un frío de otros mundos, y mi propio cuerpo de rodillas, y la cabeza de mi hija en mis manos; y mi dolor, que parecía respirar como aroma que anhelaba, disfrutándolo.

Callé, y esperé, pero Marcos tuvo la decencia de no interrumpirme. Las serpientes dibujadas por las llamas sobre las paredes se alzaron, y ahora parecían reptar en busca del techo que nos cobijaba, y un viento helado nos traspasó para avivarlas aún más. Los dos lo notamos, lo vi en su cara. Los dos callamos, obviando el hecho, y al fin continué:

—Podría contarle que nadie más lo vio, y podrá creerme o no, y a pesar de estar rodeados de una muchedumbre y un mar de policías que nos cercaban, nadie más lo vio. Solos los tres, nadie más parecía ocupar la plaza y sus alrededores, y podría contarle que por un momento unas alas negras parecieron desplegarse a su espalda, y no lo hicieron porque lo único que sucedió fue que desapareció, dejando atrás por despedida una sonrisa que se desvaneció a la vez que mi conciencia. Créalo o no, es su decisión, y de ella depende el caso que los ocupa allá abajo. Yo lo supe en aquel instante. De alguna manera, supe que esa figura desdibujada bajo las sombras de los arcos había conducido y señalado la muerte de mi hija.

Marcos pareció aplazar el veredicto, intentando mantener los pies en el suelo tanto como fuera posible.

—¿Y Salvador? Tengo entendido que llegó a pisar la cárcel —dijo desviando el tema, intentando reconducirlo, agarrándose a los hechos puestos por escrito.

Vi la duda en sus ojos, y esa compasión que trasluce de ellos a

veces cuando se mira a los enfermos. Esa que los enfermos temen tanto como rechazan. Lo dejé pasar. Por entonces había visto esa mirada demasiadas veces, tantas como para dejarlas pasar sin prestarles la más mínima importancia, como cuando llega un autobús que no es el tuyo y esperas en la parada.

—No llegó a juicio. No fue más que un pobre desgraciado con las cartas mal dadas. Confesó todo aquello de lo que se lo acusaba, además del asesinato de su mujer y su hijo, los cuales encontraron en su casa degollados como animales. «No podía permitir que sufrieran», fue todo lo que dijo de ellos; poco más. El «Señor» se lo pidió. Esa fue la palabra que utilizó. Y pidió verme; también pidió verme.

—Quiere decir… ¿A usted? —preguntó Marcos. Yo asentí—. ¿Y…?

—Fui. Yo quería el cuerpo de mi hija. Él lo tenía. Sabía quién lo tenía… Fui. Claro que fui. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿Y…? —repitió, despegando la espalda de la silla.

—Fue un acto más del teatro, una forma más de hurgar en la herida. Le rogué, rogué al asesino de mi hija que me dijera dónde estaba escondido el cuerpo de ella antes de que él ardiera en el infierno. Apenas pronunció un par de frases antes de marcharse para siempre, y juraría que el miedo anidaba en sus ojos: «El Señor tiene planes para ti. Te quiere, y ahora tiene a tu hija. Dice que volveréis a veros». A la mañana siguiente lo encontraron muerto en su celda, un pincho carcelario sobresaliendo de la sien izquierda. Y eso es todo. Ahora usted debería irse. Estoy cansado. Ha sido una noche amarga, y aún tengo que leer ese expediente. Creo que me lo he ganado. Llévese el libro.

Señalé el expediente que sobresalía de una mochila abierta a los pies de Marcos. Él lo sacó y, en silencio, lo depositó en la mesa a la vez que se levantaba. Ya bajo el amparo del anonimato de la noche sin luna y la oscuridad, se atrevió a formular la duda que lo martirizaba:

—¿Encontró usted el cuerpo de… Alba? —La llamó por su nombre, y se lo agradecí en silencio.

Negué sin palabras, y solo el contraluz que me recortaba bajo el marco de la puerta delató mi respuesta.

—Nunca —apostillé—, y es una prueba más de que tengo razón

cuando afirmo que había otra presencia allí. Recójame mañana por la mañana. Leeré ese informe y confrontaremos detalles de camino a Sevilla.

—Lorenzo, no creo que deba, ni que yo deba… —habló la oscuridad.

—Voy a ir, con o sin usted —contesté—. Lo mejor sería que fuéramos juntos. Y me lo debe —sentencié.

Supuse que asintió, pues no oí respuesta alguna, pero a la mañana siguiente yo salía de las inmediaciones de Sanabria por primera vez en años junto a un subinspector que no sabía si acompañaba a un loco o a un mentiroso, y nos encaminamos los dos directos al corazón de un caso que nos quedaba grande, aunque eso él aún no lo sabía. Yo sí; yo me temo que lo sabía.

Y el sonido de la grava hollada les indicó a los lobos que habían bajado al lago que un extraño cruzaba la noche, y las ramas de los árboles ulularon agitando sus ramas al cielo como adeptos de una religión pagana que entona sus cánticos más secretos, y los aullidos en la distancia aceleraron la cadencia de unos pasos en la playa. Y al fin, un motor que arrancaba añadió unas gotas de humanidad a las tinieblas.

33

Gazo aún paladeaba el regusto del aguardiente cuando las puertas de cristal de la comisaría se retiraron al detectarlo, y un cigarrillo apurado voló trazando un arco y aterrizó sobre el hormigón del suelo a los pies de un cenicero. El humo de la última calada quedó flotando en la atmósfera quieta de la mañana, dudando si entrar o quedarse a vagar en la Alameda de Hércules.

Eduardo Sánchez, uniformado y cuya misión en el día que se desperezaba se asemejaba a la de un conserje en un hotel cualquiera, lo interpeló a la entrada.

—Inspector, tiene un ciclista sentado a su mesa. Dice que es por lo de ayer.

Una bicicleta apoyada junto al mostrador de entrada dio credibilidad adicional e innecesaria a sus palabras. Gazo advirtió las líneas del carbono visto que conformaban el esqueleto, y aunque la última bicicleta en que había montado debía de ser chatarra antes de que Eduardo Sánchez pensara siquiera en sacarse las oposiciones a policía, apreció los miles de euros que se amontonaban en aquel diseño a base de engranajes, metal y material compuesto. Porque le gustaba estar al día de las cosas, y algo había oído en el bar de que las buenas bicicletas costaban más que los coches ya.

Subió las escaleras, cruzó la gran sala entre «buenos días», uniformes y cubículos rellenos de mesas, pantallas y papeleo, y colgó la gabardina en un perchero que había junto al hombre que vestía de ciclista; con un casco del gremio sobre las rodillas y cara de estar fuera de lugar, lo esperaba sentado a su mesa. Hasta que no se sentó frente a él, acomodó la prominente barriga en la silla y sacó un caramelo mentolado del bolsillo interior de la chaqueta no abrió la boca:

—¿Quiere uno? —ofreció.

El ciclista negó con la cabeza, susurrando un «gracias» apenas esbozado.

—Me han dicho que tiene algo que decirme acerca del suceso de ayer en Torneo. Repítame, por favor, lo que le refirió al compañero abajo —dijo, y se echó el caramelo a la boca. Alargó la mano y alcanzó un bolígrafo de una taza adornada con el escudo de la Policía Nacional que hacía las veces de cubilete—. Intente ser conciso.

—Verá, quizá no es nada, como le dije a su compañero. Suelo salir en bici todas las mañanas, cuando aún es de noche, antes de trabajar. Me despeja y me ayuda a sobrellevar el día, ya sabe. Esta mañana, igual que ayer, salí a estirar las piernas. Suelo escuchar las noticias en la radio mientras pedaleo y…, bueno, hoy había marcado otra ruta, pero me rondaba en la cabeza lo que había escuchado en la radio y me desvié a la vuelta y pasé por el sitio para cerciorarme. Vi las cintas de la policía y pensé que debía venir. Ya me han dicho que usted lleva el caso, pero que haya sido a esta comisaría y no a otra no es más que una casualidad (es la que está más cerca).

Para cuando Julio Di Maggio, de ascendencia italiana, gerente de una pequeña cadena de restaurantes italianos repartidos entre Sevilla y Granada, y aficionado al ciclismo caro que se trajo desde su Torbole natal junto a su familia y las recetas de su abuela, terminó de exponer su relato, el inspector Gazo había sacado varias cosas en claro, y entre unas y otras había aprendido algunas cosas sobre el mundo del ciclismo y el negocio que movía que no pensaba descubrir cuando se acostó la noche anterior. Y si, como dicen, nunca te acostarás sin saber una cosa más, el inspector Gazo se podía acostar tras despedir a Julio Di Maggio sin esperar a la noche y sin faltar a la tradición oral, esa que atesora la sabiduría de los pueblos y dominan los ignorantes.

No es que le interesara mucho el mundo del ciclismo. A decir verdad, le interesaba tanto como la pesca del salmón en Noruega, pero tenía una pista nueva, y no tenía muchas que seguir. Cuando Julio Di Maggio cruzaba la Alameda de Hércules pedaleando en su bicicleta de carbono pensando en la anécdota que les contaría a los amigos en el bar que había debajo de su casa con una cerveza fría en las manos, las neuronas del inspector Gazo ya habían conseguido establecer las sinapsis necesarias para husmear un rastro, aún débil y confuso, pero un rastro. Eran esos breves momentos en que la

mente se aceleraba y la adrenalina se disparaba los que le recordaban por qué aún le gustaba ser policía.

Pensó que el día prometía y que todo iba rodado cuando vio acercarse a Luis Ruiz en su busca. Los de la Tecnológica solían ser escurridizos. La falta de personal, el avance de los tiempos y el cúmulo de casos demandaban cada vez más sus servicios, y los resultados se hacían de rogar cada vez más, a su vez. Había que tratarlos con tacto para conseguir saltarse la lista de espera, y de tacto Gazo no iba sobrado. Respiró dos veces, y dibujó una sonrisa no demasiado forzada.

—Hombre, Luis, contigo quería yo hablar. ¿Tienes algo ya? —Se refería al vídeo, del que no esperaba sacar mucho, pero la esperanza es compañera inseparable del policía, tanto como lo es de los creyentes convencidos y de los que nada tienen que perder.

—Algo hay —confirmó Luis alargando el verbo con un acento cordobés que no perdía a pesar de los años que llevaba vividos en Sevilla—, aunque me temo que no mucho. —Alargó entonces la mano y tendió a Gazo un *pen drive* que el inspector introdujo en una rendija de USB que había a la altura de sus rodillas. Meneó el ratón, pulsó un par de clics, y el icono de un archivo de vídeo que ya conocía, junto a una ristra de iconos que representaban imágenes extraídas del mismo vídeo, lucieron en la pantalla que presidía su mesa—. Hemos limpiado las imágenes, pasado los filtros y redefinido la calidad, pero aún no hago milagros —empezó Luis en plural, terminando en singular, como si un equipo entero se hubiera dedicado a ello y hubiera acabado solo—. Lo que es, es. —Las es se alargaron, comiéndose a las eses.

Gazo repasó las imágenes, clicándolas una a una. Luis tenía razón. Un tipo desconocido, un tipo más, de los que hay miles, imposible de identificar y menos aún de localizar. Sin embargo, una sonrisa se ensanchó en los labios del inspector, contagiando a los ojos.

El tipo iba bien vestido. Muy bien vestido.

Las imágenes no daban para identificar marcas, pero el inspector apostaba su placa a que aquel tipo no era de los que pisaban el comercio de Juanjo, el empresario chino que le había proporcionado el vídeo.

—¿Te vale? —preguntó Luis al ver la sonrisa en la oronda cara

de Gazo.

—Más de lo que crees. Fantástico trabajo —se esforzó en halagar Gazo—. Tengo otra cosilla, Luis. Es importante; necesito que le des prioridad. Es poca cosa, y debería ocuparme yo, pero a mí se me dan estos chismes igual de bien que al Betis los títulos europeos. —Gazo sabía que Luis era aficionado al fútbol, y había renegado de su Córdoba natal para afiliarse al Sevilla F. C. en cuanto puso los pies en la capital sevillana—. Si hay problema, hablo con Aranda, pero ya te digo… —nombró al comisario para echar más leña al fuego.

—Cuéntame —se venció Luis, negando sin ganas.

Gazo repasó sus notas, garabateó un papel y se lo tendió a Luis, que se había sentado en la misma silla de la que minutos antes se había levantado un ciclista.

—Hostias, Luis, que parece que te estoy pidiendo la médula. Es poca cosa. —Luis echó un vistazo a la nota y reconoció una marca de bicicletas, seguida de unas iniciales mezcladas con números. Más que un modelo de bicicleta a Gazo le parecía el número de serie de un microondas, pero no le pareció necesario añadir el dato. Se repetían las «X» y las «T», letras que se llevaban mucho a la hora de querer indicar que algo merecía la pena, al parecer. Eso Gazo lo sabía por los coches y las impresoras; las impresoras también—. Es un modelo de bici. Un testigo friki del tema que pasaba ayer por el lugar del asunto de Torneo reconoció el modelo de bici apoyada en un banco a pocos metros de donde encontramos el cuerpo. Le extrañó verla allí, y llegó a parar. Después reculó, pensando que el dueño se habría metido entre las adelfas a mear, y siguió su camino sin más. Lo que nos atañe a nosotros es que reconoció el modelo. Lo mejor, y ahora viene lo bueno, es que dice que hay un registro donde todo aquel que tiene una bici que vale más que su plasma puede registrarla por si algún día un desgraciado se la birla. ¿Sabes de eso?

—Claro: biciregistro.es. ¿Y? —dijo Luis.

—Me estoy quedando atrás… ¿Sabes cómo funciona?

—No tiene ciencia. El interesado paga una tasa, registra *on-line* su tesoro, y le mandan una especie de pegatina de la leche que se graba en el bastidor como un tatuaje. Si la pierdes, denuncias. Si la encuentran antes de que la desguacen, saben que es tuya.

Gazo asintió y guiñó un ojo.

—Me vale —contestó—. Necesito un listado con nombres y apellidos de todo aquel que tenga una como esa en Sevilla y en un radio de cincuenta kilómetros a la redonda. Cincuenta kilómetros está bien, ¿no? —Señaló Gazo el papel entre las manos de Luis.

—Eso es un rato. Dalo por hecho. —Respiró Luis, que ya pensaba en la montaña de trabajo que lo esperaba en su mesa.

—Una cosilla más —carraspeó el inspector—. Cuando la tengas, necesito que la cotejes con las matrículas de todos los coches que rodaron por Torneo y las inmediaciones de plaza de Armas la noche del primer asesinato. Habrá que pedir las grabaciones a tráfico. Yo me ocupo de pedir el oficio al juez, pero tú ponte al lío ya. Si te ponen trabas me avisas.

Lo ideal en estos casos era seguir el orden establecido: petición a judicatura, obtención de orden, presentación y petición de actuación. En la vida real, las cosas discurrían un poco más laxas; el orden de los factores se alteraba de vez en cuando, aun cuando al final no faltara ninguno de ellos, y Gazo daba por obtenida la aprobación judicial en el caso que le ocupaba. A veces, como hizo con Juanjo y el vídeo de su negocio, ni siquiera era necesario molestar al juez. Bastaba con pedir las cosas de la manera apropiada. Con cámaras de tráfico y funcionarios, con el Mercadona por medio en la otra mano, y las reticencias y papeleo que esperaba de ambos, el juez y su mazo se volvían necesarios, además de imprescindibles desde el punto de vista legal.

—¡Coño, Gazo! ¿Y no prefieres la médula? Estoy hasta arriba, y eso me va a llevar el resto de la semana, y, total, para nada. Eso es un tiro al aire. ¿Te haces una idea de cuántas matrículas habrá que identificar y cotejar?

—El cabrón este —señaló Gazo la pantalla, donde una figura desconocida cruzaba el escaparate de una tienda— tuvo que llegar al centro de alguna manera, y a juzgar por la ropa, aquella noche no lo hizo en bici. Céntrate en los coches caros, matrículas con menos de cinco años, para acortar la lista. ¡Qué coño, tres valdrán! Un hijoputa que tiene una bici de más de cinco mil euros no puede ir por ahí con una tartana.

—Aun así, es un tiro al aire. Me llevará días. ¿Tienes idea de la de coches que pudieron pasar por ahí? No es factible.

—Joder, Luis. No serán tantos, que era de noche, y los camiones

de basura no cuentan. Empieza por el registro de matrículas de los *parkings* cercanos, joder —atajó Gazo—. Si no hay resultados, no se me ocurre otra, aunque no creo que haya sido tan tonto. Eso contando con que no viva en el puto centro de Sevilla.

—Me jodes vivo, Gazo. Tengo trabajo para enterrarme dos veces.

—¿Hablo con Aranda? Si lo pillamos te dedicaré una mención especial. Esto tiene prioridad. Los putos periódicos se están cebando con nosotros —sentenció Gazo, harto de diplomacia barata—. Ah, gracias, Luis.

—La que tú me haces —ironizó Luis. Se levantó, y agitó con energía una hoja donde una bicicleta buscaba dueño.

No hacía calor, pero al inspector le pareció que a Luis le apeteció abanicarlo con el gesto. O igual era abofetearlo; tampoco había que ahondar en detalles.

34

Marcos había pagado la cuenta a primera hora de la mañana, había guardado el recibo en la cartera con el celo de los que tienen algo que recuperar, y había conducido hasta el aparcamiento del otro lado de la playa que ya conocía. Tocó el claxon sin apagar el motor, y esta vez fui yo el que hizo ruido al caminar sobre la grava junto al espejo quieto y gris que era el lago. Me despedí del lago cuando el sol aún no había alcanzado los picos que lo escondían al este, antes de que asomara a lavarse la cara en sus aguas.

Los árboles parecían recobrar poco a poco su color, a caballo desde el negro de la noche y un gris ceniza que adquiría pinceladas verdosas a fuego lento y pintaba las hojas del bosque. Jirones de niebla vagaban sin prisa sobre las aguas, como almas perdidas que buscan refugio antes de que el sol las descubra. Hacía frío.

Fue un momento extraño, como lo son todos los primeros momentos, y era la primera vez que abandonaba mi bosque y mi retiro más allá de una línea imaginaria que mi cabeza pintaba en aquel rincón del mapa de Zamora.

Apenas hablamos durante la primera hora de viaje, más allá de un par de frases desganadas, y fui yo el que rompió el incómodo silencio para proponer que paráramos a tomar un café extraño, parada que Marcos aprovechó para repostar.

—No ha traído equipaje —me dijo a la barra de un bar sin alma de bar que estaba adosado a una gasolinera.

—No necesitaré más de lo que llevo en la mochila. Me temo que es un viaje de ida.

No sé si captó el mensaje, y supongo que en cualquier caso entonces Marcos aún consideraba si conversaba con un loco o con un enfermo, o quizá ambas cosas.

—Ayer dijo usted algo. Lo he pensado y creo que se equivoca.

—Me temo también que voy a escucharlo ahora —repliqué.

—Dijo: «El padre que ya no soy». Creo que se equivoca. Siempre

será usted su padre, como siempre ella será su hija. Eso no se lo puede arrancar nadie.

—Gracias —contesté—. Es usted un buen hombre. No puedo decir aún si además es buen policía, aunque sí puedo afirmar que es un policía cabezón, si hizo el viaje hasta aquí para buscarme. No se lo tome a mal; es un halago.

—No sé si devolverle las gracias. Tengo sentimientos encontrados. —Me regaló la primera sonrisa del día, y yo se la devolví, imitándolo—. ¿Puedo preguntarle algo? Es acerca del caso, pero si se ve sin ganas…

—Adelante. Para eso estamos aquí.

Levanté la taza, la llevé a la boca con lentitud y la mantuve allí, en un gesto que acentuaba lo que acababa de conceder con palabras.

—Dijo usted también ayer que el asesino era zurdo, y leí en el expediente que Salvador no lo era. ¿Cómo explica eso?

Dejé reposar la taza sobre la barra, y el humo jugueteó entre ambos antes de que yo contestara.

—No puedo explicarlo. Y tampoco podemos preguntárselo a él —añadí tras una pausa—. Si hay algo de verdad en los libros que vio en mi casa y está dispuesto a creer, podría decirle que a menudo los crímenes donde intervienen esas fuerzas que no vemos y los creyentes atribuyen al demonio, esos que en las películas traducen en exorcismos baratos y cabezas de chivo y cuernos, son cometidos por personas que se declaraban diestras y terminaban siendo «siniestras», guiadas por una mano que no era la suya. Pero supongo que usted no cree en esas cosas. No puedo explicarlo, es mi respuesta. ¿Más? ¿Ha hojeado el libro que le dejé?

—Nerón César —asintió, no supe si en respuesta a una u otra pregunta, quizá a las dos, y con ello me devolvió la pelota y calló de nuevo, como un profesor que declama el enunciado de un temario de Historia en un examen, y dos palabras bastaran.

—Esa es bastante más fácil y creíble. ¿Ha oído hablar del Apocalipsis?

—No más allá de las películas a las que se refería antes —confesó.

—También llamado el Libro de las Revelaciones. El autor le sonará al menos, se trata de Juan. Es el último libro del Nuevo

Testamento, y con ello, el último de la Biblia. No hay unanimidad en que fuera realmente Juan el Evangelista el que escribiera sus líneas, pero en cualquier caso a nosotros nos da igual. Había más de un Juan rondando por aquellas tierras en aquellos años, y la Iglesia decidió en su día que todos eran el mismo, y ya sabe lo que dijo el Quijote: «Con la Iglesia hemos topado, Sancho». El mensaje es lo que nos atañe, y, sobre todo, sus consecuencias.

»Un Juan u otro, es un escrito profético, admonitorio y cargado de simbolismo. Juan nos presenta sus visiones del mundo que vendrá, y ahí está la cuestión: hay muchos que afirman que el mensaje realmente apuntaba al antiguo Imperio romano, la bestia negra del catolicismo entonces incipiente. En otras palabras, un libro que a través de símbolos no hacía más que atacar al enemigo para burlar una censura que costaba vidas, lo que, por otra parte, y estará de acuerdo conmigo, se ha venido después repitiendo hasta nuestros días. —Marcos asintió mudo, dándome la razón, cosa que yo tenía, tanto con su aprobación como sin ella—. Tomando esto como premisa, la nombrada batalla de Armagedón, donde el bien y el mal dirimen el destino del mundo, no sería más que una referencia al monte de Megido, de donde toma el nombre, en lo que hoy conocemos como Israel, y que entonces albergaba una de las más voraces legiones romanas. Es decir, el enemigo.

»Los cuatro jinetes del apocalipsis: el Hambre, la Guerra, la Conquista y la Muerte, todas ellas representaciones de las consecuencias del Imperio romano a su paso por la tierra. Entienda que son interpretaciones, y algunos ven en la Conquista a Jesús, la Gloria, vencedor ante la muerte. Estas cosas siempre son así; es cuestión del cristal con que se mire; tampoco nos atañe. Podría continuar, pero quien le interesa a usted es Nerón, y nos ceñiremos a él. ¿Me sigue?

—Lo sigo.

—Si asumimos que la intención de Juan no era sino atacar al Imperio romano al escribir sus Revelaciones, lo que irónicamente da un sesgo más terrenal a todo, y teniendo en cuenta que debía plasmar cada idea usando métodos que a su vez escondieran las intenciones, el prisma desde el que mirar cambia.

—No lo sigo.

—¿Ha oído hablar del número de la Bestia? No me diga que no.

Hasta un cristiano descreído como usted estará al tanto.

—666 —contestó asintiendo.

—Exacto. 666. ¿Cómo esconder el nombre de tu enemigo para señalarlo sin morir en el intento? Para eso Juan usó los números. En los alfabetos hebreo y griego los números eran importantes. Cada letra tenía su correspondiente número, y el Apocalipsis se escribió en griego originalmente (no podemos olvidarlo). De esa manera, si tomabas un nombre, lo transcribías a números y sumabas el resultado, obtenías un nuevo número. El número de tu nombre. Creo que a estas alturas adivinará el número del odiado emperador romano a ojos de Juan.

—666 —repitió.

—Exacto. —Extraje una servilleta de un servilletero de

Coca-Cola

y rebusqué en el bolsillo interior de la chaqueta hasta dar con el bolígrafo. Escribí a la vez que hablaba—. Existen diferentes interpretaciones, y los números dan para todas ellas y más. Fíjese: si escogemos el griego transliterado al hebreo, y parece que el idioma original de Juan pudo ser el hebreo, la forma griega para «Caesar-Neron» suma 666. Mire. —Giré la servilleta («Caesar-Neron» = קסר נרון = 666)—. Si apostamos por «Nerón Claude Auguste» al griego y usamos otro sistema, cada uno de sus tres nombres nos da un 6. —Giré de nuevo (ΝΕΡΩΝ = 1005 = 6, ΚΛΑΥΔΙΟΣ = 735 = 6, ΣΕΒΑΣΤΟΣ = 978 = 6)—. Aquí en hebreo. —Escribí de nuevo (קסר נרון QSaR NeRON = 100 + 60 + 200 + 50 + 200 + 6 + 50 = 666)—. Hasta podemos denigrarlo un poco, quitarle los títulos y llamarlo simplemente «el romano», en latín laetinos. ¿Adivina cuánto suma si aplicamos la numeración griega? —Giré el papel por última vez (30 + 1 + 300 + 5 + 10 + 50 + 70 + 200 = 666)—. ¿Quiere que le diga la verdad? Creo que se podría escribir cualquier nombre y, buscando el camino adecuado, llegar al número deseado. Podría seguir…

—¿Sabe usted todos esos idiomas?

—No sea idiota, Marcos, y menos aún lo parezca. Ya vio los libros, le llevo algo de ventaja, y son tres palabras. No soy un zagal, pero aún tengo memoria.

Los cafés se habían enfriado. Dejé unas monedas en la barra y me levanté, instando a Marcos a seguirme.

—Sigo sin entender qué tiene que ver Nerón con todo esto —repuso.

—Es un juego, Marcos. ¿No lo ve? Un simple juego del demonio.

Según lo dije, supuse que las connotaciones que tenían mis últimas palabras para mí no eran las mismas que para Marcos, y salí del bar a esperarlo en el coche.

—Tengo otra pregunta para usted. Nada que ver con el caso —me dijo, los dos mirándonos por encima del techo del coche. Asentí, instándolo a disparar—. He visto ahí dentro que tenían cecina. Verá…: cuando pregunté por usted en Salamanca, me ofrecieron cecina, y un camarero me dijo que la cecina te mata. ¿Sabe usted a qué se refería? Allí abajo no se estila mucho la cecina.

Negué con la cabeza, no porque no supiera responderle, y estiré los labios en una sonrisa franca.

—Para haber llegado a subinspector, no las pilla precisamente al vuelo, ¿eh? La cecina te mata. ¿Lo pilla? «La asesina…». —Lo apunté con dos dedos que bailaron sobre el capó, dando por explicado el juego de palabras.

—¡Dios! Claro. Seré idiota. Fue un tal Alfredo, ¿sabe? Todavía debe de estar riéndose.

—¿Qué tal le va? A Alfredo. —Asentí con la cabeza.

—De bar en bar, dicen por allí.

—Sí, ese es Alfredo. Ande, suba, que aún queda un trecho.

El resto del camino volvió a dominar el silencio, solo roto alguna que otra vez por comentarios acerca del paisaje y el tiempo. Yo, la verdad, lo agradecí. Hasta que no entramos en Andalucía no se atrevió a preguntar la duda que había replegado a la retaguardia, y que, en un acto de respeto que le agradecí en silencio, aguantó hasta que no pudo más.

—Se me quedó una pregunta en el tintero, de las serias, y mi espíritu de policía me obliga a plantearla, aunque me temo que no será de su agrado. Tiene que ver con su hija —soltó de pronto, los ojos fijos en la carretera.

—Dispare.

—Verá, dijo usted que Salva… el asesino le dijo algo. Dijo que se dirigió a usted cuando la lanzó…

—«Llega usted trece segundos tarde. Una lástima y un daño irreparable. Habría podido despedirse de ella, y ella de usted. Quizá

le queden seis o siete» —recité con voz plana—. Son palabras que quisiera olvidar, pero no puedo.

—Me hago cargo. Lo siento, Lorenzo. No quería hacerlo repetir eso, pero es algo que tampoco entiendo.

—Cuando entienda que todo esto no es más que un «juego del demonio», verá la luz —me atreví a ironizar—. Para eso, tendrá que creer todas y cada una de las palabras que le solté ayer. Todas y cada una —recalqué—. Mucho me temo que le será difícil conseguirlo sin llegar a verlo por usted mismo, y créame que desearía que no lo viera, aunque temo también que alguno de nosotros lo verá de nuevo. Mientras tanto, de otra duda puedo sacarlo: ¿sabe usted cuánto «vive» una cabeza sin cuerpo? —Levantó el pie del acelerador por un segundo para mirarme y volvió a apretar al tiempo que volvía la vista a la carretera—. Trece segundos. Ese es el tiempo que tarda la consciencia en esfumarse. Después de eso, los fosfatos de alta energía se vuelven insuficientes para mantener la demanda de oxígeno y glucosa que el cerebro demanda. Es un hecho científico. ¿Lo entiende ahora? Es un juego, un juego del demonio… —susurré las últimas palabras, repitiéndolas para mí como lo había hecho mil veces en la soledad de mi cabaña.

—No hay manera de comprobar eso —afirmó en un intento de quitar la importancia que era incapaz de quitar al asunto.

—Claro que la hay. Y es un tema que no es nuevo. Desde la Antigüedad hubo personas que lo trataron. En tiempos de la guillotina se experimentó en Francia con tal cosa, y es conocido el caso de Marie Anne Charlotte Corday, cuyo verdugo afirmó observar signos de indignación cuando ya la cabeza había perdido su cuerpo; en 1905 el doctor Beaurieux experimentó con la cabeza de un asesino llamado Henri Languille tras la decapitación, y dicho doctor declaró que observó movimientos espasmódicos en sus párpados, y una clara reacción de los mismos cuando, con la cabeza en sus manos, llamó varias veces al asesino por su nombre. Según el doctor, el suceso se prolongó durante veinticinco o treinta segundos (no lo tome al pie de la letra). Existen historias y testimonios más antiguos, pero podría decirse que, al igual que la Biblia, de la que antes hablamos, podrían no ser más que eso, historias. La pregunta, la verdadera pregunta que ahora usted tiene en mente, pero no se

atreverá a formular, es: «¿Hay verdadera consciencia en una cabeza tras la decapitación?». Es una pregunta atroz, y su posible respuesta lo es aún más.

Después de eso apenas volvimos a abrir la boca hasta que Marcos giró la llave del coche frente a su casa para apagar el motor, cuando redescubrió la realidad que nos rodeaba. Al filo de las tres de la tarde, con el sol de Sevilla sobre nuestras cabezas, me preguntó:

—Podemos quedar para cenar, si le apetece. Le presentaré a mi mujer. ¿Ha pensado dónde dormirá?

—Aún no lo he pensado, pero estamos en Sevilla —levanté las manos al sol—, una de las capitales del turismo de España. Algún sitio encontraré.

—Si no lo encuentra, puede dormir en mi casa. Al menos la primera noche, o eso creo. Ya sabe usted que las mujeres mandan, y la mía no es una excepción. —Sonrió—. De momento, no admito que rechace la cena. Aquí mismo nos podemos ver, a las ocho. La carne la pondré yo, otra vez.

Me despedí hasta la noche y, con la mochila al hombro, no se me ocurrió nada mejor que hacer que visitar los lugares donde un asesino mataba de nuevo con el tufo inequívoco de aquel otro bautizado en hora maldita como «Salvador Palma», ese que se consumía muerto los mismos años que yo lo hacía en vida.

III

REVELACIONES

35

No se pareció en nada al tipo de «Revelaciones» de las que había conversado con Lorenzo a orillas del lago, pero en cierto modo fue una más.

Cuando Marcos Lanza giró la cerradura de la puerta de su apartamento de alquiler en la calle Peral, a los pies de la Alameda, pisó su hogar, dulce hogar, y sintió una calidez muchas veces desapercibida acariciarle la cara como el suave viento templado de una tarde de incipiente primavera, lo primero que advirtió desde la entrada fue que algo en el comedor parecía diferente.

De nada le sirvió el instinto de policía que se le presuponía, y, como el corte de pelo que alguna vez de más —una sola ya era una de más en estos casos— le había reprochado Eva no advertir cuando ella volvía de la peluquería y esperaba el debido cumplido, la impresión de Marcos fue que algo parecía diferente. En abstracto, nada particular.

—¿Eva? —Alzó la voz, buscando su presencia.

La había avisado por WhatsApp cuando pararon en la gasolinera, a lo que ella había contestado que lo esperaría para comer, firmando con un emoticono amarillo y sonriente junto a un gran corazón rojo.

Enfocó la mirada en la mesa entonces, y la clarividencia llegó a la vez que el aroma que escapaba de un horno a medio gas. Era la mesa. No, no la mesa; era el mantel. El mantel que la cubría debía de ser nuevo, al menos no era el acostumbrado. Después se fijó en la vela apagada que la adornaba rodeada de una guirnalda de flores que le trajo aquel otro aroma de Navidad, y el olfato identificó un cordero —una parte de él—, a buen seguro encamado entre patatas panaderas y salpicado de tomillo acompañado de laurel.

«Algo se celebra», pensó, sin necesidad de superar a Poirot, dibujando una sonrisa. «… Y soy yo», presumió. Un par de días fuera no eran muchos, pero desde que vivían juntos no habían

pasado una noche separados hasta ahora.

Fue entonces cuando Eva se delató, anunciada por el taconeo pausado de unos zapatos sobre los peldaños de madera que daban acceso a la terraza de la planta superior.

—¡Cariño, no te he oído llegar! He subido a tender un segundo, y mira por dónde, eres tú el que me sorprende, cuando quería hacerlo yo. —Lo abrazó.

Marcos aprovechó el momento para escudriñar el cabello e inspirar el perfume de mujer. El de la suya.

—¿Peinado nuevo? —preguntó sin soltarla—. Te queda espectacular.

—¿Verdad que sí? Tenía dudas. ¿Cómo ha ido el viaje? ¿Todo bien?

No supo qué contestar. Desde el punto de vista policial, quizá sí. Traía consigo más de lo que esperaba, algo al menos. Desde cualquier otro punto de vista, la respuesta era no. No sabía explicarlo, pero desde la salida de Galende tenía la impresión de que una sombra los acompañaba, como una pesada capa que no se delata al viento, pero está presente, detrás, esperando que este amaine para dejarse caer. Tenía la impresión de que de alguna manera habían escapado de ella hasta ahora, al menos él, pero igualmente presagiaba que lo alcanzaría. ¿Y cómo explicar eso? Suponía que todo se debía al relato de Lorenzo, y el dolor que rezumaba él mismo por cada poro, infeccioso como un virus que flota en una habitación a la espera de una víctima en la que infiltrarse. Sí, aquella cabaña estaba impregnada de dolor, dolor y rabia, y de alguna manera una parte de todo aquello se las había ingeniado para montarse en el coche con ellos hasta Sevilla.

—Genial. Tenemos que ir juntos, el sitio es precioso, te gustaría. —Y, por primera vez, Marcos advirtió un color especial en sus mejillas—. ¿Celebramos algo? —Apuntó hacia la mesa y su mantel, nuevo o simplemente diferente—. Esto me recuerda que he invitado a alguien para esta noche, espero que no te importe. Me he traído un amigo nuevo de Galende.

Y por alguna razón, presintió que Eva no lo escuchaba, o que solo lo había escuchado en parte; la primera parte. Y ella, mirándolo a los ojos, buscando esa reacción sincera y desprevenida que no se puede esconder, soltó:

—Estoy embarazada —anunció sin más.

Y una lágrima solitaria reunió fuerzas para abandonar el verde de los ojos más bonitos del mundo a impresión de los de Marcos, y con la fuerza del contagio de un bostezo, apenas dos segundos bastaron para que dos dulces compañeras, a pesar de ser saladas, corrieran para enredarse en la barba de dos días que había nacido en Galende.

Sí, definitivamente, esto era una Revelación. Chúpate esa, Juan.

Y por un instante eterno, esa capa de sombras voló y atravesó paredes, y se diluyó en el cielo de Sevilla, donde un sol de invierno con alma de primavera lucía en un celeste inmaculado. Solo un instante; después Marcos se acordó de Alba, la hija de Lorenzo, descabezada y perdida, y conoció por primera vez ese miedo, ese miedo latente que una afilada aguja inocula a los padres cuando aún andan desprevenidos, marcándolos como reses, un miedo del que no se conoce cura.

Y un río desbordado de una compasión que la profesión acostumbraba a dominar lo inundó al pensar en un momento erróneo en el hombre con el que iba a cenar esa misma noche.

36

Un hombre que había dejado correr los años que la vida le exigía bajo la sombra de los bosques de Sanabria es como un trozo de papel al viento en una ciudad desconocida, como lo era Sevilla para mí.

Cuando la silueta de Marcos desapareció tras la esquina de la calle Peral y abordé la Alameda de Hércules sintiéndome como un refugiado al que obligan a salir de su país, me dejé llevar hasta un banco del que vi levantarse a una pareja de jóvenes adultos provistos de un par de mochilas y un mapa desplegado. Tatuajes, tez clara, cabello rubio él y fuego cobrizo para ella. Por supuesto, pantalones cortos, a pesar de que el invierno se paseaba por las calles desplegando sus encantos. Recordé a los turistas que se paseaban por Salamanca en mi época de inspector, y llegué a captar la estela de un par de frases en un idioma que me pareció identificar como nórdico: sonidos secos y contundentes. Sueco, quizá danés, aventuré, dejando que la respuesta flotara en el aire, entonando en silencio a Bob Dylan. «The answer, my friend, is blowing in the wind. The answer is blowing in the wind».

Conquisté el banco para mí solo sentándome en medio y solté mi pequeño macuto a mi lado, ocupando un extra de espacio. Demasiado pequeño para un adulto de viaje en una ciudad extraña, pero un hombre que no espera retornar no necesita equipaje, y sobre todo era el macuto que mi antigua esposa utilizaba para guardar las cosas de Alba cuando íbamos de viaje de fin de semana a cualquier sitio, como felices turistas de ida y vuelta. Con él a mi lado, de alguna ilusoria manera, traía a mi hija conmigo, un rastro de ella. Abrí la cremallera con cuidado y saqué el expediente que aún conservaba, y empecé a repasar los lugares donde se habían sesgado vidas los últimos días. Sin mapa que desplegar, saqué el móvil y marqué en Google Maps las distintas ubicaciones. No tuve que pensar mucho más. Desde la Alameda, una línea azul, larga y

recta me marcó el camino hasta la calle Alfonso XIII. Incluso para un extraño como yo sería difícil perderse: debía cruzar la Alameda de Hércules en toda su longitud y dejarla atrás para continuar de frente por la calle Trajano, donde lo que parecía una plaza daba paso, con un giro a la derecha, a la calle del monarca. Según las notas, Amadeo Carrasco había dicho adiós al mundo en un lugar que estaba a poco más de quince minutos a pie de donde me encontraba.

No sé qué esperaba yo encontrar. Ni tenía las herramientas, ni los conocimientos suficientes de la ciudad como para construirme un mapa mental de los movimientos del asesino que pudiera darme una mínima visión global, pero tampoco tenía otra cosa que hacer hasta la noche. Recordé que no tenía alojamiento, y me propuse aprovechar el camino para indagar sobre este nimio detalle.

La calle era un río humano donde los peatones ocupaban los márgenes a salvo del cauce que aprovechaban los conductores en sus coches. El ancho de las aceras era a todas luces exiguo, y las siluetas se cruzaban esquivándose, lo que semejaba esas atareadas hormigas que a poco que observamos a nuestros pies con mediano interés vemos en cualquier rincón cruzarse, con un plan desconocido en un vaivén de ida y vuelta al hormiguero, y donde todo parece estar orquestado con meticulosidad y orden. A veces, si te fijas, ves un par de ellas que se paran y cruzan en un instante sus antenas antes de continuar su camino (me gusta pensar que se paran a saludarse), y así lo hacían algunos peatones cuando los mapas de sus caras se reconocían como amigos o simplemente merecedores de un par de besos o de un estrechar de manos.

Bajo la marquesina desvaída que anunciaba lo que había sido la antigua biblioteca, no más de un par de flores ajadas, marchitas al final de sus tallos, revelaban como una cruz en una carretera que allí había sucedido algo, nada bueno en todo caso. En un código tan humano como establecido, ramos y flores se usan desde tiempos antiguos tanto para celebrar sucesos rodeados de sonrisas como para rendir humildes homenajes y sembrar el recuerdo de otros tantos más trágicos. Y, de una manera u otra, en cualquier caso un acto de amor. Unas migajas, en el caso de Amadeo, a quien dos sencillas rosas, que con el color de la sangre de las venas advertían que ellas también morían, eran lo único que recordaba su final.

Advertí yo el tallo corto de ambas, y supuse que habrían sido cortadas de algún jardín, más que compradas. Para alguien que mendigaba en la calle por unas monedas, me pareció irónicamente la negación de la última limosna.

Indeciso como un ñu solitario a orillas del río Mara, me eché a un lado para evitar pisar las flores y consulté el móvil de nuevo; una marea de piernas desfilaba rozándome los zapatos camino de sus casas, de vuelta de sus trabajos, de ida y venida hacia un futuro tan incierto y esquivo como el que le habían robado a Amadeo.

Me decidí por el principio, alentado por la facilidad del recorrido, y evitando adentrarme entre callejuelas más de lo necesario, volví sobre mis pasos para enfilar lo que parecía una de las arterias reinas del comercio de la ciudad. A la entrada, un

McDonald's

recordaba la globalización a quien quisiera mirar. Sin ganas ni hambre, decidí entrar y solucionar el asunto de la comida de una manera rápida y drástica, evitando echar la suerte en algún bar. Un mar de adolescentes hacía cola ante las cajas, y entre ellos, había salpicados aquí y allá adultos que semejaban molinos de viento en el mar, algunos como escoltas, otros con toda seguridad trabajadores de comercios cercanos que buscaban el universal menú americano, aderezado con la rapidez y el costo contenido.

Conseguí una mesa apartada en la tercera planta tras esquivar, bandeja en mano, un par de accidentes en potencia (como conductores sin carné de bandeja que éramos la mayoría) y tragué mi McMenú sin saborearlo, con prisas y aturullado por el clamor de mil voces reconcentradas que se cruzaban por grupos y parecían comunicarse sin orden, como palomas en un palomar. Cuando salí, el aire frío de la tarde me golpeó en la cara; quedé plantado unos segundos a dejar que me abofeteara, y abrí la boca intentando recuperar el aire que me debían. Opté por la calle Sierpes, que de las dos que corrían paralelas me pareció la menos concurrida. Mi idea era salvar la calle Sierpes hasta alcanzar el ayuntamiento, y con él la avenida de la Constitución. Al final de esta, en un amplio giro a la izquierda, debía vislumbrar el parque de María Luisa, en cuyos dominios había empezado todo, o casi.

La avenida de la Constitución, una gran arteria recta y casi la mitad de ancha que el Guadalquivir, lucía engalanada de ilustres

edificios, y culminaba con la catedral de Sevilla en su orilla izquierda, que asomaba entre sus encantos desde mi posición, en la plaza de San Francisco. La visión se estrechaba por efecto de la perspectiva, y un tranvía de líneas modernas avanzaba sin prisa en mi busca como único vehículo motorizado con permiso para pisar las piedras de la avenida. Me aparté y lo dejé seguir el camino que dibujaban unos raíles incrustados como venas gemelas entre los adoquines de la gran avenida, y caminé con aire distraído hasta los pies de la catedral, donde una gárgola pétrea de otros tiempos atrajo mi atención. Estaba unos metros por encima de mí, casi me recibía, y me clavaba sus difuminados ojos de piedra con la intensidad suficiente para hacerme parar y alzar el cuello a la vez que hacía lo mismo con el de la chaqueta. Una ráfaga de aire frío me acarició la nuca, semejando una pluma áspera y negra que una mano invisible paseara entre los pliegues de mi ropa, erizándome la piel.

—Irradian misterio, ¿no le parece?

Me volví, buscando la voz, una voz redonda de palabras espesas como perdigones de niebla. Una figura alta, envuelta en un abrigo negro coronado por un sombrero en desuso, miraba la gárgola como lo hiciera yo segundos antes. Bajo las solapas del abrigo se adivinaba un traje igualmente negro, del que asomaba el cuello de una camisa del mismo tono. Los pies se escondían en dos botas con cierta puntera algo pasada de moda. De no ser por las botas y el sombrero, habría apostado por algún cura; quizá podría haber sido algún miembro destacado del clero que disfrutaba del palacio arzobispal, el cual, según supe en días futuros, se asentaba a escasos metros de donde nos encontrábamos. Lo descarté y, al advertir el rastro de media sonrisa que se formaba en los labios del hombre, presentí que él adivinaba mis pensamientos con la facilidad con que yo mismo lo hacía con los chavales de los parques de Salamanca en mis primeros días de policía de paisano, cuando los sorprendíamos en algún trapicheo de hachís de baja escala, liando algún porro sobre el respaldo de un banco o iniciándose en el comercio ilegal a base de diminutos paquetillos envueltos en improvisadas bolsitas de plástico. Seguí su mirada, que no había apartado de la gárgola, y fijé la vista en ella por segunda vez.

—Podría decirse así, ahora que lo apunta. No lo había pensado,

la verdad.

—Fíjese. Fíjese bien y centre su atención en los ojos, sin dejar de admirar el resto. ¿No le parece que una chispa de vida parece anidar dentro de la piedra que los moldea? Como si buscara una salida de su prisión y no alcanzara a conseguirlo. Eso me parece a mí. —Acompañó las palabras levantando el brazo y apuntó hacia la piedra tallada con un dedo que parecía rivalizar en tamaño con el del mismo David de Miguel Ángel, desplegado de una mano huesuda, las uñas pulcras y largas, casi esculpidas, y aprecié que con una curva final más habitual del género femenino.

Le seguí la corriente, fijé la vista en la piedra que apuntaba aquella uña sin filo y a la vez afilada, y me sumergí en el océano infinito que mece las aguas de la imaginación.

Yo sabía que las gárgolas no eran más que piedra moldeada por la mano del hombre, y las clases de latín de mi juventud me trajeron a la memoria su denominación en la lengua de los curas, los muertos y los sabios muertos: *Gargula*. El vocablo se emparentaba con *gargarizare* («hacer gárgaras» o «emitir sonidos guturales») y *gargata* («garganta»). Plinio había utilizado el plural *garguli* para referirse a diversas especies de aves a las que se les presumía la habilidad de dormir colgadas de las patas. Una y otra cosa, quizá las dos y ninguna a la vez, confluían para dar nombre a estas figuras que en sus formas más quiméricas y grotescas dibujaban en piedra esculpida animales inexistentes, híbridos y demonios de mundos desconocidos. Y, como gargantas abiertas adosadas a los aleros de edificios de tiempos pasados, tenían la simple y efectiva función de desaguar lejos de las paredes del templo el agua de lluvia. Decían otras lenguas, malas, buenas o indecisas, que las formas abyectas y a veces amenazantes se encargaban, como centinelas y por el mismo precio, de ahuyentar los malos espíritus de la casa del Señor. Supongo que la superstición que reinaba siglos atrás daría su empujoncito también.

Hoy en día no se llevan las gárgolas, o sí, pero deben buscarse en los aleros con el diseño menos expresivo que tienen las cámaras de vigilancia. La segunda función la cumplen a rajatabla; en cuanto a lo del agua…, para eso están los paraguas, que en su forma actual funcionan de maravilla desde principios del siglo XVIII, cuando la enorme mole de piedra que tenía delante llevaba asentada en el

corazón de Sevilla más de dos siglos. Como es costumbre en nuestra prepotente y dominante especie, la tercera catedral del mundo en dimensiones se comenzó a levantar sobre la aniquilación del contrario de turno, en este caso, una mezquita, de la que aún se conserva la Giralda y el Patio de los Naranjos. No nos encontrábamos muy lejos.

La gárgola que parecía observarnos sobre nuestras cabezas componía una mueca feroz, y unos dientes gastados asomaban de una boca abierta en lo que me pareció la cabeza de un antepasado de mastín con las orejas alerta. Justo detrás de ellas, unas alas de dragón se replegaban contra un cuerpo que se perdía difuminado en las profundidades de la piedra. El conjunto, cuanto menos, resultaba amenazante.

Desvié la mirada, en busca de otro espécimen, y el descubrimiento no resultó menos inquietante: alas replegadas en un amago de echar a volar, remarcadas por pliegues a modo de un gran murciélago gigantesco, envolvían un cuerpo definido del que sobresalían un par de garras que atrapaban lo que sin duda era un cuerpo humano agazapado, de dimensiones claramente menores, como si un dragón de otros tiempos abrazara a una presa fácil e indefensa. La cabeza, mezcla de mil animales y de ninguno, expresaba con ojos abiertos y vigilantes de todo menos una calurosa bienvenida.

Un desasosiego repentino me envolvió con su capa, como un mago que se apresura a esconder el conejo, y sentí, como flechas clavándoseme sobre ella, los ojos del desconocido de negro a mi espalda, y por un momento me sentí como el conejo.

—¿Lo ha sentido? —dijo el hombre.

—Podría decirse que sí.

—Ángel —se presentó estirando la mano, las uñas apuntándome como puñales. No pude sino imitar el gesto, y un frío que nada tenía que ver con la temperatura real me atravesó en una descarga fugaz y tibia a la vez—. ¿Le apetece un café, Lorenzo? —añadió. Tenía una mirada negra, penetrante. De las que son difíciles de aguantar.

Me deshice del abrazo de sus dedos con cierta descortesía. Mis años de destierro habían amodorrado mis modales y la educación que se acostumbra a derrochar en las presentaciones, y no fue que

no le correspondiera con mi nombre en respuesta al suyo, sino que el mío murió en mis labios antes de nacer cuando él ya lo había pronunciado. Lo escruté, la mano colgando sin tensión en el brazo a medio recoger, y esa sonrisa suya, esa que ya me había ofrecido a medias, se ensanchó disfrutando de mi asombro. El asombro, en sus distintas variantes, que según el suceso que lo provoca puede definirse en un símil meteorológico como caliente o frío, se adereza de diferentes ingredientes. El mío, plantado a los pies de la catedral bajo unos ojos de piedra, se componía de un cóctel de desconcierto y unas gotas de miedo. Era de los fríos.

No supe responder. En los rincones de los bosques que rodeaban mi retiro en Sanabria había esperado el momento, preparándome con el ansia y el temor de los condenados que esperan al verdugo, y con la memoria de mi hija creí forjar una coraza que se me antojó insuficiente ante la perversión vestida de negro que me ofrecía una sonrisa.

—Venga —me agarró del brazo, instándome a dar el primer paso y olvidar la catedral—, usted y yo sabemos que los templos son para los creyentes. Conozco un café cerca de aquí donde ofrecen dicha bebida con el celo de los italianos. ¿Ha estado en Italia? Hermoso país, allí saben de café. En otros tiempos crearon un verdadero imperio. Los dueños del mundo. Ahora solo quedan reyes, y vaya reyes. Marionetas, diría. Entonces había emperadores, en el justo significado de la palabra. Rey de reyes, como aquel otro al que crucificaron, pero con verdadero poder. ¿Sabía usted que aún queda un emperador? Allá en Japón. Los japoneses siempre fueron muy tradicionales. —Calló, ralentizó el andar hasta parar y fijó sus ojos en mí. Ojos negros, profundos y abisales, que parecían contener la sabiduría del mundo. El tranvía pasó a nuestras espaldas con un siseo apagado—. ¿Es aficionado a la historia, Lorenzo? ¿Tiene usted predilección por algún emperador? A mí me apasiona uno en particular.

Para entonces me había recompuesto, y estaba dispuesto a jugarme el alma a los dados a doble o nada.

—Nerón César —respondí, sosteniendo la mirada.

Y juro que creí ver una niña en el reflejo negro de aquellos ojos. Fue un instante, apenas lo que tarda en pasar un gorrión por delante de una ventana, y un pestañeo traicionero deshizo el

embrujo.

El hombre asintió con la cabeza, y sus facciones parecieron dudar entre la sonrisa y la gravedad.

—Venga, está ahí mismo. —Echó de nuevo a andar, esperando que lo siguiera—. Presiento que va a ser una conversación entretenida. Vengo de ver a un conocido suyo, y no puedo decir lo mismo. A veces las cosas se vuelven aburridas, y es mejor cortar por lo sano.

—¿Un conocido? —Lo alcancé—. ¿De qué habla?

—No se preocupe, no lo conoce.

—Ha dicho que…

—Sé lo que he dicho. Y le digo que no lo conoce… aún. —Barrió el aire con un ademán de aquella mano de uñas largas en dedos largos, con un gesto que quiso barrer la importancia a la vez—. Pasado, presente, futuro… son conceptos que tienden a mezclarse con facilidad. Volvamos a Nerón: Plinio el Viejo lo definió como «enemigo de la humanidad». Es un concepto que me gusta, no lo voy a negar. Como coetáneo suyo, no le guardaba mucha simpatía. ¿Sabía que mató a su propia madre? La pobre Agripina… Lo gracioso, permítame el término, es que lo hizo para casarse con Popea Sabina, a la que acabó matando un mal día, borracho, de una patada, cuando ella estaba encinta de un hijo de él. ¿Le parece que hay algo peor que eso? ¿Matar a un hijo antes de conocerlo siquiera? Cualquier persona decente se habría suicidado después de eso. Lo hizo al fin, créame, pero por motivos más prosaicos. Antes le daría tiempo de borrar de la faz de la tierra a Pedro y a Pablo. Ya sabe, los apóstoles. También está lo de las quemas de los crucificados y aquello de echar a los cristianos a los perros, como ese Ramsay de *Juego de tronos*, ¿la ha visto usted? Una serie realmente buena, sí, señor… Y lo del incendio. Eso, créame, ya le digo yo que no fue él.

»¿Y eso del anticristo? *La Ascensión* de Isaías lo menciona con curiosas palabras: “Un rey sin ley, asesino de su madre, llegará a este mundo con todos los poderes, y todo el mundo accederá a lo que desee”. Dicho así, le viene al pelo, no me lo negará. Aunque supongo que todo eso usted quizá ya lo sabía. —Asentí, incapaz de rebatirlo. Libros dedicados a Nerón guardaban polvo en las vitrinas de un mueble a orillas del lago de Sanabria—. Pero permítame que

vuelva sobre Popea Sabina. Un hombre que mata a su esposa embarazada se desliga del pasado, del presente y del futuro. Es la condenación en sí misma, ¿no le parece? A Nerón lo hizo, en mi opinión, un hombre nuevo que se deshace de todo. Mató a su madre (su pasado), a su esposa (su presente) y a su descendencia (su futuro).

—No puedo saberlo.

—No, claro que no. Quizá otros, usted no. Usted ya está condenado. Pase, por favor.

Me indicó una puerta, cediéndome el paso con un gesto de fingida importancia, como si acabara de recitarme una receta. Yo solo inspiré, pensando en la pistola que había traído conmigo desde el lago, y que reposaba sin cargar en el fondo del macuto de mi hija que colgaba de mi mano. Cuando abandoné la policía me había hecho con una HK USP de 9 mm. No la había vuelto a tocar hasta el día anterior, cuando la engrasé y la deposité entre los restos de un chándal viejo por funda. Pensé también en excusarme de alguna manera, quizá para ir al baño y…

Una boca oscura custodiada por una cancela de hierros negros que permanecía abierta daba paso a un túnel adornado por espigadas columnas de mármol, lo que acentuaba la falta de luz, una luz que las nubes se afanaban en robar a la tarde. Un techo abovedado reducía los espacios y obligaba a enfocar la mirada al fondo, donde parecía abrirse una pequeña plaza al aire libre que permitía a la luz recobrar intensidad. Miré a uno y otro lado, indeciso, mientras aquel hombre mantenía el brazo estirado hacia la oscuridad. La entrada, flanqueada por locales de cambio de divisas, comercios de suvenires, pastelerías y cualquier forma de negocio ideado para atraer a los turistas y sus carteras como cantos de sirenas, pasaba casi desapercibida, anodina entre los reclamos y frente a la imponente fachada de la catedral, al otro lado de la avenida de la Constitución, que acaparaba el protagonismo de las miradas foráneas.

Entré, sumergiéndome en las sombras, y el murmullo de la gente que flotaba en la avenida como un gas pesado quedó amortiguado al instante, igual que una cortina de aire frío de esas que colocan en los grandes almacenes repele el calor exterior; el silencio parecía ganar presencia en aquel túnel cuya boca vigilaba una hilera de

gárgolas al otro lado de la calle. Y de repente estábamos solos, únicamente escoltados por el eco de nuestros pasos resonando sobre la piedra. Relámpagos del pasado que se alejaban, jugueteaban entre columnas y rebotaban sobre los muros para volver al presente que éramos nosotros. A los costados, pude observar escaparates cargados de postales, artículos de numismática y expositores de monedas que habían sido desgastadas por manos de otros tiempos; manos que no eran ya ni siquiera huesos en la mayoría de los casos, e imaginé el semblante de los emperadores romanos en algunas de aquellas monedas, perfiles adornados de coronas de laurel, y pude apreciar que la sombra de Nerón se agrandaba entre aquellos muros. En algunos casos los negocios estaban cerrados y apagados; en otros, débiles reflejos de luces pobres y amarillentas parecían apuntarnos tras los cristales rebotando sobre un millar de pequeños ojos redondos acuñados en bronce, cobre, plata y, supuse, otros metales que nunca me había interesado en indagar. Como almas encerradas en papel, miles de pequeñas caras nos miraban estampadas en sellos, algunas en lustrosos álbumes; otras, por alguna razón que se me antojó económica, aisladas y expuestas sobre diminutos pedestales. Más allá, los sellos y las monedas daban paso a escaparates repletos de pequeñas porciones de piedra que identifiqué como colecciones de minerales en busca de compradores. Estampas antiguas, librejos de papel amarillento y postales usadas pugnaban por su lugar en aquel batiburrillo de antigüedad.

—La plaza del Cabildo. Un reducto de paz escondido del ajetreo y el turismo de ida y vuelta. Debería aprovechar el viaje y visitarla en domingo. Lo que ahora se muestra vacío se llena de puestos que colman la plaza, un hervidero de vendedores y curiosos que intercambian pedacitos de historia. —Señaló al extremo opuesto de donde nos encontrábamos, donde la luz, envalentonada por la ausencia de las sombras que nos rodeaban, parecía redoblar su poder al iluminar una plaza semicircular. Al fondo, una fuente apuntaba al cielo con un chorro de agua que moría en el intento, escoltada por una tímida arboleda de la que solo pude identificar un par de pies de elefante, y unos arbustos trepadores parecían querer escapar escalando los restos de una muralla jalonada de almenas desgastadas por ese caballo ganador que conforma la erosión a

lomos del tiempo—. Apuesto a que le gustará. Un amante de la historia sabe apreciar estas cosas.

—No soy amante de nada.

—Una lástima. Un hombre sin nada que amar es un hombre sin esperanzas.

Paré en seco y miré al suelo. Las puntas de mis pies acariciaban los rayos difusos que el sol conseguía filtrar entre las nubes. Tensé la mandíbula, apreté los dientes hasta que los músculos risorios dijeron basta, y levanté la cabeza. El hombre era más alto que yo, y me pareció que la sensación se acentuó cuando contesté:

—Usted me las quitó.

Una sonrisa pugnó por asomar a sus ojos; una sonrisa contenida.

—No sea ridículo —contestó braceando al aire—. Venga, debe de estar al llegar. —Se adelantó, me dejó allí plantado y cruzó la plaza. Se sentó en una de las dos sillas que congeniaban con una mesa plegable junto a la fuente, y me esperó, mirándome. No pude sino seguirlo, y al fin ocupé la otra silla—. Aquí estamos, rodeados de monedas, el verdadero dios del mundo de los hombres. Fíjese, unas pocas de más soltadas en las manos adecuadas, y aquí estamos, sentados como viejos conocidos en un improvisado velador dispuesto para nosotros. ¡Ah! Ahí viene. Justo a tiempo.

Un chaval risueño de barba incipiente que pugnaba por el protagonismo con un acné que se resistía a irse se acercaba bajo el túnel recortado sobre el muro de la catedral al fondo y la luz del otro lado. La plaza, dibujada en media luna ante nosotros, presumía de sus arcadas y nos rodeaba con el mármol de sus columnas, ancladas como antiguos centinelas romanos que cercan al gladiador que nunca soñó con serlo. Traía el chaval en sus manos una bandeja, y sin más ceremonia que un saludo tímido dejó sobre la mesa un par de tazas de café oscuro y humeante. Ángel —me es difícil pronunciar el nombre— lo despidió con unas monedas como propina. Alcanzó una cucharilla y, sin añadir edulcorante alguno, removió el líquido negro con tanta parsimonia como ceremonia, como el hechicero que da comienzo al embrujo.

Turistas perdidos y curiosos se internaban con intermitencia en la plaza, admirando sus arcos y sus pinturas, preguntándose seguramente quiénes eran aquellos dos hombres que parecían los dueños del sitio, sentados delante de dos tazas y una mesa como

señores del lugar. Igual que llegaban se iban, en busca de nuevas fotos y rincones. Aprecié también otros paseantes, locales sin duda, que escupidos por el túnel de entrada se perdían indiferentes al conjunto en el límite del fondo de la muralla, acortando pasos, camino de cualquier sitio, por donde, supuse, debía de haber otra salida.

—Le daré lo que ha venido a buscar. Pregunte. Cuando acabe el café, nos despediremos. ¿Le parece justo? —Justicia. ¿Acaso existe tal cosa? Casi me hizo reír. No lo hice, y el amago se diluyó en mis entrañas con un sabor acre y amargo. Hundí la mirada en el café; sus dedos largos de uñas largas trazaban un movimiento circular y rítmico, removiendo los fantasmas que albergaba en mi interior, y desvié la mirada a la bolsa que reposaba a mis pies. Él se limitó a negar con la cabeza por respuesta, a rehusar el futuro que yo construía—. Aproveche su tiempo. Sé que usted le resta valor, pero no hay moneda que lo pague. —Abarcó la plaza con los brazos, olvidando la cucharilla sumergida en el café, abarcando el abanico de tiendas repletas de monedas de imperios caídos—. ¿Dónde están los que atesoraban todas estas? ¿Dónde cree que están?

—Muertos —casi susurré.

Y por un momento, pensé en la tierra que pisaba, en la que pisaban los desconocidos que cruzaban la plaza ante nosotros, y en que pasábamos nuestra vida pisando los restos sedimentados de cientos, millares, millones de hombres y mujeres que dejaron el mundo antes que nosotros desde que el mono dejó de serlo para creerse algo más; pensé en que la tierra que nos sostenía no era más que un vasto cementerio redondo que se nutría y se retroalimentaba de vidas apagadas, de cuerpos que se pudrían y servían de pasto a seres diminutos que lo hacían a su vez para alimentar a otros tantos, y que no éramos más que insignificante polvo muerto al compás del viento de los eones del tiempo. Abono barato al servicio de un plan superior que se nos escapaba, si es que existía plan alguno. Y pensé en mi hija, y en los restos de los restos de su cuerpo enredado entre raíces, corroído por formas de vida que bordeaban la invisibilidad, menguando hasta desaparecer por siempre, sumándose a un círculo vicioso que pisarían otros pies allá donde estuviese. Y deseé formar parte de ese círculo, abrazarla de alguna ignota manera e integrarme como parte del todo. Juntos de nuevo.

Volví a mirar la bolsa, esta vez con otros ojos.

—¿Quiere echarlo a cara o cruz? —dijo el hombre, y sacó una moneda del bolsillo exterior de una chaquetilla negra que en otro siglo habría podido albergar un reloj con cadena. Parecía seguir el hilo de mis pensamientos, como aquel que lee lo que está escrito—. No soy de los que miden el tiempo, al menos no con la torpeza de los relojes, pero puedo ofrecerle algo de eso que llaman libre albedrío. Una pizca al menos, una exigua ilusión.

Depositó la moneda sobre la mesa y retiró la mano, dejándola a medio camino entre las dos tazas, acompañada de una mueca con la que levantó una ceja, y me miró, esperando una reacción. Un busto acuñado en metal, coronado de laurel, me apuntaba mirándome desde la cara visible de la moneda. No me cabía duda de su autenticidad, a pesar de su aspecto impoluto y de su brillo, como tampoco tuve duda de la identidad del emperador grabado en ella. Alargué la mano y le di la vuelta en un gesto sin explicación, rozándola apenas lo justo para ello. Una serpiente que me pareció erguida portaba una corona entre algunos motivos de origen vegetal.

—Es un tetradracma de vellón —dijo—, una aleación de cobre y plata. Muy apropiado para la ocasión. A un lado, Nerón, ese al que apodaron con un número maldito. El anticristo, el mal. Al otro, Agatodemon, en su representación en cuerpo de serpiente. Ciñéndonos al mismo ámbito, una especie de ángel de la guarda en el cristianismo. No obstante, un *demon*, un demonio. Ya ve, no todos son malos. Para Platón, un ser a caballo entre la mortalidad de los hombres y la inmortalidad divina.

La mente humana, como el ojo, ve lo que quiere ver y solo eso. Pero yo llevaba años preparándome para ver. Ver con otros ojos, o eso creía.

—Un demonio… ¿Eso eres? ¿Eso es lo que eres? ¿Un *simple* demonio? —Acentué el adjetivo, como si de alguna ridícula manera pudiera herirlo así.

Fue un acto pueril, una rebeldía estúpida fruto de la desesperación, de la falta de esperanza, de la falta de todo, como un niño que tira piedras a un tanque invasor.

Rio, y al hacerlo dejó ver sus blancos dientes, alzando la cabeza al cielo, como aquel que ve llover y tiene sed.

—¿De veras lo crees? Te diré algo: para Platón, la función de los démones no era otra que servir de guía a los hombres, reconducir su vida hasta guiarlos al Hades, el inframundo, bajo la tierra que nos sustenta. Visto así… —Dejó flotar las últimas palabras, y levantó la taza para dar un sorbo al café.

—¿Quién eres realmente? Antes dijiste que contestarías mis preguntas.

—Te daré algo. ¿Sabes quién fue Pierre-Simon Laplace? No me contestes. Apuesto a que no conoces más demonios que aquellos tradicionales que guardas en tus libros. Hace no mucho instruía a un conocido mutuo, no me importa repetirme. Laplace, un tipo interesante. Hace dos siglos, sugirió, apostando por el determinismo, que una inteligencia superior, digamos un superhombre, un ser que algunos bautizaron como un demonio más, que tuviera el poder de precisar la ubicación de cada átomo del universo, tendría a su vez la capacidad de prever, de deducir sus valores pasados… y futuros. Dijo exactamente, y cito: «Rien ne serait incertain pour elle, et
l'avenir,
comme le passé, serait présent à ses yeux». —El francés acarició el aire, como solo sabe acariciar el aire esta lengua. Yo intenté no mover un ápice de mi ser. A decir verdad, me había quedado igual —. Se lo traduciré, por el mismo precio: «Nada sería incierto para ella, y el pasado, al igual que el futuro, estaría presente ante sus ojos». ¿No sería fantástico? Algunos lo llaman «el demonio de Laplace». Claro que yo… No creerá usted todo lo que se dice. No habría mundo para tanto demonio. Pero un poquito, solo un poquito de ese poder, eso sería más factible, ¿no cree? Casi entramos en la ciencia, esa que tanto le gusta al hombre moderno.

—No es más que un loco —resolví, sin convencimiento. No obstante, quería creerlo.

—¿De veras? Fíjese en esa hormiga. —Apuntó a la piedra que delimitaba la fuente a nuestros pies. Una hormiga solitaria caminaba ajena a un mundo superior, y a su poder superior, y al poder latente sobre su futuro más próximo—. Ahí la tiene, camino a su hormiguero. ¿Qué cree que haría si yo pusiera el pie aquí? —Dicho esto, movió el pie y plantó la bota negra frente a la hormiga, a la suficiente distancia como para no alterar su camino, pero

taponando el paso de un futuro encuentro al que sin duda llegaría —. ¿Dará la vuelta, o bordeará el zapato buscando continuar el camino hacia su hormiguero? Es libre de hacer lo que le plazca… O quizá no. Quizá los genes, el momento, y ese conocimiento del que nos habló Laplace, nos permite adelantar su futuro, antes incluso de que ella se plantee, en su diminuta cabeza de hormiga, qué hacer o no hacer. Aún no ha llegado al obstáculo, no lo conoce. Sin embargo, nosotros sabemos a dónde se dirige, sabemos que se encontrará con él, y sabemos que, aun pudiendo decidir libremente, su diminuta cabeza de hormiga, sus genes, sus antenas y sus átomos la instarán a bordear el obstáculo inerte como un simple escollo en el camino a su hormiguero, donde su reina la espera. Y lo mejor, lo mejor de todo, es que, para usted, para mí, o para los miles de niños que aniquilarán otros tantos miles de hormigas hoy mismo en este mundo que nos rodea, es solo un juego, un juego sin la más mínima importancia, excepto para la hormiga. ¿Eso me convierte en un demonio? ¿Acaso en un loco?

Alcanzó la taza por segunda vez y dio un nuevo sorbo, largo y pausado. Advertí que el siguiente sería el último. Mi café, en cambio, seguía intacto.

—¿Qué edad tiene? —pregunté.

La pregunta me sonó absurda en cuanto la escuché, salida de mi boca. Ni siquiera sé por qué la lancé.

—No lo recuerdo. —Sonrió—. ¿Acaso importa? Menos que esas gárgolas de ahí fuera, más que usted, sin duda. No me escucha, no con la cabeza. Hablamos de un concepto, del tiempo. ¿De verdad quiere malgastar su tiempo? No le queda mucho. —Alzó la taza en un brindis al sol. Miré al suelo. La hormiga había alcanzado el borde de la suela que la esperaba y palpaba con antenas que yo no distinguía desde mi altura la goma negra que le cortaba el paso. Parecía dudar. Tres o cuatro quiebros indecisos bastaron para que el instinto, el deber o el mandato de los genes, tal y como había dicho aquel hombre, la recondujeran a bordear el obstáculo en busca de su destino—. Usted lo sabía, yo lo sabía —dijo, y la aplastó sin llegar a alzar el tacón—. Ella era la única que no lo sabía.

—¿Por qué? —Dos preguntas me ardían en la lengua. Solté la primera, temiendo la siguiente.

Ángel señaló con la mirada la minúscula mancha negra e

inmóvil en que se había convertido el insecto.

—¿Por qué no? —contestó.

Alguien designó alguna vez la maldad como la falta de armonía con el orden divino. Un tratado de psicología que reposaba a orillas de un lago la relacionaba con la ausencia de empatía. Frente a aquel ser, apreciando cabizbajo la sombra de las nubes que barrían las losas de la plaza, me pareció que lo que se sentaba al otro lado de la mesa no era otra cosa que la Envidia envuelta en ropajes de luto. Un amasijo de partículas del infinito universo configuradas de alguna manera diferente. Esa diferencia era la raíz del mal, porque de una manera u otra, demonio, humano o un maldito ángel caído de un mundo invisible en el que no creía, eso es lo que era. La diferencia; el mal.

Si aquel ser se refería al tiempo como un simple concepto, yo, allí plantado ante él, lo vi, con la torpe clarividencia que mis átomos, mis genes y mi paso por el mundo me permitían: el mal, presentado bajo los ropajes de la diferencia, en la fiesta de la envidia. La diferencia, esa que tanto miedo acapara en las mentes estrechas, esa que tantas calamidades produce fruto de ese miedo, y… y esa envidia. Aquel ser envidiaba vidas, envidiaba la marea de lo común, la indiferencia. El no saber, el ver el tiempo como un camino y no como baraja de cartas. ¿Era eso lo que se había llevado a mi hija? ¿La envidia? Se me antojó que sí, o eso quise creer.

Cuando comprendí esto, se me antojó asimismo que las justificaciones se habían vuelto innecesarias, pero una pregunta más se apresuró a mi boca cuando la figura se llevó la taza a los labios por última vez.

—¿Dónde está mi hija? —Cuatro palabras. Solo cuatro, que me arañaron la garganta en su viaje al exterior como un trago de cristales rotos.

—¿Quién sabe? Quizá bajo nuestros pies —taconeó el piso—, conectada en las venas y arterias del mundo. Quizá en el aire que nos rodea, partículas de un viento que se renueva desde los orígenes del universo. Quizá solo dentro de usted, en su memoria, como un tatuaje que se borrará cuando el tiempo lo disponga. Yo no la maté —añadió alzando una mano para contener el reflejo que había tensado mis músculos—. No fui más que una guía, un camino por el que aquel hombre hubiera transitado de cualquier manera antes o

después.

Se levantó, apoyó una mano larga de uñas largas sobre la mesa y soltó la taza. Como un torero que olvida al toro y le da la espalda ufano, enfiló el túnel y se perdió en sus sombras, negro sobre negro.

—Le mataré —dije.

—Sé que no lo hará —me contestó volviéndose, el rastro de una sonrisa en las comisuras de ojos y labios.

—¡¿Por qué ella?! —grité, regurgitando los cristales que había tragado antes.

—¿No lo entiende aún? ¿O no quiere? ¿Por qué Nerón? Alba era un bonito nombre en el que agitar unas letras. Es un juego, Lorenzo, un simple juego, como la vida misma antes de que la muerte nos aburra para siempre. Cuídese. Tiene cara de no haber comido nada. ¡Le deseo buena cena! Váyase a casa y relájese. Esta noche echan sesión doble.

La voz, grave y acentuada por el eco revestido de columnas y sombras, se perdió en la distancia, y una silueta negra enmarcada bajo un arco de oscuridad se recortó sobre los muros de la catedral y se fundió en la marea humana que se mecía en la avenida. Miré el café, negro y frío, y por un instante me pareció entrever el futuro en él. Di una patada a la mesa y rodó, arrastrando con ella la silla vacía y las tazas, que al dividirse en añicos actuaron como improvisados fuegos artificiales del velatorio de un insecto. Una pareja que cruzaba la plaza cargada de un par de cámaras fotográficas al cuello me miró y aceleró el paso en busca de la salida.

Lloré, dejándome llevar. Cuando alcé la vista al cielo, las nubes lo tapaban por completo. Nubes negras, pesadas. Una gota acarició mi mejilla, después otra. Y al punto nuevas gotas que semejaban lágrimas mojaban mis ropas, me acompañaban, dulces al calor de mis labios, y escondían mis lágrimas con las suyas.

37

Cuando Santos Sena despertó pensó que había estado llorando. Debía de haber estado soñando, aunque no recordaba nada. Una mano refregada en la mejilla y el calor que buscaba vías de escape en su cuerpo le bastaron para comprobar que no era sino sudor. Gotas saladas de sabor rancio. Achinó los ojos y perdió la mirada en las llamas que escapaban crepitando frente al sofá, donde se descubrió, y lo achacó al calor que despedían. Sin embargo…

Sin embargo, dos letras parecían dibujarse en las llamas. Letras de fuego, ondulantes y sibilinas. Pensó en el buzón, y amagó con levantarse al tiempo que las letras ganaban en intensidad. Se miró los pies descalzos y se declararon limpios. Y supo que no hacía falta, que tenía todo lo que quería.

Alargó la mano, sin incorporarse, a la mesita redonda que soportaba una lámpara encendida de luz tenue y amarilla, agarró el periódico que reposaba junto a ella, y estirando el cuello, posó los ojos en la estrecha cristalera que flanqueaba la puerta de entrada, donde otras gotas, gotas de lluvia, llamaban golpeando los cristales con la insistencia de la constancia y el desinterés de los que no tienen otro lugar al que llamar.

Cuando volvió la cabeza a las llamas, una nota garabateada en la hoja arrancada de un cuaderno de anillas todavía flotaba, arrastrada al aire por la inercia del periódico donde había reposado; se resistía en vano a la inexorable gravedad, moteada de cambiantes reflejos rojos y amarillos que las llamas se afanaban en dibujar sobre el papel.

La observó hasta que cayó al suelo. La recogió, la enfocó y la leyó sin demasiado interés:

«Cariño, ceno en casa de mis padres con el niño. No te quise despertar; parecías cansado. Volveremos tarde. Pide algo para cenar. Besos. C.».

Cerró el puño y devolvió un gurruño al suelo. Olvidó las

palabras que contenía, levantó con ambas manos el periódico que había dejado caer sobre el pecho y releyó la noticia del cadáver aparecido en Torneo. El redactor, no sabía si por genialidad o desidia, se había lucido. En caracteres lo suficientemente grandes como para abarcar gran parte del ancho del papel, cuatro letras mayúsculas en negrilla se enmarcaban entre dos grandes signos de admiración: «¡OTRO!». Bajo el titular, una foto remarcaba el impacto a media página y a todo color. El fotógrafo había conseguido captar el cadáver momentos antes de que llegaran los «basureros», y un bulto rodeado de cintas policiales y curiosos que deseaban saltárselas reposaba elocuente bajo una mortaja improvisada con una manta raída. Santos Sena conocía esa manta. Sonrió, enseñando los caninos a las llamas, y centró la atención en la foto de nuevo, degustándola. Le hubiera encantado estar allí, pero el sentido común y las películas le dijeron que no debía. Los polis solían vigilar eso, y en cualquier caso él disfrutó del preestreno en primera fila. ¡Qué primera fila! ¡Como maestro de ceremonias!

Un gordo aparecía en segundo plano, a medio agachar, rodeado de uniformes azules. Sin duda era uno de los sabuesos del caso. El fotógrafo lo había debido de captar a medio levantar, seguramente tras examinar el cadáver, y la foto parecía traslucir el esfuerzo que aquellas rodillas soportaban para levantar aquel cuerpo del Cuerpo, claramente desentrenado. A Santos Sena no le gustaba ese tipo de gente («los fofos», los llamaba). El ejercicio era bueno para el alma, o eso decían. Despejaba la mente, aunque debía reconocer que la suya últimamente parecía albergar con agonía las brumas espesas que rondaban a los gorilas de montaña en las cumbres de Virunga, allá en Uganda. ¿O era Ruanda? Lo mismo le daba. Lo que a él le gustaba era ver esas moles de músculo y pelo cruzar la espesa vegetación rodeadas de jirones de niebla, exhibiendo un poder supremo y latente en cada movimiento. En otra vida le hubiera gustado ser cazador de gorilas. En esta, ya se le habían quedado cortos. Sonrió, y hasta soltó una risa floja.

Releyó el artículo, que abarcaba el resto de la página y la contraportada, casi como un especial monográfico, y acabó topando con los nombres de los detectives del caso. Supuso que el gordo se correspondía con uno de ellos. En la foto no se apreciaban más

candidatos, pero no sería un problema en pleno reinado de Google.

Desvió la mirada a las llamas por encima del periódico, y allí estaban: dos letras, letras de fuego, ondulantes y sibilinas, calientes. Se restregó el cuello con la palma de la mano y arrastró los restos húmedos de un sueño que se recomponía a pedazos, como oníricas piezas de tetris llovidas del cielo, o del infierno. Y se levantó a elegir cuchillo.

La tarde anterior había comprado un juego precioso, y caro; aún estaban sobre la encimera de la cocina. Pero ¿para qué estaba el dinero, sino para disfrutarlo? Él tenía clase, y la clase distinguía a los hombres; cuestión de detalles. Era casi un acto de amor hacia sus víctimas. Sonrió una vez más y abrió la tapa de terciopelo. Seis agujas de metal le devolvieron la sonrisa espejada. Seis sonrisas alineadas, como niños en busca de padres el día de visita al orfanato.

Pensó en Carla, en casa de sus padres. «Volveremos tarde», había dejado escrito. ¿Dónde estaba la familia en los momentos importantes? ¿De qué le servía? ¿De qué servía la familia realmente a un depredador como él? Un lastre. Un lastre y una vergüenza, porque no quería pensar en si algún día daban con él… No soportaría esa vergüenza en sus caras. Ya podía imaginar el reproche en los de Carla. Y su hijo… No lo soportaría. A la vuelta tendría una charla con ella. Una charla definitiva.

38

Malgasté el resto de la tarde deambulando, mirando sin ver demasiado. Calles de ventanas enrejadas, puertas de madera repujada, aldabones y patios rellenos de macetas y azulejos, áticos toldados, esquinas de callejones tan inesperados como estrechos, tiendas de suvenires y bares, muchos bares repletos de gente despreocupada, de cámaras de fotos sobre las mesas, de palabras que no comprendía flotando entremezcladas en el crepúsculo. Me interné en el barrio de Santa Cruz, supongo que por simple inercia; no eran pocos los que lo hacían. Tras la reconquista de la ciudad por Fernando III, que se la arrebató a los musulmanes, los judíos se habían instalado en este lugar, asentando su particular refugio en la ciudad cristiana. Hasta que los faroles de un pasadizo flanqueado por los restos de una muralla que delimitaba parte del Alcázar me sorprendieron al encenderse, en busca del protagonismo que la luz que se resistía a irse les robaba, no recordé que no tenía alojamiento, y sí un compromiso en forma de cena. Desemboqué a una pequeña plaza y me dejé llevar por el tráfico de los turistas. Un par de bares en los que siempre debía de ser agosto daban avituallamiento a los bolsillos despreocupados. Levanté la cabeza, y cuatro pequeños azulejos blancos me anunciaron con letras negras que pisaba la calle Vida. No pude evitar sonreír, más con la boca que con los ojos. Me abandoné en aquella «vida» estrecha, encalada de blancos y ocres, y desemboqué en una plaza rectangular engalanada de naranjos, bancos de azulejos y más turistas. Ya entonces buscaba salir de aquel laberinto de calles apretadas y enrevesadas, de edificios de otros siglos que parecían alzarse constriñendo las pequeñas arterias. La plaza de Doña Elvira me dio un respiro, y reconocí que me había perdido. A falta de orientación, pensé, esta vez con una sonrisa más franca, que quizá era lo único que me quedaba por perder. Saqué el móvil en busca de ayuda; no lo llegué a desbloquear. En una esquina más, de un callejón más,

aledaña a la calle Vida, partiendo de Doña Elvira, nuevos y pequeños azulejos anunciaban la entrada a la calle Susona. Lo que evitó que plantara mi huella en el reverso del aparato para que el lector digital lo desbloqueara (el dedo tieso como una regla a medio camino) fue la diminuta cerámica cuadrada que se enfrentaba al nombre femenino, con letras menores dispuestas en tres renglones, disimulada pero presente: «CALLE DE LA MUERTE».

«Calle de la Muerte».

Cuenta la leyenda, tan ajena a Bécquer como apropiada para el poeta sevillano, que llegó a oídos de Susona, hija de un judío y amante de cristiano, que se urdía un complot entre los muros de la judería, y fue con el cuento al novio y se originó una matanza de judíos donde pereció gran parte de su familia. Una suerte de precuela de Romeo y Julieta a la española, más sangrienta y cruda. Dos salidas tenía la plaza. Se buscaron la muerte en lugar de una salida al cerco de los soldados los que eligieron la una, y se salvaron los que tiraron por la otra. Desde entonces, la calle Vida y la calle de la Muerte corren paralelas. Supuse que, por motivos obvios, Susona cubría mejor el papel protagonista para aquella calle que se me antojó oscura bajo la luz desvaída de dos faroles anclados a sus muros. También supuse que a algún vecino, arropado por la superstición, se le antojó un día que no quería pasar sus días y soñar sus noches residiendo en la calle de la Muerte, y más de una queja habría en su momento. En verdad, no era necesario ser supersticioso para convocar un escalofrío al escuchar el nombre de «calle de la Muerte». Calle Susona acabó sonando mejor para todos. No obstante, aquel pequeño azulejo daba fe del suceso y del antiguo nombre, con esa palabra que muchos temen simplemente escuchar, que provoca en las almas temerosas la señal de la cruz marcada a la ligera sobre el pecho, y que todos, de una manera u otra, de aquella religión o la contraria, temen.

Plantado ante aquel azulejo, negué en silencio. Todos; todos menos yo, pensé. Me equivocaba.

Eso lo descubrí más tarde. En aquel momento lo único que hice fue guardar el móvil y caminar en la dirección opuesta. Y no me equivocaba en eso, aunque no lo supe hasta frenar en la plaza de la Alianza, y esta vez sí, pedirle a Google que me guiara hasta el hogar de Marcos Lanza, donde una alianza se forjaría aquella noche a

fuego lento en contra de la muerte. Ilusos.

La vida es una ilusión, un sueño, y los sueños, sueños son. Pero ¿qué sabía Calderón[13] de esas cosas? Ilusiones. La muerte, una certeza. Y como tal nos esperaba, con la paciencia de los que se saben ganadores. De ella, excepto tal certeza, solo sabíamos que nadie había vuelto nunca para contar nada. Sin saberlo, abstracciones etéreas en torno a un poeta se habían mecido en el secreto vaivén universal para posarse como partículas del pensamiento e infiltrarse en la cabeza de un asesino que nos buscaba. En la suya… y en la mía. Aquella tarde, además, ambos campábamos en la misma ciudad.

Seguí los consejos de la voz femenina que proponía Google Maps, y, tras media hora de agonía, pasos cansados y elucubraciones en torno a lo que no me atrevía a definir como un loco ni un demonio, anduve acompañado del fantasma de mi hija Alba hasta descubrirme frente al botón del interfono de Marcos Lanza, donde se evaporó. Envuelto en las sombras y la calidez de la noche al abrigo del portal, como un Alatriste sin daga ni capa, un zumbido me dio paso sin palabras.

Las bienvenidas son como el amor: no se pueden fingir. Te puedes esforzar, y eso es lo que hizo Marcos al darme paso a su casa, pero, ay amigo, un ojo atento siempre intuirá ese esfuerzo y descubrirá el hechizo. No lo culpo; él lo intentaba. Fue la sombra del lago, esos otros fantasmas que habíamos arrastrado con nosotros desde Galende, los que enturbiaron el abrazo.

—Deme esa bolsa —dijo al soltarme—. Le presentaré al resto.

—Preferiría mantenerla conmigo, si no le importa —contesté, captando el plural escondido en sus palabras.

Eva resultó un ser encantador. Un regalo para la vista y una mujer de esas que dejan huella a cada palabra que sueltan, como si cantara en lugar de hablar, y te embrujara con cada risa franca y mirada más franca aún. Sus ojos parecían irradiar algo parecido a eso tan escurridizo que llaman felicidad. El Gordo, la otra parte de ese resto, algo menos, aunque se esforzó por disimular la vena macarra que parecía rezumar por los poros, tal como el candidato esconde el sudor de las axilas bajo la chaqueta en una entrevista de trabajo; hizo lo que pudo, que siempre es más que nada, cosa que le agradecí en silencio.

—Espero que no le importe: me he permitido invitar a Alberto, inspector y compañero en el caso. Así nos ponemos al tanto todos. Puede llamarlo Gazo (todo el mundo lo llama así).

—No tengo datos para decidir aún —dije entonces; esbocé una sonrisa y estreché una mano decidida, apelmazada, los dedos moldeados por la grasa acumulada, no obstante pulcra y agradable al tacto—. Huele bien —desvié el tema.

Eva, a quien aún no conocía, apareció tras una puerta que supuse de la cocina. Portaba un delantal que hacía juego con el de Marcos. Ella de azul; él, de naranja. En ambos un cuchillo y un tenedor se cruzaban a modo de escudo de armas ocupando el pecho. Olía a pescado, y un leve aroma a cebolla al horno intentaba robar el protagonismo con cierto éxito. Nunca me gustó el pescado, pero ¿qué podía decir? Entraba en una casa en la que me acogían sin reservas, al menos por una noche, y la sonrisa que vi crecer en la mujer, a la que correspondí, entabló una simpatía entre ambos de manera instantánea; una corriente subterránea. A veces pasa, como flechazos de un primo de Cupido donde el amor presta flechas a la complicidad. Eva esbozó un «gracias» con los labios, silencioso pero efectivo, que inexplicablemente me hizo sentir como en casa. No la del lago, sino aquella que tuve alguna vez y había perdido. Marcos Lanza era un tipo afortunado, como lo había sido yo en otra vida.

No bebí. Hacía casi seis años desde la última vez y, aunque los sucesos de la tarde me alentaban a ello como espectadores de un *ring* al púgil del cuadrilátero por el que apostaron, el recuerdo de la bolsa a mis pies actuó de carabina, y me contuve. No hubo mayor problema, pues el Gordo al que apodaban Gazo hizo todo lo posible por suplir mi rechazo a la bebida, con preferencia por el vino. Noté que Eva tampoco bebió, pero me abstuve de comentarlo. Marcos se decantó por la cerveza, directamente de la lata, sin ceremonias.

Fue una comida agradable, al menos hasta que aterrizamos sobre el caso que nos había reunido allí con permiso de Eva. Marcos hizo lo que pudo, y era notorio que se afanaba en ayudar a su mujer en lo posible, pero cortar un par de cebollas y encamar el pescado no lo es todo, y rehuyó las alabanzas en favor de ella cuando tocó ensalzar la lubina. Mérito que, por otro lado, Gazo y yo habíamos adjudicado sin necesidad de echar mano de la experiencia como detectives.

Tuvimos la deferencia de esperar al postre para enfocar el asunto, y yo daba pausados bocados a unas fresas bañadas en leche condensada y las saboreaba, cuando Marcos relató —obviando algún detalle controvertido que se resistía a encajar él mismo— al inspector Gazo su aventura en el lago. Yo asentía con la cabeza y lo secundaba en silencio. Gazo, por su parte, nos puso al tanto de los avances de la investigación, de los pormenores de los crímenes, de los hilos que había lanzado en forma del examen de un vídeo y las pesquisas en busca de una bici, un posible coche y, sobre todo, de un posible dueño, y esperaba recoger alguno de los sedales más pronto que tarde.

Comentamos por encima las barbaridades que se barruntaban en las redes sociales acerca del caso que nos reunía; más ellos dos que yo, mentiría si dijera lo contrario, que en este tramo de la noche me limité a escuchar, y la conversación acabó derivando en el comisario Aranda —jefe de ambos—, y en lo agria que se le iba mudando la cara y el talante con el paso de los días, y en cómo subiría la apuesta si el asunto no mejoraba.

Eva escuchaba entre paseos al baño, el riego de algunas plantas repartidas por la casa —se excusó aduciendo con una sonrisa de regalo que siempre lo hacía de noche y no iba a cambiar de hábitos por muchos inspectores que pisaran su casa— y vaivenes a la cocina, más que por recoger algún que otro plato, por dejarnos diseccionar el caso sin intromisiones, aunque me pareció palmario que escuchaba con atención cada palabra que decíamos. Incluso apareció tras el pasillo, como un mago tras una cortina de vuelta de otros mundos ocultos, la sonrisa por delante, cuando Marcos la arropó con el mérito de sonsacar la información del supermercado y, con ello, dar paso a la pista de los crímenes de Salamanca. Y a mí.

Cuando la exposición acabó, teníamos tantas pistas como tacos había soltado el inspector Gazo durante las batallitas contadas en la cena, pero ninguna conclusión.

Durante lo que se me antojó un minuto, todos permanecimos callados. Ellos, por las causas que fueran. Yo debatía internamente acerca de la conveniencia de contar lo que no quería contar, el «encuentro». ¿Cómo afrontar el relato de lo que ni yo mismo acababa de aceptar? Sin embargo, debía contarlo. Debía. Carraspeé,

y ya había despegado los labios cuando el móvil del Gordo vibró sobre la mesa.

—Su puta madre. Ni descansar me dejan. —Se levantó, se apartó un poco y se llevó el teléfono a la oreja. Todos lo oímos contestar, sin embargo, el vino saltando sobre cada sílaba—: Más vale que sea importante, carajo. ¿No puede esperar a mañana?

Escuchó, y las sonrisas que intercambiábamos en silencio Marcos, Eva y yo en torno a su figura se tornaron en atención cuando lo observamos apoyar la mole de carne sobre el respaldo del sofá del otro lado del salón, el semblante serio y su propia atención reconcentrada en el auricular, casi palpable, como si quisiera filtrarse a través de las ondas para absorber cada matiz, cada inflexión, cada punto y cada coma de aquello que le contaban al otro lado de la línea.

39

—Su puta madre. Ni descansar me dejan. Más vale que sea importante, carajo. ¿No puede esperar a mañana?

—Gazo, no me jorobes, que llevo delante de la pantalla más horas que mi niña delante de los malditos perros animados que no me dejan ver la tele desde que cumplió los tres años. Que, por otro lado, es donde debería estar, en mi casa, y no aquí, haciéndole el trabajo sucio al…

—¿Al Gordo, ibas a decir? —lo cortó el inspector.

Era Luis, de la Tecnológica. Gazo reconoció el acento cordobés en el alargamiento de la «e» que se había comido la «s» de la tercera sílaba de «jorobeee».

—No iba a decir eso. «Capullo», eso es lo que iba a decir. ¿Quieres oír lo que tengo?

—Desembucha.

—Creo que lo tengo; afila la oreja: a ver, como me dijiste, lancé una búsqueda que me remitió los nombres de los propietarios del modelo de bicicleta que me diste. Fácil y rápido. Más complicado fue lo de las matrículas. Conseguir las grabaciones del Mercadona fue la parte chupada. Tendrás el oficio del juez, a todo esto, ¿no? He prometido mandarlo; no quiero problemas con eso. —Gazo no lo tenía aún, y solo dejó escapar un «ujú» suave, más de garganta que de viva voz, la boca cerrada, como dejando entrever un sí que pudiera negar en caso de necesidad—. A lo que iba: las de tráfico me llevaron algo más, pero tengo un amigo que… No importa, a lo que vamos. Tenía cámaras para cubrir la Super Bowl, y coches para llenar tres *parkings* de la final. Eso hasta tú lo habrías hecho. Es decir, lo deberías haber hecho. Lo siguiente es mérito mío. Un programita marca de la casa, y eso me llevó algún tiempo, comenzó a cruzar datos de propietarios con matrículas de coches. Empecé con los del Mercadona del día del primer homicidio… Y, como dicen en mi pueblo, «el que ensilla su burro sabe pa donde va»…

¡Qué subidón! ¡Bingo! No ha terminado, y me quedan las de tráfico, pero pensé que querrías saberlo. ¿Querías?

—Te quiero, Luis. No pares.

—Santos Sena. 34 años. Propietario de un concesionario de coches usados. Mujer y un chaval pequeño. Tiene una bici de esas, y su coche, no a su nombre, pero sí al de su empresa, entró al *parking* el día de marras apenas una hora antes de los hechos. Salió algo más tarde. Pudiera haber sido él o alguno de sus empleados, aunque lo dudo. Es un Q7. Muy buen empleado tendría que ser para ir a comprar leche con uno de esos, con el Mercadona cerrado, además, que eran las tantas. Esto sigue rulando, pero… Eso. Son ocho bicis en toda Sevilla. Es un modelo caro de cojones. Si saltara otra coincidencia, me voy corriendo a echar un euromillón antes de volver a llamarte. Ah, por el porte y el careto de lo que he podido ver en internet, coincide bastante con el tipo del vídeo. No es que sea el rey de Facebook, pero hace sus pinitos y presume de coches y cosas así. Me da que es más bien gilipollas, con lo que, si es el que buscamos y lo pillas, hacemos doble servicio a la sociedad.

—Pásame los datos al WhatsApp. Nombre, dirección, todo lo que tengas. Ahora mismo. Avisa a Aranda y repítele lo que me has dicho. Dile que estoy con Marcos y vamos a por él. Ya me encargaré yo más tarde de la puta burocracia. Ah, y dile a Aranda que vaya pidiendo al juez el permiso para intervenir el teléfono y localizar al cabrón ese, por si acaso. No quiero que se me escape. En cuanto lo tengas me lo pasas también. Esta noche duerme Santitos sobre un colchón *meao* de una manera u otra.

—¿Y?…

—Y gracias, Luis. Eres el puto amo. Si fuera maricón te follaba mañana mismo. —Captó la indirecta—. Lástima, te vas a tener que conformar con una comida y una mención especial en los créditos. A no ser que prefieras…

—Vete al carajo, inspector. Te lo paso ahora mismo. —Colgó.

—No te olvides de… —Había colgado.

Iba a repetirle lo de la localización. «Es igual, Luis es un tipo listo», resolvió. Todos los informáticos estos eran unos listillos. Listillos con placa, y con gafas, casi siempre.

40

El Gordo agitó el dedo de la mano izquierda dando claramente instrucciones antes de colgar y dirigirse a nosotros. Dejé de estudiarlo y me volví hacia la parejita. Los sorprendí mirándose, hipnotizados por la sonrisa que flotaba entre ambos.

—¿Qué? —dijo Marcos cuando se vio pillado.

—Nada. Es solo que… Os veo muy bien.

Él la miró, y ella asintió con la cabeza, otorgando.

—Vamos a tener un niño —dijo él, y juntó las manos, frotándolas.

Un sonido semejante al de una lija sobre la madera acompañó el gesto. Gazo llegó a los pies de la mesa, el móvil en la mano.

—Lo tenemos —dijo, pero pasó desapercibido, como un silbido en un vendaval.

—¿Qué dices, un niño? —dijo Eva—. Será niña, lo presiento.

—Niño o niña, lo mismo me da. A su casa viene, como dice mi madre. ¡Esto merece una celebración oficial! Aún no tuvimos ocasión —dijo Marcos y se levantó—. Tengo por ahí una botella de champán que viene pintada. No me diga que va a negarse, Lorenzo. Un buchito al menos…

Y, apuntándome con el dedo, se perdió en la cocina.

—No lo haré. —Alcé la voz.

Y fue entonces cuando las palabras de Gazo, con su eco, se posaron sobre mí, rezagadas, como un chiste malo difícil de pillar. Me volví hacia él:

—¿Lo tenemos? —repetí.

—Lo tenemos —repitió, y esbozó una sonrisa tan ancha como él mismo.

El resto… El resto sucedió demasiado rápido. Los recuerdos son algo confusos, difuminados. Sonó el timbre de la puerta de entrada. Marcos rebuscaba en la cocina y se oía el sonido de las portezuelas de los armarios en un repetido abrir y cerrar. Eva se levantó,

murmuró un «quién será a estas horas» y cuando iba por la mitad del pasillo, camino a la puerta, lanzó al aire las últimas palabras de su vida, de espaldas:

—Será niña. Y se llamará Alba, como la duquesa.

Después se perdió tras el recodo para atender la puerta.

«Alba».

No sé el tiempo que tardé en procesar aquellas sílabas; supongo que el mismo que Marcos en asomar de la cocina con el miedo por semblante, la cara lívida. Recuerdo que llegué a escuchar al Gordo repetir sus propias palabras, como si necesitara repetirlo una y otra vez hasta que alguien le prestara la debida atención, pero sonaron bajitas, muy bajitas, como si las lanzaran desde el fondo de una cueva, amortiguadas.

—¿Nadie me va a echar ni puta cuenta? «Lo tenemos».

Fue entonces cuando recordé las últimas palabras de Ángel, superpuestas:

«Esta noche echan sesión doble».

Volqué la silla, en un vano intento de acortar el pasillo a mi espalda, y corrí en busca de la puerta, y una oscuridad en forma de espejismo pareció envolver aquel pasillo y tragárselo. Cuando llegué, Eva yacía en el suelo y me miraba, la cabeza vuelta hacia arriba en busca de una ayuda que llegaba tarde, muy tarde. En el vientre, el delantal azul aparecía desgarrado, y tres pinchazos atravesaban la tela, y la tela, ya empapada de la sangre de Eva, derramaba el líquido oscuro que no absorbía por exceso y se expandía a los costados, encharcando el suelo.

El hombre, sorprendido, levantó la vista hacia mí, el mango del cuchillo aún envuelto en una mano carmesí y enquistado en el vientre de mi nueva amiga, como una estaca que señalara un lugar maldito. Su otra mano, apoyada sobre la frente de Eva como un cura que diera la extremaunción, señalaba, manchada en sangre, un último trazo a dedo, dibujando dos letras marcadas sobre unos ojos que me miraban: «BA». Resistiéndome a abandonar el vínculo con los ojos de Eva, agonizantes y envueltos en lágrimas los de ella, casi acusadores, e incrédulos los míos, me lancé sobre el hombre y lo derribé, y rodamos ambos sobre el pasillo exterior. Solo las barandillas de las escaleras impidieron que acabáramos en el piso de abajo, y las costillas amortiguaron el golpe con un dolor agudo.

El hombre no llegó a sacar el cuchillo, que quedó clavado sobre un géiser de condena y de sangre, de muerte y despedida.

«Tengo recuerdos difusos», decía. Cuando maniaté al intruso con la fuerza de mis brazos, noté que no oponía resistencia, que se dejaba llevar mientras miraba con ojos lascivos desde debajo de mi cuerpo cómo la vida de una mujer se escapaba y, con la de ella, la de su hija. Porque habría sido niña, lo sé.

Recuerdo a Marcos y a Gazo sujetándolo por detrás; recuerdo gritos y dolor, y recuerdo que la vida de Eva se apagó antes siquiera de que mi amigo pudiera abrazar a su mujer.

No sé cuánto tiempo pasó. Supongo que solo el que cabe en una eternidad. Marcos se arrugó junto a Eva, en un intento vano de fundirse en un solo ser. Gazo vino en mi auxilio, y entre los dos acorralamos a Santos Sena en una esquina, indecisos y confundidos. Una sonrisa en los ojos y la sangre transferida que formaba lunares sobre sus ropas le daban un aire grotesco y absurdo. Un vecino de planta abrió la puerta y la cerró al instante; visto y no visto.

Fue entonces cuando Marcos se levantó y se perdió en la oscuridad que se había adueñado de aquel hogar. Cuando volvió, apenas reparó en su mujer, y la esquivó. Empuñando una HK USP muy parecida a la mía, apuntó a Santos Sena, arrinconado en la esquina, como un caballo herido al que fuera a sacrificar.

Santos, adivinando su futuro, cerró los ojos y esperó su hora. No dijo nada.

—No lo hagas, Marcos, no…

—Alba —susurró mirándome.

El estruendo se expandió entre las paredes del bloque, rebotó y formó ecos nuevos de una muerte ya escrita. Un agujero afloró en un lateral de la frente de Santos Sena, una mínima porción de sangre salpicó las paredes blancas, y recuerdo sentir el calor de minúsculas gotas sobre mi cara. Sacudido por el impacto de la bala, Santos Sena retrocedió y rebotó contra la pared. Al fin, un reguero débil y oscuro comenzó a brotar del agujero, descendió por el puente de la nariz hasta la punta y goteó sobre las ropas; sangre que busca sangre, inocentes y culpables juntos en una última incongruencia.

No lo vimos venir. Gazo y yo. Paralizados, no lo vimos venir.

Marcos nos miró, miró a Eva, y posó los ojos en los suyos, y en

las letras que se expandían sobre su frente como tinta sobre papel mojado. Flexionó el codo y se presionó bajo el mentón con el cañón del arma. Y nuevos ecos se expandieron, reclusos entre las paredes, y rebotaron como redobles de un tambor que se aleja, inventando nuevos ecos sobre los antiguos, hasta desaparecer. El cuerpo de Marcos cayó sobre el de su mujer, desmadejado, semejando una manta en un truco de escapismo. Gazo intentó atraparlo en la caída. No lo consiguió. Cayó arrastrado encima de ellos. Yo… Yo solo caí de rodillas, llorando.

41

Enfermeros, camillas, policías, forenses… Donde apenas un rato antes se respiraba paz y alegría, una cortina de oscuridad se había corrido para no dejar pasar la luz, nunca más. No volví a ver a Gazo aquella noche. Al menos, no conscientemente.

Incapaz de soportar las formalidades y los recuerdos de noches de otra época lejana, subí las escaleras para buscar un poco de aire, el frío de la noche y una vía de escape. En el que había sido hogar de Marcos y Eva, un tramo de escaleras subía hasta una pequeña habitación que daba paso a una terraza amplia. Unas macetas que ya nadie regaría, y una mesa y unas sillas en las que ya nadie se sentaría en primavera, se confundían pintadas del negro de la noche.

Grité, olvidando a todo y a todos. Grité, y una voz de arena y alquitrán se perdió en el final de la noche, quebrándome la garganta.

Lloré, con las últimas lágrimas que me quedaban, y fue entonces cuando lo vi, sentado en una de las butacas de la terraza del ático del otro lado de la calle, las piernas cruzadas, como el que espera sin prisas un tren cualquiera para montarse y perderse con él. Una figura oscura y difusa, fundida en la noche, pero inconfundible para mí. La supe vestida de negro y, aunque no podía apreciarlo, también supe que sonreía cuando se levantó y su silueta azabache se recortó en la oscuridad.

Y por un momento, juro que dos protuberancias parecieron alzarse a su espalda, desplegándose como enormes alas negras de extintos pterosaurios, arrastrando con ellas la débil luz que nos rodeaba. Después todo se desvaneció, o eso me pareció. Quizá fuera solo un sueño, una ilusión.

En su lugar, un gato negro apareció por la izquierda y cruzó con pasos mudos el alféizar del murete de la terraza de Marcos y Eva con el equilibrio y la despreocupación que los gatos atesoran para

esas cosas. Se detuvo a medio camino, y pareció torcer el cuello y mirarme un momento. Y dos ojos brillaron un segundo como única luz en la noche, antes de que los pasos almohadillados continuaran su camino en silencio, como si solo pasara por allí y nada tuviera que ver con él. Hasta la mañana siguiente, cuando vi aquella terraza con la luz de un día tan negro como soleado, no recordé que la pareja tenía un gato al que habían bautizado como Carbón. Ignoro dónde estará Carbón; no volví a verlo nunca. Ahora supongo que cuando dicen que los gatos tienen siete vidas no es que mueran y resuciten, sino que se adaptan a las circunstancias y se inventan otra nueva si es necesario.

Saqué de la bolsa la HK que había traído conmigo, la despojé del chándal viejo que mantenía por funda, la cargué, e imité el gesto del amigo que se había ido, el cañón bajo el mentón… No sé por qué no lo hice. Supongo que, en un soplo de lucidez, pensé que el sonido del cargador al encajar en la culata no era lo último que quería oír en este mundo maldito. Eso, y la bolsa, la bolsa de mi hija, y el sonido que hizo al dejarla caer al suelo. Y su recuerdo. Sobre todo, su recuerdo, que, estaba seguro, perdería para siempre si presionaba el gatillo.

IV

EL PRESO Y LAS PRESAS

42

Si al menos hubiera un porqué… Pero no lo había, y esa certeza era la que me descomponía. Una muerte necesita un porqué, algo por lo que valga la pena morir, si es que lo hay.

Habían transcurrido más de tres semanas desde el entierro de Marcos y Eva cuando Santos Sena despertó del coma; cuatro meses fueron necesarios para que estuviera lo suficientemente recuperado como para trasladarlo desde el hospital a la prisión de Sevilla 1, en la carretera de Torreblanca hacia Mairena del Alcor. Para entonces, los canales de televisión nacionales rellenaban minutos con el recuerdo del caso, repasaban acontecimientos, recontaban muertos una y otra vez, abrían boca para el juicio, calentaban el asunto, recopilaban adeptos con que incrementar la audiencia y, lo más importante, el precio de los anuncios entre una tertulia y otra.

Volví al lago en cuanto tuve oportunidad, en cuanto las primeras diligencias policiales y posteriores declaraciones me lo permitieron. Había mantenido un contacto algo menos que esporádico con el inspector Gazo, y fue él mismo el que me llamó para informarme cuatro meses y un día —como irónica condena— después de la muerte de Marcos, su mujer y su hija; porque estoy seguro, era una hija.

—Ayer trasladaron al *hijoputa* —soltó sin saludar.

—Gracias —contesté.

No hablamos más; no era necesario, y no sabría decir si colgó antes él o yo.

Solté el teléfono sobre la mesa, agarré el atizador y removí los troncos que empezaban a agarrarse al fuego, lo que ahuyentó las llamas; después hurgué en el armario, sobre los cajones y bajo las camisas y jerséis que colgaban, hasta dar con la mochila de mi hija. La coloqué sobre la mesa, abrí la cremallera y repetí la operación de aquel otro día lejano, cuando hice lo mismo para acompañar a mi amigo (en la medida en que pudo llegar a serlo) Marcos a Sevilla en

busca de la muerte.

Los kilómetros sabían amargos, y un poco de la rabia que me asaltó tras la llamada de Gazo se fue diluyendo con ellos. El trayecto me pareció más oscuro que la vez en que acompañaba a Marcos, e incluso la vegetación parecía haber perdido parte del color; quizá era simplemente el día, lluvioso a ratos y tintado por el débil arrojo del sol que se escondía entre nubes grises, unas como el humo de esos cacharros que pierden aceite y lo expulsan por el escape mezclado con los restos del combustible; otras, como esos otros que no tienen problemas de aceite pero sí con el combustible, y expulsan por el correspondiente escape bocanadas negras y funestas como cenizas de crematorio… No es fácil olvidar ese color cuando se ha visto donde no se debe ver. Solo me permití parar una vez (en el mismo bar sin alma de bar en el que paré con Marcos). Incluso me senté en el mismo taburete y en el mismo sitio, y un ademán de manos bastó para acallar la curiosidad del camarero cuando le pedí dos cafés y yo era solo uno. Me bebí el mío en dos sorbos, y perdí el presente por un rato en el abismo negro del café de Marcos, martirizándome en el recuerdo. Dejé unas monedas sobre la barra y salí de allí sin despedirme, dejándole al camarero la propina y una historia que contar a su mujer o lo que quiera que tuviese en casa que lo escuchase a la vuelta.

Cuando llegué a Sevilla me asaltó la duda. A decir verdad, volvía sin alojamiento, y si la primera vez Marcos tenía un destino hacia el que dirigir el coche, esta vez Marcos no estaba, y yo no tenía un destino claro. Dicen que el hombre es un animal de costumbres, y por eso o por cualquier otra razón, acabé callejeando hasta la misma puerta donde habían vivido sus últimos días Marcos y Eva. No llamé a Gazo hasta que no estuve sentado en el mismo banco donde me había sentado la primera vez, en plena Alameda de Hércules. Los plátanos de sombra alzaban sus ramas al cielo. Si cuatro meses atrás me habían parecido grandes manos de gigantes extraterrestres repletas de dedos a modo de tentáculos, las ramas desgarradas, tristes y caducas, esta vez esos dedos se escondían bajo millones de enormes hojas como pequeñas manos abiertas, estas otras de tamaño humano, verdes y acogedoras, que dibujaban sombras caprichosas en el ocre de los adoquines que pisaba. A mis pies descubrí varias bolas, diseminadas al capricho del tiempo y sus

elementos: no eran otra cosa que el fruto de estos árboles, y en un momento tan caprichoso como las sombras, mientras esperaba a que Gazo descolgase el teléfono, me agaché a coger una de las bolas, la aplasté entre los dedos, y olvidé que estaba en Sevilla y lo que me había llevado a ella, y recordé mis años de adolescente, y cómo desmenuzábamos esas bolas para convertirlas en picapica, y cómo se las endosábamos bajo el cuello de la camiseta al compañero de delante en clase o al primer desprevenido en el recreo, para martirio y escozor del elegido. Todo se esfumó como el brillo del último cohete de unos efímeros fuegos artificiales cuando escuché la voz ronca y seca del inspector, directa al corazón del asunto, sin calidez ni saludo:

—¿Ha llegado?

—Ajá.

—Diígame dónde está. Pasaré a buscarle.

Yo sin embargo tenía otros planes.

—¿Conoce la plaza del Cabildo? —contesté capoteando.

—¿El agua moja? Claro que la conozco. Me pateo esta ciudad en busca de gilipollas desde que el Giraldillo tenía babero.

El Giraldillo, a pesar de su nombre, era una mujer, y presidía la Giralda con más de una tonelada de bronce y tres metros largos de altura desde el último tercio del siglo XVI, en pleno Siglo de Oro español, cuando los padres de Quevedo aún no sabían que tendrían un hijo poeta ni que respiraban años dorados. Me pareció que exageraba un pelín, pero pensé que tampoco abusaba, teniendo en cuenta que estábamos en Sevilla, y lo dejé pasar.

—Nos vemos allí, pasadas las ocho.

—Son las tres. ¿Acaso ha venido a hacer turismo?

—Tengo algo que resolver. A las ocho. —Colgué.

Y lo tenía. No tenía sin embargo una razón fundada, pero algo me decía que tenía que volver allí, a buscarlo. ¿Y si…? Apreté la mochila entre mis brazos, agité los dedos para desprenderme de los restos del picapica, me los soplé y enfilé la Alameda de Hércules en busca de la catedral y de sus gárgolas. Las nubes grises se habían acabado diluyendo con los kilómetros, el sol brillaba en todo lo alto en Sevilla, casi como si se hubiera olvidado de iluminar el resto del mundo, y en aquel día de abril la primavera se vestía de verano, o acaso de infierno enmascarado; calor hacía con avaricia, aunque el

sol jugaba al escondite a ratos; «bochorno» lo llamaban los que solían sufrirlo y le hablaban de tú a tú; sentí unas gotas abandonar el abrigo del cabello para recorrer la mejilla, y fui a enjugármelas con la misma mano del picapica, cosa que minutos más tarde me reprocharía. Esquivé turistas en camiseta y pantalones cortos, algunos adornados con sombreros, otros, con sandalias y calcetines. El mundo está repleto de incongruencias, algunas graves; otras, por oposición, leves, si usamos esa escala tan elástica como socorrida. Recordé la ITV, donde me habían regalado dos faltas leves no hacía mucho, y pensé, observando un par de sandalias con calcetines, un par de esas que se enganchan al pie por medio de una gomita entre el dedo gordo y su compañero, que las había más graves, pero que el daño a la vista no tenía perdón.

Como un eco, pensando en cosas imperdonables —caprichos de la mente—, vine a recordar aquel viejo chiste en que un niño que vuelve al pueblo tras estudiar piano en la capital da un recital en la plaza mayor para deleite —o no— de sus paisanos. Aporreando teclas, el niño demuestra al público boquiabierto, por una cosa o por otra, lo aprendido en el tiempo desperdiciado. Al terminar, la orgullosa madre le pregunta al alcalde, a su lado: «¿Qué le parece la ejecución?». El alcalde, hombre rudo e incapaz de agarrarse a los útiles de la política y el disimulo, contesta: «Hombre, la ejecución me parece excesiva, pero un par de buenas hostias no se las quita nadie».

El recuerdo de la chanza, el picapica y la incongruencia de las sandalias con calcetines fueron como el eco de una risa que se apaga, un oasis agostado, una pequeña licencia en un día que traía recuerdos oscuros a cada paso, y cuando enfilé la avenida de la Constitución y avisté la silueta de la catedral al fondo, con el punto difuso que era en la distancia aquella gárgola bajo la que me había situado hacía unos meses, e imaginé con fotogramas del pasado aquel túnel sombrío y casi desapercibido frente a la gran mole de piedra que era la entrada a la plaza del Cabildo, el eco de aquella sonrisa quedó enterrado y olvidado bajo paladas de tristeza y un resquemor amargo que me hizo carraspear, como un motor que se resiste a arrancar, a pesar de que la sensación no albergaba ningún aspecto físico.

Dejé atrás la gárgola, apenas un vistazo ladeado, y enfoqué el

túnel de sombras: un charco de luz reverberaba sobre la piedra de la plaza y cegaba los detalles por contraste. Inspiré, sin calibrar realmente qué esperaba encontrar allí, y me adentré en la boca oscura que formaba el arco de entrada, en busca de la luz y las respuestas.

43

Pasadas las siete de la tarde ya sabía que no vendría. Pasadas las siete y media, con la plaza ya en sombras a causa de la oblicuidad de los rayos del sol, que apenas alcanzaban para acariciar la planta superior, resolví que no tenía sentido esperar más y levanté el culo dolorido de la piedra hecha fuente de la plaza del Cabildo, deshice el camino y salí a la corriente de gente que discurría a los pies de la catedral. Crucé la avenida esquivando cuerpos y me senté al otro lado de la calle, en los escalones del perímetro del templo, tras salvar los enormes eslabones de la cadena que lo rodeaba, apoyada entre columnas, dibujando una enorme guirnalda de pesadas combas. Estudiantes, turistas y fauna local hacían lo mismo que yo por tramos, como si cada comba de eslabones sobre escalones fuera un pequeño palco privado. Desde allí, desapercibido como un pez sin color en un mar caribeño y disfrutando de una vista general, escrutando caras y cuerpos en el incesante ir y venir, esperé a Gazo hasta verlo venir con su inconfundible figura oronda y su andar decidido. El inspector, como buen policía y oliéndose que el sitio no debía de haberse elegido al azar, escrutaba la avenida a la vez que andaba. Como yo lo viera a él, él me vio a mí, y acortando metros vino a sentarse a mi lado antes de abrir la boca:

—Ya podíamos haber quedado en otro sitio. He tenido que dejar el coche en el *parking* de la plaza Nueva y patearme toda la puta avenida. Déjeme que me siente, que mover esta masa de músculos cuesta lo suyo.

—Tampoco le viene mal, inspector —dije, no sin sonreír para edulcorar mis palabras.

—«Ex».

—¿«Es» qué?

—«Ex». «Ex», no «es» —me corrigió, aunque a mis oídos ambas sílabas sonaron igual en boca del inspector—. «Exinspector». Me jubilé el mes pasado. Ya iba siendo hora, y las circunstancias

pusieron la puntilla.

—¿Influye eso en algo?

—Pudiera influir, o no. En cualquier caso, Aranda me habría apartado del caso sí o sí, por implicación personal. Quizá es mejor así.

—¿Quién lo lleva en su lugar?

—¿Le sirve de algo el nombre? Alicia Tressi. Una inspectora joven, algo independiente y conflictiva. Hace un tiempo la cagó con el caso del tipo del *best seller* ese, el que escribió el libro desde la cárcel; lo recordará. —Asentí. En mi retiro en el lago no seguía demasiado las noticias y menos aún veía la tele, pero el caso había sido descuartizado en periódicos y televisión hasta el hartazgo—. Pues esa… me cae bien. La mandaron fuera por dar carpetazo al asunto y quitarse el muerto de encima y, o la chupa muy bien, o algo debió de hacer para enmendar el error, pero el caso es que la han vuelto a traer a Sevilla para calentar mi silla.

—Será lo segundo. Esas cosas que dice son del siglo pasado.

—Esas cosas, como las llama, no tienen siglo. Han sido así desde siempre y seguirán siendo factibles siempre que sea un hombre el que esté por encima. Y será así porque la cabeza pensante y mandante siempre estará tras la bragueta, le guste o no. Méritos aparte.

Tuve que asentir, de nuevo. No le faltaba razón.

—¿Ella vendrá con nosotros? —pregunté.

—Es necesario, y conveniente. Dos inspectores retirados, ambos implicados en el caso, y con los buitres de los periodistas dando la vara y husmeando… No se preocupe, ya hablé con ella. Le caerá bien. En cierta manera me recuerda a… —Calló.

—Dígalo.

—Ya lo imaginará.

—Dígalo.

—A Eva. —Levantó la mano, la mirada al frente, fija en la boca oscura que conducía a la plaza del Cabildo, pero señalando en dirección a la plaza Nueva, tras la cual la calle Tetuán continuaba hasta La Campana, y, tras un par de giros leves, la enfilación continuaba por Amor de Dios hasta la Alameda, en cuyo final se encontraba la calle Peral—. A Eva, me recuerda a Eva, ya lo dije.

—Eso está bien. —Asentí con la cabeza por tercera vez—.

¿Cuándo vamos?

—Mañana, si no tiene inconveniente. Ya lo arreglé todo.

—No lo tengo. A eso he venido.

—A todo esto…, ¿dónde se aloja?

—No tuve oportunidad. ¿Me recomienda algo? Nada especial, al alcance de la pensión de inspector retirado, ya sabe.

—Pues no sé, aún no cobré la primera paga: se ha retrasado por un problema de no sé qué cojones… Los cabrones se están haciendo de rogar. ¿Ese es todo su equipaje?

—Este mismo. —Levanté la mochila de mi hija—. No necesito más.

—Pues no se hable más: quédese en mi casa. Eso sí, el *parking* lo paga usted, y no se ría, que en la hora y pico que lleva el coche allí esta gente te quita un riñón. Eso, y el desayuno de mañana, ¿estamos?

Lo miré, indeciso entre reír o llorar. Al final me decanté por lo primero.

—Estamos —dije y me levanté—. Nada de zumo de naranja.

Gazo rio, y no supe por qué hasta la mañana siguiente, cuando tras el café y la tostada con jamón en el bar que había junto a la comisaría de la Alameda pidió un carajillo de *whisky* para rematar el desayuno con un cigarro.

—Nada de zumo —dijo entonces, levantando el vaso.

No pude evitar sonreír, saqué la cartera claudicando y casi se lo agradecí, porque no fue un día en que sobraran sonrisas.

Gazo estaba en lo cierto, y la inspectora Alicia Tressi me cayó bien enseguida, tal y como me sucediera con Eva. Para entonces, con el desayuno recién olvidado y cuando las puertas acristaladas de la comisaría se abrieron como el mar de Moisés para escupir a Alicia, yo ya había tenido tiempo de husmear en el pasado policial de la inspectora. Google, las primeras horas de la madrugada y los muelles vencidos del sofá del inspector Gazo conformaron el trío propicio para ello.

En la mayoría de los recortes ofrecidos por el buscador, Alicia aparecía junto al careto más que conocido del inspector del bigote que se ganaba el pan en la actualidad comentando los sucesos en un canal de televisión, y juntos habían llevado el caso del tipo condenado por el crimen o la violación de Gloria Alonso. El asunto

había rellenado páginas en periódicos y minutos en televisión como para cubrir diez festivales de Eurovisión, y al parecer la inspectora había tenido cierta clase de acercamiento con el acusado, bastante impropio, dado que no dejaba de ser uno de los inspectores del caso. La cuestión era que, por tal razón o por otras simplemente pragmáticas a ojos de sus superiores, había acabado siendo trasladada a Rota, donde, ironías del destino, había resuelto otro caso ciertamente sonado, si no tanto como el primero, sí con presencia televisiva al menos, a tenor de unos cuerpos desenterrados por el azar y la construcción inmobiliaria en un antiguo vertedero del municipio. Y, con la misma inercia que los políticos se reubican unos a otros cuando los cogen con el carrito del helado hasta que las aguas se calman, así Alicia había vuelto a Sevilla y así había acabado por asentarse en el hueco dejado por el recién retirado inspector Alberto Rodríguez, alias Gazo.

—No la mire con esos ojos, que podría ser su hija —me susurró Gazo cuando las piernas de Alicia cruzaron las puertas de cristal.

Después cayó en las connotaciones que las palabras podían tener para mí y estuvo a un tris de disculparse, por lo de «mi hija». Yo le amagué el gesto levantando una mano.

—No se disculpe —añadí en un susurro—. No hay de qué. Y, ya puestos, también podría yo ser su marido. Tampoco hay tanta diferencia.

—Eso ya depende.

—¿De qué depende? —Alicia ya bajaba los escalones directa a nosotros.

—De los ceros de la cuenta —me dijo Gazo como si ella no estuviera ya presente—. Tengo una teoría: partiendo de diez mil, cada cero de más al mes equivale a una década de descuento, más o menos. ¿Qué me dice?

Hice un cálculo rápido, y por muy rápido que fue no pude evitar contestar cuando Alicia ya alargaba la mano.

—Que usted gana. Hay diferencia, al menos en mi caso… —Ladeé la cabeza hacia Gazo—. Hola, usted debe de ser Alicia —desvié la atención alargando la mano para alcanzar la de ella—. Lorenzo Cortés.

—Sé quién es —dijo ella—, he indagado un poco. Siento lo de su hija.

Asentí con un leve movimiento de cabeza, aceptando las condolencias.

—¿Vamos? —interrumpió Gazo—. Podemos hablar por el camino.

44

Cuando llegamos al aparcamiento de la prisión y bajamos del Citroën asignado a la inspectora, el sol ya había decidido que el día sería de los que empapan camisas y camisetas. Gazo, fiel a su estilo, empapaba una camisa de un amarillo desvaído bajo una chaqueta de lino azul que disimulaba —dejémoslo en que lo pretendía— la protuberancia que conformaba la barriga respecto a las piernas. Yo hacía lo propio bajo las axilas, al encharcar una camiseta de los Stones donde cinco caricaturas se esbozaban bajo el título en inglés de uno de sus álbumes: *Their Satanic Majesties Request*. Vale que me gustaban los Rolling Stones, pero el hecho es que me la había puesto por las connotaciones satánicas implícitas, en un intento de provocar una reacción en el huésped que nos esperaba tras los muros. Alicia, por su parte, daba la impresión de ser de plástico, y ni una sola gota parecía atreverse a desprenderse de su cuerpo para manchar la camiseta blanca de algodón que se escondía bajo una cazadora *bomber* de estilo militar que, todo hay que decirlo, había tenido mejores días. Vaqueros azules más ajustados que sueltos y botines de marca a juego con la cazadora remataban el conjunto. El conjunto era una mezcla de *runner* sin ganas de correr, con eso que llaman casual y algo de sensualidad propiciada por el buen entendimiento de los vaqueros y el cuerpo que se escondía debajo. Caminando delante de mí en busca de la primera puerta de la prisión, la melena rubia a media espalda parecía atraer el sol y reflejaba los rayos como un espejo limpio para irradiarlos a todas partes y a ninguna en particular.

Mi hija era rubia. Los colores cambian con la edad, pero a los siete años lo era; no pude evitar el paralelismo. Un cálculo rápido me susurró que podría tener la edad de Alicia si hubiera vivido lo suficiente; incluso podría ser inspectora, si hubiera decidido seguir los pasos de su padre, cosa que yo habría intentado impedir a toda costa. Pero estaba muerta, y el resto no eran más que

elucubraciones vestidas con el traje de la tortura.

—Inspector —llamé, a sabiendas de que olvidaba el prefijo. Gazo se volvió, me esperó y dejó a medias lo que quiera que estuviese hablando con el *alter ego* de mi hija. Levanté la mano para acallarlo cuando se disponía a hacerme notar el tema del prefijo. Alicia, por su parte, se adelantó en busca del funcionario del primer corte—. ¿Cuál es el plan?

Gazo se encogió de hombros.

—El plan es que no hay plan. A falta de no poder meterle dos tiros entre ceja y ceja a ese cabrón, intentaré concentrarme para no saltar por encima de la mesa y comérmelo en plan Hannibal Lecter. No espero sacar nada de esto, pero debía venir, verlo cara a cara… Él… Marcos habría venido, si hubiera sido yo; ya me entiende. —Asentí—. No sé para qué, no sirve de nada, pero habría venido, si yo hubiera estado en su lugar. ¿Usted tiene un plan, inspector? —Me devolvió el apelativo.

—Yo busco al otro. Y la única persona que sabe de él es ese hombre. —Señalé más allá de Alicia, a la que con el rabillo del ojo había atisbado algún que otro movimiento de brazos que denotaba cierto tipo de descontento ante un funcionario. En ese momento nos hacía señas para que la acompañásemos a traspasar los muros que salvaguardaban la ilusoria libertad de una mayoría.

—Ya estamos. —Meneó Gazo la cabeza—. Usted juegue su partido entonces, que yo jugaré el mío —dijo antes de perderse en las sombras que nos esperaban tras la puerta, como preludio de la oscuridad que campaba en el caos contenido que es una cárcel.

Una cárcel es equilibrio; es un número de circo, un castillo de naipes en el que la carta menos pensada puede caer de repente y desbaratar el castillo que sostiene la baraja; una baraja que es castillo a la vez. Los funcionarios son los encargados de vigilar que cada carta esté en su sitio en todo momento, de cerrar las rendijas cuando el mínimo aire amenaza con bambolear el débil *statu quo*, de atajar pensamientos o tendencias indebidas. Y todo ello sin movimientos demasiado bruscos, que en sí mismos pueden provocar un aire no deseado. En toda cárcel hay verdaderos magos del equilibrio, y hay —simple estadística— mendrugos con alma de presos y carné de funcionario que juegan a lo contrario, como infiltrados del otro equipo.

—¿Dónde vamos? —pregunté alzando la voz a Alicia, sin obtener respuesta.

Formábamos fila de cuatro en un pasillo estrecho, y nos alejábamos claramente del grueso de visitantes, cada uno de ellos en busca de su preso favorito. No es que me quejara, pues ya nos habíamos saltado el orden y las esperas a la entrada, pero siempre me gustó saber en qué dirección ando, más si cabe en una cárcel. Conocer el rumbo, como dicen los de los barcos. Cuando no sabes el rumbo que llevas, es difícil llegar a buen puerto.

En primer lugar, un funcionario de uniforme, porra y gorra nos dirigía como mamá pato a sus patitos, funcionario al que casi no le vi más que la nuca y el buen rapado que lucía en ella, la piel enrojecida por lo que imaginé que sería un rasurado en los días pares como poco. Más tarde me enteraría por boca de Alicia de que era un viejo conocido suyo —a su pesar—, además de mano ejecutora del alcaide intramuros, quién sabe si allende, y que las simpatías escaseaban entre la corte de la prisión y la inspectora a causa del caso anterior, que había acabado con un cambio provisional de destino para Alicia y una mancha en el expediente, la imposibilidad de un ascenso de por vida, y una fama, no por justificada menos mala, para Martín Mariscal, alcaide de la prisión que se mantenía en el cargo —y gracias— tras la fuga de un interno relacionado con el caso en cuestión; y se mantenía en el cargo por no levantar más polvo del que se había levantado en su momento, que no era poco, a juicio del poder político de turno. Canales de radio y televisión habían hecho el agosto al sacarle punta al tema, y océanos de tinta virtual y tangible habían removido las aguas del mar de los sucesos nacionales en la prensa más leída. Aun aislado como había estado en mi retiro de Sanabria, no pude por menos de asentir cuando Gazo me cuchicheó el apelativo del caso al oído. El fugado había osado escribir incluso un libro, que a su vez había osado colocarse en el número uno del *ranking* de ventas en su momento, y había puesto a parir al alcaide y sus acólitos, y algo llegué a escuchar yo mismo entre cafés oscuros y chimeneas frondosas en los dominios de Galende y sus humildes bares en aquellos meses.

Nos merendamos el pasillo paso a paso. El pitido grave de una apertura a distancia —funcionario de nuca rasurada y *walkie-talkie*

compartido con algún funcionario apostado en otro lugar con cámara y pantalla mediante— nos dio acceso a otro pasillo. Enfilamos hacia arriba una escalera metálica y un tercer pasillo, y en todo el conjunto las paredes lucían un vainilla subido; amarillo albero, que decían en la tierra que pisábamos; los metales de barandillas y travesaños lucían un gris ceniza, los suelos de linóleo, gris granito; las puertas ocres, tirando más bien a sangre reseca al sol. De alguna manera, la combinación conducía a los caprichos de asociación de mi mente a evocar una suerte de plaza de toros reconvertida para ser aprovechada, a falta de toros y exceso de toreros.

Solo cuando Almeida —tal era el apellido que el guardia había heredado de su padre— abrió la puerta y se apartó para cedernos el paso ante una de esas puertas del color de la sangre fuera de sitio, pude ver la cara agria que nos regalaba el funcionario al otro lado de la nuca rasurada.

—El alcaide vendrá enseguida —dijo Almeida.

—No esperaba ver al alcaide. Me hubiera puesto la camiseta de los Beatles —comenté cuando pasé junto al funcionario. Si le hizo gracia, lo disimuló muy bien—. Ya sabe, más formal —insistí. Nada. En su lugar, se acercó el *walkie* a los labios, susurró algo breve, y esperó. Entretanto, miraba a Alicia con más fijeza de lo que la educación recomienda—. ¿Esto suele ser tan divertido siempre? —le pregunté por lo bajini a Alicia, mirando sin embargo a Almeida y aprovechando uno de esos lapsus en que él me miraba. Lo he dicho bien, cuando «me miraba»: esa cara agria instaba a pinchar.

—Cuando conozca al dueño, comprenderá al perro —me contestó Alicia algo más alto, sin duda con intención de ser escuchada por más orejas que las mías.

Sobre tres sillas, ante una mesa y enfrentados a otras tres sillas vacías, nos miramos Alicia y yo, mientras Gazo parecía reposar agradecido el peso de la barriga, mirándose las uñas de las manos y ajeno a todo; los tres alineados. Almeida en la puerta, una mano bien sujeta al marco metálico, como si temiera que la cárcel se fuera a caer; la otra sobre la porra; la porra enguantada en lo que me pareció una especie de calcetín. Quizá pudimos malgastar así unos cinco minutos, el tiempo justo para que se me ocurriera que el calcetín fuera un invento para que nadie pudiera retrasar el

desenvainado del arma de su sitio en caso de necesidad, como una especie de funda que evitara poder agarrar la porra con rotundidad por el lado en que no se debía agarrar. No pude evitar pensar a su vez que la mente humana evoluciona a base de experiencia, de prueba y error, y que quizá alguna vez en el pasado algún preso le había impedido al bueno de Almeida sacar la porra del sitio trincándola por el otro lado. Tentado estuve de preguntarle, pero tampoco éramos tan amigos.

Echando un cara o cruz mental estaba cuando el taconeo de unos pasos que me parecieron menudos, a juzgar por la cadencia, resonaron sobre el mismo metal gris ceniza que pisaban los pies de Almeida. La pista final me la dio el funcionario, cuando movió la cabeza en dirección al pasillo por el que habíamos llegado a la habitación en que esperábamos, y que ahora no veíamos; la línea de su visual apuntó ligeramente hacia abajo.

—¿Y a qué se debe este honor, señores? ¿A qué se debe? —dijo un enano trajeado, aparecido bajo el marco de la puerta.

No era exactamente enano, no en su término justo, pero era, en palabras imaginadas en boca de Gazo, «bajo de cojones».

Martín Mariscal, apodado el «Emanems» por todos cuando no andaba cerca, quién sabía a estas alturas si por las iniciales repetidas en el nombre o por su parecido con la forma de las famosas pastillas de chocolate, era un tipo bajo. Además de eso, era más bien redondo, y, sin embargo, emulando a las nombradas pastillas, sus brazos y piernas eran mucho más delgados que su figura, como añadidos incongruentes al conjunto. La cabellera, tirando a pelirroja, como la cara y las venas que surcaban su nariz, se mostraba tan desordenada como apropiada, y si no llega a ser por la figura, hubiera apostado a que era familia cercana de aquel que recordaba de unos dibujos de televisión en que se enseñaba a los niños los secretos interiores del cuerpo humano mediante personajes animados, algunos buenos, otros no tanto. Este que recordaba era de los malos. Insistí un instante en mi fuero interno, pero no logré recordar el nombre.

La boca parecía conformar una sonrisa. Los ojos, sin embargo, decían otra cosa, y se intuía cierto peligro en ellos. Un peligro visceral, distinto al de Almeida, porque el de Almeida era un peligro básico, de dóberman sin bozal, pero con correa, del que gruñe antes

de morder. El de Martín Mariscal era un peligro taimado, más elaborado, el tipo de peligro que quizá con suerte logras ver cuando ya lo tienes encima. Las recientes palabras de Alicia lucieron su significado en todo su esplendor, y casi me compadecí de Almeida. Casi, porque parecía gilipollas, y esos tienen poco remedio y siempre encuentran su lugar; si no lo encuentran en un sitio, van a buscarlo a otro.

—Hola, Martín —dijo Alicia, la alegría del encuentro de vacaciones.

Martín Mariscal desechó el saludo, como si las palabras se hubieran pronunciado en medio de un huracán y se hubieran perdido en el viento. No se echaban de menos, saltaba a la vista. Gazo y yo nos miramos, y fue él quien se decidió a meter baza:

—No hemos venido a perder el tiempo, alcaide. Los problemas que puedan ustedes tener, y los arrumacos que se quieran dar se los dan otro día. La inspectora nos ha acompañado por dar un cariz oficial al asunto, pero aquí realmente los que nos morimos por ver morir al *hijoputa* que tienen encerrado somos mi compañero y yo, ambos exinspectores, y aunque jubilados, no estamos para fiestas.

Almeida hizo amago de dar un paso al frente; Martín levantó una mano y la dejó caer, lo que frenó el impulso del guardia. Y sonrió, mirando a Gazo.

—Ya veo. Sí, ya veo… —dijo Martín. Al parecer tenía tendencia a repetirse—. Así que le gusta hablar claro. ¿Y usted es Lorenzo o Alberto? —Repasó un papel del tamaño de medio folio que había arrastrado consigo desde su despacho—. No me diga más; lo mismo da, lo mismo da… Yo también hablaré claro: me importa tres pares de cojones lo que usted o su compañero quieran, y menos todavía lo que quiera ella, con sellito oficial o sin él. Aquí mando yo, y si mis cojones quieren enterarse de por qué quieren ustedes venir a mi prisión con esta, esta…

—Perdone la interrupción, alcaide —tercié yo temiendo una erupción. Casi notaba temblar el suelo, y no sabría decir si la vena en el cuello del alcaide ganaba a la de Gazo o al revés—. Quizá todo no es más que una confusión. Aquí la señorita es una desconocida para nosotros, y si nos acompaña es precisamente para allanar el camino hasta el prisionero, dada nuestra condición de pensionistas. Creo que es patente que no se guardan muchas simpatías entre

ustedes, y, más que allanar el camino, nuestra acompañante levanta muros. Me gustaría creer que la inspectora estaría dispuesta a levantarse y esperarnos fuera si es necesario.

Callé. En realidad todos callamos, y Almeida fijó los ojos en Alicia. Y esperamos. Alicia fijó los suyos en mí, y por un momento creí que un dardo cargado con veneno de avispa de mar saldría a través de aquellos tesoros verdes para clavárseme entre los míos.

—¡Joder! —dijo ella al fin. Arrastró la silla hacia atrás y se levantó—. En el coche estoy. Una hora. Si no, ya pueden llamar un taxi.

Solo cuando ya salía abrió algún otro la boca, y fue Almeida esta vez.

—A tomar por culo —dijo bajito, pero claramente audible.

—Dicen que cada cual se acuerda de lo que le gusta —la oímos levantar la voz desde el pasillo, replicando a su manera.

Almeida tardó unos diez segundos en pillarlo, a juzgar por la cara y el giro de cuello que dio buscando a la inspectora cuando ya no estaba a la vista.

—Y bien, señores, ¿me ponen al día? —dijo Martín sentándose, los pies rozando el suelo con las puntas.

Le refrescamos el caso, ¿qué otra cosa podíamos hacer? Era obvio que él ya conocía los detalles y simplemente se regodeaba exhibiendo su poder allí dentro. Al fin, se volvió a Almeida. El cruce de miradas bastó.

—Voy —dijo el funcionario.

Y desapareció en busca del condenado. A falta de juicio, pero condenado de un modo u otro.

—Ha sido un placer, señores, un placer. Almeida se lo traerá. ¿Ven como hablando se entiende la gente? Entiéndanme, señores, entiéndanme. Mi deber aquí es saberlo todo. Que tengan un buen día —dijo el alcaide y, acto seguido, se levantó y desapareció tras el guardia.

—Un par de buenas hostias a mano abierta, y se acaban las tonterías —dijo Gazo cuando nos supimos a solas. Acompañó las palabras con el vuelo de la mano abierta hacia atrás, en claro gesto de impulso.

Con la mano que gastaba, recuerdo que me pareció un *pitcher* buscando atrapar una bola alta.

Y reímos, y fue una risa sincera y suelta que nos regaló algo de paz y un rato de olvido, el justo para diluirse sin rastro en cuanto escuchamos el juego de pasos en el pasillo, lo que nos tensó como ovejas que escuchan el eco de los aullidos resbalar por la ladera.

45

De una manera u otra, Santos Sena sabía que volvería. Ángel volvería; tenía que volver. De lo que seguía sin estar seguro es de si volvería de forma palpable o de si no era más que un producto de su imaginación; la sombra de la locura. Tumbado sobre el colchón maloliente de su celda, las manos cruzadas bajo la nuca y la vista perdida en el entramado a cuadros que soportaba el colchón superior de la litera, vacío en aquel momento a falta de un compañero, evaluaba las alternativas y temía un poco ambas opciones. Pero ¿cómo iba a volver allí dentro si es que no era él mismo y todo estaba en su cabeza? Sí, Ángel volvería; encontraría la manera. Tenía que volver.

Estiró los labios, dibujando un par de líneas curvas sobre la comisura superior derecha. Una mancha marcada en el colchón suspendido sobre él lo desvió de sus elucubraciones, y se descubrió evaluando las distintas tonalidades de la mugre de los colchones usados. Eso en sí no tenía ninguna gracia; lo que lo había hecho estirar los labios y conformar una sonrisa para nadie en la soledad de su celda había sido la ocurrencia y el juego de palabras: «Se le había ido el santo al cielo». Dudaba mucho que fuera a pisar el cielo de otra manera que no fuera así, figuradamente. Eso, suponiendo que existiera un cielo, cosa que a esas alturas dudaba aún más. Los últimos días había pensado mucho en ello, y de hecho hubiera estado encantado de compartir una tarde de charla con el cura de su barrio; ese que lo había convencido con su palabrería de tantas tonterías. Había estado incluso tentado de mandarlo llamar para que viniera a verlo a la cárcel, por medio de su mujer; solo había un problemilla, y era que su mujer no lo quería ver ni en pintura, y ni hablar de coger el teléfono.

Lo de «santo»… Vale, quitando su propio nombre, no era ningún santo (en eso cabía poca discusión). De lo que sí estaba seguro era de que existía un infierno, y de que si Ángel había salido de algún

otro sitio que no fueran las profundidades de su mente enferma, había sido de allí. ¿De qué otro lugar podía venir? Recordó los gatos, y los primeros días de incertidumbre y descubrimiento de esos placeres prohibidos. Recordó a los desgraciados en los que había hundido su cuchillo, el éxtasis desbocado a costa de aquellos despojos humanos que a sus ojos debían agradecerle lo que había hecho por ellos. ¡Pero si era como una ONG! Rio abiertamente al pensar en que reclamaría las subvenciones que le correspondían, y ya daba rienda suelta a la risa cuando escuchó el cerrojo de la puerta descorrerse por fuera.

—Mira, Conde, el pajarito se lo pasa bien en su nido —dijo el guardia al que iba con él—. Seguro que te entretienes, que buena falta hace aquí. Tienes diez minutos; después me lo llevo.

—A mandarrr, Almeida —contestó el Conde con el acento del Este que atesoraba.

Si en aquel universo particular que era la cárcel todos sabían que Martín Mariscal era el amo y Almeida su perro particular, igualmente sabían que el Conde era el de Almeida, con una salvedad. Martín Mariscal sabía que tenía un perro; Almeida no sabía si lo suyo era realmente un perro o un lobo, y esa duda lo mantenía alerta en todo momento, porque los lobos no dejan de ser salvajes, aunque a veces aparenten lo contrario.

Allí dentro ya casi nadie se acordaba del verdadero nombre del Conde, y él mismo se encargaba de que así fuera. Le gustaba el apodo, y lo llevaba con el orgullo propio de los que no tienen demasiadas cosas que preservar. No es que tuviera título nobiliario alguno; más bien fue un cúmulo de pequeños detalles: estaba esa uve en el nacimiento del pelo sobre la frente, pelo que se encargaba de mantener alisado hacia atrás con brillantina, como Pacino o De Niro en esas películas de gánsteres que tanto le gustaban; estaba también ese porte delgado, algo esquelético, pero que, sin embargo, emanaba un peligro latente en cada movimiento, semejante a una suerte de camaleón cruzado con mantis religiosa a la caza de moscas desprevenidas. Un peligro tan latente como presente; pero sobre todo estaba el detalle de que el Conde era oriundo de Rumanía, como aquel otro de largos colmillos y eterna ansia de sangre, y eso, que ya en sí mismo tenía su peso específico, venía a conjunto con ese acento fuerte y marcado de la tierra, y esas erres

arrastradas cuando usaba el idioma de Cervantes; por último, pero no por ello menos importante, estaba el hecho de que el Conde sabía que no saldría del límite de aquellos muros antes de que se le cayeran los dientes, y que aquella era su casa a la espera de plantarse a las puertas del infierno algún día, y hacía tiempo que había vendido su alma al diablo a cambio de reinar en aquel mundo reducido. También sabía que lo había perdido todo ya, y que los que lo han perdido todo no tienen nada que temer, al contrario que los que los rodean, lo que venía a traducirse en que el Conde, este conde de dientes romos y mirada atravesada, tenía, si no el mismo peligro que aquel otro de Stoker, de capa y castillo, uno más palpable y cercano, del que había más que temer. Eso, y el pincho que guardaba bajo el calcetín para paliar la falta de colmillos afilados, y su ligereza para blandirlo en busca de carne desprevenida cuando las cosas no eran de su agrado, eso también.

El Conde no era de esos presos que solían recibir visitas. Si alguien hubiera indagado, se habría dado cuenta de que no recibía ninguna, de hecho, si no se contaban las de su abogado (de eso hacía ya un tiempo) y las de las aplicadas señoritas que el alcaide —Almeida mediante— le regalaba en los vis a vis tras cumplir algún encargo que se salía de lo normal. Y era por eso por lo que aquella mañana podía describirse como un albino en el corazón de Kinsasa, desde que apenas media hora antes Manzano —otro de los funcionarios que guardaban el castillo— había aparecido ante la puerta de su celda y, con ese pronunciar pausado y el porte de jugador de baloncesto retirado que gastaba, había dicho:

—Conde, tienes visita.

Pensando que todo aquello no sería más que una equivocación y a falta de algún aliciente con el que rellenar las horas, había acudido a la sala de visitas tras la llamada de Manzano con una mezcla de insano interés y ganas de joderle la mañana a alguien… y allí estaba el tipo ese, largo y envuelto en ropas negras, con aquella mirada que más tarde recordaría y reconocería como la primera en mucho tiempo que le hizo apartar la suya.

—¿Y tú quién errres? —le había soltado.

—Calla y siéntate. No hay tiempo para cortesías.

Y por alguna razón lo había hecho, y el tipo le había dicho aquellas cosas que nadie sabía, y aquellas otras que pasarían. Y

ahora, ante aquel otro tipo en la celda al que habían descubierto riéndose, como el hombre de negro había profetizado en la sala de visitas, sintió que los pelos intentaban erizársele bajo la brillantina, que lo impedía, y supo que de alguna manera u otra tenía que cumplir con lo que el hombre de negro le había pedido, porque hasta a los lobos les llega el turno de agachar las orejas. Y además, el hombre no lo había pedido; lo había ordenado.

—Siéntate —le dijo el Conde ahora al tipo de la cama, sentándose a su vez en la desvencijada silla de escritorio. Sacó el pincho del calcetín y lo apuntó con él—. Dentro de nada Almeida vendrá a *recogerrrte* y te llevará a *verrr* a unos polis. Ángel me ha dado un mensaje *parrra* ellos. ¿Entiendes lo que te digo?

Santos asintió y se incorporó de un tirón, la mancha de mugre bajo el colchón olvidada para siempre.

46

Cuando Santos Sena se plantó bajo el marco de la puerta, las manos esposadas por delante y la figura de Almeida detrás, no me pareció ni por un momento el tipo desquiciado y peligroso que había destripado gatos y sesgado vidas de mendigos, el mismo que había acaparado titulares de periódicos y entradillas de tertulias televisivas. Solo vi a un tipo, uno normal y corriente como otros tantos millones que recorrían las calles del mundo fuera de los muros de la prisión. Tenía una mirada fría, además de paciente y calculada, que alternó entre Gazo y yo como un niño que ante el mostrador de una pastelería no sabe por qué pastel decidirse; pero resultó que sí lo sabía.

—Quiero hablar a solas con él —dijo señalándome, las esposas tintineando como golpe de efecto.

—Ya estamos. Se va un payaso y llega otro —dijo Gazo—. Somos siameses, ¿no se nota? Donde va uno va el otro. Siéntate.

Santos no se movió, o mejor dicho, no quiso moverse. Almeida le dio un empujón por detrás, Santos dio un paso involuntario hacia delante y entró al fin en la sala. Se sentó sin rechistar, se me quedó mirando e ignoró a Gazo.

—Quiero hablar a solas con él —repitió sin dejar de mirarme, las palabras claramente dirigidas al resto.

—Hola, Santos. Supongo que nos recuerdas. Solo queremos hacerte unas preguntas —dije.

—Querríamos otra cosa, algo un poco más físico, pero lo que quiere decir aquí mi compañero Lorenzo es que nos debemos conformar con charlar un rato contigo, si no estás muy ocupado —dijo Gazo.

Santos no se dignó a mirarlo. En su lugar, encogió un poco los hombros, los dejó caer de nuevo, y repitió las mismas palabras:

—Quiero hablar a solas con él. Tengo todo el tiempo del mundo —añadió esta vez, dándose por enterado de las palabras de Gazo.

Después de eso nos miramos todos un poco entre nosotros, Gazo, Almeida y yo, desconcertados, como torpes defensas donde rebotaba una bola de *pinball* en busca de un agujero donde parar. Santos había agachado la cabeza y se miraba las manos esposadas. Me pareció que se estudiaba la mugre que tenía debajo de las uñas y exhibía los dedos como si estuvieran en venta en un escaparate. Tenía todo el tiempo del mundo, en efecto. Asentí levemente. Fue un gesto leve, pero bastó para que Gazo lo captara.

—¡Joder! —dijo, y levantó todos sus kilos de la silla, repitiendo la expresión de Alicia de minutos antes.

Apoyó las manos sobre la mesa y balanceó la masa de kilos sobre los brazos, lo que acortó su distancia con Santos. Almeida dio un paso al frente desde el pasillo y ocupó el mismo lugar que ocupara Santos un rato antes, prevenido.

—Te vas a pudrir aquí, hijo de puta. Y es lo mejor que te puede pasar, porque si llegas a salir algún día… —soltó Gazo.

—Ya vale, Alberto —lo paré llamándolo por su nombre. Miré a Almeida, buscando una reacción, y me pareció que disfrutaba con la situación. No había movido ni un músculo de la cara, pero se le adivinaba en los ojos.

Gazo salió, vencido, ignorando a todos los presentes y apartando a Almeida con su peso. Solo cuando estuvo en el pasillo se volvió a mirarme, respiró y, con aire nuevo y más calmado, me dijo:

—No aguanto más aquí dentro. Me voy en busca de la niña, no vaya a ser que se vaya de verdad. Lo que me faltaba es un puto taxi, cuando yo mismo estoy pensando en hacer de chófer para trasladar a las putas de burdel a burdel y sacar un suplemento a la pensión de mierda que me ha quedado. No te rías —señaló a Almeida—, que la tuya será peor que la mía… Si llegas.

Asentí con la cabeza de nuevo, aunque nadie me miraba. Santos se miraba las uñas, como si fueran las de otro y no las reconociera.

—Quiero hablar a solas con él —repitió cuando los pasos de Gazo se apagaban con la distancia.

Almeida me miró y meneó la cabeza por detrás de Santos. Yo asentí en silencio, por tercera vez, como Pedro al negar a Cristo, pero al revés y sin miedo. ¿Qué podía pasar? A decir verdad, estaba deseando que Santos se me abalanzara para poder responderle con la misma moneda. Sabía que la sala, como la casi totalidad de la

cárcel a excepción de los baños y, suponía, el despacho de Martín Mariscal, tenía cámara, pero no sonido, y al menos todos los movimientos quedarían registrados, así que, si el alcaide quería tener un ojo en la sala, hablando estrictamente, lo tenía con Almeida o sin él.

Advertí la duda en la mirada de Almeida, con seguridad porque el alcaide también quería una oreja en la sala. Yo le señalé la cámara con un movimiento de cabeza, lo disculpé a la vez que le daba una excusa y remarqué el gesto con palabras.

—Déjenos solos. Si lo necesito gritaré. —Miré entonces a Santos, que me miraba, y esta vez fui yo el que casi llegó a sonreír. La sonrisa se asentó en los ojos, provocadora. ¿Y si había suerte? Al fin y al cabo, él no tenía nada que perder, y era más joven que yo, así que eché más leña, y añadí—: No creo que un mierda como este tenga peligro más allá de un par de gatos y mendigos indefensos. Cierre la puerta.

Almeida, desarmado de argumentos, no tuvo más opción que obedecer. Y nos quedamos solos, los dos.

—¿Dónde está mi hija? —solté cuando aún resonaba el eco de la puerta al cerrar.

Era un tiro al aire, pero era un tiro que el cuerpo me pedía a gritos. Ni siquiera yo estaba convencido de lo que creía saber. Pero ¿acaso había cruzado media España por segunda vez para otra cosa?

Santos sonrió, esta vez sí, y en su sonrisa reconocí otra sonrisa que no olvidaría nunca.

—Me dijo que dirías eso.

—¿A quién te refieres? —pregunté, a pesar de que sabía la respuesta.

—Ya lo sabes: Ángel. Ángel me lo dijo. Ángel lo sabe todo.

Gazo encendió un cigarrillo, la masa de kilos balanceada esta vez sobre el lateral del coche de Alicia, a su lado.

—Llegué a pensar que te irías —dijo al expulsar el humo de la primera calada.

—Yo también —contestó Alicia—. Después lo pensé mejor: Lorenzo me cae bien.

Gazo sonrió, aceptando que lo había dejado fuera de la ecuación. Le gustaba el humor de la niña.

—Ya. ¿A quién se la chupaste para volver a Sevilla? —contraatacó.

También le gustaba forzar situaciones cuando no conocía demasiado bien a una persona. Le parecía la forma más rápida de saber a qué atenerse.

—La chupo, en presente. Me lo tomo como un crédito. Mientras la siga chupando seguiré en Sevilla, y si me esmero igual me ascienden. Tú no debías de chuparla demasiado bien, visto lo visto.

—Lo mío era dar por culo. En eso soy el mejor. —Sonrió.

—Doy fe —dijo Alicia.

—¿Sabes qué? Creo que de aquí puede surgir una bonita amistad.

—No creo que tengas nada bonito, inspector, pero pudiera ser, eso de la amistad. Ya veremos —respondió Alicia devolviéndole a Gazo el cargo de inspector perdido.

Acto seguido, apostilló sus palabras con una carcajada; modesta pero sincera.

—Doy fe —respondió, esta vez Gazo, antes de fundir su risa con la de ella—. ¿Qué te parece Lorenzo? —preguntó cuando la risa se desvanecía, el semblante mudando a serio.

—Me parece que es un hombre que ha sufrido… No, que sufre. Eso me parece, en presente, como las chupaditas. —Sonrió Alicia, quitando seriedad a la respuesta.

—Busca un imposible. Respuestas que no resolverán nada.

—He oído que mataron a la hija, y que no encontraron su cuerpo. ¿Crees que las respuestas no resolverían nada en su caso?

—Está muerta, ¿no?

—Tienes razón, Gazo.

—Lo sé, me suele pasar.

—No me has entendido. Tienes razón. Eres el número uno en dar por culo. Y además no tienes hijos, me juego la placa.

—No estaría yo tan seguro —dijo Gazo con la ironía en los ojos —. Por ahí debe de haber alguno hasta con carrera. En mis buenos tiempos, además de dar por culo daba por más sitios, y mejor.

—Menos lobos, Caperucita. Mira, ahí sale Lorenzo. No ha tardado mucho, no sé si es buena o mala señal —señaló Alicia.

Una figura se recortaba a contraluz, la cárcel al fondo, la mirada baja, el andar pausado.

—Hijo de puta —dijo Gazo volviendo a la cárcel en un vuelo mental—. Me refería al otro, no a…

—Ya lo sé —lo cortó Alicia—. No debe de traer buenas noticias —añadió, refiriéndose a la figura que parecía arrastrarse hasta ellos.

—¿Qué? —preguntó Gazo alzando la voz cuando lo tuvieron a tiro.

Alcancé el coche, abrí la puerta trasera sin decir nada y desaparecí dentro. Alicia y Gazo me imitaron, ocupando los asientos delanteros. Una última mirada cruzada por encima del techo los convenció de que debían dejarme unos minutos de tregua.

—Arranque —fue todo lo que dije cuando se acomodaron.

Comprobaba en el móvil una dirección. Los dos se volvieron a mirar, y Alicia arrancó. El sonido ronco del motor me sacó de la ciénaga de pensamientos encontrados que me bailaban en la cabeza. Le enseñé el móvil a Alicia, que me miraba por el retrovisor, y vio que Google Maps le indicaba una dirección.

—¿Puede dejarme ahí? Quiero comprobar unas cosas.

—¿La biblioteca? Cualquier cosa que quiera buscar se puede mirar hoy día desde ese mismo aparatito —me contestó con un movimiento de cejas, refiriéndose al móvil—. O, si prefiere, en la comisaría tengo un despacho; ya sabe, sillas, mesas y pantalla y teclado con conexión.

—Ya. ¿Puede dejarme ahí o no?

—Claro. —Metió primera y el coche se movió.

Gazo, por el contrario, parecía de cera, y se lo agradecí. Necesitaba pensar, y necesitaba saber; al menos, algo más de lo que sabía.

Alicia tenía razón: hoy día cualquier cosa se puede buscar con un móvil, pero yo había nacido en una época en la que los buscadores, las pantallas y la globalización de la información que surca autopistas invisibles no existía, y me sentía más cómodo con el papel. Además, necesitaba silencio y un rato a solas, y eso eran cosas que las bibliotecas regalaban por defecto.

—¿Un despacho? Hijos de puta. Parece que estaban esperando a que me fuera. —Gazo intentaba quitar tensión a la situación.

—Si te quedas más tranquilo, es más bien un cubículo. Han puesto paredes de esas de quita y pon entre las mesas. Ahora parecemos un banco. —Le guiñó el ojo Alicia.

Miré una vez atrás. A través del cristal sucio del portón trasero, la cárcel se achicaba. Una enorme nube solitaria se había plantado encima de la mole de granito y metal, y ensombrecía el conjunto, como si de alguna manera supiera que aquello podía ser cualquier cosa menos un mundo donde la luz dominara; de alguna otra forma, los condenados que la habitaban parecían perder parte de su lastimera importancia con la distancia. Solo lo parecía; yo ya había comprobado que las tinieblas siempre acaban encontrando un camino para avanzar en este mundo en que vivimos.

Recordé unas palabras que había leído en algún sitio. Albert Einstein había dicho en algún momento de su vida: «La oscuridad no existe…, es en realidad la ausencia de luz». Einstein sabía muchas cosas que yo no sabía, pero yo sabía unas cuantas que él desconocía. Y una sola, solo una de ellas, me bastaba para poder haberle dicho a la cara que se equivocaba. Existía una oscuridad, una subyacente y abrumadora oscuridad malsana, que se nutría de ese mismo principio; la diferencia era que esta se escondía tras la luz, y esconderse no es lo mismo que no existir. Hacía apenas tres siglos, Edmund Burke, un escritor irlandés, lo había definido con las palabras exactas: «Para que el mal triunfe, solo es necesario que los buenos no hagan nada».

Yo no pensaba quedarme más tiempo escondido tras la seguridad de las montañas de Sanabria. Tenía que hacer algo, y para eso, necesitaba saber. Saber y creer. Lo primero me proponía arreglarlo en la biblioteca de Sevilla que Google me había mostrado frente al parque de María Luisa. Lo segundo… Lo segundo era más difícil, pero la fe se abría paso en mi interior a machetazos; a machetazos, y hechos que me era difícil no mirar de frente de una vez por todas, y palabras pronunciadas por un preso de una cárcel sevillana hacía solo unos minutos. Una fe que no tenía que ver con religiones —esas las había abandonado en la cuneta hacía años, junto al cadáver desaparecido de mi hija—, pero que se alimentaba de leyendas, mitos, hechos de difícil certificación y medias verdades, como las otras. Al final, todo se reducía a una elección personal. Y yo había decidido creer. Solo así podría encontrar lo que buscaba.

Buscaba un ángel, pero un ángel negro y despiadado; o quizá, como Burke y sus claros y sombras, todo se reducía a la falta de

piedad, a la indiferencia. A la importancia de pisar una hormiga o dejarla marchar ladeando el pie para esquivarla al caminar sobre una acera. ¿A quién le importa?

La realidad, supuse, es que solo le importa a la hormiga. Para la hormiga el asunto sí tiene su importancia, aunque ella nunca llegará a saberlo.

Al final sonreí; fue una sonrisa fugaz, sin alma de sonrisa, y me volví a mirar al frente, a la carretera que nos acercaba a Sevilla desde el término de Mairena del Alcor, el coche devorando el futuro a noventa kilómetros por hora en una carretera carente de arcenes que había conocido mejores tiempos. Los jaramagos y las malas hierbas parecían asaltarla en los márgenes de las curvas, en busca de nuevos e inexplorados territorios de asfalto donde arraigar sus raíces. Advertí que Alicia era de esas personas que conducen algo más rápido de lo debido, pero, a decir verdad, a cada día que pasaba había menos cosas que me importaran. Me agarré al asidero lateral de la puerta y me dejé llevar, en todos los sentidos.

A mi espalda, solo una enorme nube solitaria marcaba el lugar, para el que supiera mirar —ya escondido e invisible entre las curvas y la distancia—, donde unas almas condenadas se pudrían poco a poco, matando de la misma manera lo único que la vida nos regala, a veces edulcorado y otras tantas envenenado: el tiempo.

Dediqué un pensamiento a Santos Sena, al que le había escupido antes de salir que se pudriría preso entre aquellas paredes. Todavía reverberaban en mis oídos sus últimas palabras, escupidas a su vez desde aquella silla cuando ya me alejaba por el pasillo camino al mundo de la luz y la fingida libertad; palabras encorsetadas entre carcajadas que provocaron un eco desagradable dentro del pequeño módulo en el que nos habíamos encontrado:

—Yo soy el preso y vosotros las presas. —Rio—. También me dijo eso. Yo el preso, vosotros las presas, ja. ¿Me escuchas, inspector? Las presas.

Después de eso, las carcajadas parecieron expandirse en la atmósfera del módulo, huecas y sonoras, y rellenaron cada rincón, como ondas sobre el agua tras lanzar una piedra.

47

Cuando Santos Sena fue escupido a su celda de mala gana por Almeida supo que esa vida, esa nueva vida que había comenzado aquel día en una plaza de toros y que había marcado en rojo en el calendario, tocaba a su fin.

No era el más listo de la clase, pero la mirada cómplice que el Conde y Almeida habían cruzado metros antes en el pasillo de la planta superior, cuando el primero se apartó y se pegó a la pared para dejarlos pasar, le bastó para saber quién era el hombre que había dejado aquella cuerda con aquel nudo hecho sobre su cama. No lo culpaba. El Conde no era más que un emisario, un mensajero.

Ángel. Él sabía.

Ni siquiera se volvió cuando oyó la puerta cerrarse tras de sí, delatada por el entrechocar de metales. Dejó reverberar en su cabeza aquel sonido, como un eco de distorsionadas campanas tocando a réquiem, a sabiendas de que sería uno de los últimos que escucharía.

Ángel sabía. Tanto como él había sabido que esto llegaría desde que todo empezó. Ya lo había buscado cuando se presentó en aquel apartamento en busca de la mujer.

Pensó en su hijo, y se deleitó en el recuerdo durante unos segundos; pensó en su mujer, y desterró el recuerdo para volver al de su hijo. Quería que el de su hijo, y no otro, fuera su último recuerdo.

Miró la soga; era lo mejor. Por su hijo, porque era la única forma de liberarlo de su padre… y porque Ángel sabía.

Era hora de irse.

Agarró la soga, y el tacto en las manos le transmitió que era demasiado estrecha. Más fina que en las películas, menos pomposa. Pero esto era la vida, y la muerte. Y la muerte no entiende de lujos. Dio dos tirones, sujetándola entre las manos, y pensó que aguantaría. Claro que aguantaría. Miró hacia la ventana, miró los

barrotes que usaban la débil luz que entraba entre ellos para dibujar en la pared, tras él, un mosaico de grises y claros, y advirtió que una gran nube solitaria neutralizaba el sol que debía de lucir sobre los campos que rodeaban el recinto.

Se asomó cuanto pudo, intentando dilucidar sus bordes. La nube parecía suspenderse, imantada sobre la cárcel. Le resultó apropiado: una nube que lo acogía y daba un absurdo toque novelesco al final de una vida oscura, como si estuviera allí por él, o al menos, eso quiso imaginar. Sus manos toquetearon los barrotes y la cuerda, y un nudo rápido unió lazos entre unos y otra, y pensó de nuevo en su hijo y atesoró sus recuerdos para los segundos finales, o eso pretendió.

Cuatro minutos después, cuando el aire se había ido, las piernas no alcanzaban a reconquistar la esquina de la litera en la que se había conseguido sujetar para subir hasta la soga y echársela al cuello, con la espalda contra la pared y los omoplatos lacerados por el forcejeo y el roce de la piedra —cosa que, como una rozadura libre de calzado, no tendría demasiada importancia *a posteriori*—, lo último que pudo recordar fue a Ángel. Y lloró. O quizá todo fue fruto de la asfixia y los ojos desorbitados, y el pataleo y la lengua fuera de sitio, quién sabe.

Ángel sabía.

El forense que más tarde examinó el cadáver no prestó atención a esas lágrimas secas, ni falta que le hacía. Los guardias y el personal residente que vieron el cadáver recorrer los pasillos con la cara absurdamente descubierta por Almeida a medio camino, la lengua morada y asomando, como última broma macabra y exhibición del poder tan desproporcionado como absurdo del que a Almeida le gustaba presumir ante los otros presos, tampoco se preguntaron la razón de aquellos surcos secos y salados, blanquecinos sobre una cara morada, como restos de cal en el cristal de una ducha.

Arrojemos un poco de luz a la oscuridad. ¿Quién sabe? Como el gato encerrado de Schrödinger y la paradoja de la caja, sin abrir la caja, el gato está a la vez vivo y muerto. ¿Quién sabe? Esta caja no la abriría nadie ya para mirar. Pongamos que lloró.

V

FÉLIX

48

A decir verdad, todo, lo que se dice todo, no lo sabía; pero sí que sabía muchas cosas; eso también era verdad. Más que nadie que hubiera conocido. El cómo las conseguía saber era una de las cosas que no sabía, para empezar. Hubo un tiempo en que esta pequeña incongruencia lo hacía sonreír para sus adentros. Sabía cómo hacerlo, pero no sabía a cuento de qué podía hacer lo que hacía. Hubo otro tiempo en que se preocupó por ello, y hasta usó su increíble —era el adjetivo más adecuado— habilidad para indagar en busca de los orígenes de tales recursos, sin ningún resultado positivo; no hacía mucho incluso había leído un libro de Stephen King: *El instituto*. No es que siguiera buscando; a esas alturas, el asunto no le importaba lo más mínimo. Con saber que podía le bastaba. Pero, aunque el asunto estuviera encerrado en el baúl de las cosas sin importancia y enterrado en lo más hondo de lo que suponía era el universo de su cabeza, siempre quedaba un ascua que soplar. El tal King escribía libros de ficción, pero cualquiera con dos dedos de frente, y él tenía al menos dos, sabía que la ficción siempre bebe de la realidad, porque de donde no hay nada, nada se puede sacar, a no ser que seas Dios, y ese asunto de Dios, su existencia y sus facultades, estaba por dilucidar. Era una de las cosas que no sabía, pero estaba seguro de que los escritores de ficción no lo eran.

Harto de intentar buscar información en fuentes oficiales, y cansado de intentarlo con su particular método, a veces simplemente se entretenía leyendo algo de ficción que rozara asuntos parecidos al que le concernía. Así como estaba demostrado —aún se discutía, pero Félix estaba seguro— que Cristóbal Colón sabía más de lo que contó cuando se dirigía rumbo a América, y tuvo conocimiento de algunas informaciones que, si no le dibujaban América con cabos y golfos, sí le decían que algo había, muchas historias de ficción se basaban en hechos, si no reales, sí al menos

posibles o llanamente no probados. Que se lo dijeran a Julio Verne, o a Nostradamus. La misma Biblia estaba ahí, como funambulista en la cuerda, sin saber si caer a uno u otro lado a cada página.

Y así, de cuando en cuando, se entretenía con estas historias, por si daba con algo que no había encontrado en otro lugar. Y, aunque *El instituto* trataba de niños con ciertos poderes, como la capacidad de mover objetos o comunicarse sin palabras, que en la novela llamaban TQ (telequinesia) y TP (telepatía), resultó que no era de su interés y nada tenía que ver con lo suyo. Incluso esos que se comunicaban por telepatía se atrevía King en la novela a afirmar que veían en la mente palabras como anuncios de neón; lo suyo no tenía nada que ver con eso: él simplemente veía. Sí que lo hacía como a través de una especie de prisma, como si mirara a través de un catalejo con algo de bruma, pero nada de tonterías de neón ni de letras. Lo suyo eran visiones. La capacidad de conformar imágenes pasadas o futuras. Con sus peculiaridades, eso sí, que no todo el monte es orégano, que se solía decir. Pero eso se quedaba para él, como todo lo demás. Y aunque el libro no estaba mal —el tío entretenía—, lo dejó a medias. Él solo leía para buscar, para saber lo que no podía ver, como un historiador que bucea en un archivo.

Fue como la pleamar de una luna lejana; una marea lenta y acompasada, de pequeñas embestidas que iban ganando terreno dentro de su cabeza, y le enseñaba cosas en cada una de ellas que, al parecer, sus compañeros de clase no veían.

Al principio casi no tenía que hacer nada; eran simplemente cosas que le venían a la cabeza; premoniciones, podría decirse: dónde estaban las llaves que mamá no encontraba; a qué hora empezaría a llover aquella tarde; quién era la persona que llamaba a la puerta —algunas veces sabía quién no era, pero no lo contrario, cuando la persona era una cara desconocida para él—; cómo acababa el libro que estaba leyendo en aquel momento…; cosas como esas.

Un par de veces estuvo tentado de contárselo a sus padres. Incluso casi se le escapó una noche, después de cenar, justo aquella noche en que llamaron a la puerta y él dijo, casi sin pensar, cuando aún masticaba a marchas forzadas un plátano de esos que tenían manchas negras tras retirarles la piel, y que su padre le obligaba a comer a pesar de que le daban arcadas:

—Es la tita. Ella…

Su padre se había levantado de la mesa para abrir y levantó la mano como si con ello pudiera dejar la sala y la conversación en pausa, y, a decir verdad, lo dejó con la palabra en la boca.

—No es la tita; es el ti…

Su madre, que miró hacia la entrada desde su sitio en la mesa, no llegó a terminar la frase. Se limitó a levantarse para ir a la puerta y lo dejó allí plantado, en la mesa, con aquel maldito plátano, tras captar alguna que otra palabra suelta entre lágrimas al fondo del pasillo. Él… Él simplemente aprovechó para escupir en el plato la plasta en que se había convertido el dichoso plátano. Sabía que aquella noche eso ya no importaría.

Resultó que no era la tita; era el tito, como estuvo a punto de corregir su madre al escuchar su voz. Solo que él lo había sabido antes. Lo que no había llegado a decir era lo que le había pasado a la tita, y exactamente eso es lo que había llevado al tito hasta la puerta de casa con lágrimas en los ojos. Fue la mirada de su madre, tres días más tarde en el cementerio, la que le hizo comprender que quizá no fuera buena idea contarle eso a nadie. Fue una mirada extraña, como si su madre mirara a un desconocido en lugar de a su propio hijo, allí plantado, con su pequeño traje oscuro frente a un nicho abierto y un ataúd que esperaba su último y corto viaje. Incluso llegó a soltarle de la mano con que le agarraba, aunque ese detalle Félix ya lo había adivinado unos segundos antes, cuando lo miraba con aquella mirada extraña desde arriba.

Fue la primera vez que se sintió un bicho raro, y fue una sensación tan extraña como la expresión en la mirada de su madre. Después de aquello, se prometió que se guardaría el secreto para sí mismo. Con casi once años, ya comprendía que lo que para él parecía ser algo normal podía no serlo para el resto, y también sabía lo que les pasaba a las personas que no eran normales. Para empezar, todo el colegio se metería con él, como hacían con Luisa, la segunda hija de su vecina, y solo porque tenía una pierna un poco más corta que la otra y debía llevar una especie de tacón gigante que ocupaba toda la planta del zapato. La llamaban «la Apisonadora»; la verdad es que aquel zapato parecía una diminuta apisonadora, de esas que aplanaban las carreteras con un rodillo enorme, pero en miniatura. Eso es lo que parecía aquel zapato

negro con aquel tacón más grueso que el diccionario que sacaba la profe de Lengua en clase.

¿Y qué podrían decirle a él si se sabía lo que él sabía? ¡Si incluso su madre lo había mirado como si fuera una cucaracha en medio del salón! A su madre no la asustaban las cucarachas ni los grillos, al vivir como vivían, casi en el campo, pero tampoco podía decirse que se alegrara de verlas.

¿Y qué decir de Juan, el hijo del zapatero? Todos los niños lo llamaban «el Tonto». No es que no fuera tonto, que lo era, aunque su madre siempre le dijera que no utilizara esa palabra para referirse a él. Tan tonto era que se reía cuando los demás niños le decían tonto. Quizá por eso lo sacaron del colegio para mandarlo a otro de más lejos, donde además dormía. «Otro especial», había dicho su madre. En todo caso, todos siguieron llamándolo «el Tonto», aunque ya no viviera en el pueblo. Hasta alguna vez, cuando Juan, el padre, salía de su pequeño taller de zapatos para reñir a los niños que jugaban al balón en la plaza y mandarlos a freír espárragos con esa voz tan gruesa como fina era su paciencia; cuando los niños se perdían tras la primera esquina y la identidad se difuminaba con la falta de visión directa, se escuchaba con el retintín que tan bien dominan los preadolescentes:

—Juan, eres más tonto que tu hijooo. Juan, el padre del tontooo.

Entonces, Juan, rojo como un tomate a punto para ser recogido, gritaba desde la puerta del taller:

—¡Sé quiénes sois, pequeños cabrones!, ¡hijos de puta malparidos! El día que os coja os meto un zapato en la boca a cada uno, y que venga tu padre luego —decía, ya en singular, como si les viera las caras uno a uno, y se viera con el zapato en la mano cumpliendo las amenazas.

Claro que, como no podía ser de otro modo, lo siguiente que se oía eran las risas de los niños —algo mayores que Félix— tras la esquina. Después, pisadas al trote que se alejaban diluyéndose, dispuestas a dar balonazos en otra pared.

Entonces, casi siempre, lo que quedaba en la plaza era el zapatero, como torero que espera la salida del toro —la misma cara que los toreros de la tele ponía, a juicio de Félix—, y un chaval. Uno solo en una esquina.

Félix, que así se llamaba el chaval que jugaba a las bolas, las

más de las veces solo en la esquina de la plaza donde un olivo plantado sobre tierra amarilla y arenosa conformaba el lugar ideal para practicar un agujero junto a la base donde colar las pequeñas bolas de cristal, esperaba siempre con disimulo el momento en que saliera el zapatero —porque sabía que saldría— a soltar tacos como si fuera un aspersor. No sabía si sería más tonto que su hijo, pero muy listo no debía de ser cuando siempre se la daban con la misma cantinela, y él respondía. Con once años, Félix ya sabía que, si respondes a una provocación, suelen lloverte más. Y más de una vez estuvo tentado de instruir a Juan el zapatero al respecto, pero, a ciencia cierta, sabía que no serviría de nada, y nunca había sabido de ningún chaval de once años que dijera cómo comportarse a un hombre con barba y oficio, y con las malas pulgas de Juan. Y además, lo que era más importante, podría mirarlo raro, como aquel día su madre en el cementerio. Y Félix no quería eso, porque el siguiente paso tras eso siempre sería ocupar el lugar de Luisa, o de Juan el hijo, al que algunos ya llamaban «el Desaparecido», por variar y tirando de ingenio, aunque, según su madre, vivía en Madrid, en un colegio especial; un colegio para niños especiales.

Félix ni de lejos quería pisar un colegio para niños especiales, aunque fuera de otro tipo de especialidad, y fue por eso, y por aquella mirada de su madre, por lo que decidió no contarle nada a nadie de lo que sabía desde aquel día del cementerio.

Tuvieron que pasar algo más de un par de semanas para que su madre, una noche, en otra cena distinta de aquella que quedó marcada por una tía que ya no tenía, le preguntara, así, como si nada:

—Oye, hijo, el otro día… —carraspeó, aunque siempre era su padre el que solía hacer eso, y no su madre—, tú ¿cómo sabías que era la tita cuando llamaron? Ya sabes, ese día. Me refiero a que…

—Ya sé a qué te refieres, mamá —contestó Félix, que por supuesto lo sabía—. No sé. Lo dije por decir. Fue una casualidad. Además, no fue la tita, era el tito.

Después de eso se encogió de hombros, disimulando, e incluso se metió una cucharada de sopa en la boca que le quemó la lengua, por aderezar el disimulo. Nunca supo si su madre llegó a creerse la trola —ese tipo de cosas no era su especialidad—, pero sí que apreció de nuevo esa mirada extraña en su cara, como si su madre

no fuera su madre, y él no fuera su hijo, y no fueran más que un par de extraños sentados a la mesa. Su padre, al otro extremo, no dijo nada, aunque hasta Juan, el hijo del zapatero, se hubiera dado cuenta de que habían hablado de ello con anterioridad.

No fue hasta tres años más tarde, cuando ya había dejado atrás el colegio para pasar a formar parte de los novatos de primer año en el instituto, cuando Félix averiguó que podía sacar partido de las visiones; porque para entonces, lo que antes eran simples premoniciones, habían ampliado su radio de acción, y casi eran cortometrajes. Claro que para eso tenía que esforzarse un poco, y no venían por arte de magia, como cuando era niño, pero le bastaba concentrarse un poco, solo un poco, sin demasiado barullo alrededor, para darle al *play* y ver una película en su cabeza.

¿Y qué puede querer un niño —cualquier niño— de catorce años que es alumno nuevo en un instituto? Para empezar, ser popular, y no ser catalogado como uno de esos bichos raros que son estigmatizados en todos los institutos del mundo. Lo segundo…, bueno, lo segundo era sacar buenas notas; al menos, no malas. Lo justo para que en casa todos estuviesen contentos y lo dejaran en paz. El problema era que, irónicamente, el primer deseo chocaba con el segundo. ¿Cómo ser un empollón sin llegar a ser un bicho raro? Félix temía ser un bicho raro más que nada en el mundo, desde aquel día en que su madre lo miró de aquella manera.

La solución llegó casi forzada. El primer trimestre no había sido bueno. A decir verdad, el instituto —mejor dicho, las cosas que enseñaban los profesores en sus aulas— no le interesaba demasiado. El problema era —uno más— que las notas del primer trimestre no habían dejado contentos, lo que se dice contentos, a sus padres, y estos, preocupados por el porvenir de su único hijo y queriendo un futuro para él que no fuera regentar el bar del pueblo cuando su padre se jubilase, habían decidido que su hijo necesitaba un profesor de apoyo.

—Solo durante un tiempo, a ver qué pasa. Verás cómo te ayuda —había dicho su madre.

Su padre no solía decir mucho, y si lo decía, venía a ser algo como:

—Si el niño no quiere estudiar, que no estudie. Se viene conmigo al bar y todo arreglado. No será que no me hace falta —

decía mirando a su madre, como si Félix no estuviera delante, sentado a la mesa—. Ya verás cuando te hartes de fregona y de recoger vasos y platos como te acuerdas de los libros. —Entonces se giraba hacia él, como si acabara de darse cuenta de que estaba allí —. Mira estas manos, ¿eso es lo que quieres? Porque o son los libros, o esto.

Félix no quería ni una cosa ni la otra. A decir verdad, como buen adolescente, no sabía lo que quería. Lo que sí sabía era lo que no quería, y por nada del mundo quería unas manos agrietadas por el trabajo y el continuo lavar de vasos y platos, y sobre todo no quería que sus jóvenes piernas terminaran como las de su padre, infestadas de varices provocadas por la acumulación de horas tras la barra, como diminutas serpientes violáceas que corrieran bajo la piel a su antojo. Hacía no mucho, un viernes por la noche en que debió acostarse —o hacer cualquier otra cosa— pero no lo hizo, se había tragado una película en el salón. Su padre, como siempre, estaba en el bar. Siempre solía llegar tras la cena, excepto los lunes, el día que el pueblo prescindía forzosamente del bar que sustentaba a la familia. Las cenas en familia de los lunes eran como un concejo en el ayuntamiento; era entonces cuando se trataban todos los asuntos familiares que le incumbían, y algunos que lo traían al pairo, que solía decirse; temas de adultos. Su madre, por alguna razón relacionada con Anselmo y alguna celebración en el bar de su padre —Anselmo era vecino del pueblo, además de amigo de su padre, y Félix había escuchado algo de jubilación—, se había arreglado aquella noche e incluso se había comprado un vestido nuevo en la ciudad, y le había dejado la cena hecha y el consejo —no era una obligación, pero las palabras cargaban algo de advertencia en cada sílaba— de que no se acostara tarde, que al día siguiente había que madrugar. ¿Y qué hace un adolescente cuando le dicen que no haga algo? Pues lo contrario, ya se sabe. Así que Félix había cenado y se había sentado a ver la televisión en el sofá de su padre, toda la casa para él solo, y se había tragado aquella película donde unos extraterrestres se infiltraban en humanos de tal forma que la piel de los infelices era recorrida por gusanos sospechosamente parecidos a las varices de las piernas de su padre. Claro que en la televisión eran en blanco y negro, pero Félix las imaginó del mismo color violáceo que las líneas que su padre se masajeaba continuamente

cuando se sentaba en el sillón en el que él estaba sentado en ese momento. La única diferencia entre unas líneas y otras era que las de su padre no se movían, y las de la televisión no paraban de hacerlo.

Si la película llevó a Félix a decidirse o no, ni él lo sabía, pero acabó aceptando de buena gana a Cristina un par de horas los lunes y los miércoles por la tarde, y en parte por ver a Cristina en tardes alternas —ella le sacaba un par de años, además de sacarle las hormonas a pasear; a veces, Félix se preguntaba si Cristina podría oler el rubor que lo atenazaba según qué días, cuando a veces ella se inclinaba sobre la mesa y él alcanzaba a ver algo que no debía—, y en parte por evitar aquellas malditas varices —nunca volvió a mirar las piernas de su padre de la misma manera después de aquella película—, Félix decidió que debía poner remedio al asunto de las notas. Cristina no era la solución, eso Félix lo sabía, pero estaba dispuesto a negarlo bajo tortura con tal de echar un ojo los lunes y miércoles tras el escote. Lo que quedaba… Lo que quedaba es lo que él sabía.

Por alguna razón desconocida, nunca había podido ver ningún cortometraje relacionado con su persona directamente, así que aprendió a dar un rodeo cuando era necesario. Al final del segundo trimestre, el asunto estaba dominado. El método era bien sencillo, al menos para él.

Todo lo que tenía que hacer era concentrarse un poco antes de dormir, cuando ya estaba acostado y tranquilo en su cama, en los días previos a algún examen. Félix pensaba en el profesor de la asignatura en cuestión, cerraba los ojos, y, tras unos segundos de incertidumbre, las imágenes venían; el túnel de bordes difusos aparecía, y las imágenes en movimiento lo acompañaban. Así vio a la señorita Margarita confeccionar las preguntas del examen de Lengua en la sala de profesores; así vio a don Manuel formular en una vieja libreta los problemas del de Matemáticas… El resto era coser y cantar. Ya fuera un lunes o un miércoles, cuando Cristina venía, lo único que tenía que hacer era pedirle, siempre como el que no quiere la cosa, que le explicara un problema concreto que le habían puesto como deberes en la clase de mates, o que lo ayudara a redactar tal o cual redacción para la clase de Lengua.

Todo funcionó de maravilla durante un tiempo. El segundo

trimestre fue la resurrección de Félix en cuanto a calificaciones se refería; también recuperó las pendientes del primer trimestre. Su padre incluso le daba palmadas en la espalda y presumía de estudiante en el bar, según le decía los lunes por la noche. Su madre se lo comió a besos y le compró una bicicleta. Fue en los parciales del tercer trimestre cuando Cristina se lo quedó mirando una tarde de miércoles:

—¿Cómo lo haces?

—¿Qué? —dijo él, sin pillarlo.

—Sé que haces algo. No sé cómo, pero lo sé.

—No sé a qué te refieres —dijo él, aunque ya empezaba a sospechar a qué se refería.

—¿Crees que soy tonta, o qué? —Aquella tarde estaba preciosa.

La luz de primavera se filtraba a través de las finas cortinas de la ventana y la alumbraban, y casi remarcaba un halo de otra luz que parecía quedarse adherido al vestido de diminutas flores que llevaba. Y lo que era más importante, a su vez, esos mismos rayos de luz, los que no se pegaban a su contorno y seguían su camino insistentes, conseguían atravesar el traslúcido algodón para delatar la figura que se escondía tras él, y de entre la figura, las dos protuberancias que interesaban a Félix, como dos pequeños globos que empujaban la tela para separarla de un cuerpo de mujer, hasta que las manos en jarras de Cristina la obligaban a ceñirse a la cintura de nuevo.

Félix se maldijo a sí mismo. Debería haberlo visto venir. Pensó en cerrar los ojos y concentrarse unos segundos, pero sabía que no le serviría de nada. Pero ¿no podía haberse adelantado a este momento? Era un asunto que discutiría más tarde consigo mismo.

—¿No vas a decir nada? Los exámenes —añadió.

—¿Qué pasa con los exámenes?

Cristina exhaló el aire, como si el asunto fuera evidente, y el tema, aburrido.

—¿Crees que eres el único mocoso al que doy clase?

Aquello había dolido. «Mocoso». No es que Félix tuviera demasiadas esperanzas puestas en saltar al mundo del despertar adolescente y unir sus hormonas con las de Cristina en una cama; ni siquiera había pensado en nada más allá de un par de besos, pero ¿«mocoso»?

—No…

—Los exámenes. Ayer Marta me enseñó el examen de mates de la semana pasada. Se lo pidió al profe para corregirlo y prepararse para los finales, y ¿sabes qué?

—¿Qué? —Ni falta hacía preguntar a esas alturas, pero lo hizo.

La esperanza es lo último que se pierde.

—Pues que las preguntas eran igualitas a las que me presentaste la semana pasada para que las resolviéramos, antes del examen. ¿Cómo lo haces? Por última vez. O me lo dices, o voy con el cuento al director. No, mejor a tu madre. Eso, a tu madre.

—No sé, sería una coincidencia.

—Y una mierda. —Cristina hizo amago de salir de su cuarto dando media vuelta.

El maquinista microscópico que Félix tenía en la cabeza echaba carbón a la locomotora de la imaginación a marchas forzadas, exigido hasta el límite. Félix sentía que ese mismo humo que debía de salir por la microscópica chimenea se agolpaba en su cabeza y no lo dejaba pensar con claridad.

«Bicho raro», oyó una voz en su cabeza. «Me va a ver como un bicho raro», pensó.

—Valeee, te lo diré. —Cristina paró bajo el marco de la puerta y dio otra media vuelta. Había vuelto a colocar los brazos en jarras, y ahora el punto donde Félix no quería mirar, pero que, por otro lado, no podía dejar de mirar, era aquel en que el vestido se transparentaba entre las piernas, formando una uve invertida entre las dos; aquel por donde la luz lo traspasaba para plasmar el contorno de la niña en la pared empapelada del pasillo—. Me cuelo en el colegio —soltó. «Gracias, maquinista».

Cristina volvió a sentarse junto a él, casi teletransportada, como Drácula hacía en las películas.

—Cuenta. —Entornó los ojos y acercó su cabeza a la de Félix; tanto que él pensó que iba a darle un beso. Iluso.

El maquinista echó más carbón a la máquina, y Félix contó todo cuanto se le ocurrió para dejar satisfecha a Cristina. Y así, contó que había conseguido hacer una copia de la llave del cuarto de profesores, y que se colaba por una ventana, por la noche, cuando había exámenes, porque todos guardaban los exámenes allí…

—¿Y los míos? ¿Podrías echar un ojo a los míos cuando vuelvas?

—fue todo lo que dijo ella cuando Félix terminó.

Mujeres, pensó Félix por primera vez en su vida, y desde luego que no sería la última. Siempre buscando el lado práctico de las cosas. La frase era de su padre, pero por primera vez —fue una tarde de primeras veces— Félix entendió qué quería decir cuando la pronunciaba.

—Pero si tú lo sabes todo —dijo él.

—Mira el mocoso. —Otra vez «mocoso»—. Sé lo tuyo, listillo. Lo mío es más complicado. ¿Harías eso por mí? ¿Lo harías?

Félix caviló, pensando qué respuesta le convenía más. Lo cierto era que podía hacerlo, y no le costaba mucho. Pero ¿qué ganaba él?

—¿Qué gano yo con eso?

—¿Que qué…? —Esta vez era Cristina la que echaba carbón al tren.

Félix esperó en silencio, y por primera vez —otra primera vez— se dio cuenta de que el tren de Cristina iba más despacio que el suyo. La única ventaja que tenía ella era que era mayor, y ya había pasado antes por donde le tocaba pasar a él. Pero, aparte de eso… Bueno, también estaba eso: miró el escote sin demasiado disimulo.

Cristina lo captó. Félix se mantuvo en sus trece, atesorando su silencio. Se había fijado en que a veces mamá ganaba batallas así en casa, castigando a papá con silencio.

—¿Qué vas a ganar? ¿Te parece poco el no decírselo yo a tu madre?

—Esa amenaza ya la gastaste antes. No puedes atacar con la misma munición siempre.

—¿Y quién lo dice?

—Yo. Y cualquiera al que le preguntemos. Lo que pasa es que no podemos, pero cualquiera diría lo mismo. Porque en ese caso puedo pensar que siempre me tendrás cogido por los huevos con lo mismo, y eso… Que no está bien, vaya.

—¿Qué quieres, entonces? —se rindió ella ante la evidencia. Félix volvió a mirar el escote. A esas alturas ya lo había decidido. Cristina sonrió, entornó los ojos, y le mantuvo la mirada cuando él levantó la suya. Así estarían… quizá diez segundos, o doce—. Vale —dijo ella de golpe—. Pero los quiero todos; si no, no hay trato.

Félix asintió, sonrió, y alargo la mano, la abrió y la dejó llevar hasta una de esas manzanas prohibidas que se escondían tras el

vestido. Solo que Cristina lo paró a medio camino y, alzando la suya, fue a coger la de él, y se dieron la mano como los hombres cuando se encontraban en medio de la plaza del pueblo. Mejor, como aquel tipo de los seguros cuando vino al pueblo y alzó la mano por encima de la barra para acoger la mano agrietada y húmeda de papá, que, antes de ofrecer la suya, vino a secársela con el trapo que siempre tenía bajo la máquina de café. Y tal como ellos las balancearon entonces, así balancearon las suyas Félix y Cristina con los rayos anaranjados que la tarde ofrecía como testigos: los rayos bañaban el escritorio, y dos manos que se movían juntas proyectaron una sola sombra sobre él.

Félix asintió en silencio, a sabiendas de que su momento llegaría, y dejó bailar la mano al son que ella marcaba.

—Cuando los tenga y compruebe que lo que dices es cierto —dijo ella—; antes no.

—Me parece justo.

Y por primera vez, supo que podía sacar partido a las cosas que sabía. Mucho partido.

49

No fue hasta el curso siguiente cuando las cosas se torcieron.

Para entonces, Félix conocía las dos manzanas de Cristina como las líneas de la palma de su mano. Ya no eran manzanas prohibidas, y el asunto casi hasta lo aburría; casi.

«Cada vez es más difícil, me arriesgo mucho, y si algún día me cogen el que se la carga soy yo», le había dicho una tarde. Cristina, por otro lado, no estaba dispuesta a renunciar a la gallina de los huevos de oro, y estuvo más que dispuesta a ceder parte de su terreno —pongamos cuerpo— antes que volver a tener que hincar los codos. Y así, la cosa avanzó durante un tiempo, hasta que Félix le dijo otra tarde que debía darle a él el dinero que su madre le daba a ella por darle clases, porque, para hablar con propiedad, podría decirse que las clases se las daba él a ella.

—¿Y mis clases no cuentan? —había dicho ella.

Para entonces las clases las daban encima de la cama, y los libros contaban tanto como la ropa que se quitaban.

A Félix, todo sea dicho, ya no lo fascinaba como el año anterior el cuerpo de Cristina, porque, como dicen, el problema de los deseos es que se pueden cumplir, y dejan de desearse cuando se alcanzan. Ya preveía que habría más Cristinas en el mundo.

—Sí, pero no. Lo tomas o lo dejas. Es lo justo —se atrevió a afirmar.

Cristina aceptó; Félix empezó a ahorrar. Disfrutaba del sexo adolescente dos veces por semana —a veces una, y la otra tarde la dedicaban a preparar las preguntas de los exámenes cuando tocaba—, y sus padres, acostumbrados a las visitas de Cristina y entusiasmados con el gran avance de su hijo, ni chistaban.

Félix, por su parte, había avanzado en su terreno. Podría decirse que había hecho los deberes, y para entonces, el método que utilizaba se reducía a sentarse delante del escritorio bolígrafo en mano, cerraba los ojos y transcribía sobre el papel la película que

veía en lo que él creía que sería la parte interior detrás de la frente. Debía hacerlo así, pues las materias que estudiaba Cristina, dos cursos por delante de él, no eran las mismas que las suyas, y, si no lo hacía así, cuando abría los ojos, al no entender los enunciados, no era capaz de recordar con exactitud cada pregunta de los exámenes.

—He estado pensando en lo que dijiste —dijo Cristina una tarde, los dos aún tumbados en la cama.

—¿Y qué dije?

—Eso. Lo de que no es justo. Y no lo es.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que tú cobras, cobras pasta, quiero decir, y yo no. Y también pongo mi parte. —Dio dos golpes con la mano sobre la colcha.

—La vida es injusta —dijo él.

—Como te he dicho, he estado pensando —repitió—. Y tengo la solución.

Félix volvió la cabeza, desvió la mirada que mantenía fija en el techo y, aunque sonrió, optó por mantener el silencio. Le gustaba el silencio, y había aprendido a hacer uso del mismo. Tampoco tenía demasiadas opciones, porque, aunque la vida no le iba mal, la verdad era que no tenía demasiados amigos. A decir verdad, amigos, lo que se dice amigos, no tenía. Conocidos sí, pero amigos no. En cualquier caso, la mirada, la sonrisa y el silencio parecieron conjugarse para que Cristina entendiera que la instaba a continuar.

—Podríamos vender la información —soltó—. Tú no. Quiero decir yo. Tú no tendrías que hacer nada más que lo que ya haces. Tampoco digo que le pasemos los exámenes a toda la clase. Como te digo, he estado pensando… Pero a dos o tres, quizá a cuatro, sí que podría. Sé hasta a quiénes sería. Todo lo haría yo. Yo tengo amigos. —Félix escondió la sonrisa y mantuvo la mirada en los ojos de Cristina—. Tú ya me entiendes. No he querido decir que… Solo digo que yo tengo amigos, buenos amigos. Mi novio…

—¿Tienes novio? —La pregunta escapó de su boca como un resorte.

—¿Qué pasa? ¿No puedo tener novio? Esto no es más que un trato. Un negocio, podría decirse. Pensaba que lo tenías claro. Lo de Juanma es distinto.

Félix lo tenía clarísimo. Era solo que hasta ahora nunca se le había ocurrido que Cristina…

—¿También lo haces con él?

—Claro. ¿Qué te crees?

—Pero… no sabrá nada de lo nuestro, ¿no?

—¿Acaso lo sabe tu madre? Tú no serás tonto, ¿no?

Félix pensó que sí, que a veces era tonto. También pensó que ya era hora de indagar un poco en la vida de Cristina fuera de las paredes de su casa. Él podía saber. Sería lo primero que haría en cuanto se fuera. Eso, y más cosas. Hasta ahora no se le había ocurrido que podía usar su talento para más cosas. Sí que era tonto. Definitivamente era tonto.

Así fue como aquella misma noche, esta vez al amparo de la madrugada y bajo las sábanas, se enteró de que Cristina tenía un hermano seis años mayor que ella que no iba al instituto y ni siquiera vivía en el pueblo, ya que tenía que trabajar para ayudar a la familia; de que le gustaban los gatos y tenían uno en casa al que habían llamado con el original nombre de Micifuz; de que se daba el lote con Juanma los viernes y sábados por la noche, y de que le hacía cosas que no le hacía a él.

—Bueno, ¿qué? —lo bajó Cristina de las nubes.

—Cincuenta, cincuenta —dijo él, casi sin pensar—. Lo tomas, o lo dejas, como las lentejas.

—¡Eh! Podría haberlo hecho sin ti, y no te habrías enterado.

—Me enteraría —respondió Félix—. Créeme que me enteraría. —Dicho esto, no hizo más que alargar la mano, sacándola de entre las sábanas. Ella dudó, no demasiado, a juzgar de Félix, y la misma mano que momentos antes había dado dos golpes a la colcha la ofreció a Félix, y las unieron como la primera vez. Un nuevo trato; un anexo del primer contrato—. Bueno, ¿y con quién te gusta más? —dijo él. Al fin y al cabo, era un hombre.

—Tú eres tonto. —Rio ella—. Ni te voy a contestar. A ver si adivinas, tú que dices que lo sabes todo.

De eso no pudo enterarse Félix, porque, que él supiera, no podía meterse en la cabeza de la gente; y nunca se enteró. Supo muchas más cosas más adelante, muchísimas, pero eso nunca lo supo.

Y ya que las cosas se tenían que torcer en aquel curso, aquel que se encarga de torcerlas, allá donde esté, si está en algún sitio,

decidió que, puestos a hacer algo, había que hacerlo bien. Y se torcieron bien. Siempre es más fácil hacer bien las cosas malas que las buenas.

Por aquel entonces, a mediados de curso, Cristina andaba por casa de Félix como pez en una pecera. Iba y venía a su antojo —el contacto se había intensificado a causa de los nuevos negocios—, y la madre de Félix las más de las veces se limitaba a abrir la puerta cuando llamaban y, si era ella, se echaba simplemente a un lado para que la aplicada y exitosa profesora de su hijo pasara al interior como una ráfaga de aire cualquiera. A veces, ni siquiera se regalaban un «hola», y un movimiento de cabeza y una sonrisa mutua bastaban. Otras, Isabel, que así se llamaba la madre de Félix, ofrecía:

—Si tienes hambre, en la cocina hay de todo.

En estos casos, Cristina, educada aun envuelta en la mentira, solía contestar:

—Ya he merendado, pero se lo agradezco.

—Si os entra hambre, ya sabes —venía a contestar Isabel.

Luego, las más de las veces, la madre de Félix, tan confiada como inocente y engañada, se iba a dar una vuelta por ahí, ya fuera con alguna amiga, al bar de su marido, o simplemente a la ciudad de compras, por variar y cambiar de aires, y dejaba a su hijo, ya mayor, y a su profesora, más aún, tan solos como acompañados.

Aquella tarde no fue de esas, de las de ofrecer merienda. Fue más bien de las otras, de las de echarse a un lado e intercambiar un par de movimientos de cabeza, en silencio. Cuando Cristina llegó al dormitorio de Félix, tras subir las escaleras, y abrió la puerta pensando en los «deberes», a los que les había cogido cierto gusto —para qué negarlo—, y en la remesa de pesetas que llevaba dentro del bolso que se había comprado en Salamanca, lo último que imaginó ver fue lo que contemplaron sus ojos, plantada ella bajo el marco de la puerta, como aquella otra vez en que estuvo a punto de irse sin llegar a cerrar un trato.

Algo desconcertada —Félix de espaldas, tan concentrado como inclinado sobre el escritorio—, avanzó dos pasos con el sigilo de las lagartijas que avanzan sobre las paredes encaladas en las noches de verano en busca de una presa, hasta quedar a medio camino en tierra de nadie, en mitad del dormitorio. Félix no se coscó de su

presencia, tan absorto como estaba.

«Algo no cuadra», pensó Cristina. No sabía qué, pero algo no cuadraba. Quizá fuera la postura; quizá esa concentración que le impedía darse cuenta de que había otra presencia en el cuarto. ¡Si incluso había subido los escalones de dos en dos, y llevaba los taconcitos que se había comprado a juego con el bolso!

Avanzó otro par de pasos, hasta situarse a la altura de Félix.

Nada. Como dormido, excepto por un detalle: estaba escribiendo.

Decir que para entonces Cristina querría haber estado en cualquier otro sitio menos en el dormitorio de Félix sería quedarse corto. Había oído hablar de locos, de enfermos mentales que hablaban solos o que caminaban dormidos, e incluso había oído hablar de exorcismos y demonios que habitaban en cuerpos de personas, y esto último al párroco de su pueblo, don Fabián, nada más y nada menos. Cuando se inclinó sobre el hombro de Félix para mirarlo a los ojos, los labios le temblaban como un flan de gelatina sobre las vías ferroviarias cuando el tren se acerca.

Félix escribía, ajeno a todo.

Cristina dudó y, temiendo ver lo que no quería ver, desvió la mirada para ver qué demonios escribía Félix con tal nivel de concentración como para no acusar su presencia, ya casi echándole el flujo respiratorio en el cogote.

Lo que vio la hizo parpadear. Dos veces, tres.

No.

No, no, no. No podía ser; pero lo era: las preguntas del examen de Física. De su examen de Física. Del examen de Física que tenía el viernes.

¿Cómo…?

Inspiró y, dudando entre el sí y el no, adelantó el pie derecho, un poco adelante y después, otro poco, hacia atrás. Quería mirar a Félix a los ojos, pero quería hacerlo con cierta distancia. Se inclinó un poco más, ya algo más lejos.

¡Cerrados!

Fue entonces cuando se le escapó el grito, un grito ahogado y agudo, miedoso en todos los sentidos; y fue entonces cuando Félix abrió los ojos. Había sido un grito ahogado, pero capaz de despertar a un muerto, y Cristina no sabía con qué estado se correspondía

Félix, pero muerto no era. Podía ser endemoniado, enloquecido o incluso enfermo, opción esta última que no la convencía, pero muerto no. Si hubiera tenido que apostar, lo hubiera hecho por la primera opción. Pero no se iba a entretener con ello, y si al subir saltaba los escalones de dos en dos, al bajar duplicó la apuesta, esta sí.

Félix, a caballo entre la sorpresa y el susto, no pudo por más de pronunciar:

—Cristina, deja…

Pero Cristina no dejaba nada, y menos atrás. Ni siquiera se despidió de Isabel, que aquella tarde no tenía previsto salir a ningún sitio y tendía la ropa en el patio de atrás y no llegó a verla salir; tan solo escuchó el portazo, y nunca más la vio. Porque Cristina no volvió ni a por su paga del mes —para entonces habían acordado los pagos de las clases por meses en lugar del plazo semanal pactado inicialmente, ya había confianza—; total, a Cristina eso le traía sin cuidado, cuando tras un rodeo todos ellos acababan en manos de Félix. Félix el endemoniado. Porque ya se encargaría ella de divulgar lo ocurrido. Solo hacía falta contarlo una o dos veces, y la voz correría.

No lo hizo aquella tarde, pero sí lo hizo a la mañana siguiente. Envuelta aún en la capa del miedo, Cristina pensó que la mejor manera de protegerse era contar lo que había visto, y lo que había visto era un niño escribir con los ojos cerrados, como los que salían en las películas que llevaban al demonio dentro. Más tarde añadiría que incluso lo escuchó susurrar palabras ininteligibles mientras escribía, pero eso ya fue cosecha propia.

Cristina contaba con que Félix, si no quería descubrirse, no diría nada de lo otro, de lo de su trato. Él tenía tanto que perder como ella; y además no tenía amigos: ¿a quién se lo iba a contar? Y lo que era mejor, ¿quién lo iba a creer?

Más de dos y tres cosas quedaron claras aquella semana: Cristina temería a Félix por los siglos de los siglos, como suele decirse, como gallinas al zorro en noche de tormenta; a Félix se le acabaría el apogeo sexual en que había vivido, al menos por un tiempo, y no fue poco; Cristina no pasaría el examen de Física con éxito, y fue el primero de muchos; y Félix, Félix sería para siempre, por los restos de los restos, como también suele decirse —al menos hasta que

dejara el instituto—, al abrigo de los rincones y esquinas, los muros más alejados del recreo del instituto, los cuchicheos ahogados por el murmullo que acentúa el anonimato en los pasillos, las voces susurradas al oído en los servicios entre el humo de cigarrillos clandestinos, y las miradas de reojo tras sus pasos, sería, no ya Félix, no; ni siquiera Félix *el Bichorraro* —no hubiera estado tan mal, bien mirado—, no. Sería para todos, simplemente, *el Endemoniado*.

Porque no hay lugar en el mundo en que la pólvora corra más rápido, ni explosione con más crueldad, ni tan silenciosa como efectivamente, que en un instituto; en cualquiera. Es un fenómeno de nivel mundial que no entiende de religiones, ni de política, ni de niveles económicos o sociales. Es simplemente así.

Félix el Endemoniado.

50

Félix no sabía si estaba endemoniado, pero no le cabía duda de que vivía en el infierno hacia finales de aquel curso. Notaba en la nuca cada mirada, escuchaba tras él los bisbiseos en los pasillos, e incluso soportó sin chistar ni soltar una palabra el apedreo de los cristales de su habitación una anodina noche de viernes, ya bien entrada la madrugada. ¿Que si sabía quién había sido? Ni se molestó en «mirarlo». «Ni idea», le respondió a su madre aquella misma noche. Y, la verdad, a esas alturas, el instituto entero era sospechoso. ¿Qué iba a decir?

Lo que sí sabía era quién había prendido la mecha. Eso sí que lo sabía. Y conocía todos sus secretos, y lo que era mejor, sus debilidades.

Fue la noche de un martes, justo después de cenar. Se había acostumbrado a salir a pasear un rato antes de dormir, y su madre, viéndolo como lo veía, todo el día encerrado en su cuarto, no veía con ojos extraños que el niño saliera a despejarse un rato, máxime cuando parecía estudiar tanto. Porque para sacar todos esos sobresalientes debía de estudiar mucho, aunque ella no supiera exactamente cuándo lo hacía. Además, se lo veía tan solo desde que Cristina se había ido para no volver… Sí, esos paseos no podían hacerle daño a nadie.

No le faltaba razón a su madre. Esos paseos no hacían daño a nadie; al menos hasta aquella noche de martes.

No era la primera noche que lo intentaba, pero sí fue la noche en que sonó la campana, como suele decirse. Tanto va el cántaro a la fuente que, ya se sabe, se acaba rompiendo.

La campana —o el cántaro— en sí tenía nombre propio: Micifuz. No es que fueran viejos amigos, pero no eran estrictamente desconocidos. En el curso anterior, y sobre todo desde que comenzara a rodar el segundo pacto, Félix había entrado en casa de Cristina más de una vez por negocios, casi siempre a recoger

ganancias. Así que el gato, en una noche aburrida de martes en que decidió salir a dar una vuelta, según la costumbre de los gatos que se precian de serlo, no extrañó a aquel adolescente que asomaba tras la esquina del muro norte. Quizá incluso saliera por eso mismo, al sentir aquella presencia cercana que de alguna manera los gatos presienten y los humanos no.

Y así, Micifuz, que no sabemos si sabía que lo de las siete vidas es una leyenda urbana, se acercó a Félix con el rabo relajado y el andar pausado, la guardia baja. Además, olía a boquerones frescos. Porque Félix podía estar endemoniado, pero tonto no era, y a los gatos siempre les gustó el pescado.

Visto y no visto. No había Micifuz —al que en casa llamaban Mici, y después de aquella noche no lo llamarían ni de una manera ni de otra— cogido el segundo boquerón del suelo junto a la mano extendida de Félix, cuando sintió el acero afilado hendir la carne y rozar el hueso. Tal furia descargó Félix en el cuchillo que la punta vino a aparecer, como tren que sale del túnel, en el centro de la boca con un boquerón ensartado para acabar pinchando sobre el dedo medio de Félix.

Este ahogó un grito, retiró la mano y agrandó el estropicio en el dedo. El gato, a quien el cuchillo le había entrado por la base del cogote y le había salido entre sus diminutos dientecillos, cayó a plomo, como toro al que le dan la puntilla. Solo el rabo dio un par de coletazos tristes como despedida antes de que la vida lo abandonara.

Félix se miró el dedo, del que un reguero de sangre manaba sin fuerza, como un riachuelo de verano, y miró al gato. Un reguero distinto, más hermoso y constante, manaba de su boca y conformaba un riachuelo más vivo y caudaloso a la derecha de la cabeza, fluyendo por efecto de la pequeña pendiente calle abajo. A Félix el efecto le trajo a la cabeza las gárgolas de la catedral de Salamanca, como aquel día lluvioso en que sus padres lo habían llevado a verla. A él, la verdad, le traía sin cuidado la dichosa catedral, pero lo de las gárgolas no estuvo mal. Rostros grotescos arrastrados hasta este mundo desde el de la imaginación de los hombres para expulsar por sus bocas abiertas el agua que se acumulaba en el techado de la catedral. Rostros que semejaban demonios, a la vista de un Félix más joven. Endemoniados, como él,

o eso decían.

Una mueca dibujó una sonrisa, producto de un pensamiento que había conformado una idea. Félix miró a uno y otro lado y pensó que tenía vía libre. No era infrecuente encontrar gente a la puerta de sus casas en las noches calurosas de verano, pero el día, ajeno a la nomenclatura que los hombres asignaron a las estaciones, había sido más fresco que otra cosa, la noche había aumentado la sensación de frío, y las pocas ventanas que lucían cerca no reflejaban más que la débil luz amarillenta de las dos farolas que se alineaban calle abajo, y que pronto encontraría en la sangre que fluía en busca de ellas otro espejo en el que mirarse. Félix ensanchó la sonrisa, miró sobre su cabeza, y descubrió que la última farola, la que presidía la cuesta a tres metros de donde se encontraba, permanecía tan muerta y apagada como el gato que tenía a los pies. «La muerte me sonríe», pensó.

No fue lo único que pensó. La idea que segundos antes se posara en él tomó forma en las sombras. Félix el Endemoniado. Eso era, ¿no? Miró hacia la casa de Cristina, donde la niña debía de dormir el sueño de los vivos.

«El demonio ha venido a verte». Ensanchó un poco más la sonrisa inicial, como un monstruo retroalimentado que crece ante su propia razón de ser; los dientes asomaron a la calle y reflejaron los cansados rayos amarillentos que las farolas conseguían impulsar hasta Félix.

Pensaba sobre la marcha y, como un carnicero novato, dio la vuelta al gato, el cuchillo veteado de morado bajo la luz de la noche, indeciso, y recordó —no sabía a cuento de qué, quizá aquello del demonio acabó engarzando con la corriente cristiana de una u otra forma, a saber— una película de romanos donde un tal Nerón se complacía persiguiendo cristianos y quemándolos como antorchas humanas. Eso hubiera sido apoteósico: un gato ardiendo a las puertas de Cristina. Su gato. «Demasiado arriesgado», caviló. Y, pensando en los cristianos, se le ocurrió sustituir el fuego por la cruz. ¿Acaso no habían crucificado cristianos? No dejaba de ser irónico que la que dormía dentro de aquella casa se llamara Cristina.

Dos cortes no muy limpios pero profundos como el océano abrieron a Micifuz de arriba abajo; dos miradas en derredor lo

convencieron de que no había madera para cruces, ni clavos ni ataduras, e improvisando una vez más, metió los dedos en la boca del gato, tocó con un mohín que se debatía entre el asco y la fascinación el cielo de la boca del animal y lo arrastró hasta la verja que daba acceso al pequeño jardín descuidado de Cristina y familia. Dos cipreses altos como catedrales se erguían majestuosos tras la entrada, incongruentes como un queso entero para un solo ratón.

«Ni pintados», pensó Félix, y dibujó una sonrisa nueva, asociando cipreses y cementerios.

No fue fácil enganchar al maldito gato en la verja repujada. Los barrotes se alineaban con estrechez, y no tuvo más remedio que acabar echando el gato al suelo y descoyuntarle las extremidades a base de patadas. El sonido de cada patada, aunque hueco y sordo, le parecía el trueno de una noche de tormenta en la quietud de la hora. Esperó, dispuesto a echar correr a la más mínima señal. Nadie apareció; ninguna ventana se encendió.

Una vez las extremidades rotas, el gato no era más que un muñeco de goma. Las garras encajaron a la perfección en el enrejado, y marcó una cruz del tesoro sobre la verja a la altura de su pecho; el del gato, abierto en canal, esperaría el nuevo día y las moscas hambrientas de cara a la entrada de la casa. De cara a Cristina. Metió los dedos en la boca del gato y presionó hacia abajo, sujetándole la cabeza con la otra mano; pensó que sería buena idea darle un poco de expresividad, devolverle parte de la fiereza que había perdido, pensando a su vez en Cristina.

—Vaya… —susurró al aire. La cabeza del difunto gato se empeñaba en descolgarse para mirar al suelo, como el crucificado de una procesión. Sosteniendo la boca con una mano, presionó con la otra hacia atrás, hasta que la pequeña cabeza encajó entre dos barrotes, sujeta precariamente por la física básica del rozamiento—. Así está mejor, mucho mejor. Aguanta, Micifuz.

No sabía si Cristina sería la primera en verlo; supuso que sería el padre, cuando fuera a trabajar; quizá la madre, al descorrer las cortinas para invitar a pasar la luz del día naciente. Con suerte, Cristina, aunque no lo creía. ¿Para qué imaginar? Cerró los ojos un momento, arriesgando un minuto en busca de saber, y lo supo. Sería la madre, y sería su grito desgarrado bajo el porche el que despertaría a Cristina. El padre, en el baño, tardaría un minuto

adicional en bajar, la barba a medio afeitar, cuando ya las dos mujeres de la casa se abrazaran bajo el mismo porche, incapaces de dar un paso hacia la cruz, donde Micifuz las esperaría con los brazos abiertos; las tripas, descolgadas por el picoteo de una lechuza oportunista, colgando como una toma de tierra hasta ovillarse en el cemento devastado por el tiempo, gris y desolado, como la mañana que se desperezaba.

Félix rememoraría la película muchas veces, muchas, en los días que siguieron en la soledad de su dormitorio, y siempre asomó a su cara esa misma sonrisa, esa hermanada con aquella otra que naciera en una esquina oscura, al amparo de una farola muerta.

51

El curso siguiente fue diferente. El revuelo que había alzado las alas con el gato las batió y se alejó, lento pero inexorable, devorando los días con cada aleteo.

Cuando comenzó el último curso de instituto, los cuchicheos sonaban más bajos, casi atemorizados, y las miradas de reojo eran menos miradas, apenas un alzar las cejas entre rostros temerosos, a lo sumo. Si bien el asunto del gato no se había resuelto, las voces adolescentes tejían sus propias teorías en la intimidad, y el nombre de Félix se susurraba con labios tímidos en casi todas las quinielas. De una manera u otra, lo que antes era burla se había tornado en temor, lo cual para Félix se tornaba a su vez en respeto. Eso estaba bien; muy bien. Ni siquiera Juanma, que todavía salía con Cristina y se dejaba ver en cualquier sitio menos en el bar de su padre, se atrevía a mantenerle la mirada. Y eso estaba bien; muy bien.

Casi echó de menos su nueva posición cuando al año siguiente tuvo que emigrar a la ciudad en busca de la universidad y de horizontes más amplios. Casi. Para cuando se asentó en Salamanca, Félix ya dominaba su talento hacia delante y hacia atrás, y la dulce madurez de los años y la curiosidad lo incitaron a buscar el origen de dicho talento. ¿Había más como él? ¿Hasta dónde podía llegar? ¿Hasta cuándo podría alcanzar con sus películas? Salamanca le brindaba una oportunidad para despejar sus dudas. Nuevos horizontes que explorar, gente a la que «mirar» y, sobre todo, información en la que bucear. No en vano, vivía en la ciudad de los estudiosos, las universidades, las bibliotecas y la cultura del conocimiento. Y él era un estudiante más, un estudiante avanzado mezclado entre ignorantes de marca mayor a su lado.

Se aficionó a los libros de historia, especialidad en la que se había matriculado —no podía ser de otra manera—, y más de una vez lo advirtieron cuando, sentado delante de un libro en la biblioteca, él advertía a su vez un error en sus páginas y se

ofuscaba. Porque la historia, la Historia con mayúsculas, la escriben los vencedores. La verdad era otra cosa, y, si el cuento era reciente y cercano, le bastaba con cerrar los ojos y viajar a través de ese túnel de bordes difusos, y ver con sus propios ojos; el libro y sus medias verdades olvidado bajo unos ojos cerrados que veían lo que nadie más veía.

Algún que otro día, en la soledad de su exiguo cuarto de alquiler a la espalda de la plaza Mayor, tirado en un colchón viejo, las manos entrelazadas entre la cabeza y la almohada, se acordaba de Micifuz, de la emoción de aquella noche y de la satisfacción de la mañana siguiente, y de Cristina. Había estado bien, lo de aquel gato. Era ya una emoción lejana, pero aún reconfortante.

Fue ya en el segundo semestre cuando el aburrimiento, unido al temario sobre el que volaban aquellos días, vino a ofrecerle una idea interesante. Incluso le hizo levantar la espalda de la cama y descruzar los brazos para apoyar las manos en el colchón: ¿y si pudiera…?

El futuro era visible, pero siempre dentro de unos límites. Demasiadas variables, imaginaba. El pasado… El pasado era otra cosa. La segunda guerra mundial quedaba a tiro de piedra, nada complicado. Bastaba un poco más de concentración y el debido tiempo para «llegar». Era fascinante. En aquellos días Félix pasaba más tiempo dormido que despierto, si podía decirse así.

El tema de la quincena era Roma; Roma y su imperio, y su época dorada… Y sus cristianos nuevos como actores secundarios. Nunca se había parado a reflexionar sobre temas religiosos. Ante el despliegue de conocimientos que se abría ante sí, ¿quién necesitaba a Dios? El concepto era demasiado grande para él. Pero, si apartábamos al Padre, ese que nadie había visto, más que Moisés en forma de llama, y algún otro en algún otro cuento, ¿qué decir del Hijo? Decían que ese había bajado a la tierra de los mortales. ¿Y si…? ¿Sería capaz de llegar hasta él? No hasta él; le bastaría con llegar a su época, y mirar. Incluso esperarlo a la puerta del sepulcro. La respuesta sería suya y solo suya, pero ¡vaya respuesta!

Durante semanas lo intentó, y hasta dejó atrás un par de exámenes en su obsesión. A veces le dolía la cabeza —lo cual nunca le había sucedido antes—; demasiadas horas y demasiada concentración. Pero el premio lo merecía.

La vida había perdido parte de su sabor, y las tareas cotidianas, las charlas triviales con conocidos y las necesidades fisiológicas le resultaban insulsas. Necesarias pero detestables. ¿Qué importancia podía tener todo cuando estaba en juego el gran conocimiento? ¿Existía Dios? Porque en su Hijo estaba la respuesta, si es que realmente era su hijo, y no el de un mortal más, a la postre, un simple carpintero si era verdad lo que contaban los libros, cosa que cogía con pinzas. Y lo tenía, casi lo tenía. Solo un poco más, un poco más…

Se estancó en Nerón. Por qué no podía avanzar más era una de las pocas cosas que no sabía. Supuso que todas las cosas encuentran su límite, y solo sabía que no podía, y despertaba de su letargo sudando, como si la parte blanda de su cabeza no cupiera dentro de su recipiente y fuera a explosionar de un momento a otro, esparciendo restos de su cráneo por toda la habitación. Todo quedaría pringado hasta que lo descubrieran, lo limpiaran, y otro estudiante anodino ocupara su lugar para graduarse, cosa que él ya no haría. Eso, desde luego, era lo que menos le importaba, al menos desde el punto de vista de labrarse un futuro provechoso. Para entonces le bastaba acercarse a alguna de esas máquinas tragaperras cuando necesitaba algo de suelto. Cerraba en ese momento los ojos y veía; apenas unos segundos bastaban, allí plantado delante de la máquina. Si estaba a punto, echaba unas monedas, hasta que el premio caía. Si no lo estaba, echaba algunas igualmente, solo por disimular, y se iba en busca de otra más propicia. Si necesitaba más dinero rápido, la mejor opción era la ruleta. Premio asegurado. Normalmente seguía un patrón de perfil bajo. Llegaba, apostaba adrede sabiendo que perdería un par de manos o tres, e iba con todo al premio gordo. El número aparecía en su mente como una golondrina ante una ventana. Futuro inmediato (fácil y rápido). Como un fotograma. A veces cogía el tren, o algún autobús, y se desplazaba a alguna ciudad cercana, por no levantar sospechas.

No había manera; se estancaba en Nerón. Nerón, emperador de la gran Roma desde el año 54 hasta su muerte. Estaba tan cerca, tan cerca… Si, efectivamente, Cristo había muerto y, lo que era más importante, resucitado en el año 33, estaba a solo 21 años. ¡Solo 21 años lo separaban de la sabiduría global! Qué importaban los

planetas, el universo y cualquier pamplina cuando tenías a mano el origen. ¡El origen!

No podía. Fue uno de esos días de frustración y toneladas de paracetamol cuando se paró a pensar en el propio Nerón. ¿No era Nerón el de la película que recordó aquel día del gato? ¿Ese que quemaba a los cristianos y le dio una idea, y que él tuvo que readaptar para crucificar al gato de Cristina? Sí, ese mismo.

Y como la marea que llega a la pleamar y se conforma con arañar las piedras y conchas más lejanas antes volver a bajar, con eso se conformó Félix, vencido al fin; con Nerón.

De alguna manera, el destino, ese al que desafiaba con sus actos, lo había unido a Nerón una vez más.

El aburrimiento volvió. Los cada vez más insignificantes ignorantes que lo rodeaban le parecían hormigas que transitaban en un gran hormiguero. ¿Qué sabían ellos? Simples hormigas, eso es lo que eran a su lado. Ignorantes, inútiles e insignificantes. Él era un ser supremo. Un peldaño superior en el escalafón, como un ángel. ¿Y qué hacían los humanos ignorantes con las simples hormigas? Pisotearlas sin compasión. Al fin y al cabo, estas no eran nada. Las más de las veces un simple objeto de estudio, unas entradas en una enciclopedia, un nombre en latín. No más. Carecían de la más mínima importancia, como ellos para él.

¿Cuál había sido el último momento realmente memorable de su vida?, pensó una tarde, el tedio rellenando la habitación, ocupando el lugar del oxígeno. Casi se asfixiaba, tumbado en la cama sin nada que hacer, sin nada que saber.

El gato. Ese había sido. El gato y la cara de Cristina en la película que había visto más veces repetida. Después iba Nerón, y la penetrante excitación cuando lo «conocía» y creía que llegaría donde no llegó.

Incapaz de avanzar, se posó en Nerón. Le gustaba Nerón, un tipo capaz de amar y odiar al mismo tiempo. Tanto como para matar a su propia madre por amor; el detalle era que el amor se lo ofreció a la que se convertiría en su esposa, Popea Sabina, algo a lo que su madre se oponía. Más tarde, el propio Nerón mataría a su esposa de una patada en el vientre cuando estaba embarazada. Dos por uno. Le gustaba Nerón. Félix se identificaba en cierta manera con él. Amar y odiar. Él amaba la vida, a su manera; y estaba empezando a

odiar a los hombres. Por normales, insulsos e insignificantes.

El gato…

Nerón…

Una idea que tomaba forma se asentó, y una sonrisa apareció. Era una sonrisa extraviada, tan perdida como ladina, que hacía demasiado tiempo que no sentía. Se levantó, se acercó al espejo del baño y la repitió, deleitándose en ella. La idea se ensanchó, a la vez que la sonrisa. Un teatro se gestaba en la cabeza. Una gran función, y le parecía entretenida, realmente entretenida. Una obra maestra, quizá.

Y así, poco a poco, se fraguó el comienzo de una espiral que giraría y giraría. Solo quedó un detalle a resolver. Si bien Félix veía muchas cosas, no veía nada cuando buscaba en primera persona. Necesitaba secuaces, mano de obra barata que actuara en su lugar. No fue difícil; el mundo estaba repleto de ignorantes. Solo era cuestión de identificar a los adecuados.

Los días que siguieron se convirtieron en meses que dieron paso a los años; fueron maravillosos para Félix. Asistía a clase, sí, pero no con la misma intención que la mayoría que lo rodeaba. En lugar de ello, se concentraba, sentado normalmente en la última fila, y, tras el runrún monótono de la voz de turno que daba clase, elegía un sujeto entre los alumnos y estudiaba su futuro. Uno tras otro, día a día, como el que entra en el supermercado a comprar yogures y rebusca pacientemente en el estante hasta dar con el que llevarse para devorar.

Buscaba un perfil adecuado, un infeliz que estuviera a punto de caer en picado, a punto de pecar, que se suele decir, pero de pecar a lo grande: psicópatas en potencia, degenerados, sociópatas, o simplemente locos a los que bastaría con dar un empujoncito en la dirección que requiriera su plan. Una ayudita que los hiciese descarrilar, desviarse del flujo normalizado de la sociedad. Al fin y al cabo, según lo «veía» él, acabarían cayendo de un modo u otro. Lo único que él haría sería mover un poquito las vías para que se desviasen, guiándolos a un destino más acorde a sus planes. Porque hacerlo todo por sí mismo habría supuesto una imprevisibilidad a la que no estaba acostumbrado. Si algo en el mundo no le gustaba a Félix, eso era la incertidumbre.

¡Oh, cómo disfrutó de la búsqueda! Husmeaba en el futuro de

los ignorantes, y los descartaba, los descartaba, los descartaba… Hasta que dio con el adecuado. Para empezar, no estaría mal, nada mal.

Para entonces el escenario no podía ser otro que el mayor de Salamanca (la plaza Mayor). Y comenzó, moviendo las cartas como el ángel que era. Y, si era un ángel, decidió que se presentaría como tal. ¿Había un nombre menos apropiado que Félix para lo que se proponía?

Más tarde llegó la fascinación. Lo embargaba la emoción cuando comprobaba que algunos de sus títeres, con los que trababa la relación oportuna en cada caso, llegaban a tal poder de sugestión ante su superioridad manifiesta que, en su endiosamiento, le atribuían rasgos supuestamente atribuibles a seres superiores. Algunos pensaban que no existía, que era una simple aparición; otros, sin embargo, echaban en falta su sombra, casi como si fuera un fantasma, víctimas de supersticiones y leyendas. La mente humana, como la suya propia, era un verdadero misterio, para todos, y también para él.

Él, por su parte, ensalzado por sus descubrimientos y su nueva cara ante los hombres, hizo los deberes, y el paso de los años vino acompañado de un cambio gradual de indumentaria y estilo. Digamos que se demonizó al uso.

El resto es otra historia, y quizá ya oyeron algo ustedes de ella.

52

Hubo años posteriores, entrelazados de crímenes y sugestiones, en los que Ángel —Félix había quedado atrás— se preguntaba con más fuerza de lo habitual si habría otros como él. Era como un pulso que iba y venía, y que lo torturaba a ratos. Fue así como descubrió a Laplace, al buscar entre las fuentes y bucear entre libros cuando su extraordinario talento no aportaba la solución.

Pierre-Simon Laplace. Un tipo curioso, con unas ideas aún más curiosas.

De entre todas ellas, la que atrajo la atención de Ángel como un agujero negro a la materia fue una que el bueno de Pierre condensó en su *Ensayo filosófico sobre las probabilidades*, allá en los primeros años del siglo XIX. Ángel leyó —más tarde «vería», incapaz de resistirse, desde la concentración de su nueva habitación con vistas a la plaza Mayor—: «Deberíamos entonces considerar el estado actual del universo como el efecto de su estado anterior y como la causa de su futuro. Dada por un instante una inteligencia que pudiera comprender todas las fuerzas que animan la naturaleza y la situación respectiva de los seres que la componen, si ese intelecto fuera lo suficientemente vasto como para someter los datos a análisis, abarcaría en la misma fórmula los movimientos de los grandes cuerpos del universo y los del átomo más ligero; para dicha inteligencia nada sería incierto, y el futuro, como el pasado, estaría presente a sus ojos».

Ángel no podía creer lo que leía. Todo apuntaba a que Laplace había escrito su ensayo pensando en él, y solo en él. Investigó, viajó —con los ojos de la mente— y volvió a investigar. Durante un tiempo se olvidó de los hombres y los gatos, y hasta de Nerón. Para cuando acabó, estaba convencido. ¿Qué era él sino eso? El enunciado de las ideas de Laplace tomó a los ojos de los hombres modernos el simbólico título de «El demonio de Laplace». Un ser con ese poder no podía ser otra cosa, supuso, pero lo cierto era que

Laplace nunca se refirió a su hombre como un demonio. Él lo llamaba exactamente una inteligencia superior, un superhombre.

Bueno, lo del demonio no estaba mal, se dijo mirándose de arriba abajo. El negro se había convertido en su color habitual, su mirada siempre fue algo oscura, y el sombrero… el sombrero no estaba de más, aunque tuvo que reconocer que lo que más efecto causaba en sus «ayudantes» solía ser su sonrisa, y esa manera de presentarla, suya y solo suya, aunque también debía reconocer que la había copiado y ensayado frente al espejo tras una noche de película de vampiros en blanco y negro. Pero es lo que ellos esperaban ver; él solo les daba lo que esperaban.

El demonio de Laplace no estaba mal. Sin Laplace aún sonaba mejor. ¿No era él acaso el Endemoniado? Sonrió con esa sonrisa suya y solo suya.

La teoría tenía algunas lagunas. Para empezar, tumbaba el libre albedrío de un plumazo. Según Laplace, todo lo que sucedía en el presente venía obligado por lo que había sucedido antes, y lo que sucedería se obligaba igualmente por el presente. Causa y efecto.

También estaba la mecánica cuántica. Aquella señorita de nombre rimbombante aseguraba que las partículas subatómicas no obedecían las reglas de la mecánica clásica. Sin predicciones, solo quedan probabilidades. Cierto era que sus visiones no eran del todo exactas, sobre todo cuando se enfocaba hacia delante, pero el margen de error era mínimo.

Por otro lado, aparecía incordiando un tal Heisenberg y su principio de incertidumbre, que afirmaba que no se podía determinar a la vez la posición y la velocidad de una partícula; que el conocimiento de una variaba o anulaba la otra refiriéndose al mismo instante, y anulaba así las predicciones. ¿Qué sabía él de partículas y velocidades? A Ángel le bastaba con saber que «veía».

También chocó con la segunda ley de la termodinámica y la entropía y su desorden exponencial, que dificultaba cualquier tipo de predicción. Todos parecían confabularse contra las predicciones.

La teoría del caos y su imprevisibilidad, el libre albedrío…

Por último, estaba el factor externo. Muchos cientificuchos afirmaban que predecir con exactitud implicaba no interferir. Solo un factor externo, digamos alguien, pongamos Dios, que mirara desde fuera sin la más mínima interacción, podría vaticinar con

precisión. Pero, entonces, ¿qué valor tendría eso? Un dios imposibilitado para interferir era un dios de pacotilla. Ángel dedicó días enteros a la última suposición. ¿Acaso no estaba imposibilitado él para prever su futuro más inmediato? Desde muy joven ni una sola vez había podido mirarse a sí mismo, ver su futuro o su pasado. Había, eso sí, atajos para algunas cosillas de poca importancia, truquillos, como cuando en la época de Cristina «miraba» los enunciados de un examen próximo a través de los ojos del futuro de un compañero de clase, dando un pequeño rodeo para llegar al resultado buscado. Pero en lo que se refería a su propia persona, estaba ciego.

Ya fuera por conveniencia o por convencimiento, ya fuera por el acertado título, se quedó con Laplace y su demonio, y desechó al resto.

Él veía. Viajaba, y no necesitaba más. Laplace y su ensayo le habían dado lo suficiente, una explicación razonable, a su entender. Mirado desde el punto de vista más científico, de alguna manera, cualquiera que fuese, era capaz de ordenar esas partículas que amaban los científicos en su cabeza para ver, para prever el futuro y saborear el pasado. Porque lo pasado, pasado está; en cuanto al futuro, no llegaba demasiado lejos, no tanto como con el pasado, pero ya lo dijo Einstein una vez, y Einstein era un tipo listo: «Dios no juega a los dados con el universo». Ángel no jugaba a los dados, pero desde luego veía la tirada. Vaya si la veía.

Si para ellos tenía que ser un demonio, un demonio sería, aunque él era más de verse como un ángel caído. Un demonio enchaquetado, al menos, como en las películas.

Tentado estuvo alguna vez de dejarse ver con unas alas negras. Se las imaginaba bien grandes y desplegadas. Fue justo en la época en que en los cines se proyectaban dos películas que lo terminaron por disuadir. *El corazón del ángel* y *Crossroads*. En ambas, el demonio se representaba como un tipo normal, nada de alas, de atuendo oscuro y sombrero —bueno, de esto último quizá había algo—, y esa sonrisa, esa sonrisa suya que él tenía. Esa fue la época en que el sombrero se volvió imprescindible en su atuendo, nada de alas; también fue la época de las sonrisas frente al espejo, buscando una identidad. Porque todas las cosas tienen un principio, y algunos son de lo más variopintos, incluso entre demonios.

VI

LIBRE ALBEDRÍO

53

Envuelto en el frágil silencio que dominaba la biblioteca provincial de Sevilla, llamada Infanta Elena en honor a la misma, amagué con levantarme a sacar una botella de agua de las máquinas de la entrada por el simple hecho de estirar las piernas, cuando un recuerdo difuso me indicó que volviera a posar el culo en el asiento.

Miré hacia la entrada, desvié los ojos hacia las ventanas, divisé parte del follaje del parque de María Luisa, aflojé la tensión de las rodillas y me senté.

Llevaba horas consultando libros, sin saber exactamente dónde buscar, o mejor dicho, qué buscaba. El dónde me rodeaba, esquivo en algún rincón o estante anónimo. En el exterior, la arboleda que se dibujaba tras la valla del parque, al otro lado de la calle, apenas se movía. El sol perseguía el ocaso en algún punto al oeste, y los rayos acariciaban las copas de los árboles con timidez. Situada frente al parque, en la avenida de María Luisa y rodeada de antiguos pabellones de la Exposición Iberoamericana de 1929, ahora reconvertidos en el Teatro Lope de Vega, el Museo de la Ciencia, algún que otro consulado y fundación, y, cómo no, un par de terrazas de verano, la biblioteca ocupaba un lugar privilegiado, a tiro de piedra de muchas de las principales atracciones turísticas de la ciudad. Era un edificio amplio, repartido en dos alturas con una balconada que daba vistas panorámicas de la primera desde la superior. La atmósfera era limpia y clara, además de silenciosa. Excepto por esto último, me sentía como en cualquier lado menos como en casa. Parpadeé dos veces, queriendo librarme de un hipotético hechizo, y volví al libro que mantenía abierto encima de la mesa.

Había buscado entre supersticiones y demonios; había hojeado y ojeado un par de libros de esos en los que se contaban hechos supuestamente ciertos, pero nunca probados; de esos donde algún iluminado aseguraba haber visto tal o cual cosa, y algún otro había

sido elegido por quién sabe quién para una misión crucial. Buscaba sin saber dónde buscar. La única pista era una supuesta predicción del futuro. A media tarde había subido a la primera planta y había trocado los libros por un puesto con ordenador, donde había vuelto a buscar por palabras clave, siguiendo el consejo de una amable bibliotecaria situada tras el mostrador de la entrada.

—Pruebe allí —me había dicho señalando hacia las pantallas alineadas de la primera planta—. Está todo… Bueno, no todo, pero sí mucho, y comprimido. Suerte.

La última palabra salió acompañada de un pequeño guiño y una sonrisa. Pensé que la sonrisa escondía algo más que el vocablo que la acompañaba y respondí con un «gracias», intentando no imprimir más que simple gratitud a mi voz. Camino de la primera planta deseché la idea por absurda y metí la cabeza en la pantalla hasta que los ojos dijeron basta. Prefería los libros, a poder ser. Cuando me encontré con los ojos de la bibliotecaria —rondaría los cincuenta, pensé— espiándome al regresar a la planta baja, la idea absurda volvió, y en cualquier caso la deseché, no sin antes apreciar en la desconocida cierta belleza que no había percibido antes. La saludé con timidez levantando los brazos y me sumergí en los pasillos repletos de libros en busca de… ¿En busca de qué?

Durante los minutos siguientes me perdí entre estanterías y pasadizos. ¿Me había devuelto el saludo junto a otra sonrisa de esas?

Ahora, cuando la premonición —llamémoslo «el recuerdo»— había llamado a la puerta y me había instado a posar el culo en la madera que me castigaba con el paso de las horas, leía a Nostradamus en busca de… ¿En busca de qué? ¿Cómo podía alguien prever el futuro? La idea en sí era absurda, increíble, en el sentido estricto de la palabra. Y ¿no había un proverbio que decía que el demonio se beneficia de la incredulidad de los hombres? ¿Cómo era? Yo, desde luego, había visto cosas increíbles y, aun habiéndolas visto, no sabía si creer. ¿Qué hacía entonces allí? Supuse que buscar algo de esperanza. Algo, al menos…

Más que una bombilla encendida fue como un rótulo de neón sobre la frente: «Laplaz». Él había dicho algo de un tal Laplaz aquel día en la plaza del Cabildo. La cosa sonaba a francés, no cabía duda.

Levanté la cabeza, miré a la bibliotecaria —entonces no me

miraba— y decidí probar suerte.

—¿Lucía? —Aproveché el nombre escrito en una tarjeta prendida del escote de la blusa. Los detalles son importantes—. Es un tiro al aire, pero, por casualidad, ¿no sabrá usted quién es un tal Laplaz? Pudiera ser francés.

La mujer me miró y alargó el silencio unos segundos más de lo necesario; el mismo tiempo que mantuvo de nuevo aquella sonrisa incierta. No quise saber la cara que debía de tener compuesta yo.

—*Laplace? Bien sûr, monsieur*. —Ensanchó la sonrisa—. Aquí donde me ve, me pagan por esto, y soy de las que saben hacer su trabajo, además de francés. ¿Hay algo más bonito que el sonido del idioma francés? Diga usted que no. —Me fijé en que pronunciaba *fransés* en lugar de francés. Negué con la cabeza, lo que la complació. La vida se ponía a veces de parte de uno, pensé. No demasiadas, a mi juicio, al menos, en lo que a mí me tocaba, pero esta vez me devolvía un poco de calderilla—. ¿A quién tengo el gusto de socorrer? —preguntó.

—Lorenzo, con zeta. —Sonreí.

Fue una chiquillada por mi parte, pero aposté a que la aceptaría con simpatía.

Lucía tecleó, los dedos ocultos a mis ojos, y me regaló otra de aquellas sonrisas. Pensé que debía de acostumbrar a derrocharlas. Quizá tuviera las que a mí me faltaban.

—Busque en la «L». Olvídese de la sección de literatura extranjera; debe ir… Espere. —Miró a lo que supuse que era una pantalla tras el mostrador—. Matemático, nada menos. Veamos… Ensayo. Al fondo del último pasillo de allí. —Señaló con uñas pintadas de rojo; dedos finos, a juego con la muñeca—. No tiene pérdida. Después me dará las gracias.

—Gra… —La gratitud se quedó a medias.

¿Qué habría querido decir?, pensé, y tan solo había dado tres pasos mal contados en busca de Laplace, cuando oí un siseo que me hizo volverme.

Lucía se señalaba el reloj y le daba golpecitos con uno de esos dedos finos suyos de uñas rojas.

—Le queda media hora. Después cerramos. —Pronunció serramos, como si tuviera cogida hora en una carpintería.

—¿Hay alguna manera de que me lo pueda llevar? Por supuesto,

lo devolvería —me acerqué y susurré.

—Algo podremos haser. Venga a verme con él, pero le advierto que se le acumulan los agradesimientos. —Esta vez remató con un nuevo guiño.

Media hora más tarde, respiré el aire puro —la teoría de la relatividad se hacía valer aquí— del exterior. Después de horas viviendo del aire filtrado por los aparatos de aire acondicionado, la primera inspiración me supo a gloria. En la avenida de María Luisa, los coches y la melodía amontonada de sus ruidosas estelas parecían competir por un puesto en la *pole position*. El ritmo de las ciudades. Al menos, me encontraba delante de uno de los pulmones de la ciudad. Por un momento, eché de menos el lago, que me esperaba allá, en Sanabria, si es que volvía.

No fue un libro, sino tres. Bajo el brazo, junto al *Ensayo filosófico sobre las probabilidades* de Laplace, me llevaba un pequeño compendio de biografías de científicos y matemáticos «clásicos», con Laplace repetido entre ellos; el tercer volumen era un análisis de la obra del matemático de aire claramente académico.

—Debe de ser usted un tipo interesante, Lorenzo; de buena conversación, quiero decir —había soltado Lucía a la vez que pasaba los tomos por un escáner.

Segundos antes me había tomado los datos; segundos después, firmé una ficha rellena con los mismos.

—No crea, tengo mis días —contesté. ¿Estaba coqueteando?—. ¿Cuándo debo devolverlos?

—Según la prisa que tenga en volver a verme. Quince días es el tope. Después tendré que ir a buscarlo. Y tengo su número.

Estaba coqueteando.

—Un par de días bastarán. Muchas gracias, Lucía.

Y con un guiño, esta vez mío y algo forzado, me despedí de las uñas rojas y los dedos finos. No sabía a cuento de qué le había guiñado el ojo; había sido casi un reflejo, y solo esperaba que la bibliotecaria no lo hubiera tomado como lo que no era. ¿Desde cuándo guiñaba yo el ojo a nadie?

La segunda inspiración se quedó a medias. Lo primero que hice al salir fue quitar el modo avión del móvil, que había activado al entrar en la biblioteca. Lo segundo lo hizo el móvil, que me

acribilló a llamadas perdidas de Gazo, unos wasaps que no llegué a leer más que de pasada conforme iban entrando como notificaciones en el tercio superior de la pantalla principal del móvil, y un par de llamadas de un número no identificado, que supuse sería el de Alicia. Aún no tenía su número de móvil, y seguramente había intentado contactar conmigo ante la falta de éxito de Gazo. Después de años viviendo como un ermitaño en el lago, se podían contar con los dedos de las dos manos las personas que tenían mi número, y con los dedos de las de un manco, y alguno sobraba, las que me llamaban asiduamente.

Pulsé para devolver una de las llamadas perdidas de Gazo marcadas en rojo en el móvil, y esperé.

—¿Dónde cojones se había metido? Llevo llamándolo toda la puta tarde.

Gazo, a mi juicio, tenía la boca sucia, pero el alma limpia, y los tacos que soltaba con la habilidad y frecuencia de un fusil automático sonaban a tacos, pero se recogían como taquitos, por mucho que él intentara realzar su hombría y mala hostia con ellos. En algún sitio había leído un titular de un estudio que afirmaba que las personas que son propensas a utilizarlos con frecuencia suelen ser más honestas que las que los evitan.

—Donde me dejasteis —respondí—. Es de mala educación atender el móvil dentro, y la educación es una de las pocas cosas que me quedan; no quisiera perderla.

—Abre las orejas y planta los pies en el suelo. ¿Lo has hecho ya? —Noté que hasta entonces no nos habíamos tuteado.

Supongo que el roce hace el cariño, y teniendo en cuenta que me alojaba en su casa, este era un momento tan bueno como cualquier otro para cambiar de costumbre.

—Dispara —dije.

—El *hijoputa* se ha largado para siempre.

—¿Qué quieres decir? —Me alarmé.

—Que se ha colgado en su celda. No me preguntes cómo.

—¿Estás seguro de lo que dices? —Pregunté por preguntar.

Yo mismo estaba seguro. La historia no era nueva.

—Tan seguro como que tengo una foto de un primer plano en el móvil.

—¿Una foto?

—Me la han mandado, no me preguntes quién. Cada uno tiene sus fuentes, y los que examinan los restos en estos casos forman un gremio que suele trabajar codo con codo con la policía. Nada ayuda más a la puta colaboración entre departamentos que un caso donde ha muerto uno de ellos. Y en este, lamentablemente, murió uno.

—¿El forense? —pregunté.

—¿Qué parte no has entendido, Lorenzo? Mis labios están sellados. Después te enseño la foto. Nos vemos en Las Golondrinas, en la calle Pagés del Corro; así ves la otra orilla de Sevilla.

—¿Dónde está eso? —pregunté.

Caí en la cuenta de que había entrado en una espiral de ignorancia (era la quinta pregunta consecutiva que hacía).

—Coño, Lorenzo, algo te quedará de tu época de inspector. Usa la imaginación y los pies; no está lejos. Date un pateo y así te da tiempo a digerirlo por el camino.

—¿Alicia me ha llamado también? —Estaba casi seguro de que sería así, pero debía asegurarme.

¿Y si había sido «él»? Era una posibilidad remota, pero una posibilidad, al fin y al cabo, sobre todo después del último acontecimiento. El mismo Santos Sena lo había nombrado hacía unas horas.

—Dos veces —confirmó—. ¿Eso qué importa ahora?

—Cosas mías. Allí nos vemos.

Cuando llegué a Las Golondrinas, los tres tomos bajo el brazo convertidos en plomo macizo, y vi a Gazo sentado en un taburete, detrás de una cerveza a medias y luciendo un hilo de espuma blanquecina sobre el labio superior, lo primero que pensé fue que debía discutir con él los conceptos de lejos y cerca. Lo segundo fue en lo fresquita que aparentaba estar la cerveza. Por un momento, fugaz pero delicioso, me olvidé de Ángel, de Laplace, de Santos Sena, y de Marcos Lanza y su dulce mujer embarazada. De todo y de todos, menos de mi hija. Esa la llevaba a cuestas, como el corazón que bombeaba la sangre que corría por mis venas, acelerado entonces delante de Las Golondrinas, como los últimos acontecimientos.

54

Por lo visto, y según Gazo, que había nacido tres calles más allá de la de Pagés del Corro, donde nos encontrábamos, Triana no es Sevilla; Triana es Triana. Y si no quería enterarme, que le preguntara a cualquier trianero.

El barrio de Triana, además de ser el más flamenco de Sevilla, se ubica al otro lado del río; el otro lado —esto siempre depende del lado desde el que se mire— es el opuesto al corazón de la ciudad, ese que viene a llamarse en cualquier sitio «el centro histórico». Algo de razón debía de llevar Gazo en el comentario, pues en mi calvario en su busca había echado un ojo a algún escaparate de suvenires de aire chino al paso, y había captado un lote de felpudos amontonados a la puerta del establecimiento; en el que presidía el lote había podido leer, sin comprender: «TRIANA república independiente», con la primera palabra en mayúsculas y en letras más grandes, y las dos siguientes, debajo. Las tres, en verde, sobre fondo ocre, y todo sobre un conjunto apelmazado de cerdas de algún tejido adecuado para ser pisado a la puerta de cada casa que quisiera lucirlo y eliminar —al menos psicológicamente— el polvo acumulado en las suelas de los zapatos antes de pisar suelo sagrado.

Sea como fuere, había, según Gazo, una tendencia de los habitantes de Triana a sentirse más trianeros que sevillanos, aunque una cosa no excluyera necesariamente la otra. Supongo —esto pasa en las mejores ciudades— que fuera de Sevilla serían sevillanos, y dentro de ella asomaba otra distinción.

El barrio, en lo que pude apreciar desde que crucé el denominado popularmente como «puente de Triana» —el oficial se escribía «Isabel II», pero al parecer, y al estilo de Cervantes, era uno del que nadie se quería acordar—, se nutría de una mezcla de transeúntes de pura cepa —trianeros—, otros tantos de cepa comprada a golpe de hipoteca, y, por último, pero no por ello menos importante, de guiris, que venían a ser la maraña de turistas

que dejaban sus euros, dólares o cualquiera que fuera la moneda que hubieran podido canjear en las casas de cambio, a cambio, a su vez, de una experiencia vital a sumar en sus vidas, y, sobre todo, de una más que contar a sus semejantes a la vuelta.

El resultado arrojaba un cóctel tan efectivo como frágil, y la tradición y el aroma de épocas pasadas se respiraba en las calles a pesar de los bares de nuevo cuño y los locales de comida rápida. Como contrapunto, locales como el de Las Golondrinas se mantenían al otro lado de la balanza y hacían contrapeso con los años acumulados y la mugre bien dispuesta —solo en sitios donde quede bonita y a sabiendas— en sus rincones.

Todo esto me contaba Gazo mientras hacíamos desaparecer unos montaditos de filete que me hicieron olvidar la pila de libros que había cargado por media Sevilla, una fuente de champiñones y unos chipirones a la plancha que esperaban su destino arropados por hojas de lechuga, adornadas a su vez de tomate fresco cortado a gajos, con más prisa y efectividad que miramientos.

Fue a la cuarta cerveza —suya, la tercera mía, que había levantado temporalmente mi veto al alcohol. Alguna influencia debía de tener Gazo allí, pues apenas levantaba la mano por encima de las cabezas acumuladas en la barra, el camarero hacía el resto. Un dedo arriba, una cerveza; dos, pues dos. No es que fuera difícil, pero hay que reconocer que algún que otro turno se saltaba el gesto, y efectivo era, entre tanta cabeza apiñada allí— cuando corté la clase de historia local para preguntar por Alicia.

—Tenía una cita o algo así; cosas de la edad… o de las piernas. Porque piernas tiene, no me digas que no, y bien puestas. —No dije ni sí, ni no—. Me dejó en la puerta de la comisaría, y yo también he venido pateando, que todo hay que decirlo, tanto «cerca ni lejos». A la vuelta cogemos un taxi, que pagas tú. Esto lo pago yo.

Estuve de acuerdo.

El resto fue ponernos al día. Él, de la recogida final de Santos Sena y su camino al infierno, si es que existía; yo hablé de libros y un matemático muerto.

—¿Me estás diciendo que hay por ahí un tío que ordena las partículas universales en su mente para predecir el futuro? ¿Es eso? Porque llevo cinco cervezas encima y ya tengo la lengua suelta. Te respeto, y lo sabes, Lorenzo, pero todo tiene un límite.

—Yo diría que es un avance. Lo de antes eran demonios. Tú decides.

Una mano alzada bastó, esta vez como escribiendo en el aire, para que el camarero echara cuentas y nos trajera un platillo de metal gris con la dolorosa. Gazo se echó mano a la cartera; todo esto en silencio, los dos mirándonos, como pistoleros que se conocen y se encuentran tocados en suerte en bandos contrarios.

—Me da igual lo que sea, Lorenzo —resolvió mientras soltaba un billete de cincuenta sobre el plato y el papel que contenía—. Se lo debo a Marcos, y lo mismo me da que sea Dios y el Espíritu Santo. Cuando lo tenga delante, no quiero que te entrometas, a no ser que pienses la misma puta cosa que yo.

Me acordé de Marcos, y de Eva, y del hijo que nunca nacería… Y de mi hija.

Asentí en silencio. No estimé necesario decir nada.

El trayecto en taxi transcurrió sin que yo dijera nada. Gazo delante, junto al taxista, yo detrás, junto a la pila de libros que había sacado de la biblioteca y tenía intención de exprimir esa misma noche. Él, quizá a cuento de las cinco cervezas o provocado por el taxista, diseccionaba la temporada de los dos equipos de fútbol de la ciudad, y entre los tres, los libros y la comparación entre ambos, el aforo estuvo completo, y la ecuanimidad pareció no tener cabida en aquel taxi, y se debió de quedar en Triana, para disgusto del taxista, que entraba al trapo y era a todas luces militante del equipo contrario al de Gazo.

Yo me limité a ver el tiempo y la gente pasar por la ventanilla, el río corriendo a mi izquierda al abordar la calle Torneo, y a pensar si realmente podía haber cosas en este mundo que no entendíamos, sin saber que apenas minutos antes había pasado, al cruzar el puente de Triana en taxi, por el mismo lugar donde Santos Sena había pensado exactamente lo mismo en una noche ya lejana, cuando aún daba paseos en bicicleta y un gato y un «ángel» se cruzaron en su camino.

55

Toda teoría requiere de un acto de fe. Quizá pueda estar basada en hechos; quizá todo apunte en una dirección, y puede ser la tuya o la contraria, pero al final, es un acto de fe. Como apunta su propia definición, es un «conocimiento especulativo», un atajo para «relacionar determinado orden de fenómenos».

Laplace había consumido mis últimas horas, y a primera hora de la mañana, cuando el sol debía de rozar las cimas de alguna sierra lejana al este, pujando por resbalar sobre el valle del Guadalquivir, donde se aposenta Sevilla, bajé a la calle procurando no hacer ruido, en busca de un bar y una dosis de café en vena. No había dormido; en cambio, Gazo y sus ronquidos al otro lado de la puerta cerrada del dormitorio no podían afirmar lo mismo. Eso eran hechos probados, nada de teoría.

La cuestión era simple, y Shakespeare ya la puso en boca de Hamlet: creer o no creer. De acuerdo, no lo dijo exactamente así, pero así valía a mi planteamiento.

Lo de Laplace era una hipótesis, un «¿y si…?». Una explicación posible a una pregunta. ¿Y qué era lo posible? Según Nike y su agencia publicitaria, todo. La verdad, bien pensado, tenían tanto derecho como Laplace a afirmarlo. El concepto de hipótesis es más ancho que Castilla: «suposición de algo posible o imposible para sacar de ello una consecuencia».

Vagué durante un rato que se me hizo eterno, caminando entre las calles vacías de la Sevilla que dormía, no más que un vagabundo sin rumbo. Como un barco en busca de un faro, yo perseguía otra luz, a falta de la que buscaba. Me arrastraba por las calles en busca de una luz amarillenta y acogedora que encharcara humildemente unos metros de acera y ofreciera un café y el rato de sagrado silencio que ofrecen los bares recién abiertos a cambio de unas monedas, en esa hora incierta y temprana en que los desconocidos se dan los buenos días en las calles como barcos que se cruzan en el

mar y tocan las bocinas, reconociéndose sin conocerse.

No sé cuánto tiempo lo hice, ni cuantos metros recorrí. Solo sé que sentía las sombras tras de mí, intangibles pero presentes, y quizá ellas me empujaron hasta allí. Cuando avisté la mole de la catedral desde la estrechez de la calle Placentines, una sombra, una de otra índole más corpórea, más negra y espigada, un sombrero calado y la mirada encontrada, me esperaba al amparo de una gárgola, como si de una cita se tratara. Y quizá lo fuera.

Creer o no creer.

Lamenté —y no por primera vez, pensé, con cierta ironía— no llevar conmigo la mochila de mi hija, donde un arma cargada esperaba a ser aligerada.

No hizo falta decir nada. Él sabía que yo vendría; yo sabía que él lo sabía.

Porque yo creía, por ella, aunque no lo había sabido hasta ese mismo instante. Porque necesitaba creer en cosas que no podía ver, y fue por ella, y no por él, por quien lo hice, o eso quiero creer.

—Has venido —dijo él al fin, una sonrisa en los dientes, fría y caliente a un tiempo.

Se diría que disfrutaba.

—Sé quién eres —dije yo—. Lo que eres.

—Lo sé. —Ensanchó la sonrisa hasta asomar los dientes que se escondían tras ella.

56

Por vez primera desde que Félix podía recordar —y cuando se trataba de él mismo solo podía recurrir al recuerdo—, no veía. *No veía*.

Una pantalla negra, como un monitor apagado, ocupaba el lugar del futuro cuando buscaba a Lorenzo en un futuro próximo, más allá de aquella mañana.

Y eso solo podía significar una cosa, y por primera vez en mucho mucho tiempo, una ráfaga de algo parecido al miedo ocupó el lugar de la certeza. Y decidió.

Y en lo más hondo de sus pensamientos, allá donde nunca había llegado por simple falta de necesidad, otra ráfaga, esta vez más impetuosa e impredecible que la primera, lo hizo comprender. Y más allá de las certezas, y del predecible mundo que lo rodeaba, fue consciente del libre albedrío y de la insignificancia de su propio ser.

Un ángel caído, esta vez sí.

57

—Es la hora de las despedidas. No volveremos a vernos, y es una pena. Empezabas a caerme bien —anunció Ángel.

Lo supe. Supe en aquel instante que efectivamente lo era. Pude ver la incertidumbre en sus ojos. Y la prisa.

—¿Has visto tu propio final? —le pregunté.

—Podría decirse así, y prefiero esquivarlo. Pero no quise robarte el mérito, y aquí estoy —concedió.

Juraría que hizo amago de estirar la mano, pero desistió. Pensé, con tanta sorpresa como tristeza, que aquella mano se debía de haber estrechado muy pocas veces.

—Debes de estar loco de verdad. —Miré hacia la mano. Él lo notó.

—Yo diría «incomprendido». Allan Poe dijo una vez: «Para apreciar plenamente la obra de lo que llamamos genio hace falta poseer todo el genio que se necesitó para producir la obra». Cuentan de él que no estaba cuerdo del todo, pero ¿no te parece sensato?

Había derrota en la voz, y, sin saber cómo ni por qué, me compadecí de él. Si la soledad podía medirse de alguna manera, la mía verdaderamente atesoraba varias cifras; la de él… La de él era un ocho tumbado.

Una sola pregunta vino a mí. Lo demás ya no importaba.

—¿Dónde está mi hija? —solté.

—Quieres decir… ¿Lo que queda de ella? —respondió. Aguanté el envite, y no podría explicar cómo lo hice. Supongo que quería respuestas… Una sola me bastaba. Ángel me miró, y por un segundo vi en aquellos ojos donde solo se veía oscuridad un brillo diferente. Fue un instante, antes de que cerrara los ojos bajo una gárgola que nos miraba, para volver a abrirlos y fijarlos en mí—. Busca el origen. En el origen están las respuestas. Siempre.

—¿Qué origen? —repuse.

Hice amago de cogerlo por la chaqueta negra, como un

boxeador a punto de ser noqueado lanzaría un último gancho con sus postreras fuerzas; él evitó el contacto con un movimiento; no llegué a conseguirlo.

—Busca a Cristina. Considéralo un regalo, y debo reconocer que te lo debo. Casi ganaste, casi. —Sonrió, y ese brillo diferente asomó otra vez—. El factor externo… Es el factor externo.

—¿Qué Cristina? —grité.

Él cerró los ojos de nuevo por respuesta, aunque diría que no por mi causa.

—Alicia lo hará… Es un bonito círculo, me concederás. Soy bueno para esas cosas. Podría decirse que esta es mi obra maestra.

Un camión de basura con rodillos acoplados ante las ruedas delanteras nos alcanzó y chorreó el asfalto con agua escupida por el movimiento de los rodillos. Ángel se interrumpió y se lo quedó mirando. Yo lo imité. Cuando volví la vista, una figura negra y espigada, sombrero calado y andar ligero, se desvanecía en la distancia envuelta en sombras, las gárgolas de la catedral y un barrendero con auriculares al volante de un camión como únicos testigos del encuentro.

Dudé en seguirlo, pero supe que se había ido para no volver, y diez segundos de duda bastaron para que la figura desapareciera tras la curva de la catedral, una mano levantada de espaldas por despedida, el alcázar al fondo y una plaza vacía —ironías del destino, la plaza del Triunfo—, y el día que se acercaba, y las farolas encendidas que sucumbían rendidas una vez más al tiempo y la luz, a la espera de una nueva oscuridad donde desplegar su poder.

58

—¿«Alicia lo hará»? ¿«Cristina»? ¿Eso qué coño quiere decir? Joder, Lorenzo, lo tenías. ¡Lo tenías! —Un golpe en la mesa hizo volverse al camarero tras la barra, además de a los tres estudiantes de vuelta de fiesta que ocupaban la mesa del fondo, derrotados ya sin saberlo aún. Tres cafés habían dejado de humear en la nuestra, dos de ellos derramados en parte a causa del golpe.

—Se ha ido, y no volverá —contesté pausado en un susurro.

—Repíteme todo eso —terció Alicia y absorbió con una servilleta el café que corría por la mesa—. No digo que lo vaya a aceptar; solo repítelo.

Repetí todo, incluido aquello del factor externo. Había leído acerca de ello aquella misma noche:

«… predecir con exactitud implicaba no interferir. Solo un factor externo, digamos alguien, pongamos Dios, que mirara desde fuera sin la más mínima interacción, podría vaticinar con precisión. Pero, entonces, ¿qué valor tendría eso? Un dios imposibilitado para interferir era un dios de pacotilla».

—¿Y se ha ido con el rabo entre las piernas? ¿Así, sin más? —Gazo no cabía dentro de su propio traje.

Se levantó dejando caer la silla y desapareció tras la puerta del café. Una mirada me bastó para darme cuenta de que el camarero y los tres adolescentes parecieron aliviados. Levanté un brazo a modo de disculpa.

Aquella mañana fue la última vez que vi a Gazo. Para cuando dejé las llaves sobre la mesa y salí de su casa con mis escasas pertenencias, no vino a despedirse. Fue Alicia la que ocupó su lugar.

—¿Volveremos a vernos? —dijo.

—Apuesto a que sí.

—No se lo tengas en cuenta —añadió.

—No lo hago.

No había más que decir. Arranqué el coche, subí la ventanilla, y

me despedí de Sevilla, rumbo a la soledad del lago, a la cabaña, y a dejarme consumir por los días que me atormentaban.

«Alicia lo hará».

Había esperado demasiado tiempo. Podía esperar un poco más.

A diferencia de Gazo, y en maldita comunión con Ángel, yo había captado la esencia del encuentro: ¿se puede luchar contra el futuro? Él eligió, haciendo uso de lo que nunca había creído que existiera: el libre albedrío. Y lo había hecho.

Yo, más que luchar contra el futuro, debía esperarlo. Esa parecía ser mi única opción, aunque digan que siempre hay más de una.

59

Las hojas muertas volvían a alfombrar los montes cuando oí el coche y sus ruedas crepitar sobre la grava suelta que componía el camino de bajada al lago. Los turistas, henchidos de paz interior, de aire puro, de naturaleza y excursiones…, de todo menos del dinero que habían dejado en los campings, tiendas y bares de la zona, se habían marchado hacía semanas. Fue por eso por lo que me volví a mirar desde mi puesto en el humilde entramado de tablas que se adentraba en el lago. Aquella misma mañana había vuelto a pescar y, como si fuera una señal, rememorando aquella última vez, cuando conocí a Marcos Lanza, supe que el destino venía a buscarme. No pude por menos de sonreír.

Alicia se bajó del coche, y sus movimientos fueron, si no calcados, sí del mismo talante que los de Marcos aquel otro día. La secuencia se desvió en cuanto me vio, plantado con una caña en la mano, el lago de fondo. Tras este, las cumbres que nos rodeaban. Sonrió. Tenía una bonita sonrisa, sincera. De entre todos los beneficios y cualidades que se le pueden atribuir a una sonrisa, esta me parecía la mejor de todas. Una sonrisa sincera. Son estas, en palabras de mi exmujer, sonrisas que no tienen precio. Ni se compran ni se venden; siempre se regalan.

—Y Gazo ¿cómo está? —pregunté.

Tomábamos café a la sombra del porche. El sol nos acariciaba los pies, el día no pedía más que una sudadera —una *bomber* granate más que amortizada en el caso de ella; supuse que debía de gustarle mucho—, y el café estaba realmente bueno. No sé hacer muchas cosas, pero sé hacer café.

—De aquí para allá. Dicen que se dedica a llevar a las chicas de un lado a otro para complementar la pensión, que hace de chófer y escolta a la vez.

—¿Las chicas?

—Las putas.

Asentí en silencio.

—No sé por qué le pega —dije. Esta vez fue ella la que sacudió la cabeza, imitándome. Ya habíamos dejado atrás los saludos y las cortesías, los intereses mundanos, y lo que quedaba del café que se enfriaba en las manos pedía afrontar lo que debíamos afrontar—. ¿Me lo vas a contar de una vez? —pregunté.

Y me lo contó, no antes de carraspear un par de veces y revolverse en el asiento.

—No dejaba de pensar en lo que habías dicho —me explicó—. Y no es que creyera eso de…, ya sabes, pero ese tal Ángel, si es verdad lo que me contasteis, sabía muchas cosas, y entre ellas mi nombre, cuando yo poco tenía que ver con vosotros, aparte del numerito de la cárcel.

—Cualquiera podía haberse informado acerca de ti. Seguro que no ha sido eso lo que te ha traído aquí.

—No es eso. Pero él dijo: «Alicia lo hará».

—¿Y lo has hecho? ¿Porque él lo dijo?

—He… he investigado. Para eso me pagan. Olvídate de Félix. —Se encogió de hombros.

—¿Félix?

Seis meses había tardado, entre casos que iban y venían, pero Alicia, y una espinita clavada por un desconocido, habían provocado que termináramos hablando bajo la sombra de mi porche como viejos amigos, o algo así. En este caso, ¿no había sido el propio Ángel el que había iniciado la cadena de acontecimientos? Había un nombre para eso: «teoría del caos», y era una de las teorías que contradecían a Laplace. Todo el mundo con cultura suficiente como para distinguir un menhir de una piedra sabía aquello de la mariposa y el tornado: una mariposa bate sus alas en Japón y provoca un huracán en los Estados Unidos. Causa y efecto. Quitando efectos efectistas, la teoría del caos era más que eso. Era la importancia de las variables; el comportamiento impredecible sin margen de error, el azar contra el destino. Era irónico, pensé. El demonio de Laplace usando las armas de su contrario.

—Déjame ir por orden, ya llegaremos a Félix. Primero pensé en Cristina, en el otro nombre. Y en los gatos. ¿No había dicho él que había que buscar el origen? Pues los gatos eran el origen, que sepamos…

Lo que me había corroído media vida no le llevó a Alicia más de quince minutos de exposición. Media vida, seis meses, quince minutos: una eternidad. Einstein, y su maldita relatividad.

Los primeros gatos que había conseguido encontrar se situaban en Salamanca. Eso, y el abanico de años entre los mismos y los de Sevilla, suponiendo que fueran obra de una misma persona —y habíamos visto a Ángel y aventurado su edad—, arrojaba una posibilidad creíble, un primer arranque de una mente desviada. En aquella época Ángel podía ser incluso un estudiante, supuso. El siguiente paso había sido buscar a Cristina. «Cristina», «gatos» y «Salamanca». Tres palabras clave para una búsqueda.

Dicen que la necesidad agudiza el ingenio. No sé si fue eso mismo, o si en este caso el ingenio tuvo necesidad de agudizar la búsqueda ante la falta de resultados satisfactorios en Salamanca, aparte de los ya conocidos por todos, donde podía tachar de la lista a los gatos y a Salamanca, pero siempre faltaba Cristina.

—Fue Einstein el que aportó la solución —prosiguió Alicia—: «Si buscas resultados distintos, no hagas siempre lo mismo».

Otra vez Einstein.

¿Y qué podía hacer? Ampliar la búsqueda. Si la edad apuntaba a un estudiante, podía venir de cualquier sitio, pero lo lógico era empezar a irradiar la búsqueda desde Salamanca hacia fuera. Eso era lo que le había llevado más tiempo a Alicia. Pueblo a pueblo, en una época en que los periódicos locales constituían la información más fiable de las noticias de cada rincón del país, cuando nadie aún había oído hablar de Yahoo!, y mucho menos de Google, y las redes eran cosa de pescadores y puertos de mar. Afortunadamente, muchos de esos periódicos se han digitalizado, y las bibliotecas, los internautas y aficionados a la historia han ido aportando su granito de arena con los años, rescatando retazos del pasado para arrastrarlos al presente, y al futuro.

Fue así como llegó a dar con Boadilla. A medio centenar de kilómetros al suroeste de Salamanca, Boadilla resultó ser un núcleo de población de apenas dos centenares de almas. Un lugar, como tantos otros en las tierras de Castilla y León, del que los jóvenes escapan en cuanto les crecen las alas, en busca de otros jóvenes y de mayor amplitud en la que elegir un futuro, o intentarlo al menos. Núcleos condenados al envejecimiento de la población y al goteo de

juventud, como un grifo mal cerrado.

Boadilla resultó pertenecer a La Fuente de San Esteban, el núcleo más cercano de mayor entidad, que, con sus más de mil habitantes, resultaba ser como Gargamel para los pitufos. Y fue allí, en la sección dedicada a las localidades dependientes de San Esteban, donde, para decirlo de una forma adecuada al entorno, saltó la liebre, o el gato.

El Heraldo de San Esteban, en un alarde de visión de futuro y al prever el auge del sensacionalismo que arrasaría décadas más tarde, se hizo eco de la noticia con una foto en blanco y negro en la que un gato ensartado en una verja (la foto se había tomado desde el jardín interior, mirando hacia afuera, de cara al gato, a saber si por una temprana política de privacidad, o por buscar el mejor ángulo del felino), sin pixelar (ni hablar de aquello entonces), enseñaba sus tripas al mundo formando una cruz; no de las católicas, sino de las que marcan el tesoro.

Alicia, siguiendo la pista como un sabueso entrenado, había situado la casa y localizado a los propietarios, ya fallecidos. La heredera, la que le hizo saltar de la silla como si hubiera explosionado un petardo bajo la misma, vino a llamarse Cristina. De ahí a que nos saludáramos a los pies del lago de Sanabria no medió mucho, y allí estábamos, bajo un porche, un lago al frente, dos tazas de café a los pies, y una tormenta tomando forma en la cabeza (al menos, en la mía: los demonios llamaban a la puerta de nuevo. Aunque esta vez los esperaba, porque me habían advertido, y yo había decidido creer).

—¿Y Félix? —No se me escapaba que había soltado el nombre.

—Es lo único que conseguí sacarle por teléfono, y no me costó poco. Lorenzo…

—¿Qué?

—Es una mujer asustada. Dudo que diga mucho más. Pero tenemos el nombre, Lorenzo, el nombre de ese hombre, y la dirección de sus padres. ¿Cuántos Félix crees que ha habido en Boadilla en los últimos cincuenta años?

—¿Uno? —aventuré. Alicia lo confirmó con un movimiento leve de cabeza—. De esa Cristina ¿tienes más datos?

Yo quería saber, y como buen cazador, cuando hueles la presa la persigues, hasta acorralarla y apresarla. Si podía sacar algo más de

Cristina —no olvidaba que él me había dado el nombre— lo sacaría.

—Cristina Benítez. Vive en Zamora desde hace años. Se fue del pueblo al poco de aquello, y no volvió. —Zamora quedaba a tiro de piedra, pero, para qué mentir, lo mismo hubiera dado que se asentara en el otro extremo del maldito mundo—. ¿Dónde vas? —escuché a Alicia cuando desaparecí en la cabaña.

—¡¿Tienes la dirección?! —grité mientras cogía la chaqueta—. De aquí a Zamora echamos hora y media, y aún es de día.

60

El camino a Zamora parecía estirarse a medida que avanzábamos. Conduje yo, en mi coche, más que nada por mantenerme ocupado durante el trayecto; además, conocía la zona y la ciudad mejor que Alicia, que, hablando estrictamente, no la conocía.

Cristina Benítez, según las indagaciones de Alicia, trabajaba en el centro de Zamora para una cadena de esas internacionales de moda, en este caso, de moda infantil. Lo mismo me daba: la única relevancia del hecho era que el lugar de trabajo se asentaba en la calle de Santa Clara, donde un escaparate daba paso a otro y al parecer cualquier marca decente debía tener unos metros si quería tener presencia en Zamora.

Zamora no es una ciudad grande. Como capital de provincia, es grande comparada con los pueblos que la rodean, pero sus escasos sesenta mil habitantes se quedaban cortos en comparación con muchos de esos núcleos urbanos que rodean las principales capitales españolas. Yo prefería estas ciudades, las pequeñas, donde todavía la gente se reconoce por la calle, se aparca sin demasiada dificultad, y la vida parece avanzar un poco más despacio que en las grandes ciudades. En lo que a nosotros nos concernía, habíamos dejado el coche dos calles más atrás, y, sentados en la plaza de Zorrilla, adyacente a la calle de Santa Clara, esperábamos la hora de cierre con un paquete de pipas, los ojos puestos en el negocio donde trabajaba Cristina, los pies en la tierra y la mente en las nubes. No habíamos elegido la plaza de Zorrilla por casualidad. Cristina no se había casado, y lejos de terminar estudios y carreras, dedicaba su vida y su soltería a mantener el buen andar del negocio que regentaba, del que era propietaria, si podíamos llamarla así cuando el local era alquilado y el negocio una franquicia; supongo que sí. La propiedad no deja de ser un concepto abstracto.

En esas nubes dejaba vagar yo la mente, mirando sin ver los árboles de la plaza de Zorrilla y pensando en que posiblemente allí

seguirían cuando yo me hubiera ido, e incluso cuando se hubiera ido Alicia, que era más joven, y en las propiedades en forma de ladrillo que se levantaban en torno a ellos, y en que nadie se las lleva consigo cuando se va dondequiera que sea que nos vayamos, si es que vamos a algún sitio, y en la mota de polvo que somos en el orden del universo, y en la que nos creemos que somos, y… cuando Alicia me dio un codazo y dejó de comer pipas. Como decía, no esperábamos sentados en la plaza por casualidad. Cristina tenía una de esas efímeras propiedades de ladrillo con las que yo filosofaba y que nos sirven de vivienda allí mismo, a tiro de piedra, e inocente como la gacela que se agacha a beber a la charca y no ve los ojos del cocodrilo que asoman a centímetros de su cuello y cree que va a saciar la sed con un buen trago, sin saber que el único saciado será el cocodrilo y que el trago será el último, se acercaba hacia nosotros conversando con la que ambos —Alicia y yo— identificamos como compañera de trabajo de Cristina. Como buenos policías, o pretendiendo serlos, antes de esperar habíamos hecho los deberes, y un par de pasadas como simples paseantes, una parada en el escaparate y otro par de miradas al interior habían bastado para reconocer el terreno que pisábamos, y a sus personajes.

No iba a llegar la sangre al río en este caso —nunca mejor dicho en el primer caso—, pero era predecible que el encuentro no sería festejado. A tenor de la conversación que Alicia había tenido con ella, a Cristina el recuerdo le era desagradable y no quería hablar de aquel tema enterrado en su infancia.

Las dos mujeres se despidieron en la esquina con un par de sonrisas y el corte abrupto de la conversación, sin aminorar el paso, a sabiendas de que mañana sería otro día parecido al anterior y la historia se repetiría, quitando toda importancia a la despedida. Fue entonces cuando nos levantamos, y Alicia se adelantó para abordarla y robarle la sonrisa, cosa que consiguió. Pude ver el temor en los ojos de aquella mujer cuando le di la mano, y la incomodidad en la mirada. Aun así, el identificarnos como policías —yo quizá pequé, padre, lo confieso— ejerció el poder suficiente como para que accediera a concedernos unos minutos. Subimos a su casa a petición e invitación de Cristina, que no quería dejarse ver con nosotros, según me pareció.

—¿Qué puede contarnos de Félix, Cristina? —preguntó Alicia,

los tres sentados a la mesa de comedor que presidía el pequeño salón.

—Si están ustedes aquí, preguntando cosas de la infancia de una niña en busca de ese… hombre, ya sabrán más que yo. No puedo decirles nada que no hayan averiguado. Desde luego, ya no los esperaba. Durante un tiempo lo hice. Han tardado mucho.

—Inténtelo —la increpé—. Es importante.

—¿Importante para quién? Dudo que…

—Importante para mí —me sinceré—. Estoy buscando a mi hija, y cualquier información que pueda darnos ayudaría. —En esencia no mentía, y preferí omitir los detalles.

—No sé qué importancia puede tener un gato muerto hace ya tantos años.

—Déjenos eso a nosotros, Cristina. Intente recordar, por favor, es importante —insistió Alicia.

Cristina nos miró, y decidió recordar. Bajó los párpados con lentitud y cerró los ojos como cesión.

Debió de haber sido y era una mujer agraciada, y aunque los años iban haciendo mella en ella como lo hacen en todos hasta que cogemos el tren al barrio de los calladitos si no nos ha arrollado antes en un apeadero en un descuido de la suerte, aún conservaba vestigios de esa belleza que algunos seres están acostumbrados a portar con irritante naturalidad, apreciable en la forma de moverse, en la manera de acomodarse la ropa para sentarse, y en cada gesto incluso, como si fueran ángeles y ellos lo supieran. Cristina era así, pero no así sus ojos. Estos escondían secretos, e igual que esa belleza se delataba en los gestos, los ojos cantaban a todo aquel que se parara a escuchar una canción triste.

Dejé vagar la mirada por la sala. Conté tres crucifijos repartidos entre las paredes y sobre el televisor, y un rosario colgado del quicio de un marco donde el rostro tradicionalmente aceptado como el de Cristo relucía como recién duchado. Incluso —me percaté— me parecía que el pelo semejaba estar mojado, a capricho del artista. Las ropas, o lo que se veía de ellas, relucientes como la cara. Saltaba a la vista que Cristina era una mujer religiosa, pues. No me gustan las personas extremadamente religiosas, pues parecen perder la visión global, y cualquier cosa es aceptable al amparo de su dios, el que sea. En general, no me gustan los extremos, aunque yo

mismo sea algo extremista en cierto sentido. Es una incongruencia con la que sé vivir.

—Es un demonio —soltó Cristina por las buenas, como el que da los buenos días al entrar en la panadería.

Por marcar diferencias, pronunció «demonio» machacando cada sílaba, como si temiera no ser entendida.

«Ya estamos», pensé. Aunque no la culpaba. Yo mismo lo había pensado.

Alicia la instó a continuar, dejando pasar el comentario como el que ve pasar una hoja marchita que navega con la corriente en un arroyo. Cristina, no sin reticencia al comienzo, acabó contando un cuento de adolescentes que acababa con un gato en cruz a la puerta de su casa, y hablando de un miedo en la barriga que la obligó a buscar una salida del pueblo, y de estudios truncados… Y así había acabado en Zamora.

Aún tenía miedo. Cualquiera podía olerlo mientras contaba su historia, y se la estaba contando a dos policías. Si los médicos huelen la muerte, los policías, el miedo y la mentira, o lo intentan. Solo olí al primero en aquel piso.

—Cristina, no pretendo ofenderla, pero ¿se da usted cuenta de lo que nos da a entender? —Fue Alicia quien habló. Desde el principio yo la había dejado llevar el peso de la conversación; además, era la única policía presente, siendo estrictos.

Cristina Benítez no respondió. En lugar de ello, se levantó y rebuscó en una estantería del salón, donde, en la esquina inferior de un mueble de madera oscura más propio de otros tiempos, descansaban lo que parecían algunos álbumes de fotos. Ojeó algunos de ellos hasta dar con el que buscaba, y volvió a la mesa con nosotros. Abrió el álbum elegido por el final y descubrió una hoja de plástico donde, en lugar de fotos, guardaba lo que parecían recortes de prensa.

—¿Saben ustedes algo del accidente de Muñoz? —dijo, los ojos enfrascados en los recortes, buscando los dedos alguno concreto.

Alicia negó, y era lógico, por edad y distancia. Yo sí que sabía de qué hablaba. Como salmantino que era, el accidente del paso a nivel de Muñoz no me era desconocido. Levanté el dedo como única seña de asentimiento, pues no quería cortar el flujo de información. Con los testigos, uno no sabía nunca cuándo podían cerrarse en

banda, y teniendo en cuenta que a Cristina le había costado trabajo arrancarse a hablar, hubiera sido un error frenar la inercia ahora que lo hacía.

El 21 de diciembre de 1978, tres días antes de Nochebuena, un autobús escolar Setra Seida

S-14

con noventa y siete personas a bordo —noventa y cinco niños y dos adultos— fue arrollado en el paso a nivel sin barreras del kilómetro cincuenta y tres de la línea de ferrocarril Salamanca-Fuentes de Oñoro. El autobús, como cada mañana, había ido recogiendo escolares de pueblo en pueblo: Carrascalejo de Huebra, La Sagrada, San Muñoz, Ardonsillero… Había cruzado entonces el paso a nivel que daba acceso a la única carretera que llegaba a Muñoz, donde había recogido a los últimos escolares, e inició el camino de retorno por la misma carretera y el mismo paso a nivel, con destino a La Fuente de San Esteban. El autobús, con cincuenta y cinco plazas, estaba autorizado a llevar hasta ochenta y cuatro niños, a razón de tres niños por cada banqueta de dos pasajeros (sí, eran otros tiempos). Además del conductor, aquel día se había sumado al trayecto el padre de uno de los niños, que aprovechaba el viaje para llevar a su hijo al médico, al encontrarse enfermo.

El tráfico, ya fuera de trenes o vehículos a motor, no era intenso en la zona, y las aceptables condiciones de visibilidad y la ley de la época eximían al paso a nivel de medidas más severas en el cruce: señales de detención y las balizas de aproximación se antojaban suficientes.

El conductor conocía la zona, e incluso había llegado a parar en el cruce de vuelta antes de reanudar la marcha. Ya fuera por hielo en la calzada, algún problema mecánico o una simple distracción atraída por la rutina, la fatalidad quiso que una locomotora aislada fuera a su encuentro. La máquina, una ALCO

DL-500

S de Renfe propulsada por diésel, recorría libre de carga el camino de vuelta a Salamanca tras haber soltado un tren en la estación fronteriza de Vilar Formoso. Hasta el apeadero de Muñoz, el límite de velocidad para los trenes era de ciento veinte kilómetros por hora, y cabe suponer que una máquina suelta aprovechase el verse libre de carga alguna.

En el momento en que el conductor reanudó la marcha, fue alertado sin éxito ni margen de reacción —según contarían más tarde los que quedaron para poder hacerlo— por los ocupantes del autobús que vieron la mole de metal abalanzarse sobre ellos hasta embestirlos en su mismo centro, lo que desintegró gran parte del vehículo escolar y lo partió en dos. La mitad trasera quedó junto al paso a nivel; la delantera se vio arrastrada por la locomotora hasta ochenta metros adelante antes de separarse de la máquina, que conseguiría parar ciento setenta metros después de la brutal colisión.

Veintiséis menores y el padre del niño enfermo morirían en el acto. Seis más morirían poco tiempo más tarde, y muchos más acarrearían heridas de gravedad. Solo cuatro de las noventa y siete vidas conseguirían salir ilesas del accidente.

¿Que si me acordaba? Claro que me acordaba. En aquel entonces aún no sabía que acabaría teniendo una hija, ni que poco después esta moriría, pero no hacía falta nada de eso para vislumbrar al menos una pequeña parte del inmenso dolor que muchos padres sufrieron y la conmoción que asoló la región con la rotundidad de una bomba atómica comarcal.

Cristina colocó uno de los recortes que había sacado del álbum en la mesa, de cara a nosotros. Alicia no lo captó, y de ninguna manera hubiera podido hacerlo, y en su cara se pintaba un gran signo de interrogación. Mi caso era distinto, porque yo lo había visto cara a cara, lo había tocado, e incluso había hablado con él.

Era él. Aun con los años de menos y el pelo de más, era él. Entre los despojos humanos, el sufrimiento que afloraba en la foto en blanco y negro y la chatarra de lo que había sido un autobús, una figura asomaba al fondo, captada fugaz en la esquina superior de la foto, al fondo, como un infortunado testigo que paseara por allí. Solo un detalle descuadraba: ¿quién se pasea en medio de la nada a 3 °C de temperatura a las nueve de la mañana de un día laborable?

—¿Lo ve? —Señaló Cristina con el dedo—. Estaba allí, esperando. Porque…

—… Porque lo sabía —me adueñé de sus palabras, terminando la frase en su lugar. Me salió.

Cristina me miró a los ojos; yo le correspondí.

Por alguna razón que se nos escapaba, él se vio atraído hasta

allí, como un espectador macabro que espera el momento. Sin aparente involucración en el entorno, la figura parecía contemplar lo que la rodeaba, y aunque la calidad de la foto y la distancia no permitía distinguir la expresión, imaginé que sonreía.

Quizá nos mantuvimos así unos segundos de más. Al fin, fue ella la que habló, sin despegar los ojos de mí:

—Ustedes ya lo saben todo. Al menos, tanto como yo sé. Váyanse y no vuelvan…, por favor. Yo no quiero saber más. No quiero saber nada de… eso.

—Por favor, Cristina. Tiene que haber algo, una pista que nos diga lo que necesitamos.

—Váyanse. No puedo ayudarlos, y no sé si quiero, aunque pudiera. Él podría…

—Él nos ha traído hasta aquí —contesté.

Se levantó de la mesa y fue directa a la puerta. Asió el pomo y abrió, invitándonos a marcharnos.

—Puede llevárselo, no quiero verlo más —dijo señalando el recorte con los ojos—. No sé ni por qué lo guardé.

—Quizá fuera para esto —dijo Alicia, de la que nos habíamos olvidado. Cogió el recorte por mí y se levantó. Yo la imité—. Una última cosa, Cristina: ¿qué hizo con el gato?

—¿Qué? —El desconcierto le hizo bajar la guardia.

—El gato, era su gato, ¿no? ¿Qué hizo con él?

—¿Qué iba a hacer? Lo enterré. —Se recompuso; la expresión se le ablandó con el recuerdo—. Como bien dice, era mi gato. Se llamaba Mici. En realidad, le pusimos Micifuz, pero todos lo llamábamos «Mici».

—¿Puedo preguntar dónde enterró a Mici? —insistió Alicia—. Pudiera ser importante.

Alicia no sabía si era importante o no, pero ¿qué otra cosa quedaba? Cristina, como si alguien hubiera apretado un botón, cayó en la cuenta de algo de repente.

—¿A quién buscan? —dijo.

El tono había cambiado, y era, si cabía, más triste aún, aunque también más solemne, como si nos tomara en serio por primera vez.

—Ya se lo dije —dije—. Busco a mi hija. ¿Tiene usted hijos?

Yo sabía que no los tenía, pero buscaba agarrarme a un resquicio de complicidad en busca de ayuda, y allí, junto a la

puerta, las opciones se agotaban. Cristina clavó sus ojos en mí, calibrándome.

—No los tengo. ¿Qué año?

—¿Qué? —Me temblaron las piernas, aunque pude disimularlo, o eso creí.

—¿En qué año ocurrió?

Creo que logré susurrar la fecha; recuerdo a Alicia mirándome, y los ojos de Cristina Benítez clavados en los míos, y recuerdo una bruma en forma de dolor envolviéndome. Y supongo que lo hice, y susurré la fecha, porque Cristina asintió, y dijo:

—Hace años que no vuelvo allí. Desde que empezaron las fechas. El demonio me robó el futuro, y no satisfecho con ello, hizo lo mismo con el pasado. Les diré dónde lo enterré, y… y comprenderán por qué nunca tuve hijos. Él hubiera venido. Lo sé.

—¿Dónde, Cristina? —insistió Alicia.

—Enterré a Mici en el jardín, junto a la valla. Después vinieron las fechas en los árboles. Él…

—¿El jardín de su casa? ¿En Boadilla?

Cristina meneó la cabeza. Después me miró, más fijo si cabía, y lo que dijo lo recuerdo con el timbre, la inflexión y hasta la más mínima ondulación de su voz:

—Está allí. Allí la encontrará.

61

Ni siquiera me molesté en visitar el antiguo hogar de Félix Aguado. Sabía que sería inútil, pero había que hacerlo. Fue Alicia quien lo hizo; yo no llegué a bajarme del coche, aparcado calle arriba, sin saberlo, a escasos metros de una esquina donde un gato había muerto en otra vida. Como imaginé, Alicia me contó que la casa permanecía abandonada, como un sepulcro sin dueño desde que la madre de Félix, que había sobrevivido a su marido, lo había seguido tiempo después. Las malas hierbas habían devorado el jardín durante un tiempo, supuse. Ahora, la tierra, acartonada y estéril, apenas permitía sobresalir de ella unas pocas briznas tiznadas de ocre ante la fachada descolorida.

Sabíamos que era obligado hacer el camino desde Zamora y visitar el pueblo donde se había prendido la mecha, allá donde el demonio se había limpiado el polvo de las suelas, aunque también sabíamos, desde que habíamos salido de Zamora, que la visita tan sería estéril como la tierra de aquel jardín olvidado. La encrucijada había generado una discusión con la inspectora, y, con disgusto y a regañadientes, acabé cediendo. Después de tantos años, podía esperar unas horas, aunque a la vez no podía. ¿Y si estaba allí realmente?

Cuando llegamos a Sanabria, la noche dominaba el lago, y las aguas se fundían en negro con un cielo sin luna. El viento arreciaba y los árboles susurraban una canción de pena al viento. Le ofrecí el sofá a Alicia; ella lo aceptó. No dormí demasiado, esperando la mañana.

El sol se desperezaba radiante cuando sobrepasamos caminando el camping, desierto y cerrado en otoño, en espera de un nuevo verano.

La familia de Cristina, como tantas otras familias de la zona de influencia del lago, mantenía una cabaña, más lujosa y espaciosa que la mía, al otro extremo del lago. Como otras muchas,

aguardaba, cerrada, a sus alegres y ociosos habitantes de cada verano. El lago se hallaba repleto de ellas; casas de veraneo. Casi podía ver a Ángel, allá donde estuviera, y esas sonrisas frías que tan bien componían sus labios.

¿Era posible? ¿Tan cerca? ¿Tantos años? Para entonces, estaba dispuesto a creer cualquier cosa; y yo quería creer, más que nunca.

Desde la orilla del lago, más allá del *camping* y el último chiringuito, caminamos un rato hasta el roble gigante, siguiendo las indicaciones de Cristina. Después enfilamos monte arriba en línea recta, en busca de una edificación escondida entre el follaje. Fue un camino lento y frenético a la vez. El terreno nos exigía una lentitud que el corazón se empeñaba en desafiar; otro corazón, más físico que espiritual, se empeñaba en lo contrario, y los dos resollábamos ya pocos minutos después de emprender la subida, a pesar de la temperatura y la sombra que nos ofrecían la montaña y su espesa vegetación. Alicia se apoyaba en una pala que había traído consigo; yo aprovechaba los troncos de los árboles más finos para usarlos como apoyo en la subida. El terreno, debido a las últimas lluvias, se antojaba resbaladizo a la vez que saturado de ramas que debíamos sortear, salpicado de piedras asentadas durante un tiempo que podrían ser siglos, las cuales nos ayudaban a hacer palanca con los pies, y de raíces que asomaban como dedos callosos de gigantes enterrados en otras eras y civilizaciones.

Los últimos metros, mientras ascendíamos, el ritmo marcado por los jadeos, descuidadas ya las pisadas a causa del cansancio y entre la tierra blanda y la humedad que se impregnaba en el cuero de las botas a cada pisada, se me antojaron kilómetros.

Allí estaba, tal y como Cristina había dicho. Al rodearla, con Alicia pisando mis pasos, pues me había cedido la iniciativa, una cerca de madera que en otra vida estuvo pintada de verde dibujaba un perímetro en torno a la casa, y una puerta solo delatada por un pestillo ocre y oxidado anunciaba la entrada. Era una cerca testimonial, vieja, de estacas salteadas y descoloridas que alguna vez fueron un conjunto, de media altura hasta la cintura, y un levantar de piernas bastaba para salvarla y pisar propiedad privada. Tras ella, a la sombra de la casa y los árboles que la sobrepasaban, el monte ganaba altura en busca de las cumbres que el invierno teñiría de blanco en poco tiempo, una vez más, ajenas al mundo de

los hombres y sus nimiedades. Salté la puerta de entrada sin intentar siquiera descorrer el pestillo oxidado, hollé la propiedad privada y rodeé con pasos lentos la casa que ocupaba el centro de la parcela, apenas rozando sus paredes y el recubrimiento verdoso y húmedo que las escondía con las yemas de los dedos; buscaba el jardín trasero. Alicia había decidido quedarse fuera, esperando, y pareció que por respeto, no sé si a mí o a la propiedad. Al fin y al cabo, seguía siendo policía. Mis ojos escrutaban la tierra tras la parcela en busca de señales.

Y la vi. Una cruz, pequeña como si hubiera sido concebida por las manos de una niña para un ser diminuto, señalaba el lugar, tallada a navaja sobre el tocón de un árbol talado. Junto a ella, una fecha delataba un día que coincidía con la muerte de un gato.

Miré a uno y otro lado, buscando más allá de la casa. Las sombras que se arremolinaban en torno a los árboles parecían susurrar una canción que arrastraba la melancolía en el viento. Me senté sobre el tocón, incapaz de pensar, y busqué con los ojos las nubes que se escondían tras el follaje; un pedacito de cielo que mitigara la sensación de asfixia que me reptaba por las piernas, buscándome el corazón. Bajé después la mirada, bañada en un pedacito de cielo limpio y azul. Fue entonces cuando vi más. Frente a mí, al otro lado de la cerca, donde el monte subía buscando la cima, marcando el tronco de roble, otra fecha había sido grabada a navaja. Fuera de los dominios de la propiedad, pero a la vista de esta. Trazos profundos, manos más fuertes que las anteriores. Me era desconocida; una fecha más. Miré alrededor, el corazón buscando más rápido que los ojos. Vi otra y otra más, débiles pero visibles, que marcaban árboles a mi alrededor. Ahora lo veía todo, y las fechas parecían anuncios de neón a mis ojos.

Me levanté, toqué cada tronco, busqué el mío… Y lo vi. Al fin lo vi.

La fecha… Era la fecha. Acariciaba los trazos marcados a navaja cuando escuché los pasos de Alicia, que, arrastrando una pala en sus manos, había rodeado la casa hasta encontrarme. No dijo nada, solo me miró, miró donde yo miraba y apoyó la pala en un árbol cercano, cediéndomela con ello. Después se fue monte abajo por donde había venido y me dejó solo.

No sé cuánto tiempo pasó. Y solo un pensamiento enturbió la

quietud que se instalaba ahora en mí, como la niebla que se condensa en la noche quieta: de alguna manera, habría preferido que hubiera sido un demonio, y no un hombre. Porque un demonio habría significado que algo me esperaba, pero un hombre… Un hombre le quitaba importancia a todo.

Como esa niebla se despeja hasta desaparecer en el amanecer de un día soleado, así se despejó la inquietud que aún se resistía. Decidí —sí, decidí— que me esperaban (allá donde fuese, me esperaban).

Cuando bajé, Alicia no preguntó. Solo miró la pala, limpia.

—Está mejor ahí —dije al verla mirar la pala.

—Si eso te basta…

—Me basta. Sé que está ahí. Lo sé.

Tantos años, y la había tenido junto a mí sin saberlo. Me gusta pensar que ella sí lo sabía. Todo este tiempo.

—¿Qué vas a hacer ahora? —Despegó Alicia los labios cuando caminábamos junto a su coche, aparcado en el *parking* desierto que los turistas colmaban en verano, de camino a casa.

—Supongo que relajarme. Lo necesito: dejar pasar los días —respondí tras pensarlo un poco.

—¿Pescar es relajante? —preguntó mirando al lago, un espejo a nuestra derecha.

—Mucho, pero solo si no pican —contesté.

—Pues no pongas anzuelo.

—Eso es absurdo.

—¿Quieres pescar, o relajarte?

Lo medité unos segundos.

—Tengo dos cañas, ¿te apetecería pescar conmigo un rato? Después podemos comer, tomar un último café en el porche, y luego si quieres te vas.

—Me encantaría. —Sonrió—. Siempre que no pongas anzuelo.

—No pensaba hacerlo —convine.

Solo una cosa enturbió aquel día: en torno a la casa, escondidas en troncos como alimañas, había descubierto en la bajada más fechas, demasiadas, todas grabadas a navaja, disimuladas, fechas diseminadas que configuraban un cementerio desconocido y sereno de quién sabía cuántas vidas. ¿Quién sabía cuántas había? Decidí quedármelo para mí y no le mencioné nada a Alicia.

Y un ser, también había descubierto un ser con alma de ángel caído que existía y vagaba en el mismo mundo que yo.

Miré al frente, la mirada navegando sobre el lago hasta un punto más allá de las aguas, donde una maraña de árboles escondía una cabaña, y un tocón y unas fechas grabadas a navaja, y una hija me esperaba. Y sonreí, con vestigios de tristeza, pero sonreí.

Recordé la encrucijada que viera en el barrio de Santa Cruz de Sevilla, y su leyenda, allí donde la calle Vida y la calle de la Muerte se encontraban, y elegí.

Hasta pensé en volver a Sevilla y devolver unos libros por los que, estaba seguro, nadie me estaba buscando, excepto, quizá, una bibliotecaria de uñas rojas y finos dedos.

Quizá algún día; ya se lo preguntaría a mi hija. Teníamos tantas cosas que contarnos…

Nota del autor

Los lugares y sitios que se nombran a lo largo de la novela son reales; no obstante, algunos han sido modificados o trasladados por conveniencia o simple capricho: el bar Citroën existió, y aunque estuvo muchos años en funcionamiento, en el momento en que transcurre la novela no servía ya cafés, ni bebida alguna, ni nada de nada, aunque es de suponer que sus puertas todavía encierran historias y sombras lúgubres de tiempos mejores, como las de cualquier bar que pueda presumir de contar con un humilde sitio en la historia de una ciudad; las instalaciones de patología forense y su quijotesco inquilino se movieron a voluntad y conveniencia, así como se trastocó el organigrama y la organización de la Policía Nacional; es probable y hasta posible que algún que otro cambio se quede en el tintero, tanto como imposible afirmar que Ángel no ande cerca de cualquiera de nosotros al acecho, inadvertido.

Ni que decir tendría, aunque debo decirlo, al parecer —una editora me reprochó una vez una opinión escrita en boca de un personaje—, que las opiniones y palabras vertidas por alguno de ellos no tienen que ver con el autor, y ni dejo de estar de acuerdo ni estoy en desacuerdo con cualquiera de ellas. Yo me limito a invitarlos a pasar; ellos después hacen lo que quieren (qué les voy a contar, el libre albedrío). El mundo está lleno de cosas que nos gustan, y de cosas inaguantables; los libros también, por extensión.

Para terminar, una advertencia: esta novela nació de un paseo en bici, y de un inocente paso una noche oscura bajo el puente de Triana, y del germen de una idea al pedaleo, cuando el físico trabaja exigido, pero la mente vuela libre; y tal cual lo hace uno de sus personajes. Yo de vosotros, ciclistas imprudentes y peatones ávidos de emociones, evitaría el paso bajo sus pilares las noches

faltas de luna, quién sabe. Lo peor que puede pasar es que los deseos se cumplan, y no hay nada más estéril que un deseo satisfecho.

Agradecimientos

Como siempre, a Carolina, por leer cuando las palabras están frescas y tachar, y avisar, y proponer, y hasta reñir, aunque a veces no le preste la debida cuenta. Si por ella fuera, todos comerían perdices, siempre, y eso no puede ser.

A los lectores, por hacer posible que esta novela siga a la anterior sin complejos; siempre insuficientes se me antojarán los agradecimientos.

A Justyna, mi agente, y al equipo de Hanska Literary & Film Agency, por creer y por no dejar de hacerlo.

A Siruela, y a las personas que dan sentido al sello, porque los nombres no son nada sin alguien que los sostenga y dibuje una identidad, y a María Casas Robla, Rosana Jiménez Arribas y Olaya González Dopazo, por poner orden donde no lo había.

Y a los libreros, y a los que no enumero u olvido ahora: aquí les guardo un humilde y anónimo sitio, como sincero agradecimiento por lo que fue y por lo que vendrá, y un abrazo y una disculpa fuera de estas páginas a la menor ocasión.

Y de nuevo a ti, lector desconocido. Sobre todo a ti.

Puedes seguir a este autor en Instagram y Facebook.
Instragram: @antonioguis
Facebook: @antguis

ANTONIO GUISADO (Sevilla, 1973) ha trabajado en diferentes sectores orientados al ámbito comercial, hasta que en 2012 dio un giro a su vida enfocándola hacia una de sus grandes pasiones, el mar, lo que le llevaría a reconvertirse profesionalmente en velero. *La muñeca* fue su primera novela negra.

Notas

[1] Cita extraída de la primera novela del autor, *Cuervos blancos, palomas negras*. < <

[2] Génesis 22, 2. < <

[3] Referencia a *Cuervos bancos, palomas negras*, primera novela del autor. < <

[4] Empresa municipal de limpieza del Ayuntamiento de Sevilla. <<

[5] Referencia a *El guardián entre el centeno*, de J. D. Salinger (1951). En la novela, Holden Caulfield, su protagonista, hace referencia al título imaginándose como un guardián en un gran campo de centeno donde juegan miles de niños pequeños. Él, junto a un precipicio, tiene por misión en la vida evitar que los niños despistados caigan en él, cuidándolos. Estos otros dos que nos ocupan, leones en el trigo, vendrían a ser los que los empujarían, por antagónica comparación. < <

[6] Personaje que aparece por primera vez en *La muñeca*, segunda novela del autor. < <

[7] Real Academia Española, institución cultural dedicada a la regularización de la lingüística en el mundo hispanohablante. < <

[8] Referencia a «La Torre Oscura», serie de novelas de Stephen King. < <

[9] Apocalipsis 3, 20. < <

[10] *La vida es sueño*, de Pedro Calderón de la Barca. Obra de teatro estrenada en 1635, cuyo eje principal es la libertad del ser para tejer su vida, sin atender al destino. La predestinación frente al libre albedrío. < <

[11] Cementerio de San Fernando, en Sevilla. «Cenicero común»: en la jerga, nombre para designar el lugar donde se acumulan las cenizas de los fallecidos no reclamados por familia o amigos. < <

[12] Panzer: abreviatura de *Panzerkampfwagen*, en alemán, vehículo de combate blindado. En castellano, además de lo anterior, por todos abreviado como tanque. < <

[13] Pedro Calderón de la Barca (Madrid, 1600-1681), autor de *La vida es sueño*, cuyo tema central es la libertad de elección del individuo, ajena a un destino impuesto. < <